
ÁNGEL FERNÁNDEZ
EL JUEGO DE DANTE
Matchstories

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

55

56

57

58

59

60

61

62

63

64

65

66

67

68

Epílogo

Créditos

El juego de Dante

Ángel Fernández

matchstories

A mi familia, a los lectores y a quienes creyeron en mí.

A ti, por ser hogar.

Y para ti, que aún no estás aquí.
Ojalá algún día me leas y sepas que este libro también es un poco tuyo.

Prólogo



Tengo sangre en las manos, algo lógico teniendo en cuenta todo lo que ha ocurrido. Me veo como en una de esas películas de terror adolescente de manual, en las que siempre hay un jugador de fútbol americano, una animadora pija, una chica lista a la que todo el mundo odia y una rubia tonta que suele ser la primera en caer. Tampoco puede faltar el asesino, que por lo general llega con sigilo y oculta el rostro tras una máscara terrorífica. Aunque... ¡nada que ver! Yo he aparecido de frente y a cara descubierta, anunciando sin tapujos lo que iba a hacer. He clavado el cuchillo hasta el fondo. Muchas veces. Sin pestañear. Ha sido una sensación extraña, tal vez liberadora... No me daría vergüenza reconocer ante un psicólogo forense que matar me ha sentado bien.

En este instante siento como si todo mi mundo se estuviera hundiendo bajo mis pies. Creo que la adrenalina ha desaparecido ya de mi cuerpo, y he de ver cómo esa guardia civil me mira con la misma cara con la que Clarice Starling miraba a Hannibal Lecter en *El silencio de los corderos.*

Me presiono la herida para taponarla. Espero no desangrarme antes de que lleguen los servicios médicos.

—Los encargados del caso estarán aquí enseguida —me avisa—. Con la que se ha liado en el Dante, no se pueden multiplicar.

—¿Y la ambulancia?

—También de camino, no tardará. Ya sabe cómo están las carreteras...

Observo a mi alrededor y veo el cuerpo sin vida en el suelo delante de mí. Está bañado en sangre. Al lado del cadáver descansa el cuchillo que he utilizado. Es grande, mide algo más de veinte centímetros. Muy cerca, a escasos metros, hay otro cadáver, un motivo más para que no me dejen abandonar el escenario del crimen así como así, seguramente en varias horas.

—¿Quiere agua o cualquier otra cosa?

—Que llegue la maldita ambulancia —susurro tan bajo que ni me oye.

—¿Disculpe?

—Nada, no quiero nada, gracias —contesto al fin.

No sabía que una agente podía llegar a ser tan servicial ante alguien que acaba de matar. Me pregunto cuándo comienza a oler un muerto. Nunca lo había pensado antes, ni siquiera lo he consultado en Internet por curiosidad. ¿Quién busca esas cosas en Google?

—Ya están aquí —anuncia poco después al ver por la ventana cómo un compañero suyo está recibiéndolos.

«¡Venga! Aguanta un poco más».

—Vale —digo sin fuerza y con la cabeza gacha mientras sigo presionando mi herida.

La teniente Santos y el sargento Castro, del Equipo de Policía Judicial de la Guardia Civil, hacen acto de presencia. La primera vez que los vi fue en el bosque, al lado del lago; parece que haya

pasado un siglo desde entonces. Todavía recuerdo el cuerpo sin vida de aquella mañana.

—Buenas noches —saluda ella.

La agente que lleva un rato conmigo vigilándome les pasa el parte. Resume en pocas palabras lo que ha sucedido y remata añadiendo:

—Esto es una carnicería, jefes.

Menuda manía le he cogido al final a este lugar, y ahora encima me da la sensación de que ya empieza a oler a carne en descomposición.

—Le haremos varias preguntas para esclarecer algunos hechos y más adelante, cuando se haya recuperado, tendremos que continuar el interrogatorio en el cuartel, por supuesto, en presencia de su abogado.

Voy a acabar en la cárcel, fijo. Cuando tenga que declarar y comiencen a hacerme preguntas, no sabré ni por dónde comenzar. Hay tanto que explicar... Todo empezó hace menos de dos semanas, exactamente a nuestra llegada al hotel. Necesito respirar hondo y pensar en cómo relatar lo sucedido sin dejarme nada importante. No debería, pero, si tengo que mentir en algo para librarme, lo haré... Aunque todo lo que me ocurra a partir de ahora seguramente me lo mereceré; sí, esto me pasa por imbécil.

1



Claudia

UNOS DÍAS ANTES

Nos falta una media hora para llegar al hotel y estoy muy emocionada por varios motivos.

El primero lo saben todos en esta furgoneta: mañana cumplo veintiséis. Debo admitir que no estoy del todo entusiasmada porque, aunque quizá parezca una chorrada, siento que ya voy cuesta abajo, directa a la treintena. Mis amigos insisten en que no me preocupe por el cambio de número cuando falta tanto todavía; eso es cierto, pero siempre oigo decir a mi madre que el tiempo pasa volando. Me considero bastante adulta para mi edad; llevo varios años siendo muy independiente y responsabilidades tengo, tal vez en exceso. Cada fin de mes pago religiosamente a mi casera seiscientos cincuenta euros por un piso de setenta metros cuadrados en Barcelona. Lo del importe del alquiler es como lo del tema de la edad, según cómo se mire: unos opinan que, para la zona en la que estoy, es un precio muy razonable; otros, los más críticos, aseguran que es una barbaridad. Yo creo que está bien. Al menos puedo

pagarlo y vivo sola. Mi sueldo de enfermera, de momento, me da para eso, la compra, el agua, la luz y poco más, quizá para algún que otro capricho.

El segundo motivo, no menos importante, es que, después de casi un año, volvemos al Hotel Dante. No imagino mejor plan para pasar las vacaciones de verano con mis amigos. Si me preguntasen por el lugar más maravilloso del mundo, seguramente diría este. Está a las afueras de un pequeño pueblo rural cerca de Salamanca. Es lo más bonito que he visto jamás: está todo rodeado de árboles, los pájaros cantan por las mañanas, hay un cielo con un brillo imposible de ver en ningún otro sitio... La guinda del pastel es el lago, totalmente cristalino, en el que cada día nos damos unos buenos chapuzones, además de aprovechar para tomar el sol y ponernos morenos, al menos yo. Cuando descubrimos este paraíso, nos gustó tanto que luego hemos repetido por las mismas fechas cada año; este será el cuarto.

El tercer y último motivo, quizá el más morboso, es la historia que sobrevuela el Hotel Dante. La primera vez que vinimos, nos explicaron que se contaba que, mucho tiempo atrás, los huéspedes participaban en algo denominado «el juego de Dante», inspirado en los nueve círculos del infierno de la *Divina comedia*, y que quien fallaba en las pruebas... desaparecía. Añadieron que se trataba de una leyenda urbana, pero nosotros siempre hemos creído que podría ser verdad, o al menos es lo que nos gustaría. Pensar que dormimos en un hotel misterioso, perdido en la montaña, en el que tal vez se produjeron desapariciones nos ofrece una experiencia única. Lástima que no hayamos podido constatar que ese juego existió realmente, pero... ¿y si es así?

Mi novio, Lucas —alto, guapo, fuerte y con un cabello cortito y moreno que me encanta—, conduce la furgo que se compró hace

unos meses. Los años anteriores hicimos este trayecto en dos coches, pero ahora, gracias a este enorme vehículo, podemos ir los seis juntos sin ningún tipo de problema. El único inconveniente es que cada dos por tres discutimos por alguna chorrada. Veo cómo mi chico cambia de marchas e incluso solo con eso me derrito. Es tan atractivo y tan distinto a mí que a veces no me creo que yo, doña perfecta, la joven que se sacó la carrera de Enfermería cuando tocaba, la que jamás llegó tarde a casa cuando vivía con sus padres, la que nunca ha decepcionado a nadie, esté con alguien así. Él es el típico chulito por el que todas las chicas pierden el culo; con demasiadas me he tenido que enfrentar ya. Menos mal que me quiere a mí, solo a mí.

De todos modos, debo decir que estas últimas semanas lo he notado un poco extraño, algo alterado. Además, cuando solo faltaba una semana para las vacaciones, empezó a insistir en que debíamos salir dos días antes de lo previsto. Harta de oírlo, le pregunté el porqué, y su respuesta fue que habían dicho por la tele que habría mucho tráfico el día que pensábamos emprender el viaje. Añadió que no quería pasarse todo el santo día en un atasco y, tras repetir lo mismo una y otra vez, al final nos convenció y todos pudimos organizarnos. Cuando llamé al hotel para adelantar la fecha de entrada, no nos pusieron ninguna pega, quiero pensar que porque ya nos consideran clientes habituales. Lucas se puso pletórico con la noticia. Si llego a saber antes que a mi chico le hacía tanta ilusión adelantar nuestra partida, lo habría aceptado a la primera sin rechistar. Me encanta verlo feliz. Le da sentido a todo.

—¿Cuánto falta? —pregunta Catherine.

—Unos quince minutos —contesta mi novio mirando por el retrovisor.

Yo también podría haber respondido a eso, pues me conozco a la perfección el camino. Por ejemplo, sé a ciencia cierta que, pasado el cartel medio oxidado que anuncia uno de los miradores que acabamos de dejar atrás, falta exactamente ese tiempo, un cuarto de hora. Cathie no suele estar atenta a esas cosas... Bueno, en verdad, a nada. Yo diría que vive en otra galaxia. Tiene un año más que yo, pero es bastante inmadura. Es una chica muy agradable —me refiero a la vista—, la típica a la que todos los tíos miran cuando pasa por su lado. Es alta, de cabello moreno, delgada y, además, sabe resaltar sus labios carnosos con un pintalabios rojo que usa siempre. A veces la miro y envidio la suerte que ha tenido por los genes que le han tocado, menuda mujer. Lo admito, es preciosa. Podría tener al chico que quisiera —de hecho, los tiene—, pero últimamente la veo rara, demasiado pendiente de su móvil. De un tiempo a esta parte siempre está metida en sus redes sociales, revisando una y otra vez sus perfiles... Lo hace de forma exagerada, y no solo me parece extraño eso, sino que juraría que está hablando con alguien continuamente. No sé con quién... y eso me pone nerviosa. No soy una cotilla, pero Cathie es mi amiga —no la de más confianza, pero sí nos queremos mucho— y me gustaría saber con quién habla a escondidas durante tanto tiempo. ¿Quién será esa persona por la que parece evadirse de todo?

—¿Y ahora cuánto queda? —vuelve a preguntar mientras se repasa los labios ya pintados. Puede llegar a desesperar a cualquiera.

—Eres muy pesada, tía. ¿Por qué tienes tanta prisa por llegar? —interviene Raúl exasperado.

Él es, por así decirlo, el chico perfecto para cualquier mujer. Es guapo, atractivo y muy simpático; a veces, hasta demasiado. Lleva el pelo castaño en media melena y le queda de fábula, bien podría

salir en un catálogo de modelos. Sus ojos verdes resaltan más que cualquier otra cosa; en serio, son los más bonitos que podrías llegar a ver. Si yo no estuviera con Lucas, lo más seguro es que ya le hubiera tirado la caña. Me pregunto cómo será en la cama, aunque no creo que lo averigüe nunca... o sí, nunca se sabe. Raúl y Lucas son inseparables, supercolegas, y eso que no tienen nada que ver el uno con el otro. Lo único en lo que coinciden es la edad, veintiséis años; respecto al resto, son como el día y la noche. Lucas es atrevido, juerguista, y le gusta vivir al límite, y Raúl es tranquilo, mucho. ¿Y yo? También. Nada que ver con mi pareja, pero dicen que los polos opuestos se atraen, ¿no?

—Me hago pis —salta Alicia—. Os lo digo en serio: si no llegamos ya, me lo voy a hacer encima.

Ali se ha tirado todo el santo camino mirando compulsivamente su nuevo *smartphone*, un móvil de alta gama que creo que le ha costado algo así como mil quinientos euros. ¡Una auténtica locura! Su teléfono hace llamadas igual que el mío, que vale mil y pico menos. Cuando antes le he preguntado qué estaba haciendo tan pegada a su iPhone, me ha dicho que revisar su cuenta corriente. Parece que está pendiente de que su padre le haga la transferencia de una buena suma para que pueda pasar las vacaciones «sin estrecheces».

Alicia me cae genial; al fin y al cabo, es mi mejor amiga, de las de toda la vida. Siempre era el centro de atención en todas las fiestas cuando salíamos juntas, imagino que porque es rubia con ojos azules. Todo lo contrario a mí, con mi cabello negro como el azabache. Nos conocimos en la escuela infantil y ya nunca nos hemos separado, pero con el tiempo nos hemos ido adaptando a mundos muy diferentes. Ella vive en un apartamento financiado por su padre, un importante empresario del sector de la moda, quien

además le costea absolutamente todos los gastos y caprichos que uno pueda imaginar, por lo que no tiene que trabajar; yo, en cambio, me levanto durante dos semanas al mes a las cinco para entrar al turno de mañana en el hospital y el resto de los días trabajo de tardes, aunque salir a las diez de la noche me pone de muy mal humor, más incluso que madrugar. Pero no me queda otra para poder pagar mis facturas.

—¡Toma ya! ¡Fenomenal! —grita ella. Se pone tan eufórica que casi tira su teléfono de última generación.

—¿Qué te pasa ahora, Ali? —quiere saber Raúl.

—*Cool!* Ya tengo el dinero, papi me ha hecho el ingreso. Ahora sí, vacaciones.

No puedo evitar sonreír cada vez que Alicia suelta una de esas pijadas por la boca. Ella es así, y creo que será igual toda la vida.

—¿Sabéis que acaban de hackear una empresa de zapatillas deportivas en Utah? Se han llevado los datos de medio millón de clientes: correo electrónico, tarjetas, direcciones... Acabo de verlo en mis notificaciones —nos informa Héctor, que nos tiene algo más que acostumbrados a este tipo de alertas y catástrofes tecnológicas.

Lo llamamos cariñosamente «Gnomo» porque es muy bajo y un poco rechoncho. Sin embargo, todo lo que tiene de pequeño lo tiene también de buena gente y bonachón. Podría decirse que es un chico leal, de los que van de frente y no se callan ni una, pero son incapaces de hacer daño ni a una mosca. Además, todos tenemos claro que es un friki, y se lo decimos a la cara. Le encantan las videoconsolas, el manga, los cómics, las figuritas coleccionables que valen un ojo de la cara, los ordenadores y los teléfonos móviles, sobre los que lo sabe todo. Trabaja en una tienda de juegos de mesa, es un verdadero experto, pero su sueño es montar una de videojuegos.

—¿A quién le importa eso ahora, Héctor? —lo increpa Lucas levantando un poco la voz.

—Supongo que a los trabajadores de esa empresa. Imagina que tú currases ahí. Te gustaría saberlo, ¿no?

—Me importaría un culo... Bueno, ya hemos llegado, joder. ¡Aleluya! —exclama mi novio eufórico ignorando a Gnomo deliberadamente.

Esta es la mejor de las noticias.

—¿Podéis recordarme por qué se llama Hotel Dante?

—¿En serio, Catherine? Cada año hay que explicártelo —le reprocho—. Su primer dueño, el que lo abrió, era un fan absoluto de Dante Alighieri, el poeta y escritor italiano, así que le puso ese nombre.

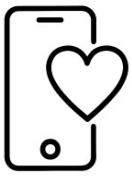
—Por favor, Claudia, no comiences otra vez con ese rollo de la leyenda urbana, ¿eh? —me pide mi chico poniendo los ojos en blanco—. No queremos acabar mirando en todas las esquinas de este establecimiento cada noche.

—Tranquilo, amor. Sé que eres muy miedica, yo te protegeré.

—¿Miedica yo? Lo que hay que oír.

Bajamos de la furgoneta dispuestos a coger las maletas y entrar en la recepción para que comience el reparto de habitaciones cuando ese chico tan elegante y atractivo al que vemos cada año se para frente a nosotros. Lleva un libro en la mano y un cigarrillo en la otra. Se quita las gafas y muerde una de las patillas como si se estuviera haciendo el interesante. Confieso que, si no estuviera con Lucas y el simpático de Raúl me diera calabazas, este sería el siguiente con el que intentaría algo. De todos modos, lo tendría difícil, pues su corazón ya está ocupado por Alicia. Y la verdad es que me alegro, hacen muy buena pareja.

2



Alicia

Tengo dinero en la cuenta y ropa nueva en mi maleta, ¿qué más puedo pedir? Gracias a papá tengo pasta suficiente para pasar estas dos semanas sin privaciones, y, con un poco de suerte, hasta me sobrará algo, aunque lo dudo. Por fin hemos llegado, estoy supercontenta. Al fin, después de un par de meses, voy a poder ver a Kike, mi chico... Bueno, amigo con derecho a roce o casi novios. Jolín, no sabría ni cómo definirlo.

Hace cuatro años, cuando vinimos por primera vez, conocí a Henry Campbell-Chapman, un británico residente en Mánchester que pasaba parte del mes de julio en el Dante mientras escribía una novela. Como no me gustaba su nombre, comencé a llamarlo Enrique, pero tampoco me convencía, así que acabó siendo Kike. O sea, mucho mejor.

Nada más verlo, quedé perdidamente enamorada de él. Lo que se dice *in love*. Chico rubio de ojos azules —como yo—, alto y atlético, de piel muy clara y modales exquisitos. Lo sé, el típico inglés, pero es que realmente es así. Es lo más... Lo único malo de esta extraña relación es que nos vemos poquísimo a lo largo del año. No porque

yo trabaje —no lo hago, no lo necesito— ni porque a él lo ate un empleo fijo en Gran Bretaña que le impida venir a verme, sino porque tenemos algunos elementos en contra. El caso es que, la única vez que él dio el paso de venir a Barcelona, ingresaron a su madre, que está muy enferma, y desde entonces no puede desplazarse a España, excepto en verano. Por tanto, me toca ir a mí..., pero no me resulta fácil porque tengo una imagen social que mantener (o sea, muchos eventos a los que acudir). Cuando puedo, en ocasiones a él no le va bien porque debe promocionar el lanzamiento de alguno de sus libros y está tan volcado en eso que hemos tenido que anularlo... Y, por último, está mi padre... Le he hablado a papá de él, lógicamente, pero no le gusta en absoluto. Me ha dicho mil veces que me case con un banquero o un abogado o, mucho mejor, con un juez. «¿Un escritor? ¿Qué clase de trabajo es ese, hija? No solo tendré que mantenerte a ti, también a él... O, peor aún, imagínate que tienes que empezar a pagarle sus caprichos», me suelta tan tranquilo. Es cierto que después le hago cuatro carantoñas, se le olvida todo y vuelve a preguntarme cuánto necesito, pero es complicado. En fin, que, entre una cosa y otra, nos vemos a lo sumo un fin de semana al mes cuando puedo viajar y, para tiempo de calidad, solamente nos queda el Hotel Dante... Así que por estas fechas lo aprovechamos a tope.

Kike está ahí, fumándose un cigarrillo con una novela en la mano, y ahora hace eso que tanto me gusta: se ha quitado las gafas y mordisquea una de las patillas.

«Tengo unas ganas locas de él, de sentir su cuerpo contra el mío. No hay nadie como él en la cama», pienso, aunque me gustaría gritarlo a los cuatro vientos para que lo oiga todo el mundo.

—¡Kike! —Me abalanzo sobre él y nos besamos. No es un beso cualquiera; jolín, ni siquiera de película, ha sido mucho más—.

¿Cuándo has llegado, amor?

—Ayer.

El español de Kike es magnífico. Parece que haya nacido aquí. Lo aprendió de muy pequeño en un colegio bilingüe. Por eso me enamoré de él, por lo inteligente que es y lo bueno que es conmigo... además de por estar megabueno. Sé que mucha gente piensa que soy la típica niña bien mantenida —eso es verdad— y descerebrada —de eso nada—, pero sé distinguir a una buena persona de una mala. Y Kike es alguien muy especial, la verdad. Tengo mucha suerte de estar con él. Lo único que quiero es pasar el resto de mi vida con este chico. Además, es supercaballeroso: acaba de coger mis maletas y me ayuda a llevarlas dentro. Al verlo, Héctor se lo queda mirando con una expresión un tanto extraña y le suelta:

—Podrías ayudarme a mí también, *bro*.

Mientras estamos en la recepción del hotel para hacer el *check-in*, me doy cuenta de que un empleado algo apartado —creo que es un camarero, aunque no me suena de otros años— le hace un leve gesto a Lucas, una especie de saludo con la cabeza, pero muy disimulado... Qué raro, porque luego ni se miran. Tengo que comentárselo a Claudia en cuanto estemos solas. He visto algo extraño en esa forma de actuar, aunque quizá sean imaginaciones mías.

El recepcionista que nos atiende es el de cada año: Gustavo, un joven con gafas, el mismo acné de siempre y la raya a un lado —para mi gusto, con demasiada gomina—. Eso sí, su simpatía es de agradecer.

—Bienvenidos al Hotel Dante. Me alegra veros de nuevo por aquí, chicos. Os hemos dado las mismas habitaciones de siempre pese a que adelantasteis vuestra llegada...

He dicho que es simpático y lo repito, pero también habla demasiado; no hay manera de meter baza.

—... y eso nos supuso algún que otro quebradero de cabeza, pero todo arreglado.

Dicho esto, Gustavo nos reparte las llaves. Yo tengo la veintiséis, en la segunda planta; Kike está en la primera. ¿Que por qué habitaciones separadas? Hemos decidido volver a los orígenes y hacerlo así por si nos enfadamos. El año pasado ocurrió una vez y me fui a dormir con Claudia, que tuvo que enviar a Lucas con Raúl... Y ni loca vuelvo a pasar por eso, literal, porque ni siquiera pude tener mi móvil encendido, ya que la luz le molestaba.

Mi caballeroso amigo con derecho a roce *barra* novio coge mis maletas y me acompaña a mi habitación. No es necesario haber estudiado ninguna carrera para saber lo que vamos a hacer en cuanto lleguemos. Más vale que a los lados no haya nadie, al menos a esta hora.

Cuando Kike y yo entramos en la estancia, no nos da tiempo ni a dejar las maletas en pie, porque acaban tiradas de cualquier manera por el suelo. Ya huele a deseo. El calor ahora es sofocante; hay pasión, fuego. Nos desnudamos, nos besamos, nos rozamos.

—No te imaginas cuántas ganas tenía de estar contigo, *darling* —dice contra mi oído, y yo aprieto los muslos por la anticipación.

Temblamos de impaciencia por la pasión acumulada durante tanto tiempo. Por fin juntos, ojalá pudiéramos parar el tiempo ahora mismo. Caemos en la cama, somos uno. Los besos son cada vez más intensos, violentos quizá.

—Joder, Alicia, estás empapada —susurra cuando mete la mano entre mis piernas y comienza a acariciarme.

Es cierto, estoy muy mojada. No recuerdo la última vez que estuve así.

—Necesito más —gimo en su boca deshaciéndome contra sus dedos, que entran y salen de mi interior.

Él la tiene dura, la siento contra mi piel. Con la otra mano me agarra del cabello, tira de él y me lame el cuello; siento su aliento sobre mí. De pronto sus manos me abandonan y se comporta como el hombre que quiero que sea: me agarra de la cabeza y me dirige hasta su entrepierna. No tiene que pedírmelo, me la meto yo solita en la boca y la saboreo. Él gime sin parar, yo también. Cuando la saca, me tumba de espaldas, se enfunda un condón con rapidez y se pone encima de mí para embestirme con tanto ímpetu que la cama da golpes secos contra la pared. Lo dicho: espero que no haya nadie al lado. Continúa penetrándome muy fuerte. Ahora que me fijo en sus pectorales, me da la sensación de que ha estado yendo al gimnasio; lo veo mucho más musculado que la última vez. Me gustaría preguntárselo, pero será después: ahora me está follando tan bien que no puedo ni pensar ni hablar.

Aunque quiero contenerme, soy incapaz. Mis gemidos y jadeos son estratosféricos, quizá algo exagerados. Seguro que nos oyen desde el pasillo. Sin embargo, lo que Kike me está haciendo es lo más, estoy ardiendo. No se lo he dicho, pero me he corrido ya dos veces. Ahora soy yo la que se pone encima y lo cabalgo como si fuera una auténtica amazona. Subo y bajo lentamente, y luego poco a poco voy acelerando el ritmo. Sé que eso le pone, nos conocemos, y le doy tanto placer que me juego lo que sea a que está a punto de explotar. Estoy megacachonda y por eso lo pillo con muchísimas ganas. Cumplir la promesa que nos hicimos, la de no estar con nadie más, es lo que tiene: al encontrarnos, saltan las chispas de manera increíble. ¿Prometernos exclusividad significa que somos pareja? Pues sí, a lo mejor lo somos.

—No puedo más —me susurra—. Voy a correrme, Alicia.

Me bajo, le quito el condón y me la vuelvo a meter en la boca mientras se la agarro con la mano. El sueño de todo tío, o de casi todos, es acabar en la boca de su chica, y yo siempre cumplo esa fantasía para Kike. He de tenerlo contento, y yo soy experta en eso. Cuando me avisa de que se va a correr, se la aprieto entre los labios y lo masturbo a buen ritmo. Él se deja llevar soltando un gruñido animal. Ideal, parece que le ha gustado. Volvemos a fundirnos en un abrazo y en más besos, volvemos a ser uno. Pero los momentos románticos pueden estropearse por culpa de algún tocapelotas que tiene ganas de molestar.

—¡Parejita! —Lucas está llamando a la puerta, la aporrea con fuerza—. Hemos quedado a las ocho para ir a cenar al bar del pueblo, ¿vais a venir?

Ahora mismo me encantaría darle una paliza al novio de Claudia, lo juro. Si lo tuviera delante y no pudieran imputarme un delito de lesiones, lo agarraría del cuello y le estamparía la cabeza contra la pared. O sea, a veces lo odio, sí. Qué manera de fastidiar nuestro reencuentro.

—*Fuck off!* ¡Iremos, pero deja de darle golpes a la puta puerta, Lucas! —le grita Kike sin parar de acariciarme la espalda.

—Hemos quedado en recepción; no lleguéis tarde, chavales.

Lo odio. Lo repito: en este momento lo mataría.

—Joder con Lucas, se pasa de intenso, ¿no? Veo que no ha cambiado nada, da igual los años que pasen que siempre será igual.

—Totalmente, cielo. No entiendo qué ve Claudia en él.

—Bueno, ya sabes lo que dicen: los polos opuestos se atraen...

—Eso es justamente lo que ella dice siempre.

—Ya... Oye, voy a ducharme. Si hemos quedado a las ocho, no quiero que se me haga tarde.

Cuando Kike se levanta de la cama y me da la espalda, veo algo que me escama. «No puedo creérmelo, eso es un... ¿arañazo?». Son dos líneas rojas que no tienen pinta de ser recientes, quizá sean de hace una semana y media o algo así.

—¿Qué te ha pasado ahí? —Le señalo las marcas.

—¿Cómo?

Me da la sensación de que acaba de hacerse el despistado para evadir la pregunta... Seguro que son imaginaciones mías. Sin duda se ha rascado él mismo y ni siquiera se acuerda... Aunque parecen hechas por unas uñas largas...

«No, no puede ser».

—En la espalda, tienes dos arañazos.

—¿En serio? Qué raro.

Entra en el lavabo, se planta frente al espejo, se gira lo suficiente mirando su reflejo y ve de qué le estoy hablando.

—Pues... ni idea... —me dice extrañado—. Espera, espera, el otro día me rasqué con un abrecartas del escritorio porque no alcanzaba... Fijo que me lo hice entonces, yo solo.

«Yo solo».

Si ahora mismo pudiera hablar con un psicólogo, estoy convencida de que me diría que Kike ha destacado demasiado que no había nadie más, señalando una negación preventiva.

—Ah, entiendo. Bueno, seguramente te lo hiciste así; a veces eres un poco bruto.

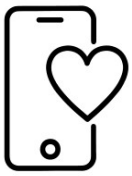
—Hace unos minutos no te quejabas de eso...

—Eres idiota —replico con una sonrisa y tirándole un cojín.

Él me la devuelve y entra en la ducha. No quiero dar la sensación de que soy una chica celosa, aunque no puedo negar que ahora lo estoy. O sea, no soy tonta. Juraría que esos arañazos se los ha hecho alguien, literal, pero me convenzo de que no tengo por qué

desconfiar de él... Espero que no me esté mintiendo y se los haya hecho otra chica, porque, si es así y me entero, me voy a enfadar... Y, cuando me enfado, me convierto en otra Alicia que no le gustaría ver.

3



Alicia

Cuando Kike ha salido de la ducha y se ha vestido, he intentado poner buena cara todo el rato. Prefiero no insistir en el tema de los arañazos, aunque voy a estar muy observadora para que no me la cuele; o sea, ver y callar... de momento.

Al salir al pasillo para dirigirnos a las escaleras y llegar a recepción, veo a Lucas otra vez con ese camarero. «¿De qué hablarán?». Este es el cuarto año que venimos al hotel y jamás lo había visto por aquí, aparte de que no recuerdo a mi amigo charlando con ningún empleado del hotel. Además, ese camarero parece muy pagado de sí mismo, como si se sintiera superior o quisiera transmitir esa imagen... No sé, me da muy mala espina. Es físicamente fuerte, con un cuerpo esculpido en el *gym*. Seguro que toma un montón de anabolizantes. Es casi calvo, y el poco cabello que le queda lo lleva rapado al cero. O sea, es el típico que no tiene ni un pelo en todo el cuerpo. Están ahí, al fondo del pasillo, cerca de la salida de emergencia, cuchicheando sobre algo que se me escapa. Me encantaría averiguar qué es. Ahora veo cómo se despiden dándose un apretón de manos justo cuando Claudia sale de su

habitación. Es una pena que no haya visto a su novio hablar con el chulo de gimnasio. Tendré que contárselo yo, ¿no? Totalmente.

—¿Por qué no bajáis Lucas y tú a recepción y nos esperáis allí, porfi? Quiero hablar un segundo con ella —le digo a Kike cuando se nos acercan.

Ellos lo pillan a la primera y desaparecen por las escaleras, así que agarro a Claudia del brazo y nos metemos en mi habitación.

—Tía, huele mucho a sexo aquí dentro —me dice sin cortarse ni un pelo.

—A ver, normal, teniendo en cuenta qué hemos hecho —respondo con una media sonrisa. Aunque está exagerando, las ventanas están abiertas y ya hace rato de nuestro polvo. Eso es que mi amiga quiere destacarlo por algo...

—¡Qué suerte, aprovecha! Lucas ni me ha mirado, se ha pasado todo el rato haciendo no sé qué mierda con el móvil. —«Ahí está, quería desahogarse»—. Bueno, ¿qué ocurre? Recuerda que hemos quedado para ir a cenar y llegaremos tarde.

—Sí, sí, al grano. ¿Has visto a un camarero rapado megamusculitos? Uno con cara de pocos amigos.

—No me suena, ¿por qué?

—Ha estado hablando con Lucas hace un momento. Y en recepción, cuando hemos llegado, se han saludado con una miradita y un gesto de cabeza un poco extraños.

—Define «extraños», Alicia.

—No sabría decirte, ¿sabes? Pero ha sido algo raro, me ha dado mal rollo.

—Estarían charlando sobre cualquier cosa del hotel. Deja la paranoia, cariño. Escuchar tantos pódcast de *true crime* te está haciendo ver cosas donde no las hay —bromea mi amiga, y yo suspiro exasperada porque no me esté tomando en serio.

—A ver, ¿desde cuándo habla Lucas con el personal del Dante? Tu chico cree que está por encima del bien y del mal.

—Tal vez tengas razón... Pero quizá le estuviera preguntando algo sobre estos días, quién sabe. No te preocupes. Si fuera algo importante, ya me lo habría dicho. Confío plenamente en él.

—Me parece bien, gordi, pero yo no me fiaría de ese camarero. No me gusta, y no suelo equivocarme.

—Perfecto, Sherlock, lo tendré en cuenta —termina diciendo, guiñándome un ojo.



Acabamos de llegar al bar La Cometa, es una pequeña hamburguesería del pueblo en cuyas afueras está el hotel. Es una tradición cenar aquí la primera noche cada año. La verdad es que la comida está muy rica y las raciones son bastante generosas. Nos han sentado en la mesa más grande, la del fondo.

Kike y yo no podemos dejar de estar cariñosos el uno con el otro desde que hemos entrado, tenemos que recuperar mucho tiempo perdido. Pero hay algo que me incomoda un poco: no sé por qué, tengo la sensación de que alguien no deja de observarnos cuando nos besamos, como si clavara los ojos en mí. ¿Por qué sentiré eso? ¿Será cierto o solo imaginaciones mías?

Raúl está sentado delante de mí y me mira con descaro; este sí que no se esconde ni disimula. Sé lo que está pensando, me reprocha mi comportamiento con Kike porque él nunca se besaría en un lugar público. De todos modos, como he dicho, no es su mirada la que me perturba, es otra.

Claudia le está dando un trago a la cerveza que ha pedido y se ríe cuando Lucas se derrama parte de la suya por encima.

—Eres torpe, amor. ¡Qué le vamos a hacer! —suelta a la vez que le hace una de sus caricias.

El camarero nos trae las hamburguesas con las patatas fritas, que tienen una pinta divina, y empezamos a cenar. Al poco me percato de que Héctor está a punto de soltar una de sus ocurrencias. Lo sé porque mastica con rapidez para tragar cuanto antes y arrancar a hablar.

—Podríamos ir al bosque esta noche y dedicarnos a contar historias de miedo, ¿qué os parece la idea?

—Joder, Héctor, ni que estuviéramos en Halloween —le suelta Raúl —. Hace calor, macho, muchísimo. Estamos en verano y paso de estar sudando en mitad del bosque con la puta humedad que hay.

—Luego podemos bañarnos en el lago y...

—Ni de coña, Gnomo —lo interrumpe Catherine—. Yo no me acerco ahí de noche, no quiero ni imaginar la de bichos que debe de haber en el agua. Solo con pensarlo, me pongo mala.

Esta chica a veces actúa como si fuera la víctima de todo. En ocasiones me cae de pena.

—El único bicho que hay aquí es Kike —comenta Raúl en un tono algo sarcástico—, que por eso es inglés.

Todos nos reímos, incluso yo, y eso que está hablando de «mi novio», pero no he podido evitarlo. Héctor, más que nadie, pues ha soltado una buena carcajada.

—¿Qué tiene que ver ser bicho con ser inglés? —le espeta Catherine altiva; parece cabreada, la verdad es que hacía mucho tiempo que no la veía así.

—Nada, tía, era solo una broma —se justifica Raúl.

—Pues no ha tenido ni pizca de gracia, que lo sepas. Aunque no debería sorprenderme, nunca la tienes.

—Joder, tía, que no hay para tanto. No creo que a Kike le haya molestado. ¿Te ha sentado mal, tío?

—Qué va, *bro*. Esas bromas no me afectan.

—¿Lo ves, Catherine? A él no le ha ofendido.

Sinceramente, me he quedado paralizada por esta absurda discusión. Si hiciera falta, defendería a mi chico, aunque él sabría hacerlo perfectamente. De todas formas, también creo que Catherine se está excediendo.

De pronto Claudia me mira y me hace un gesto con la cabeza; sé que quiere que me entrometa, pero ¿para qué?

—Te has pasado, Raúl. Sigo pensando que ese comentario estaba fuera de lugar —insiste la muy pesada sin darse por vencida.

—Mira, morenita, deja de tocarme los huevos y píntate los labios, que se te ha ido un poco el carmín. Luego recógete el pelo por enésima vez y vete a ver si alguien te la mete, que ya estás tardando.

—¡Serás cerdo! —Catherine acaba de soltarle un bofetón a Raúl, y todos nos quedamos flipando con la situación.

Lucas se levanta y los separa.

—¿Podemos tener la fiesta en paz, por favor? —suplica Claudia, la más alterada.

La entiendo. A ella no le gustan los conflictos, no suele enfadarse con nadie. Siempre prefiere hablar las cosas antes que discutir. Es tan buena persona que a veces la envidio por ello.

Mientras Raúl y Catherine se echan miradas asesinas el uno al otro, mi vista se desvía hacia la puerta de la hamburguesería. Acaba de entrar el chulo de gimnasio. ¡Qué fuerte! Le hago un gesto a

Claudia para que se vuelva hacia la barra, que es a donde ha ido el tipo, pero no me hace caso.

Saco el móvil y tecleo rápidamente.

Este es el tío con el que
he visto antes a Lucas.

Tras leerlo, gira la cabeza hacia mí y, cuando nuestras miradas se cruzan, le señalo con un gesto al calvo que está ahí de pie. Veo su expresión de «¿Este? ¿Qué cojones hacía mi novio hablando con él?».

Me ha quedado clarísimo que mi amiga no lo conoce de nada y me reafirmo en que aquí hay algo que no me encaja... Y lo peor viene ahora: Lucas se encamina hacia la barra y se pide una cerveza, aunque enseguida descubro que ese no ha sido el motivo por el cual ha ido hasta allí... Yo lo he visto y Claudia también, el megamusculitos acaba de darle un papel doblado por debajo del mostrador disimuladamente. Parece que nadie se ha percatado, excepto nosotras.

4



Claudia

La noche no está yendo demasiado bien que digamos...

Héctor se ha pasado con el alcohol, como de costumbre. Supongo que le afecta más porque es bajito. Está bastante pálido; espero que no acabe vomitando, porque, como se le ocurra devolver aquí, seguro que no nos dejarán entrar más en La Cometa.

Raúl y Cathie ni siquiera se miran; después de la pelea que han protagonizado, ninguno de los dos quiere saber nada del otro. Me encantaría decirles que es una tontería, que se perdonen y se den un abrazo, pero no quiero meterme. Si fuera por ella, seguro que no habría problema; él es un poco más rencoroso. A ver si lo arreglan pronto y no va a más.

Cuando miro a Lucas, me acuerdo del dichoso papelito que le ha dado el calvo cachas y me pregunto qué es lo que habrá escrito en él. Si se tratara de algo importante, estoy convencida de que me lo habría contado. No tiene secretos para mí... aunque han intentado esconderlo los dos, como si fuera algo que solo ellos pudieran conocer. Ahora le dice algo a Raúl al oído, los dos sonríen, él le guiña un ojo y se levanta para ir al lavabo. «No comprendo nada, ¿qué

está ocurriendo aquí? No lo sé, pero lo averiguaré». He decidido que, cuando esta noche duerma a pierna suelta, cogeré la nota. Podría intentar hacerlo antes, metiendo disimuladamente la mano en el bolsillo de su chaqueta y sus pantalones mientras le doy un beso, por ejemplo, pero creo que será mejor esperar.

Cuando Lucas vuelve del servicio, se acerca y me da un pico. Huele a alcohol. Él también ha bebido bastante, aunque tiene más aguante que cualquiera de nosotros.

—Estoy que me caigo de sueño, ¿podríamos pedir la cuenta y marcharnos? —nos dice después de un largo bostezo.

Alicia me mira de inmediato, y con su expresión me está diciendo: «Otra noche sin sexo, amiga». Es muy posible. Si está bebido y cansado, no lo voy a poder sacar de ahí, pero le veo el lado positivo: será mi oportunidad para buscar el papel y leer lo que pone. Me muero de curiosidad.

Al final cedemos a las súplicas de Lucas, que insiste, y le pedimos la cuenta al camarero.

—¿Alguien podría pagar mi parte de la cena? —pregunta Héctor—. Me he dejado la cartera en la habitación.

—Cada año sueltas la misma excusa, macho —le reprocha Raúl—. Saca el dinero de los gayumbos, seguro que te lo has escondido ahí.

Al traer el *ticket*, Alicia se hace cargo de la parte de Gnomo... Bueno, en realidad, es su «papi» quien paga, eso lo sabemos todos.

Salimos del bar en dirección al Dante. Antes de llegar, pasamos al lado de un almacén donde los del hotel guardan herramientas y botellas de vino vacías. Lucas se detiene allí y se apoya en uno de sus muros. Luego saca un porro del bolsillo, por lo que deduzco que ha ido antes al lavabo a liárselo.

—¿Quién quiere una calada?

—¡Yooo! —exclama Héctor.

—Ni de coña, tío, no quiero ser el causante de un desmayo. Ya estás demasiado pedo como para encima ponerte a fumar.

Catherine se marcha sin decir nada, está enfadada. No se ha despedido de ninguno de nosotros, mucho menos de Raúl. Ni siquiera lo ha mirado. Creo que esto no acabará bien. Le doy una calada al porro, solo una, y Alicia también. Kike pasa de fumar y Héctor no para de suplicarle a Lucas que le deje probarlo... Cuando por fin lo convence y le pega una calada, no tarda nada en ponerse a vomitar.

—Os lo juro, el año que viene bebo agua —farfulla cuando por fin se encuentra un poco mejor.

Kike y Alicia van a lo suyo, besándose, abrazándose, mimándose... Es normal, tienen que aprovechar a tope. Los veo taaan enamorados... Ojalá compartieran más tiempo a lo largo del año. Si fuera así, quizá Ali espabilaría y dejaría de depender tanto de su padre.

Miro a Lucas y pienso que me encantaría que fuera más romántico conmigo. Al principio lo era, pero supongo que, con el paso del tiempo, todo se va enfriando y la rutina hace mella en la relación.

Mi chico le da la última calada al porro, juraría que está un poco mareado. Será mejor que todos nos vayamos a dormir.

—Si alguna parejita quiere hacer un trío, que me llame —suelta Héctor sonriente, ya con mejor cara.

—La marihuana te ha afectado más de la cuenta —le digo.

Kike no deja de tocarle el culo a Alicia, ahora no se cortan ni un pelo. Ese inglés está dispuesto a todo para hacer que a ella no se le olviden estos días fácilmente. La verdad es que me gusta mucho más que su anterior novio; su ex no la trataba nada bien y siempre se quejaba de lo malcriada que la tenía su padre, aunque yo creo que era envidia.

Al llegar al hotel, nos vamos todos a nuestras respectivas habitaciones, Héctor con la ayuda de Raúl porque, al subir las escaleras, ha estado a punto de caerse al suelo más de una vez y de estamparse la cabeza contra la pared. Hay cosas que nunca cambian, cada año lo mismo.

Cuando Lucas y yo entramos en la nuestra, él se quita la ropa y se tira en plancha sobre la cama. A los pocos segundos está roncando. «Ahora es mi momento». Cojo el pantalón que ha dejado tirado en el suelo y rebusco en los bolsillos. En el primero encuentro la bolsita de plástico en la que lleva la maría, pero, cuando meto la mano en el otro, doy con la nota. Por fin tengo en mi poder el papelito doblado que ese tío cachas le ha dado a escondidas. Lo abro y leo lo que pone.

Habitación número trece.

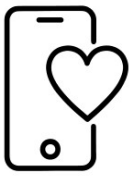
«¿Qué clase de broma es esta? ¿En serio solo hay esto?». Demasiadas expectativas me había creado. He llegado a pensar que podría ser algo relacionado con mi cumpleaños, que es mañana, y podría estar preparando una sorpresa para mí, pero nada que ver.

«¿Para qué le da ese tipo un número de habitación? ¿Será la suya? ¿Han quedado allí?». No lo creo; ese cachas trabaja aquí y dudo que también se aloje en el hotel. Imagino que vivirá en el pueblo o en los alrededores.

Alicia me ha comentado que los ha visto hablando en el pasillo y también que los ha pillado haciéndose un saludo casi imperceptible al llegar. Todo esto es raro de la leche... y más con lo que ha pasado en La Cometa, entregándose mensajitos a hurtadillas como si fueran niños en el colegio.

Aquí se cuece algo y pienso averiguar qué es.

5



Alicia

Kike y yo nos hemos pasado casi toda la noche haciendo el amor. Ha sido increíble. Realmente lo añoraba... y es que tantas semanas separados se me hacen muy difíciles porque lo quiero. Está claro que deseo compartir más tiempo con él, pero de momento nos resulta imposible.

A pesar de la falta de sueño por el intenso «ejercicio», esta mañana nos hemos despertado temprano y nos hemos tirado un buen rato abrazados en la cama. Me ha estado explicando la trama de su siguiente novela, que ya está escribiendo, y he de reconocer que en algún que otro momento se me han encogido las tripas porque, extrañamente, me ha resultado un poco familiar. Ahora se está afeitando en el baño, y yo sigo tumbada mientras contemplo el cielo a través de la ventana sin quitarme de la cabeza la conversación sobre su libro...



—La historia transcurre en una cabaña apartada a la que un grupo de amigos van a pasar un fin de semana.

—¿Cuántos? —le he preguntado.

—Son siete personajes, tres chicas y cuatro chicos.

Ahí me he dado cuenta de la primera coincidencia... Me ha recordado a nosotros.

—En realidad, dentro de esos siete hay dos parejas.

Segunda coincidencia, ¿no?

A partir de aquí me ha descrito los caracteres de cada uno, su aspecto físico, sus trabajos... y he empezado a ponerme tensa. «¿Está escribiendo sobre nosotros?».

—Entonces comienzan a morir uno tras otro de modos distintos —prosigue—; evidentemente, entre ellos está el asesino.

«¿De qué habla? ¿Morir uno tras otro?».

—¿No crees que eso está muy visto, Kike? —es lo único que se me ha ocurrido decir.

—Puede que el planteamiento sí, pero confía en mí: esta novela lo va a petar. Las muertes que tengo en mente son muy elaboradas, sangrientas, aunque están narradas con mucho humor negro y de tal modo que nadie sea capaz de adivinar quién es el culpable hasta el final. Nadie pensará en él o ella como sospechoso. Te aseguro que será un éxito.

—Me flipa, pero... ¿me dirás a mí quién es el asesino? Porfi, anda.

—Ni hablar, le quitaría toda la gracia. Lo sabrás cuando la leas.



La manera en la que me ha contado a grandes rasgos el argumento de la obra que tiene entre manos me ha puesto la piel de gallina. Una vez leí, creo que fue en una revista, que a un escritor sueco se le había ido la pinza y mataba a sus víctimas igual que lo hacía en sus libros. ¡Qué fuerte! A ver, no creo que Kike sea peligroso ni un asesino en serie, *of course*, pero... menos mal que ha ambientado la novela en una cabaña y no aquí. Desde luego, el Dante sería el lugar perfecto como escenario para un relato así y me entraría miedito solo de pensarlo.

Ayer durante la cena decidimos que hoy iríamos al lago a pasar todo el día. Planazo. Hace mucho calor y allí se está de fábula. Esperemos que, en un entorno así de tranquilo, Raúl y Catherine sean capaces de limar asperezas. Además, siempre que vamos, nos lo pasamos divinamente. Ella, Claudia y yo tenemos un grupo de WhatsApp y hemos estado charlando un rato antes de vernos en el desayuno. Al principio Catherine se negaba a venir con la excusa de la pelea de anoche con Raúl, pero al final la hemos convencido. En realidad, no quería porque le da miedo meterse en el agua, cree que hay bichos. Tonterías, está cristalina y jamás nos ha atacado ningún animal.

Todos bajamos a desayunar a la cafetería del hotel y aprovechamos para felicitar a Claudia. Hoy cumple veintiséis y creo que no le hace mucha gracia, porque eso significa, según sus palabras, «empezar la cuesta abajo hacia la treintena».

Kike y yo le regalamos un *pack* de masajes en uno de los centros más top y con más *glamour* de toda Barcelona.

—¿En serio? —plantea sorprendida.

—¿Te gusta? —Es una pregunta retórica, ya sé cuál es la respuesta.

—Por supuesto que sí, pero, ¡Dios mío!, tienen una lista de espera de meses. ¿Cómo lo habéis conseguido?

—Resulta que un amigo de Kike conoce al dueño: unas cuantas llamadas y listo.

—Tía, esto es una pasada, menudo regalazo...

—Y el masaje te lo dará uno de los chicos, ¿eh? —suelta Kike mientras le guiña un ojo a Lucas.

—Espero que eso sea humor inglés, porque no tiene ni puta gracia —replica este.

—Aquí tienes el mío, Claudia. —Héctor saca un pequeño sobre del bolsillo trasero de sus pantalones.

El año pasado le regaló dos entradas para PortAventura. Cuando vi la cara que puso mi amiga, pensé: «Jolín, tía, al menos disimula un poco». Sin duda no le entusiasmó. Por mi cumple se le ocurrió comprarme una entrada para el Salón del Manga de Barcelona, un regalo un tanto «especial» teniendo en cuenta que no me gusta el manga y que, además, solo me dio una. ¿En serio Gnomo creía que iba a ir sola? ¡En la vida! Encontré a un friki por Internet y se la vendí... Los primeros días me sentí fatal por Héctor, aunque después se me pasó. Así que ni tan mal.

—¿Qué es esto? —Claudia saca un papelito del interior del sobre y lo lee. Parece no creérselo.

—Es un vale para dos personas para el Museo de Cera de Barcelona. Guay, ¿verdad? Me han dicho que ahora han puesto a los de *La casa de papel*.

—Cada año te superas, cariño —suelto con sarcasmo.

Catherine parece muy emocionada cuando, de una bolsa que ha dejado junto a la mesa, saca un paquete perfectamente envuelto en un papel de color rosa. Cuando la cumpleañera lo abre, juraría que Lucas es el que más feliz se pone.

—¿Qué te parece? —quiere saber Catherine.

—Es precioso... Me encanta.

—Y, por la cara de tu novio, veo que también le ha gustado, ¿eh, granuja?

Claudia nos enseña a todos el conjunto de lencería. Es normal que a Lucas le fascine, parece el atuendo de una actriz porno.

Raúl no suele fallar y tira a lo fácil: una tarjeta regalo con setenta euros para una tienda de ropa. Él no se complica.

Después sacamos un pastelito y Claudia sopla las velas, no sin antes pedir un deseo. En ese momento no pone buena cara por eso de que no le chifla cumplir años. Lucas deja lo mejor para el final: un viaje a Roma, eso sí es un supermegarregalo. La veo emocionada, pero menos de lo que debería, en realidad. Quizá se sienta así debido al distanciamiento que hay entre ellos por el rumbo que ha tomado la relación.

De repente me doy cuenta de que quien sirve los cafés tras la barra es el chulo de gimnasio. Hoy tiene muy mala cara, como si estuviera enfadado por algo. En cuanto puedo, me acerco a Claudia y me siento con ella para hablar al respecto.

—Anoche Lucas se durmió muy rápido y encontré el papel que le dio el forzudo —me explica cuando le señalo dónde está el musculitos.

—¿Y qué ponía en la nota?

—Habitación número trece.

—¿Qué significa eso?

—No tengo ni idea, Alicia. Primero pensé que podría ser la del camarero, pero no me cuadra. No creo que viva aquí.

—Pues hay que averiguar quién se hospeda allí —le propongo.

—¿Cómo?

—Pues como se ha hecho toda la vida, llamando a la puerta.

Claudia y yo no concretamos cuándo ejecutaremos ese plan, pero sí que en algún momento del día nos escaparemos del resto para intentar averiguar quién duerme en la habitación número trece. De verdad espero, sobre todo por su bien, que no nos abra alguna mujer despampanante. En eso ando pensando cuando, de pronto, me quedo perpleja. ¡Qué fuerte me parece! Le hago un gesto a mi amiga para que eche un vistazo a la zona de los cafés. El calvo está hablando otra vez con Lucas, y Raúl se une a la conversación. Todo esto es muy *crazy*... Sonríen y se dan la mano como si hubieran cerrado algún tipo de trato. No recuerdo haber visto nunca a este hombre por aquí, juraría que es nuevo en el Dante.

Los dos amigos del alma regresan con sus cafés y se sientan. Le toco la pierna a Claudia por debajo de la mesa y le guiño un ojo, avisándola de que estoy a punto de soltar alguna de las mías.

—Últimamente te veo hablar mucho con ese camarero de ahí, Lucas.

—¿Te gusta? Te recuerdo que sales con Kike, cielo.

Seguro que, si en la novela de mi novio hay algún personaje inspirado en este chulito, ese será el primero en pasar a mejor vida. Lo he tenido claro cuando he mirado a mi chico después de que Lucas haya soltado esa tontería por su bocaza.

—Es solo curiosidad, ya que nunca lo habíamos visto por aquí...

—Se llama Carlos —me contesta—. Es de Barcelona. Fue una sorpresa encontrármelo aquí ayer. Nos conocemos más o menos de vista, de colegas en común.

Claudia lo acaba de mirar con cara de «no sé por qué, pero no te creo». La conozco hipermegabién.

—¿Y tú, Raúl? ¿También lo conoces? —sigo a lo mío.

—Joder, tía, menudo interrogatorio, ¿no? —suelta molesto—. Sí, Ali, pero igual que Lucas: es un amigo de otros amigos. ¿Contenta?

Raúl y Catherine no se han dirigido la palabra en ningún momento desde que nos hemos encontrado. Ella ha hecho el amago de mirarlo alguna que otra vez. Él, ni siquiera eso.

Aparte de ese detalle, el desayuno transcurre con normalidad. Tomamos café y comemos un poco de todo, ya que es tipo bufet: tostadas con mantequilla y mermelada, un poco de embutido, algo de fruta... además del pastelito del cumple. Bueno, Catherine se ha preparado un bol con cereales y se ha comido un kiwi. Ahora entiendo de dónde saca ese cuerpazo.

Tras subir a las habitaciones a cambiarnos y coger las bolsas, nos vamos todos al lago, que está bastante cerca del hotel: solo tenemos que seguir un sendero rodeado de árboles que dan una sombra impresionante, pasando por delante de una pequeña cabaña que siempre está cerrada, para encontrarnos con la maravillosa agua cristalina con la que sueño todos los días. Este enclave es tan bonito que ni siquiera doy con las palabras adecuadas para describirlo.

Se oye el ruido del agua bañando la orilla, indicativo de que hemos llegado, y Lucas y Claudia son los primeros en quitarse la ropa y tirarse al agua.

—¡Venga, no seáis gallinas! —grita él sacando la cabeza fuera.

—Tiene pinta de estar superhelada... —comento mirando el lago, insegura.

—Un poco, ¡pero, una vez dentro, se te pasa! —exclama Claudia nadando en círculos como una sirena.

Raúl no lo duda demasiado y se tira. Al emerger, se pone boca arriba y hace el muerto para después ponerse a nadar. Héctor, en cambio, está revisando su teléfono móvil.

—No os lo vais a creer: otra empresa de zapatillas deportivas también ha sido hackeada y sus acciones han caído un doce por ciento...

—Macho, ¿ya estamos con eso otra vez? Eres un pelmazo —se queja Raúl desde el agua.

—Tú sigue metiéndote conmigo si quieres, pero el mundo se va a la mierda.

—Lo que tú digas. Venga, deja el puto móvil y ven al agua.

—Os lo aseguro, y eso no es nada comparado con lo que dentro de poco se podrá hacer con la inteligencia artificial. Recordad mis palabras: la IA nos dominará. Seremos sus siervos.

—¡Cállate, capullo! —le grita Raúl.

Catherine, tras pasarse un rato entretenida con sus redes sociales, cómo no, se tumba sobre la hierba y se pone a tomar el sol. Lo más fuerte es que va sin la parte de arriba del bikini, está haciendo *topless*. Es una descarada. He pillado a Kike en más de una ocasión mirándole de reojo los pechos. Reconozco que son perfectos.

Lucas es menos disimulado, y Claudia ya le ha dado una colleja.

—¿De qué vas? ¿Por qué la miras tanto? —No debería haberle hecho esa pregunta a mi novio, pero no lo he podido evitar.

—No la miro, Ali.

—Sí lo haces. ¿Acaso no tienes suficiente conmigo?

—Anda, ven aquí, tonta. Si yo solo tengo ojos para ti.

Kike me coge de la cintura y comienza a besarme. Sus besos son tan especiales... Besa lo siguiente de bien y, cuando nuestras lenguas se enredan, consigue que se me erice toda la piel. Sin embargo, confieso que de vez en cuando me asalta la imagen de los

arañazos de su espalda. Intento quitármelos de la cabeza, pero no soy capaz.

Nos tumbamos sobre la toalla y nos abrazamos para seguir a lo nuestro... Y, mientras él me besa el cuello, puedo ver a Héctor demasiado pendiente de nosotros... Lo pillo con los ojos fijos en mí y me recorre un escalofrío. O sea, experimento la misma sensación que cuando me pareció que alguien me observaba anoche en el bar, clavándome la vista en la nuca... Pero seguro que una cosa no tiene nada que ver con la otra. De todos modos, ¿por qué nos mira fijamente mientras nos besamos? Quizá tenga celos de Kike, ¿puede ser eso?

Eso es muy *crazy*, porque, cuando nuestras miradas se cruzan varias veces, me invade una sensación extraña, una que últimamente ya he sentido. Héctor es un buen tío, de los mejores, pero esa forma de observarnos no me está gustando en absoluto.

6



Claudia

Me encanta venir al lago. Tenía muchísimas ganas de estar aquí para poder darme un baño, hoy hace un montón de calor. Ahora, tras el chapuzón que nos hemos dado Lucas y yo nada más llegar, estoy en modo observación, a ver qué pasa.

Quiero que Raúl y Cathie arreglen sus diferencias, que esto no se alargue en el tiempo, pero han de ser ellos; no debo intervenir. También me gustaría que Héctor dejase de mirar de esa manera a Ali... ¿Por qué lo hace? Es como si el bonachón del grupo se hubiese convertido de repente en un acosador. La verdad es que Gnomo nunca ha mostrado interés sexual por ninguno de nosotros ni se ha puesto celoso con nadie, pero debo admitir que me inquietan un pelín las miradas que les lanza a mi amiga y a Kike, sobre todo a ella.

Bueno... Voy a desconectar de eso; ahora lo que quiero es meterme de nuevo en el agua con Lucas para disfrutar el uno del otro, pues en nuestro primer baño se nos ha unido Raúl y lo ha estropeado. Y eso hacemos. Tras sumergirnos, lo agarro por detrás y le beso el cuello.

—Tengo muchas ganas de pasar un rato relajado contigo —murmuro en su oído.

Él no me responde, solo se gira y nos besamos. Me dejo llevar y acerco mi mano a su bañador para, acto seguido, introducirla bajo la tela y tocar su paquete, pero él se aparta.

—¿Qué pasa? —pregunto extrañada.

—No es momento de esto, Claudia, joder —me espeta alejándose. Sale del agua, dejándome paralizada en el sitio.

«Maldita sea, ¿por qué no quiere que lo toque?». Su comportamiento es muy extraño porque mi novio siempre está dispuesto a un poco de sexo... Y los años anteriores siempre nos hemos toqueteado, por decirlo finamente, bajo el agua sin ninguna queja por su parte. Sin embargo, ahora no puede estar más distante. Espero que nuestro amor no se haya apagado. La rutina me preocupa, pero nosotros aún no estamos en ese nivel, creo. La llama no es ya la misma que al principio, eso está claro, aunque tampoco es plan de que esto se convierta en algo tan frío. No sé, hay veces que me siento muy agobiada de tanto pensar en eso, pero no voy a negar que me da miedo perder a Lucas y tampoco que, si continuamos por ese camino, es lo que al final ocurrirá. Veo a Alicia y a Kike tan acaramelados que siento algo de envidia. ¿Sería una relación a distancia la solución a lo nuestro? No lo creo, no quiero alejarme de él, pero me duele ver en qué punto estamos.

Encima, Catherine lleva un rato en *topless* y Lucas la mira abiertamente; como de costumbre, no se corta un pelo. Es cierto que sus lolas son más bonitas que las mías porque son perfectas. Lo más increíble es que no está operada, y creo que eso hace que a mi novio se le vaya todavía más la vista. Espero que no se excite. No ha querido que lo toque bajo el agua, ya sería el colmo que le subiese

la temperatura por ella. Finalmente salgo yo también del agua y me tumbo a su lado en las toallas.

—¿Estás bien, amor? —inquiero.

—Sí, ¿por qué me lo preguntas?

—Te noto raro, solo eso.

—Si lo dices porque me he apartado, no te lo tomes a mal. Ahora no me apetece.

Últimamente no le apetece nada. Pero comerse con los ojos las tetas de Cathie sí, y también hablar con calvos cachas y pasarse papelitos. Me siento desatendida, ignorada, pues tiene energía para cualquier otra cosa, menos para mí.

—Este año Kike y Alicia lo están dando todo, ¿eh? —me comenta, supongo que para cambiar de tema.

—Unos tanto y otros tan poco —farfullo.

Hay que ver. Mi novio se ha fijado en cómo se buscan y cómo se comen la boca, pero no se le pegará nada de esos dos, no. En cuanto hemos llegado aquí, no han parado de besarse y hacerse caricias. ¿Está mal que sienta envidia también de eso? Yo creo que no. Pienso que eso podría ocurrirle a cualquiera en mi situación. Tengo una pareja a la que últimamente le está costando un mundo acercarse a mí, pero, claro, Lucas y yo nos vemos todos los días, y el inglés y mi amiga no.

Creo que le daré un par de vueltas a lo de la relación a distancia, quizá avive nuestra llama.

—¿Te has fijado en Héctor? —me señala Lucas—. Está mirando de una forma un poco rara a Ali, ¿no? ¿Qué le pasa a este tío ahora? Tendría que cortarse un poco y dejar de observarla de ese modo...

—No lo sé, pero yo también me he dado cuenta. Es muy extraño, ¿verdad?

—Viniendo de él, sí. Solo se fija en sus videojuegos, los cómics, los mangas y todo ese rollo de los ciberataques. Nunca lo había visto tan pendiente de una chica como ahora con Ali.

—¿Por qué no vas a hablar con él?

—¿Para qué? ¿Y qué le digo? «Oye, tío, deja de mirar a Alicia como lo estás haciendo, da un poco de grima. ¿Acaso te haces pajas pensando en ella?».

—Imbécil. No creo que llegue hasta ese punto, pero hay algo en esto que no me huele nada bien. Bueno, déjalo, quizá sean imaginaciones mías.

«¿Puede ser que Alicia esté metiéndole la mano a Kike por dentro del bañador?». Sí. Lo que yo he intentado con Lucas bajo el agua ella lo está haciendo ahora más descaradamente y con mucho más éxito. Bueno, está tratando de ser algo discreta, pero puedo notar cómo se la está tocando por debajo de la tela, y la cara de placer que el inglés está poniendo no tiene precio. Ojalá Lucas me tocase en este instante. Me encantaría que se humedeciera los dedos y me los metiera, aunque creo que está demasiado ocupado contemplando cómo Catherine se pone crema en las tetas.

Raúl se pasea delante de nosotros y, en broma, le da una colleja a Lucas. Continúa caminando hacia los árboles. Mi novio lo mira y se levanta.

—¿A dónde vas? —le pregunto.

—Raúl se va a fumar allí, entre los árboles. Voy un ratito con él, así charlaremos de nuestras cosas.

Lo hace; el muy cabrón se levanta de la toalla y se va con su amigo en vez de quedarse conmigo. ¿Por qué no fuman aquí? Tampoco comprendo el motivo por el que tienen que alejarse para poder hablar de «sus cosas»... «¡Ostras! Quizá quieran comentar lo de la habitación número trece». Mientras conversan lo

suficientemente lejos como para que no pueda oírlos, y juro que me encantaría saber qué dicen, miran hacia los lados, como si lo que están mencionando fuera *top secret*. ¿Qué se traerán entre manos?

Tengo que ir hoy con Alicia a esa habitación sí o sí. Debemos averiguar qué hay en ella o quién la ocupa...

Ahora Ali se levanta de la toalla y se mete en el agua sin Kike. Él se ha quedado tumbado, pero dura poco así porque Catherine, con las lolas al aire, se sienta a su lado y le pide que le eche crema en la espalda... ¡Dios mío! No me lo puedo creer, lo está haciendo: está tonteando con Kike delante de las narices de su chica.

«¿Por qué haces eso, Cathie? ¿Qué mosca te ha picado ahora?». No creo que esté tan salida o desesperada como para querer quitarle el novio a Ali, eso sería descabellado y traicionero por su parte. Pero la muy fresca no para de acercarse a él, y hasta le pone las tetas casi en mitad de la cara al girar medio cuerpo y darle las gracias por untarla. Está siendo muy descarada; demasiado, diría yo. Y, por otro lado, ahora Héctor no les quita ojo... Alicia ya ha pasado a un segundo plano, aunque su cara de obseso sigue ahí.

Tengo un mal presentimiento. No sé por qué, creo que algo terrible está a punto de ocurrir.

7



Catherine

Menudo planazo, otra vez al lago. Si supieran cuánto pánico me provoca, no vendríamos más aquí. Bueno, la verdad es que me gusta el sol, el rumor del agua, ver a los chicos en bañador... Pero ¡meterme en el lago ni de coña! Seguro que está lleno de bichos o de serpientes acuáticas que podrían llegar a comerme. Prefiero una piscina mil veces, ahí ves el fondo. Aunque Claudia y Alicia tengan la manía de decir que el agua aquí es cristalina, no es verdad; no sé por qué se lo inventan.

En fin, me quedaré tomando el sol y listo.

Raúl me ignora y me desvía la mirada toda la mañana. Me sabe mal haber discutido ayer con él, pero es que se metió donde nadie lo había llamado, y a este tipo de gente hay que pararle los pies. De todos modos, debo admitir que, si ahora me lo pidiera, me iría a una habitación y me acostaría con él. Sí, para qué negarlo: está buenísimo.

Espero que a ninguno le moleste que me ponga en *topless*. Lo hago cada año, así que no tiene que sorprender a nadie. Además,

estamos en un lago y aquí nadie me lo prohíbe. Estoy orgullosa de mi delantera y, si la quiero lucir, pues lo hago.

Kike me está echando vistazos de reojo y no precisamente a la cara, lo acabo de pillar. ¿Pensará en mí con las tetas al aire en alguna ocasión? El que seguro que lo hace es Lucas, que siempre babea embobado cuando las enseño.

Estoy cansada, esta noche no he dormido demasiado bien. No sé si ha sido un sueño o un estado de duermevela, pero he tenido la impresión de que había alguien en mi habitación espiándome. Lo he sentido tan vívido que me ha dado miedo estar sola. Por un momento incluso se me ha pasado por la mente ir a la de Raúl y llamar a su puerta; está claro que, si tuviera que elegir entre él y Héctor, iría a pedirle ayuda al guapo. Al final no lo he hecho por no parecer desesperada. No sé por qué me he asustado, la verdad; el caso es que notaba una presencia, como si alguien estuviera observándome, pero no he querido moverme de la cama.

Seguro que es por la dichosa historia del juego de Dante. La detesto. No me gusta dormir en un lugar donde se rumorea que ha desaparecido gente, aunque solo sea una leyenda. Además, el año pasado, cuando estuvimos aquí de vacaciones, me pasó algo muy extraño. Estaba en mi habitación tomando el sol en el balcón cuando alguien llamó a la puerta. Fui a abrir, pero no había nadie y me asusté mucho. Pregunté al aire si había alguien, aunque ya sé que no hay que hacerlo nunca, pues es de primero de películas de terror. Cuando volví a salir al balcón, llamaron otra vez, lo que me puso realmente nerviosa. Fui corriendo, aunque no había nadie de nuevo. Llamé a Raúl al móvil y vino a los pocos segundos. Me dijo que me vistiera y fuimos a dar una vuelta y a cenar con el resto. Por la noche le pedí que se quedara conmigo porque tenía miedo, y aceptó. Se tumbó conmigo en la cama y me abrazó. Al principio creí

que acabaríamos liándonos, pero ni por asomo; lo único que hizo don perfecto fue protegerme. Nos dormimos y, a la mañana siguiente, al despertar, se fue a su habitación. Fin de la historia. Él se lo perdió, hubiera sido el mejor polvo de toda su vida.

Bueno, volviendo al tema... Esta noche he tenido una sensación muy fea, como si alguien estuviera ahí, acechándome...

Alicia acaba de meterse en el agua y yo tengo un problema. Necesito que alguien me ponga crema en la espalda. La persona que tengo más cerca es Kike, que se ha quedado solito en la toalla. Cuando me aproximo a él, noto que se pone nervioso. No tiene por qué, puede estar tranquilo. Me siento a su lado y le pido que me eche crema. Todos nos miran, y a mí me encanta ser el centro de atención.

—¿Qué crees que estás haciendo? —me suelta Lucas en un tono de cabreo volviendo de quién sabe dónde.

—¿Perdona? ¿Qué se supone que he hecho? —replico.

—Has puesto a Kike en un compromiso pidiéndole que te ponga crema delante de su novia, ¿no te da vergüenza?

—No estoy haciendo nada malo, guapito de cara, aquí todos somos amigos. Déjame en paz.

—Sí, pero tú te plantas con los melones al aire delante del novio de una amiga tuya. No te reconozco, Catherine. Me estás dando mucho asco últimamente —me escupe Raúl, entrometiéndose de nuevo.

—¡Serás imbécil!

Me levanto y le doy un empujón; quizá luego me arrepienta, pero ahora desde luego que no.

—¡¿Qué cojones haces, tía?! —me grita—. Mira, es mejor que dejemos esto aquí. No me gustaría hacer algo que pudiera lamentar.

Me siento avergonzada, no comprendo cómo se ha podido torcer todo así.



Cuando llegamos a nuestras respectivas habitaciones después de pasar el día en el lago, pícnic incluido —aunque, a partir del encontronazo entre Raúl y yo, el ambiente ha sido muy tenso, ha quedado enrarecido—, lo único que me apetece es desnudarme, darme una ducha y dormir. Ni siquiera tengo ganas de cenar con ellos, ahora no me apetece verlos, pero hago un esfuerzo porque quiero evitar que esta situación se alargue o mis vacaciones serán un infierno.

Cuando ya estoy medio arreglada, veo que hay una nota junto a la puerta; es como si alguien la hubiera metido por debajo. Me estremezco. Otra vez un escalofrío y la sensación de la noche anterior, cuando me pareció que había una presencia cerca de mí.

Cojo el papel, lo desdoblo y lo leo.

¿Creías que nadie conocía tu secreto? Sé lo que tienes con Kike, zorra. Voy a contarlo todo.

«¡Mierda! Pero ¿qué coño es esto?».

Abro la puerta de inmediato y salgo al pasillo; nadie. Todo está en silencio. Cojo mi móvil y le mando un mensaje a Claudia diciéndole que necesito verla urgentemente.

Quedamos en la entrada de la cafetería. Nada más tenerme delante, se da cuenta de que estoy nerviosa, mucho. No es difícil porque ahora mismo estoy atacada.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien? —me pregunta.

—No, tía, no lo estoy. Alguien ha deslizado esta nota por debajo de mi puerta.

Se la entrego, Claudia lee el mensaje y le cambia la cara. No llega a ser la misma que he puesto yo, pero casi.

—¡Joder! ¿Quién puede haber sido? ¿Y de qué secreto habla? ¿Qué tienes tú con Kike?

—No lo sé, ni idea y nada, Claudia —contesto a sus tres preguntas del tirón—. No entiendo nada de todo esto, pero me he asustado y he querido contártelo. Eres con quien más confianza tengo de aquí.

—¿Ocultas algo, Cathie? Somos amigas, dime la verdad.

—No, te lo juro.

Espero que Claudia no note que estoy mintiendo. Sí, oculto algo, aunque nadie puede descubrir mi secreto. Mi intención es llevármelo a la tumba.

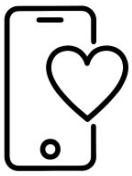
—Si no escondes nada —continúa—, no debes preocuparte. Seguramente será una broma pesada de algún gilipollas... ¿Tienes idea de quién puede haber sido?

—Después de todas las peleas que llevamos, diría que Raúl.

—¿Tú crees? ¿Lo ves amenazándote con una nota así, aunque sea una broma?

—Es capaz de eso y de mucho más.

8



Alicia

El menú nocturno del Hotel Dante es bastante sencillo. Dan a elegir entre dos primeros y dos segundos, y el postre, generalmente, es fruta o yogur. No hay más.

Después de cenar, Claudia y yo tenemos intención de llevar a cabo nuestro plan. Por eso hemos pedido algo ligero que se pueda comer rápido. En mi caso, una ensalada de tomate y pescado al horno; hoy es dorada. Ella toma una sopa fría de melón y pollo a la plancha de segundo. A diferencia de los chicos, nosotras optamos por algo frugal. Ellos prefieren lo más grasiento que hay en la carta, o sea, lo que más tiempo vaya a estar en una freidora. Catherine, que es bastante especialita, le pide —bueno, más bien le suplica— a la camarera que le preparen en cocina un huevo duro y un poco de pepino a trozos. Esta chica es un canteo.

La idea es sencilla: cuando terminemos nuestros platos, antes del postre, me levantaré con la excusa de que me duele la tripa y Claudia se ofrecerá a acompañarme al lavabo. De ahí subiremos hasta la primera planta y llamaremos a la habitación número trece. Si mi papi estuviera aquí, con su obsesión por el riesgo como

experto en finanzas que es, seguro que me sacaría una ecuación de posibilidad de éxito... Bueno, sé que la probabilidad de que esa habitación esté vacía o no es del cincuenta por ciento, aunque él añadiría variables como que es la hora de cenar o que tal vez su inquilino se sabe espiado. En fin, yo no soy tan buena como él, pero soy consciente de que es muy posible que no haya nadie.

Catherine está muy seria, en plan chof, como si le preocupase algo. Le he hecho un gesto a Claudia para que la mire y ella me ha devuelto otro cargado de indiferencia. Conozco a mi amiga, sabe algo de lo que le ocurre. Quizá sea por las discusiones que ha tenido con Raúl. Este verano parecen predestinados a no llevarse demasiado bien. Eso, me da a mí, puede acabar superfatal. Raúl es muy buena gente, pero es el típico que, como se suele decir, las mata callando. Una vez se enfrentó a un chico que se había metido con una mujer en El Callejón, un bar cutre de la Barceloneta. El tipo quería propasarse con ella y Raúl lo cogió por el cuello y apretó fuerte. Luego lo amenazó; aunque no sé qué le dijo exactamente, el otro salió corriendo de allí y por poco se orinó encima. Nunca lo había visto así y la verdad es que me asusté mazo, pero después continuó con nosotros como si nada. Le vi la mirada en aquel momento, y es la misma que le ha echado a Catherine cuando han discutido esta mañana... Aunque quizá me esté equivocando.

—¿Alguien ha estado hoy rondando por mi habitación? —suelta Catherine de pronto mientras pela su huevo duro.

—¿Por qué lo dices? —Me la quedo mirando, no comprendo a qué viene esa pregunta.

—Contestad. ¿Alguien ha estado hoy en mi habitación o en la puerta? —insiste.

Todos negamos con la cabeza, menos Claudia, que parece saber de qué va esta historia. O al menos me da esa sensación.

—A ver, ¿crees que alguien ha entrado en tu habitación? —planteo.

—Bueno... Alguien me ha pasado una nota por debajo de la puerta justo antes de bajar a cenar —nos explica molesta—. Era bastante desagradable.

—¿Qué es lo que pone? —quiere saber Héctor.

—Quizá Raúl te lo pueda explicar, ¿verdad?

—¿Por qué yo? —le espeta él alzando la voz.

—Ninguno de los presentes tiene motivos para dejarme esa nota de mierda... excepto tú.

—Mira, guapa, no entiendo qué demonios te pasa últimamente... O quizá es que quieres pasar una noche conmigo y, como no lo consigues, estás en este plan, pero yo no te he dejado ninguna puta nota.

—Catherine —le digo con tono tranquilo—, ¿qué pone?

—Prefiero guardármelo para mí, Alicia. La verdad es que no vale la pena. Francamente, creo que ha sido un grave error haber venido a pasar las vacaciones con vosotros este año.

Dicho esto, se levanta y, despectivamente, tira la servilleta sobre la mesa antes de marcharse. No entiendo nada, no sé qué le está ocurriendo.

—¿A dónde vas? —pregunto elevando la voz mientras observo cómo se aleja sin dar respuesta.

—Dejadla —nos suelta Raúl—. Seguro que va a contemplarse frente al espejo de su habitación... ¿Sabéis qué? Yo también me voy, se me ha quitado el hambre por completo. Hasta mañana.

Esta cena está siendo un completo desastre. Si Kike quiere inspiración para su novela sobre ese grupo de amigos en la cabaña, de aquí podrá sacar mucha chicha.

Claudia me acaba de dar un golpe por debajo de la mesa para indicarme que ha llegado la hora de que nos vayamos, y, después de todo el alboroto, me parece una buena idea. Comienzo a echar pequeños eructos mientras me pongo la mano delante de la boca y luego hago un gesto acompañado de un sonido como si tuviera arcadas. Todos los que quedan en la mesa me miran y Gnomo pone cara de asco. Es normal; con lo que estoy haciendo, lo doy.

—¿Estás bien, Ali? —Claudia se hace la preocupada, se pone en pie, se acerca y me da unos golpecitos en la espalda mientras yo continúo actuando y tocándome la tripa.

—No mucho, me duele la barriga. Creo que algo me ha sentado mal...

—¿Necesitas algo? —se ofrece Kike rodeándome con un brazo. ¡Qué mono!

—No, amor, seguro que se me pasará enseguida.

—¿Quieres que te acompañe al lavabo? —pregunta Claudia, tal y como habíamos planeado.

—Sí, porfi. Me vendrá bien moverme y refrescarme un poco.

Mi amiga sigue con el teatro y me ayuda a levantarme.

Jolín, nos tendrían que dar un Goya. Creo que ha sido la mejor actuación desde que nos intentamos escaquear de una cita doble con dos chicos cuando íbamos al instituto.

Héctor hace el amago de levantarse para ir con nosotras, pero la cara que le pone Claudia le deja claro que no necesitamos su entrañable ayuda. Además, se supone que vamos al baño de chicas. Mientras nos marchamos, lo veo ponerse de pie y salir por una de las puertas acristaladas que dan al jardín. ¿Y ahora a dónde va este? En fin, Lucas y mi novio se quedan solos; supongo que ya encontrarán un tema de conversación... «¿Cuál será?».

Pasamos de largo por el baño de señoras tras comprobar que es imposible que nos vean y subimos a la primera planta. Una vez allí, avanzamos por el pasillo sigilosamente, rollo espías. Al llegar frente a la puerta número trece, miramos a ambos lados para asegurarnos de que no hay nadie y damos unos golpecitos con los nudillos. Si alguien nos pillara aquí... «¡Qué tontería! Es tan fácil como inventarse una excusa... Por ejemplo, que estamos buscando a una amiga y creemos que esta es su habitación».

—Parece que está vacía —susurro.

Claudia vuelve a llamar, esta vez dando unos golpes más fuertes.

—Quiero asegurarme de que, si hay alguien durmiendo, lo despertemos —me dice, sonriendo.

Nadie nos abre la puerta.

Jopeta, nuestro plan no ha dado sus frutos y seguimos muy intrigadas.

—¿Y ahora qué? —me pregunta con desánimo.

—Hay que entrar sea como sea. Querías saber quién o qué hay en esta habitación, ¿no? Pues aún no lo hemos logrado. Hay que averiguar lo que se traen entre manos Lucas y Raúl con el chulo de gimnasio. Espera... —Hago una pausa, se me acaba de ocurrir algo —. ¿Dónde está el cuarto donde guardan los enseres de limpieza?

—Hostias, Alicia, no tengo ni *flowers*. ¿Por qué?

—Tenemos que hacernos con una de las llaves maestras que utiliza el personal de la limpieza, así podremos abrir esta puerta y entrar.

—¿Y cómo la conseguimos?

—Tengo una idea que no puede fallar, sígueme.

9



Catherine

Me están entrando ganas de pillar un taxi y largarme de este maldito lugar. No debería haber venido, joder. Si me hubiese quedado en Barna, ahora mismo estaría disfrutando de una cita con Álex, el chico buenorro de mi trabajo. Me propuso ir a pasar unos días con él, y yo, como una imbécil, le dije que no, que ya tenía planes... Total, para acabar en este hotel en un pueblucho dejado de la mano de Dios. ¿Y ahora? Aquí estoy, en mi habitación, tirada en la cama mirando al techo. «Menudas vacaciones de mierda, tía», me digo. En ese momento llaman a la puerta. Me estremezco, aunque no sé por qué. Claudia y Alicia son uña y carne y no me necesitan para nada, así que me apuesto a que les importa cero que me haya marchado de la mesa. En cuanto a los chicos..., no creo que a ninguno le quite el sueño, y menos a Raúl. De todos modos, me levanto y camino hacia la puerta cuando vuelven a llamar con un golpe seco.

«¿Por qué tengo miedo? ¿Es quizá por la sombra de ese estúpido juego en el que se supone que desaparece gente? ¿Por la nota? ¿Por esa extraña impresión que tengo a ratos de que alguien me observa?».

Cuando abro, en el pasillo está la última persona a la que esperaba ver.

—Hola, Catherine.

—¿Qué haces aquí, Héctor?

—Verás... Es que te has ido así y me has dejado preocupado. He salido unos minutos al jardín para pensar si era buena idea venir a verte o no, y al final he decidido hacerlo.

—¿Para?

—Bueno, después de tu discusión con Raúl, quería saber cómo estabas.

—¿Desde cuándo te importa algo que no sean los videojuegos, los mangas y chorradas de ese estilo?

—Ya sé que esa es la imagen que doy, pero soy más que eso y lo sabes. En este momento solo me preocupo por ti. Hace muchos años que nos conocemos... y somos amigos, ¿verdad?

«¿Por qué su mirada se ha vuelto fría al hacerme esa pregunta? ¿Acaso intenta intimidarme?».

—Sí, Héctor, lo somos. Ya sé que tus intenciones son buenas y te lo agradezco de corazón, pero ahora mismo prefiero estar sola. Así que, por favor, márchate.

—Oye, Catherine, solo intento ser amable, ¿vale?

—Lo sé, es que no...

—No me cuentes historias, tía —me interrumpe bruscamente—. Si yo estuviera mal, me encantaría que alguien viniera a verme para consolarme, cojones. Ya sé que creéis que solo soy un puto friki y que no valgo para nada, pero me preocupo por los amigos... ¿Sabes lo que te digo? Que te den, Catherine. Y te diré más: si ese juego de Dante fuera cierto y se jugara en la actualidad, tendrías que ser la primera en desaparecer.

Dicho esto, da media vuelta, enfadado, y se larga por el pasillo. No me ha gustado un pelo la mirada que me ha echado, y mucho menos el tono que ha utilizado en su última frase. «¿Ha sido una amenaza? ¿Podría considerarse así?». Por primera vez en mi vida, Héctor me ha dado miedo. Mierda, lo que me faltaba. Vuelvo a estar sola en mi habitación y, de algún modo, me siento observada.

Seguro que son imaginaciones mías, no puedo dejar que la ansiedad se apodere de mí. Me vuelvo a tumbar en la cama sin poder quitarme de la cabeza la última frase de Héctor. Para evitar darle más vueltas a todo eso, decido bajar al bar del hotel y pedir una copa; tal vez me encuentre con todos ellos y eso me jode, pero la verdad es que la necesito urgentemente.

Cuando paso por delante del comedor, me alegro de no ver a ninguno: ya no queda nadie en la mesa. Perfecto, así me evito tener que girar la cara para no saludarlos.

—¿Buscas a tus amigos? —me pregunta la camarera situada detrás de la barra del bar cuando llego.

—Eeeh..., sí. Bueno, realmente no. ¿Sabes dónde están?

—Ellas han ido al baño hace un rato, creo que la rubia no se encontraba demasiado bien. El más bajito ha salido luego al jardín y diría que no ha vuelto a entrar, aunque no estoy segura. El guapo se ha ido escaleras arriba nada más marcharte tú, parecía muy enfadado...

—¿Y los otros dos? —pregunto, refiriéndome a Lucas y a Kike.

—Han acabado de cenar y se han ido, el guiri el primero. ¿Te sirvo algo?

—He venido a por una copa.

—¿Te apetece un gin tonic?

—Venga, no diré que no a eso.

Cuando me siento en uno de los taburetes de la barra, vuelvo a mirar hacia la mesa en la que estábamos todos sentados hace un rato, ahora desierta, y me pregunto dónde estarán...

Imagino que Héctor, tras nuestro encontronazo, se habrá ido a su habitación a jugar a uno de los juegos de rol que tiene descargados en su móvil. Las chicas deben de estar aún en el baño o quizá en el cuarto de Alicia si ya se encuentra mejor... Pero ¿y el resto? ¿Debería preocuparme por ellos? ¡Un momento! Mirándolo fríamente, soy yo la que está aquí sola, excepto por la camarera... Si alguien tiene papeletas para que le pase algo, esa soy yo. Por eso mismo, decido que solo me tomaré una copa, me iré a mi habitación y, si hace falta, atrancaré la puerta. No tiene por qué pasarme nada.

10



Claudia

Ali y yo entramos en su cuarto y ella llama al servicio de habitaciones. Me ha contado su plan, y he de decir que es una auténtica pasada. Tiene razón, no puede fallar.

—Hola, soy Alicia Ramos, de la veintiséis. Necesito que cambien las toallas de mi baño, por favor. Las que tengo están muy húmedas, pues se me ha pasado colgarlas esta mañana, pero me he olvidado de comentarlo cuando he salido del hotel después de cenar. ¿Podrían hacerlo antes de que regrese? Así podré darme una ducha antes de meterme en la cama.

Al colgar, me dice que le han asegurado que lo harán enseguida. Las dos salimos al pasillo y esperamos a que la empleada que va a venir a reponer las toallas aparezca y entre en el cuarto que está al lado del ascensor; en la puerta hay un cartel en el que pone: «Privado, solo personal autorizado». Hemos recordado que esta mañana había una mujer sacando sábanas y toallas dobladas de ahí para luego colocarlas en un carrito.

Desde este momento tenemos que estar muy atentas a lo que suceda a nuestro alrededor.

Nos hemos quedado a la altura de la habitación número veintiuno; desde esta posición lo vemos todo a la perfección. Pasados unos minutos, una mujer de unos cincuenta años, vestida con una casaca y unos pantalones de cintura elástica, ambos del mismo color azul, sale del ascensor y entra en ese cuarto. Del interior coge una toalla de ducha y una de mano, y camina hacia la habitación de Alicia. Lo importante de que haya abierto esa puerta es la llave que ha utilizado, que se ha sacado del bolsillo de los pantalones. Es una tarjeta oscura que lleva una pinza.

La mujer llama a la veintiséis y, al constatar que no hay nadie, abre la puerta con la misma tarjeta maestra. Sale de la habitación con las toallas húmedas —que, antes de llamar, hemos mojado un poco y dejado en el suelo para que nuestra excusa colara— y se guarda la tarjeta en el mismo bolsillo.

Es nuestro turno, ha llegado la hora de ejecutar el final del plan.

Avanzamos por el pasillo en su dirección y comenzamos a discutir. Primero no lo hacemos demasiado fuerte, solo lo suficiente como para que esa empleada se nos quede mirando, pero luego vamos aumentando gradualmente el volumen.

—Disculpen, señoritas... —dice en medio de nuestro rifirrafe fingido, apurada por la situación e intentando poner paz entre nosotras—. Perdonen que me meta, pero hay otros clientes en esta planta y están alzando mucho el tono de voz.

—¡La culpa de todo ha sido tuya, Alicia! —exclamo chillando todavía más e ignorando deliberadamente a la pobre limpiadora.

—¡Estoy harta de que siempre me digas las mismas cosas, Claudia! ¡Hazte mirar esos complejos de mierda que tienes! —vocifera Ali, dándome un fuerte empujón que me lanza hacia la mujer, quien sigue observándonos nerviosa sin saber qué hacer.

Impacto «casualmente» contra la empleada y la arrastro conmigo al suelo.

No me resulta difícil meter la mano en su bolsillo y coger la tarjeta maestra.

—Oh, Dios mío —dice Ali toda dulzura, ayudándola a levantarse—. ¿Se ha hecho daño? Lo sentimos muchísimo.

Yo me incorporo sola y me hago la arrepentida.

—Sí, discúlpenos, la situación se nos ha ido un poco de las manos.

—Verá... Me he enfadado con mi novio y ella, en lugar de apoyarme, le ha dado la razón... —le explica Alicia, mintiendo como una bellaca.

Qué buena actriz es esta chica.

—No os preocupéis, hagamos como que aquí no ha pasado nada... Juventud, divino tesoro —comenta la mujer, tuteándonos, con una media sonrisa—. Pero las amigas están para cuidarse, no para pelear. Además, no se discute nunca por un hombre; no lo olvidéis.

—Toda la razón, perdóname —añado dándole la mano a Alicia, que acepta encantada, simulando una reconciliación.

Nos alejamos de ella tras despedirnos y, al girar la esquina, nos tapamos la boca las dos. Por poco me descojono en mitad del pasillo; menos mal que lo he podido evitar. Esto sí que ha sido como para darnos un Goya.

—Ya tenemos la llave —dice bajito mi amiga—. Ahora tenemos que ir rápidas, no podemos perder tiempo. Si esa empleada descubre que no tiene la tarjeta, se pondrá a buscarla... o tal vez dé la voz de alarma si sospecha lo que ha pasado.

Bajamos por las escaleras hasta la primera planta y nos dirigimos a paso ligero hasta la habitación número trece. Volvemos a llamar a la puerta con los nudillos, pero sigue sin abrir nadie.

El pasillo está vacío, es el momento.

Ali introduce la tarjeta en la ranura, el indicador del dispositivo se pone de color verde y oímos el clic de abertura. No queremos encender la luz, por eso activamos las linternas de nuestros móviles.

«¿Qué estamos haciendo? Menuda locura, hemos entrado en la habitación de un huésped sin permiso. Creo que esto es un delito, ¿no? Todo por un papelito que encontré en el bolsillo del pantalón de Lucas... Bueno, realmente no es así. La verdad es que todo ha sido por una nota que le dio un tío más fuerte que un chupito de vinagre a mi novio de forma muy sospechosa».

Dejamos la puerta del lavabo a nuestra izquierda en el pequeño pasillo y accedemos al dormitorio. Hay un traje de hombre encima de la cama, perfectamente planchado y bien colocado. Sobre una cómoda que está junto al televisor, hay un maletín de cuero negro.

—Mira —me indica Ali señalándomelo—. Vamos a abrirlo.

Y eso hacemos... mientras me digo que puede ser una bomba, pero aparto ese pensamiento de mi mente de inmediato. Menuda chorrada, eso solo pasa en las pelis.

Cuando el maletín queda abierto por completo frente a nosotras, me quedo atónita.

—Joder —suelto—. ¡Qué pasada!

—No lo toques, gordi —me dice Alicia señalando su interior—, o nos meteremos en un buen lío...

—Tienes razón. Hay que salir de aquí pitando. Creo que la hemos cagado al meter las narices donde no nos llamaban.

Lo peor viene ahora.

Oímos de pronto cómo alguien introduce la tarjeta en la cerradura. ¡Mierda, el huésped de la habitación número trece está entrando! Tenemos tres segundos antes de que nos pille infraganti. Cerramos

rápidamente el maletín, apagamos las linternas de los móviles y nos escondemos debajo de la cama.

¡Mierda! Como nos descubra, estamos bien jodidas.

11



Lucas

Menuda noche. Este grupo está cada vez más chiflado, joder. Catherine se ha pirado cabreada como una mona y no tengo ni puta idea del porqué. Ahora Raúl también se ha largado. Pues que le den, después que no me venga pidiendo su parte. Héctor ha salido al jardín y el inglés... ¿dónde cojones se ha ido?

Me da igual. Es la hora. Saco mi móvil y le envío un mensaje a Carlos.

¿Nos vemos ya en la
puerta trasera de la cocina?

Me responde a los pocos segundos; así me gusta, que esté atento es importante.

Sí. Ahí te veo.

Me dirijo al exterior y bordeo el hotel hasta llegar al punto de encuentro. De momento no aparece, así que comienzo a

desesperarme; no soporto esperar, y menos en este caso.

—Ya era hora, tío —le digo cuando abre la puerta trasera de la cocina.

—He tenido que mandar al cocinero al almacén, el cabrón no se iba. Aquí tienes.

Carlos me acaba de entregar una tarjeta maestra con la que podré abrir la habitación número trece. La contemplo y sé que también es la llave a una buena vida, a una buena jubilación.

—¿Por qué no entras tú? —insisto—. Si lo hubieras hecho, ya habríamos acabado con todo esto.

—Lucas, no te lo había dicho porque no lo voy pregonando, pero tengo antecedentes. Si me pillaran, me meterían otra vez en el talego.

—Joder, vale, te vas a librar por eso.

—¿Y Raúl?

—Se le ha ido la olla, piensa más con lo que tiene entre las piernas que con la cabeza. Se raya por las tías... Pero no te preocupes, un trato es un trato: tendrá su parte y tú, la tuya.

—Más te vale o te cortaré los huevos.

—¿Estás seguro de que el tipo no está?

—Que sí, joder, está todo controlado. Es un poco vicioso y ha contratado a varias prostitutas para unos días, rollo orgía, por lo que ha pillado un B&B en el pueblo unos días para llevárselas allí. Siempre lo hace. Aquí, en el hotel, sería inviable; montarían demasiado escándalo. Pero vuelve mañana o pasado, por eso debemos actuar ya. No se ha llevado el maletín porque debe de pensar que está más seguro que en sus bacanales, fijo que hay mucho descontrol y no se debe de fiar... Fíjate que ni siquiera quiere que el servicio de habitaciones entre cuando no está.



Bordeo de nuevo el hotel y entro por la puerta principal, la de recepción. Subo por las escaleras hasta la primera planta y me dispongo a dirigirme a la habitación número trece. Menos mal que pudimos llegar antes al Dante, ese par de días eran claves para poder robar el maletín.

Mientras avanzo por el pasillo, pienso en Kike. ¿A dónde habrá ido? De repente se ha levantado de la silla como si quemara y se ha largado. Ni siquiera ha esperado a que Alicia regresara del baño. Bueno, a decir verdad, yo tampoco he esperado a Claudia... Actualmente estamos fríos, algo distanciados, lo sé. Debo admitir que la rutina nos está ahogando e ignoro si seremos capaces de salir de ella y salvar lo nuestro... Además, no sé por qué, últimamente me estoy fijando mucho en Catherine. Cuando le he visto las tetas en el lago, ni siquiera he podido disimular, pero es que la tía está tremenda; es como una diosa. A veces temo que se me pueda ir la cabeza con ella, incluso me dan ganas de presentarme en su habitación y proponerle que nos liemos. A lo mejor aceptaría, siempre y cuando Claudia no se enterara, claro. Mierda, es que no me la quito de la cabeza, y sus tetas menos.

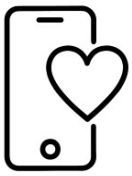
¿Y si, después de coger el maletín, voy a verla? Lo mío con Claudia parece que está en un callejón sin salida o peor. Creo que lo haré, llamaré a su puerta y me la jugaré. A Cathie le gustan los juegos, seguro que acepta pasar un buen rato conmigo. Además, creo que a veces ella también me mira con deseo.

Cuando introduzco la tarjeta en la cerradura, me parece oír a alguien en el interior, pero es imposible. Carlos me ha asegurado que

el tipo no está. Abro con cuidado y constato que está todo a oscuras; era una falsa alarma, los nervios me han jugado una mala pasada.

Avanzo por la estancia tras encender la luz y veo el maletín encima del mueble situado al lado de la televisión, así que me acerco. Lo abro y echo un vistazo a su interior. Sonrío. Tantos meses preparándolo todo y aquí está por fin. Lo cojo y salgo decidido a cumplir mi otro sueño: voy a la habitación de Catherine.

12



Alicia

Acabo de entrar en mi habitación y cierro la puerta con sumo cuidado para no hacer ruido. No me gustaría alertar a nadie que pudiera estar en el pasillo de que acabo de llegar, no quiero que me relacionen con nada. ¡Qué fuerte, aún estoy temblando! Claudia y yo nos hemos librado por los pelos, casi nos pillan. En cuanto ese hombre ha entrado en la habitación, ha cogido el maletín y se lo ha llevado. Con lo que contiene, resulta lógico que quiera tenerlo en su poder. Desde nuestra posición bajo la cama y superasustadas, por lo que no nos hemos movido en absoluto, solo he podido ver un poco de las deportivas que llevaba. Desde luego, no eran de gama alta como las que yo uso, pero juraría que las he visto antes.

Cuando por fin hemos podido salir de la número trece —por supuesto, con el susto en el cuerpo—, Claudia también se ha ido a su habitación. Ni siquiera hemos querido bajar al comedor, porque lo más seguro es que cualquiera hubiera notado nuestro nerviosismo. Al venir hacia aquí, me ha parecido ver a Héctor salir de la zona del pasillo donde está la habitación de Catherine. ¿Habrá ido a verla? Quizá, pues ese chico a veces hace cosas muy raras.

Me tumbo en la cama, todavía muy inquieta. Una sensación muy fea me invade de arriba abajo, tengo claro que no quiero volver a pasar por algo así en la vida. La próxima vez que Claudia desconfíe de Lucas, que no cuente conmigo para sus planes... Sin embargo, debo admitir que en este caso la idea ha sido mía. ¡Qué desastre! Espero que no haya ninguna cámara de vigilancia en el pasillo y no nos hayan grabado. Si el hotel me denunciara, papi se enfadaría muchísimo, aunque, por supuesto, me pagaría el mejor abogado; no puedo quejarme, siempre me saca las castañas del fuego.

Tras pasar tantos nervios, se me cierran los ojos a pesar de que aún es pronto. Estoy muy cansada, no puedo evitarlo y finalmente me quedo dormida. El sueño me ha ganado.



Me despierto al oír un ruido, creo que es la tarjeta que abre la puerta de la habitación. Miro el reloj y me doy cuenta de que he dormido... ¿treinta y cinco minutos? Me ha dado la sensación de que han pasado horas, pero no ha sido así. Lógicamente, es Kike, que va directo al lavabo sin saludarme siquiera. No me sorprende que haya entrado sin llamar, los dos tenemos la llave de ambas habitaciones.

—¿Kike? ¿Estás bien?

—¿No estabas durmiendo? Enseguida salgo —me dice algo azorado, alzando la voz tras la puerta mientras oigo el ruido del agua.

No sé qué está haciendo. Me levanto de la cama y me dirijo al cuarto de baño, sigilosa. La puerta está entreabierta, así que me asomo y veo a mi novio lavándose las manos de forma concienzuda...

«¿Un momento? ¿Eso rojo que hay en la pica es sangre?».

—¡Dios mío! Pero ¿qué te ha pasado? ¿Te has cortado o qué? Hay muchísima sangre, Kike.

—Sí, eso mismo, eh... Ha sido subiendo por las escaleras.

—¿Por las escaleras? ¿Cómo ha podido ocurrir?

—Me he hecho un corte con el cristal de una de las vitrinas que contienen las mangueras de incendios... Es que me he tropezado con un escalón, me he apoyado donde he podido y, ¡zas!, al tocarlo, me he dado cuenta de que estaba roto, pero ya no he podido hacer nada...

—Jolín, avisaré a recepción para que traigan algo para curarte y les pediré que revisen ese cristal roto. ¡Es que es muy fuerte! Tendríamos que denunciarlos.

—¡No! —me grita tan ferozmente que incluso me asusto—. No vale la pena. Déjalo, solo ha sido un corte de nada.

—Al menos déjame ir a pedir unas gasas...

—¡No, Alicia! De verdad, estoy bien.

La actitud de Kike no me gusta en absoluto. Si se ha cortado con esa vitrina, deberían saberlo en el hotel. ¿Por qué se comporta así?

—Dejará de sangrar enseguida, no te preocupes. Oye, espérame en la cama. Me doy una ducha y voy. ¿Te parece?

—Vale. Pero, si ves que te encuentras mal o algo, me lo dices. A veces, por perder mucha sangre, uno puede desmayarse.

—Tranquila, Ali. No es para tanto.

Dejo a Kike en el baño para que se pueda duchar. Es extraño, tenía sangre en las manos, pero no me ha parecido ver ningún corte... Quizá no me haya fijado bien. Mi novio va a estar lleno de heridas entre los arañazos de la espalda y esto... Ya no sé qué pensar. No creo que me oculte nada... No, claro que no; si así fuera, habría ido a limpiarse a su habitación en lugar de venir aquí.

Seguramente no tenga importancia y me esté calentando la cabeza más de la cuenta.

—Mientras te espero, ¿puedo leer algo de tu novela en tu portátil? —No sé por qué le he preguntado esto. Kike nunca me ha dejado leer ninguno de sus manuscritos antes de su publicación, pero necesito distraerme. ¡Menuda noche superhorrible!

—No te oigo bien, espera a que acabe.

Cuando por fin sale del baño, veo que se ha hecho un pequeño vendaje provisional con un trozo de toalla que ha rasgado. Queda cutre, pero, mientras no le salga más sangre, ya me vale.

—¿Qué me decías, Ali?

—Te he preguntado si me dejarías leer algo de tu nueva novela.

Después de pensárselo unos segundos de más, me mira como un niño que nunca ha roto un plato y me responde:

—¿Por qué ahora? ¿No es mejor cuando esté terminada?

—Bueno, me hace ilusión empezarla. Tengo curiosidad... Porfi.

—Quizá sea una manía de escritor, pero prefiero que no la lea nadie hasta que esté acabada. Entiéndelo, aún está en proceso de creación. Todavía puedo cambiar muchas cosas...

—Lo entiendo —zanjo—. Perdona si te ha molestado.

—No te preocupes.

Kike se tumba conmigo en la cama y me abraza. No nos decimos nada.

«¿Por qué no me dejará leer nada de lo que lleva escrito?». No puedo sacarme eso de la cabeza... Tengo que encontrar la manera de echarle un vistazo, siento mucha curiosidad por la historia. Me habló de una cabaña y de un grupo de amigos —siete, muy parecidos a nosotros— que van muriendo asesinados. Es cierto que no es la primera vez que escribe un *thriller*, pero, en esta ocasión, al

haberme hablado de la obra y encontrar esas similitudes con nosotros... me intriga muchísimo.



A la mañana siguiente, cuando abro los ojos, veo que Kike sigue durmiendo a mi lado. Nos quedamos fritos al poco rato de que llegara.

Me levanto, voy al lavabo y veo que en la pica todavía hay rastros de sangre, que se ha quedado seca. Me pongo a fregarla y mi loca imaginación me juega una mala pasada: me digo que parece como si estuviera limpiando la escena de un crimen, frotando y frotando... Lo he visto en muchas pelis. O sea, me recuerda a cuando, después de hacer desaparecer un cuerpo, quitan la sangre con productos de limpieza. Yo solo estoy usando agua y jabón, que no serían igual de efectivos, pero, claro, aquí no se ha producido ningún crimen y el lavabo tampoco está tan manchado.

Hago pis, me aseo un poco, me peino lo mejor que puedo, me cambio y bajo a la cafetería. Necesito urgentemente un café. He optado por no despertar a Kike, prefiero que descanse. Al llegar al comedor, veo a un grupo de gente cuchicheando cerca de una de las ventanas. Murmuran cosas que me desconciertan... Hablan de un cadáver, del lago, de mucha sangre, y también mencionan algo sobre un... ¿desmembramiento? «¡Qué fuerte! ¿He oído bien?». Entre todos los presentes, hay una mujer que parece estar más enterada que los demás; es mayor, aunque viste como si fuera una colegiala.

—Disculpe —le digo—, ¿podría decirme qué ha ocurrido?

—¿No te has enterado, nena? Debes de ser la única, creo que lo sabe ya todo el hotel.

—Pues no, ¿qué ha pasado?

—Han encontrado el cuerpo de una joven cerca del lago. La guardia civil ya está allí, ¿ves los coches patrulla? Es terrible... Lo único que sabemos es que es morena, eso ha dicho quien la ha descubierto, y que estaba descuartizada.

«¡Dios santo, qué horror! Un cadáver en el Hotel Dante, no me puedo creer que haya ocurrido una atrocidad así aquí y ahora. ¿Tendrá algo que ver con la leyenda urbana que sobrevuela este lugar? Y aún peor... La sangre de Kike de anoche, ¿seguro que era suya? No le llegué a ver ningún corte, y se puso histérico cuando quise bajar a recepción a quejarme y a buscar algo para curarlo...».

13



Claudia

A la mañana siguiente, abro los ojos cuando los rayos del sol entran por la rendija de la persiana. A mi lado, Lucas duerme a pierna suelta. Anoche no lo oí llegar.

Le hago una caricia en la cara, se despierta, nos miramos y nos besamos, aunque él no parece estar muy por la labor. Profundizo el beso mientras bajo una mano en busca de su sexo, pero él me la aparta.

—¿Te pasa algo conmigo, Lucas?

—Hostia, ¿otra vez con eso?

—Últimamente no quieres que te toque. Bueno, mejor dicho, no quieres casi ni que te bese. ¿Qué coño ocurre? Desde que hemos llegado, veo a Kike y a Alicia tan acaramelados y pienso: «Joder, qué envidia». Ojalá te comportaras conmigo como lo hace él con Ali. Pero no, tú eres todo lo contrario.

—Oye, Claudia, yo... —Lo que Lucas iba a decir es interrumpido por unos fuertes golpes en la puerta. La están aporreando.

Me levanto con rapidez y abro. Precisamente es Alicia y parece asustada, como si hubiera visto un fantasma.

—¡Tenéis que venir! —exclama—. Ha ocurrido algo terrible.

—¿El qué, Ali? —le pregunto ansiosa.

—Dicen que han encontrado un cadáver en el lago, una chica asesinada. ¡Venga, vamos! Avisemos a los demás y vayamos a mirar.

—¿Cómo te has enterado? —indaga Lucas, que se ha levantado de golpe de la cama.

—He bajado a por un café y había un grupo de gente en el comedor hablando de eso. He mirado por la ventana y he visto a la guardia civil, hay varios coches patrulla.

—¿De verdad quieres ir hasta el lago para ver un muerto?

—Bueno... Francamente, no creo que haya nada mejor que hacer hoy —insiste.

—Qué morbosa eres, tía —le suelta Lucas.

Decido hacerle caso y vestirme a toda velocidad. Lucas se pone un pantalón de chándal y una sudadera. Ya listos, al salir al pasillo, vemos venir a Kike con cara de recién levantado.

—Buenos días a todos. Te estaba buscando, Ali. Al no encontrarte en la habitación, me he imaginado que habrías venido a buscar a Claudia. ¿Por qué tienes esa cara de susto?

—He bajado a la cafetería y me he enterado del hallazgo de un cadáver en el lago.

—¡¿De qué estás hablando?! No me estarás tomando el pelo, ¿no?

Mientras hablan, me fijo en que Kike tiene un vendaje en la mano. ¿Qué le ha pasado al inglés? Ayer, la última vez que lo vi, durante la cena, estaba bien. Miro a Alicia y detecto que tiene una expresión extraña... Es como si estuviera intentando recordar algo, la conozco lo suficiente como para saberlo.

—No, ¡te lo juro! No se me ocurriría bromear con algo así. Por cierto, tendríamos que ir a ver si a Catherine se le ha pasado ya el

enfado. Con lo cagada que es, no quiero que se entere de lo del cadáver por ahí. Iré a decírselo.

—No creo que a esa se le haya pasado ya el cabreo —suelta Lucas.

—Ahora que me acuerdo... —dice Alicia—, anoche me pareció ver a Héctor cerca de su habitación. O sea, creo que era él. A lo mejor fue a ver cómo se encontraba...

—Cierto —salta ahora Kike—, yo lo vi en su puerta. Juraría que no llegó a entrar, estaban hablando en el pasillo.

—¿En serio? ¿Qué hacía ese pesado con ella? —Lucas parece muy extrañado, y no lo entiendo. Son amigos, pueden hablar de lo que quieran. Seguro que mi novio es tan obtuso que no comprende cómo el bajito de Héctor puede acercarse a semejante mujer, a la que últimamente mira demasiado, todo sea dicho.

—Hay que ir al lago —insiste Ali—. Pero no sé si avisar antes a Raúl, a Héctor y a Catherine... Tienen que saber lo que está ocurriendo...

Al guapito de cara no hace falta informarlo. Lo oímos acercarse por el pasillo mientras va tarareando una canción.

—¡Qué unidos estáis! —nos suelta—. ¿Qué hacéis todos aquí plantados?

—Alicia se ha enterado de que han encontrado el cadáver de una chica en el lago, la guardia civil está allí.

—¿Cómo? ¿Va en serio, Claudia? ¿Un cadáver? —indaga Raúl.

—Estamos perdiendo el tiempo. Voy a averiguar qué ha pasado. Si no queréis venir, iremos nosotros.

Dicho esto, Alicia, muy molesta, coge a Kike de la mano y tira de él por el pasillo. El resto decidimos seguirla, hay que comprobar si lo que ha oído en la cafetería es verdad o no.

Cuando llegamos a recepción, vemos a Héctor sentado en una de las butacas que hay en la entrada echándole un vistazo a su móvil. Está ahí tan tranquilo como el que espera el autobús.

—¿Qué haces aquí, tío? —lo interroga Raúl.

—Me he levantado temprano y he decidido bajar a esperaros para ir todos juntos a desayunar. ¿Qué ocurre? ¿Por qué traéis esas caras?

Pongo al día a nuestro amigo de lo que está pasando, con lo que le queda claro que hoy desayunará algo más tarde de lo habitual. Cuando acabo de contárselo, se queda petrificado, sin moverse ni hablar.

—Espabila, Héctor. ¿No has oído que han encontrado un cadáver en el lago? Vamos a echar un ojo, a ver de qué nos enteramos... Y, por tu cara, si esto fuera un *slasher*, serías el primer sospechoso, te lo aseguro —le suelta Lucas con su particular chulería.

—Vamos, pero... ¿y Catherine? —pronuncia por fin.

—Anoche estuviste hablando con ella en su puerta, ¿no? —comenta Kike con un tono como de reproche... «Qué raro».

—¿Y? —Héctor parece molesto por la observación del guiri—. ¿Qué tiene eso de malo? Por otra parte, solo pregunto por ella porque es la única que falta del grupo, ya está.

Dejamos el tema de Cathie y salimos al exterior para coger el sendero rodeado de árboles que lleva directamente al lago. La que va primera a toda leche es Ali.

Al llegar, vemos varios coches patrulla de la Guardia Civil y una zona acordonada junto a unas piedras, a la que acaban de acceder un hombre y una mujer, los dos de mediana edad. Él viste un traje gris oscuro y una camisa blanca que no está demasiado bien planchada. Ella lleva un pantalón de vestir ceñido y negro y una camiseta del mismo color, que adivino bajo su cazadora abierta. Por

lo que hemos oído, son los agentes que se van a encargar del caso: una teniente y un sargento.

Nos abrimos paso entre la muchedumbre que se ha agolpado alrededor del cordón policial.

—Disculpe —le dice Alicia a uno de los agentes uniformados—, ¿a quién han encontrado?

—Quédense fuera de la cinta, no pueden pasar —le responde adusto.

—Le estoy preguntando que a quién han encontrado. Estamos hospedados en el hotel, tenemos derecho a saberlo, ¿no cree?

—No puedo darles esa información. Por favor, no traspasen la línea.

Mi amiga no para de insistirle al agente para que le dé algún detalle. Lo único que vemos desde donde estamos es un cuerpo —o lo que suponemos que es un cuerpo— junto a la orilla, tapado con una manta térmica.

—Hay que acercarse como sea... —susurra Lucas.

En ese momento, y bajo nuestras atónitas miradas, llegan dos hombres que llevan un mono blanco de protección, capucha incluida, guantes de látex y una mascarilla; seguro que no quieren contaminar la escena del crimen. Uno tiene un maletín metálico en una mano —imagino que con bolsas de pruebas, reactivos y todos esos trastos dentro— y el otro, una cámara; deben de ser de la científica. Entonces destapan el cuerpo, retirando la manta, sacan fotos desde distintos ángulos y luego se agachan junto al cadáver. Desgraciadamente, desde donde estamos situados, no logramos ver demasiado. Tenemos gente delante y los dos hombres más los guardias civiles que los acompañan no ayudan a mejorar nuestra visibilidad... «¡Hostias, lo único que alcanzo a ver son unas piernas que parecen estar separadas del tronco!».

—¡Joder! ¿Y eso? —exclama Lucas con la voz estrangulada—. Parece que le han cortado las piernas y la cabeza.

—¡Dios mío! —chilla Ali de pronto—. ¡Es Catherine! ¡Nooooo!

Ella ha sido la primera en reconocerla, y luego el resto lo confirmamos pasados unos segundos. Es nuestra amiga, o lo que queda de ella. Aparte del desmembramiento que ha sufrido, es como si se la hubieran comido los bichos.

—Hostia puta, ¿veis lo mismo que yo? —insiste Lucas, que no puede creer lo que tiene ante sus ojos.

Es comprensible, pues es un verdadero horror. El cadáver está cortado en tres trozos: las piernas por un lado, el tronco por otro y, finalmente, la cabeza. Nos ponemos a gritar y a llorar de una forma tan desgarradora que es difícil de describir. Catherine ha muerto y, pobrecita, de una manera salvaje. Se han ensañado con ella... o eso parece.

Héctor traspasa el cordón policial y el resto lo seguimos.

—¡Es nuestra amiga! —les grita Alicia a los agentes—. ¡Dios mío, Catherine!

Nos retienen para que no avancemos, pero nos quedamos tan cerca del cadáver que vemos sus ojos abiertos, carentes de vida, y el rojo de su inseparable pintalabios destaca sobre la palidez de su piel. Catherine tenía razón en una cosa con respecto al lago, al final se la iban a comer las serpientes. Nos produce terror una culebrina que sale de su boca.

14



Teniente Verónica Santos

El Hotel Dante nos ha dejado una de las salas en las que se proyectan películas para que nos instalemos en ella y podamos llevar a cabo nuestro trabajo. Como es lógico, todavía no tenemos los resultados de la autopsia de Catherine Reilly Suárez para conocer los escabrosos detalles de su muerte, pero no nos cabe duda de que se trata de un asesinato desgarrador. Aunque el sargento Castro y yo estamos acostumbrados a este tipo de crímenes, nunca dejan de sorprendernos. Lo primero que hemos hecho tras levantar el cadáver ha sido recabar información sobre este lugar. Al parecer, circula una leyenda relativa a este hotel: hablan de que, hace tiempo, hubo varias desapariciones relacionadas con algo llamado «el juego de Dante». De momento no nos han parecido más que rumores y no nos consta que tenga nada que ver con el caso, pero deberemos comprobarlo.

Tanto mi compañero como yo hemos decidido que entren primero a prestar declaración las dos amigas de la víctima, una detrás de otra, claro; así podremos ir cotejando la información que nos ofrezcan con la de los demás.

Cuando abro la puerta, las veo a ambas ahí, sentadas en las sillas con la cabeza gacha, los ojos llorosos y cogidas de las manos. Les indico que puede pasar la primera y señalo a la rubia. Esta se levanta y, tras acceder a la sala, la invito a sentarse a un lado de la mesa, frente a mí, en la silla que hemos dispuesto para tomarles declaración a todos e intentar esclarecer los últimos movimientos de la víctima.

—Buenos días, señorita —la saluda mi compañero—. Soy el sargento Eduardo Castro y ella es la teniente Verónica Santos. En primer lugar, queremos que sepa que sentimos mucho su pérdida. Cogeremos al culpable, se lo aseguro. Por eso estamos aquí y no nos iremos hasta resolver el caso. —La chica asiente en silencio tragando saliva, parece realmente abatida—. Vamos a proceder a hacerle algunas preguntas que nos ayudarán a reconstruir qué hizo su amiga Catherine en sus últimas horas de vida. La informo de que vamos a grabar esta conversación y formará parte de la investigación.

Ella sigue sin decir nada y vuelve a asentir con la cabeza, con aspecto de estar angustiada. En realidad, a ninguno de ellos le queda más remedio que acceder y confiar en nuestro trabajo.

—Está bien, empecemos —prosigue Eduardo pulsando el botón de grabar—. ¿Puede decirnos su nombre completo?

—Alicia Ramos Entrecanales —responde la chica mientras juega con las manos, nerviosa.

—¿Podría decirnos cuándo fue la última vez que vio a la difunta Catherine Reilly Suárez? —Mi compañero y yo tenemos estipulado que inicie él las declaraciones; quizá sea una manía nuestra, pero suele darnos resultados.

—Anoche, durante la cena en el hotel. Se enfadó y se marchó —responde compungida.

—¿Por qué se enfadó? —indago.

—Dijo que poco antes alguien le había pasado una nota por debajo de la puerta de su habitación. Le echó la culpa a Raúl —explica.

—¿Se refiere a Raúl González Álvarez? —Ella asiente y le pido que lo exprese en voz alta para que quede registrado, cosa que hace, así que continúo—. Tenemos esa nota —la informo—. La hemos encontrado durante el registro que hemos llevado a cabo en su habitación, pero desconocíamos cuándo y cómo había llegado allí. La hemos leído, es bastante amenazante.

—No quiso decirnos lo que ponía en ella a pesar de que le preguntamos —comenta la chica.

—Pero, tal como nos ha contado, ella acusó a Raúl, ¿no es así? —insiste Edu—. Hay testigos en el restaurante que así lo han asegurado también.

—Sí —confirma Alicia—. Llevaban todo el día discutiendo.

—Ya que lo conoce y sabe el tipo de relación que mantenía con la víctima, ¿cree que eso es posible? ¿Piensa que esa nota es cosa de su amigo Raúl?

Se queda callada y después de unos segundos solo levanta los hombros en señal de incertidumbre.

—Sigamos. ¿Qué hizo usted después de que Catherine se fuera? —inquiero. Aquí empiezan las preguntas clave.

—Acabé de cenar y me fui a mi habitación a dormir —contesta sin mirarme a los ojos.

Me da la sensación de que no me está contando toda la verdad, está ocultando algo. Todavía es pronto para considerarla sospechosa, lógicamente, pero mi instinto me dice que eso no es lo que hizo.

—Así que, según sus palabras, acabó de cenar y fue directamente a su habitación para acostarse, ¿es así?

—Exacto —contesta rápido, incluso demasiado—. Y me quedé dormida nada más llegar —añade sin venir a cuento.

Creo que vuelve a mentir. Además, hay algo extraño en su mirada, aunque no sabría decir qué es.

—Ahora háblenos de la víctima. ¿Qué tal era Catherine? ¿Eran muy amigas?

—Era buena chica, muy buena persona... —Empieza a contarnos de qué se conocían, qué tipo de trato tenían... Y la dejamos hacer, es justo lo que nos interesa. Al principio todo son buenas palabras, pero, a medida que habla de la finada, va poniéndole más pegas—. Era un tanto especial, o sea, siempre quería ser el centro de atención y le gustaban mucho los chicos, en plan demasiado, quiero decir... La verdad es que no paraba de quedar con ellos. —«Ese es un dato importante que deberemos corroborar», me digo.

—Hemos estado indagando, Alicia, y hemos visto que no tiene usted trabajo; sus únicos ingresos son los que le hace su padre, ¿no es así?

Tras unos minutos más de declaración, creemos que tenemos suficiente de momento. Entre eso y los perfiles básicos que hemos hecho de todos ellos antes de empezar —por ejemplo, esta chica no trabaja porque es una niña de papá con mucha pasta y tiene pocas preocupaciones, además de un novio en la distancia—, podemos hacernos una idea de su relación directa con la difunta.

—Eso es todo por ahora, señorita. Por supuesto, debe estar localizable, por lo que no puede abandonar el hotel. Por otro lado, si recuerda algo que crea que pueda ayudarnos a esclarecer el caso, por pequeño que sea, háganoslo saber.

—De acuerdo. Porfi, encuentren al que haya hecho esto. Todos nosotros estamos muy afectados por lo que ha ocurrido y también tenemos miedo...

—Como ya le he dicho, haremos lo imposible por coger al culpable. Por el momento puede irse, pero recuerde que debe estar localizable.

—Otra cosa —añade poniéndose en pie—. ¿Han podido hablar ya con los padres de Catherine? Nosotras hemos intentado contactar con ellos, pero nos ha sido imposible.

—Están fuera de España, de viaje. Hemos podido hablar con una tía suya y nos ha dicho que intentará contactar con ellos. No se preocupe por eso ahora.

El sargento Castro la acompaña hasta la puerta, la despide y mira a la otra chica para indicarle que entre.

—Claudia Vílchez Seoane, ¿verdad? Adelante.

Al cruzarse las dos, me fijo en que se echan una mirada extraña, como si una le preguntara «¿cómo ha ido?» y la otra le dijera «se lo han tragado». No sé, me parece que estas dos esconden algo, pero ya lo descubriré.

La declaración de Claudia es un calco de la de su amiga Alicia, excepto porque su relación con Catherine era más estrecha y, cuando habla de ella, lo hace con más cariño. En todo caso, cuentan lo mismo: la víctima se levantó enfadada en mitad de la cena y se fue. No volvieron a verla más. Después de cenar, se fueron directas a su habitación. Al preguntárselo, Claudia dice que su novio también. Alicia estaba sola porque no comparte cuarto con el suyo, pero este llegó más tarde. Fin.

Tras hablar con las dos, tengo todavía más claro que hay algo que no me cuadra, es como si estuvieran ocultándonos información. Hemos detectado que ambas han mentido cuando nos han dicho

que, después de la cena, subieron directamente a sus habitaciones y se fueron a dormir... Así que, si no se acostaron, ¿dónde estuvieron? ¿Planeando tal vez eliminar a Catherine? No lo creo: realmente se las ve muy afectadas y, además, no dan el perfil del asesino sanguinario que estamos buscando. Sea lo que sea, lo averiguaremos y acabaremos dando con el culpable.

15



Sargento Eduardo Castro

Decidimos que los siguientes en prestar declaración sean las respectivas parejas de Claudia y Alicia. Queremos saber dónde estuvo cada uno y ver qué pueden contarnos de sus novias. Pero, antes de llamarlos, la teniente y yo comentamos lo que nos han dicho las chicas, analizando una a una sus respuestas y la coincidencia de todas ellas, así como nuestras impresiones al respecto. Ambos creemos que han sido relativamente sinceras, aunque no nos tragamos que se fueran tan pronto a dormir y, visto lo visto, no quieren explicar qué hicieron en su lugar... sospechamos que juntas.

Al rato llamamos a declarar al primero de ellos, el novio de Claudia. Nos presentamos, lo informamos de que la conversación va a ser grabada, y comienzo con las preguntas.

—Dígame su nombre completo.

—Lucas Padilla Martín.

—Sabemos que la última vez que vieron todos juntos a Catherine Reilly Suárez fue anoche, tenemos muchos testigos de eso. ¿Qué ocurrió durante la cena para que esta se torciera?

—Estábamos cenando tan tranquilos cuando de pronto Catherine preguntó quién había estado rondando por su habitación y acabó acusando a Raúl de haberle dejado una nota por debajo de la puerta un rato antes. A todos nos extrañó mucho y quisimos saber de qué se trataba, pero se negó a contárnoslo. Solo dijo que era amenazante...

—Esa nota está en nuestro poder, y realmente lo era. Sigamos, ¿qué ocurrió después? —interviene la teniente para centrar el tema.

—Catherine se marchó. Estaba muy molesta. Francamente, pocas veces la había visto así.

—¿Ninguno de ustedes fue detrás de ella para pedirle que se quedase? —le pregunto, y Lucas me responde en tono chulesco.

—Claro que no, ya es... era... mayorcita, ¿no le parece? Que cada uno apechugue con sus decisiones. Como digo siempre, ocurra lo que ocurra, responsabilízate de ello. Si quiso largarse, pues allá ella. Además, Catherine nunca contaba con nadie para ninguna de sus historias, y se limitaba a comentar cómo le había ido la noche con algún que otro ligue y a calentar a los demás.

¿Se cree este chico que acaba de salir de la Facultad de Filosofía o qué? Menudo fantoche y menuda falta de humanidad... Que la pobre chica está hecha pedazos, literalmente. Por cómo habla, debe de pensar que es el puto amo en todo lo que hace, pero aquí se trata de una declaración ante dos guardias civiles. Que no crea que puede vacilarnos.

—Bueno, eso es cuestionable, aunque no vamos a entrar en ese asunto ahora. Bien, Lucas —le digo mientras lo miro fijamente—, ¿qué hizo después de la cena?

—Me fui a mi habitación a dormir. Claudia puede corroborarlo.

Esta última frase sobraba... O ha visto muchas pelis policíacas o acaba de meter la pata por destacar eso.

—Joder, menudo grupo de chicos más responsables: todos a la cama a las nueve. Ya quisiera yo tener unos hijos así —suelto.

—¿Qué hay de malo en acostarse pronto? —Lucas parece desafiarme con ese comentario.

—Nada, chaval. Me resulta curioso, solo eso. —Paso a tutearlo. Ya me está hinchando las pelotas, aunque tengo que mantener el tipo —. Que unos jóvenes como vosotros, de vacaciones, no salgan de fiesta ni vuelvan a las tantas de la madrugada es digno de mención, ¿no te parece?

—¿Me está acusando de mentir tal vez? ¿Acaso va a detenernos o qué? Me estoy cansando de tanta preguntita, sargento.

«¿Se puede ser más chulo?».

—No se altere y no, no vamos a detenerlo... de momento. Solo hacemos nuestro trabajo para poder esclarecer los hechos y encontrar al culpable.

—Pues terminen pronto y no nos hagan perder el tiempo, tenemos cosas que hacer. —El chaval vuelve a desafiarnos, menudo cretino.

—Lo intentaremos. Dígame una cosa, ¿quién cree que le dejó la nota a Catherine?

Me mira serio sin soltar una palabra. Solo niega con la cabeza poniendo cara de inocente, como si jamás hubiera roto un plato.

Finalmente, le pregunto por su relación con la difunta y, muy escuetamente, me dice que eran amigos, pero no de los mejores, que ella se llevaba mejor con Claudia y que le entristece lo que le ha pasado. Poco más.

Cuando sale, hacemos entrar al novio de Alicia. Volvemos a presentarnos, a advertir de que grabaremos la conversación, y le damos al *play*.

—Dígame su nombre completo.

—Henry Campbell-Chapman, pero aquí todos me llaman Kike.

Le preguntamos por la cena y nos cuenta lo mismo que ya sabemos: Catherine soltó lo de la nota, acusó a Raúl, se enfadó y se fue cabreada, nadie la siguió y continuaron cenando.

—¿Qué ocurrió después, señor Campbell-Chapman? ¿Se fue a dormir de inmediato, tal como dicen haber hecho los otros? —le pregunto.

A partir de este momento es cuando tenemos la sensación de que todos nos han mentido, vamos a ver qué pasa con el inglés.

—No, la verdad es que me acosté tarde. Después de cenar, decidí ir a dar una vuelta por el pueblo, necesitaba despejarme y aclarar las ideas. La pelea entre Raúl y Catherine me agobió, no me gustan los malos rollos.

—Al pueblo... ¿Y qué hizo una vez allí? ¿Habló con alguien? ¿Alguien podría corroborarlo?

—Ya se lo he dicho, estuve dando un buen paseo. No hablé con nadie, pero es posible que sí me vieran; lo ignoro. Tampoco recuerdo a qué hora llegué, aunque fue tarde. En todo caso, al regresar, fui directo a la habitación de mi novia, que dormía profundamente.

—De acuerdo, lo investigaremos. Cambiando de tema... Es usted escritor y vive en Mánchester, ¿verdad?

—Así es.

—¿Y qué tal le va en su profesión?

—Bueno... No me puedo quejar, tengo bastantes lectores. En todo caso, me gano la vida escribiendo, que ya es mucho. ¿Algún problema con eso?

—Hemos estado informándonos sobre sus novelas y resulta que, en la última que salió publicada, aparece una chica asesinada... a la que encuentran exactamente igual que a Catherine Reilly Suárez. ¿No le parece mucha casualidad?

—¿No le parece a usted que sería muy estúpido por mi parte matar a alguien de la misma manera que sale en mi libro? Quizá sea una macabra coincidencia o tal vez algún fan mío se haya inspirado en mi obra.

—Mi experiencia me dice que es *demasiada* casualidad.

—Si usted lo dice, sargento...

—Cambiando de tema otra vez, usted no forma parte del grupo de amigos que viven en Barcelona. ¿De qué los conoce? ¿Se los presentó su novia?

—No. Hace cuatro años ellos vinieron por primera vez al Hotel Dante, donde yo siempre paso parte del mes de julio. Fue entonces cuando conocí a Alicia y nos enamoramos. Desde entonces coincidimos todos juntos aquí por estas fechas.

—Su relación con Alicia Ramos Entrecanales... ¿cómo es? ¿A distancia?

—Sí. La verdad es que nos vemos muy poco a lo largo del año, un fin de semana al mes a lo sumo, excepto las dos maravillosas semanas que pasamos aquí en verano.

—No lo entiendo. Por lo que dicen, están muy enamorados. Qué extraño que vea tan poco a su pareja, ¿no? ¿A qué se debe?

—Mi madre está muy enferma y apenas me muevo de su lado, solo para acudir a las presentaciones de mis libros por Gran Bretaña y poco más, excepto estas dos semanas al año, que la dejo a cargo de una cuidadora a tiempo completo.

—¿Y por qué Alicia no va más a visitarlo? Por lo que tenemos entendido, no es por falta de tiempo libre... ni de dinero.

—No ha sido posible por diversos motivos: sus compromisos sociales, su padre... Pero ¿qué tiene eso que ver con la investigación?

—A eso voy... ¿Sabía que Catherine estuvo en su ciudad hace unos meses?

—¿En serio? Ni idea, no me dijo nada... En todo caso, ¿por qué estuvo en Mánchester?

—No lo sabemos... todavía. Quizá, cuando accedamos a su teléfono móvil, podamos esclarecer ese punto... y alguno más. Por el momento lo sabemos por los cargos en su tarjeta de crédito.

—Verán, casi no conocía a Catherine, solo de los días que pasábamos aquí —anoto mentalmente que ha destacado esto sin necesidad alguna, interesante—, pero, por lo poco que sé, diría que era buena persona. Un poco especial, eso sí.

—Alicia y Claudia coinciden también en que era especial.

—Es que lo era... Catherine siempre trabajó por cada cosa que quiso. Luchaba por sus sueños y no paraba hasta conseguirlos.

—Vaya, parece que usted la admiraba mucho —interviene mi compañera.

—Sí, bueno, era mi amiga.

—Pero acaba de decir que la conocía muy poco, ¿no? En todo caso, parece que esa chica era la antítesis de su novia.

—¿Cómo dice? —pregunta Kike confuso.

—Por lo que tenemos entendido, la señorita Ramos Entrecanales depende por completo del dinero de su padre. Así que, viendo la admiración que sentía por la víctima, resulta curioso que mantenga una relación amorosa con una persona que es todo lo contrario.

—Bueno, eso no tiene nada que ver.

—Puede que no —concluyo mirándolo fijamente—. Por ahora hemos terminado, puede irse. Eso sí, igual que sus compañeros, debe quedarse en el hotel y estar localizable.

Cuando lo veo salir, la teniente y yo ponemos en común nuestras impresiones. Vistos desde fuera, solo son un grupo de chicos

jóvenes que han venido aquí a pasar sus vacaciones, pero hay algo en sus miradas y sus respuestas que no nos acaba de convencer. Todos mienten, aunque no sabemos si por el mismo motivo. Si tuviera que apostar, diría que ocultan cosas distintas. Estoy seguro de ello y juro que lo averiguaremos.

16



Teniente Verónica Santos

Hacemos un receso en las declaraciones para ir a tomar un café y me avisan con una notificación de que acaban de mandarnos por *email* los primeros resultados de la autopsia. Por eso, nos sentamos en la última mesa de la cafetería, la que hay al fondo. Abro el portátil y leo en voz alta mientras mi compañero me presta atención.

INFORME DE AUTOPSIA MÉDICO-LEGAL
En Salamanca, a 7 de julio de 2025
Expediente: IML-2025-312.
Médico forense: Dr. Leandro Pérez Cruz.

Por orden del Juzgado de Instrucción n.º 7 de Salamanca, se procede a la práctica de la autopsia médico-legal sobre el cadáver de:

Nombre: Catherine Reilly Suárez.
Sexo: mujer.
Edad: 27 años.

Procedencia del levantamiento del cadáver: Hotel Dante, junto al lago.

1. Motivo de la autopsia

Muerte violenta en investigación policial con el fin de determinar la causa, el mecanismo y la hora aproximada del fallecimiento.

2. Inspección del cadáver

Chica joven, complexión delgada, que se examina desnuda. Se observa sección total de las extremidades inferiores al nivel de las ingles y decapitación a nivel de la sexta vértebra cervical. Presenta rigidez cadavérica generalizada, compatible con una data de muerte estimada entre ocho y doce horas previas a la práctica de la autopsia, y mordiscos de alimañas en algunas zonas. Herida contundente en región occipital (zona posterior de la cabeza, a nivel de la nuca), compatible con un fuerte impacto con un objeto contundente de grandes dimensiones. Los cortes de las extremidades son *post mortem*.

3. Toxicología

Pendiente. Las muestras han sido enviadas al laboratorio.

ADN encontrado en el cuerpo: se recogen muestras bajo las uñas para análisis. No hay rastro de semen ni flujos externos en zona vaginal.

4. Conclusión provisional

La causa fundamental de la muerte es un traumatismo craneoencefálico severo por impacto contuso en región occipital, lo que provocó hemorragia intracraneal masiva y fallo neurológico agudo con resultado mortal. Naturaleza de la muerte: violenta.

Me he saltado varios puntos, pero he ido leyendo lo esencial.

—Alguien que mata a otra persona y luego la corta en trozos... ese ensañamiento con el cuerpo... Hay algo oscuro ahí. Nada bueno, teniente. Es como si fuera una venganza de algún tipo, ¿no te parece? —analiza Edu.

—Seguramente. ¿Crees que quien lo hizo seguirá por aquí?

—Ni idea, Vero. Pero tenemos que hablar con todo el mundo. ¿Cuántos de sus amigos faltan por prestar declaración?

—Nos quedan dos. Uno de ellos es el tal Raúl. El otro desconozco cómo se llama.

—Raúl, ¿al que Catherine acusó de haber escrito la nota?

—El mismo.

—Bien. Vamos para allá. A él lo dejaremos para el final.



El que nos quedaba por conocer se llama Héctor Menéndez Blas, pero, nada más entrar en la sala, lo primero que nos dice es que podemos llamarlo «Gnomo». ¿En serio? ¿Se cree que esto es una *sitcom* americana? Ni yo ni mi compañero vamos a apodarlo así por muy cordial que queramos que sea esto. Es cierto que es muy bajito y algo rechoncho, pero ni de coña vamos a tratarlo con tanta familiaridad.

—¿Qué tal está tras lo sucedido? —le pregunta el sargento.

Héctor, en lugar de mencionar algo de lo ocurrido con Catherine, nos suelta una perorata sobre lo preocupado que está por culpa de un ciberataque internacional a una central nuclear, de ahí salta a hablarnos de *phishing* y luego entran en juego no sé qué virus que van a infectar en breve nuestros ordenadores y blablablá. No se calla el tío. ¡Joder, menudo rollazo!

—Y aquí estamos nosotros, pardillos, ajenos a todo lo que podría llegar a hacer con nuestra vida cualquier *hacker* experimentado. Esto es una puta locura...

¡Dios mío! Esto no puede estar pasando. Voy a cortarlo antes de perder los nervios.

—Héctor, muy interesante, pero no estamos aquí para eso. Mi pregunta iba referida a cómo estaba respecto a lo sucedido *con Catherine*. Por cierto, ¿qué tal se llevaba con ella?

Más le vale responder de forma concreta y no soltar ninguna otra fricada.

—Bien. Somos amigos... Bueno, éramos. Siempre nos hemos llevado bastante bien.

—¿Cuándo la vio por última vez? Sabemos que se fue enfadada de la cena. ¿Qué hizo usted después? Y recuerde que esto no es ningún interrogatorio, es una simple declaración. Solo queremos saber dónde estaba todo el mundo cuando ella fue asesinada para poder avanzar en el esclarecimiento de los hechos.

—Sí, se enfadó mientras cenábamos y se fue echando humo. Después de que se marchara, salí al jardín a tranquilizarme, la discusión me había alterado, y luego decidí subir a su habitación a hablar con ella. Como ya le he dicho, teniente, éramos amigos.

—¿Y la encontró allí? ¿De qué hablaron? —quiero saber.

—Pues me abrió la puerta, le pregunté si estaba bien o si necesitaba algo, me dio las gracias, me pidió que no me preocupara y ya está.

—¿Llegó usted a entrar en su habitación? ¿Había alguien más?

—Pues no lo sé, porque hablamos en la puerta y solo fueron un par de minutos. Después me marché.

—¿Vio u oyó algo que le llamara la atención?

—En absoluto. Todo bien. Ella estaba como siempre, o eso creo.

—¿Y usted qué sabe de la nota, Héctor?

—Nada. Oigan, ¿puedo irme? Dentro de quince minutos tengo una partida *online* de un juego de rol. No quiero poner en riesgo a mi caballero oscuro, tiene todas las armas y seguramente conseguiré avanzar de pantalla.

—Una última pregunta, Héctor —le suelto, intentando que no se me note lo que me desespera oír hablar de esos juegos de rol—. ¿Dónde fue después de ir a ver a Catherine?

—A mi habitación. No salí de allí en toda la noche. Verán, tenía un torneo de un videojuego llamado...

—Eso es todo por el momento, señor. Gracias por colaborar con nosotros.

A continuación, procedemos a tomarle declaración al último de los amigos de la fallecida, Raúl González Álvarez. Al entrar, lo informamos de que no se trata de un interrogatorio y de que de momento no es sospechoso de nada, sencillamente estamos recopilando información para hacernos una composición de lugar básica.

Debo mencionar que este chico es realmente guapo; no creo que demasiadas chicas se resistan a sus encantos si él se propone ligárselas.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a Catherine Reilly Suárez? —le pregunta el sargento entrando en materia.

—¡Yo no he hecho nada, ¿eh?! —se pone de inmediato a la defensiva.

—¿Por qué reacciona así? ¿Está ocultando algo? Ya le hemos explicado que esto no es ningún interrogatorio, debe estar tranquilo —intento que se calme.

—Nadie ha dicho que usted haya hecho algo malo, caballero. Solo queremos saber cuándo fue la última vez que la vio, eso es todo —le

explica mi compañero con palabras pausadas.

—Catherine estaba enfadada conmigo porque pensaba que había sido yo quien le había pasado la nota por debajo de la puerta de su habitación. Ni siquiera terminé de cenar, me levanté y me fui.

—¿Después de ella?

Me queda claro que esa pregunta le desagrada, ya que contesta que sí con un gruñido.

—¿Escribió usted la nota?

—¡Joder, macho, no! Ni de coña. Yo digo las cosas a la cara, no en papelitos amarillos.

—¿Cómo sabe, entonces, que era un papelito amarillo? —indaga Edu—. La nota estaba escrita en un pósit de ese color.

—Pues no lo sé... Habré acertado por casualidad. Es lo más lógico, ¿no? —Se calla un momento, y luego estalla—. ¡Oigan! Han dicho una y otra vez que esto no era un interrogatorio, pero la verdad es que lo parece. Ya comienzo a estar cansado de sus preguntitas. Además, no estamos detenidos, ¿no? Pues apaguen esa grabadora y terminemos con esto. No pienso decir nada más a no ser que haya un abogado delante.

Es cierto, no es ningún interrogatorio y no podemos retenerlo si no quiere colaborar. Por el momento lo dejaremos marchar, pero tanto mi compañero como yo sabemos que oculta cosas.

Todos esconden algo.

Cuando finalmente se va, antes siquiera de que pueda intercambiar impresiones con Castro, mi móvil empieza a vibrar y la pantalla se enciende. Es Peláez, uno de los agentes de campo que hemos dejado en la zona del lago.

—Hola, teniente.

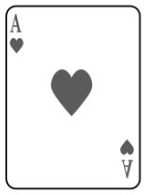
—Cuéntame, Peláez, ¿qué ocurre?

—Han venido a vernos varios vecinos del pueblo; se han acercado hasta aquí al enterarse del asunto de la muerta.

—Ve al grano, tenemos trabajo.

—Me han estado hablando sobre ese juego, el de Dante. Al parecer, los rumores son más que eso: esas desapariciones fueron reales. Afirman que, hace muchos años, aquí ocurrían cosas muy graves, jefa. Será mejor que venga a hablar con los lugareños.

17



Raúl

Ha pasado una hora desde que he salido de esa maldita sala y, después de estar pensando durante un buen rato, tengo claro que voy a hablar con el que le escribió la nota a Catherine. Estoy seguro en un noventa y nueve por ciento de quién es y me dispongo a quitarle la careta.

Camino por el pasillo decidido, pero, cuando llamo a la puerta de su habitación, no me abre nadie. «¿Dónde cojones estás?». Vuelvo a intentarlo sin éxito. Bajo a la cafetería, tampoco está allí. Y, entonces, a través de una de las ventanas que dan al jardín, lo diviso sentado en uno de los bancos que hay junto a unos setos. Sin dudarlo, voy hacia allí y me siento a su lado.

—¿Qué tal, tío? —le pregunto.

—Pse. Estaba pensando en Catherine... Por cierto, ¿qué tal te ha ido con la teniente esa?

—Bien, supongo. Oye, Héctor, imagino que también te han preguntado por la dichosa nota. ¿Tú sabes algo de eso?

—Claro que no, tío.

—¿Qué decía? —exijo saber cambiando el tono de voz a uno amenazante.

—¿Otra vez? Joder, Raúl, ¿a mí qué me cuentas? ¿Cómo quieres que lo sepa? Catherine no me lo contó.

—Ni falta que hace: la escribiste tú.

—¿Yo? ¿Estás loco o qué?

—¿Te crees que me chupo el dedo, chaval? Llevabas toda la puta vida enamorado de Catherine. Te he visto quedarte embobado mirándola millones de veces... ¿Creías que no me había dado cuenta? Llevabas tiempo vigilándola, ¿verdad? Sabías muchas cosas de ella y algunas no te gustaron, por eso la amenazaste en esa puta nota. ¿La mataste tú?

—¡No! Yo nunca le habría hecho daño...

Lo cojo del cuello de la camisa y lo estampo contra el respaldo del banco. Lo miro con cara de psicópata; no me la veo, aunque seguro que la he puesto. No quiero volver a ser mala persona, no quiero perder el control y pegar a nadie, pero esos guardias civiles casi me echan a los perros por culpa de toda esta mierda. Todo el mundo cree que le he hecho algo a Catherine. Tengo que conseguir que confiese sea como sea. Yo no tengo la culpa de haber discutido con esa petarda desde que llegamos aquí.

—¡Dímelo, hostias! ¿La mataste tú? —le pregunto a gritos, furioso.

—¡No! De verdad, Raúl, yo no le hice nada. Tienes que creerme... Yo la quería.

—Sí, lo sé. Querías follártela, ¿verdad, Héctor? Pero Catherine nunca se hubiera acostado con un enano como tú.

—Llama a Lucas. Llámalo al móvil.

«¿Ahora me salta con Lucas? ¿Qué coño tiene que ver mi colega en todo esto?».

—¿Por qué? ¿Qué quieres de él?

—Hazme caso, Raúl, por favor. Dile que venga, quiero contaros algo importante a los dos.

Lo suelto y lo incorporo en el banco para que se siente como una persona normal. Lo miro a la cara, y es la primera vez que veo en sus ojos algo que no me desconcierta. Saco mi móvil y hago esa llamada a Lucas. Cuando me responde, le digo que venga lo antes posible al jardín, a la parte trasera de la cafetería.

—¿Por qué quieres que venga Lucas?

—Ahora lo sabrás. No pensaba decir nada, pero tu manera de hablarme no me ha dejado otra opción, Raúl.

—Maldito friki...

Mi mejor amigo aparece con rostro cansado; imagino que será por todo lo que está pasando, es demasiado.

—¿Qué ocurre? —pregunta dirigiéndose a mí.

—Héctor me ha pedido que te llamase. Dice que tiene algo que contarnos.

—Joder, Gnomo, tengo a Claudia acojonada por lo que ha ocurrido y no quiere estar sola. ¿Qué mierda quieres ahora?

—Siéntate, Lucas. —Héctor da unos golpecitos a su lado en el banco con la palma de la mano, invitándolo a que obedezca.

—Déjate de chorradas, payaso. Te lo digo en serio, no estoy de humor. ¿Qué cojones quieres, tío?

—Sé lo del maletín.

Y, entonces, cuando suelta ese dato, se acaban las discusiones. Lucas se sienta y, ahora sí, le prestamos atención sin rechistar.

18



Lucas

Héctor acaba de confesarnos que sabe lo del maletín. ¿Cómo es posible? He sido sumamente precavido en cada paso que he dado, no me puedo creer que lo haya descubierto. ¿Quizá se lo ha contado Carlos? No, imposible. Él no haría algo así, no compartiría esa información con nadie, y menos con alguien que no es de su plena confianza... Pero ¿y si se conocían de antes? No, me niego a pensar eso. Conozco a Carlos desde hace tiempo, y dudo que Héctor haya entablado algún tipo de conversación o amistad con él en el pasado.

—¿Cómo sabes tú eso? —suelto a bocajarro, aunque, con la cara que pone de inmediato y su actitud actual, dudo que me responda.

—Prefiero guardarme esa información.

—Mira, chaval... —A la mierda. Lo cojo del cuello y lo levanto dos palmos del suelo—. ¿Quién cojones te ha hablado del maletín?

—De acuerdo, os lo diré, pero todo a su debido tiempo. Tenéis que escucharme, los dos.

No me queda más remedio que bajar a este malnacido hasta el banco. Necesito que se explique ya.

—¿Qué es lo que quieres? —le digo con gesto desafiante.

—Una tajada, no pienso quedarme con las manos vacías.

—¿Te has vuelto loco o qué?

En este instante es Raúl el que lo mira con una cara que no me gusta en absoluto, está como ido. Espero que no quiera darle una paliza a Gnomo aquí mismo. Ahora no. «Que no salga el Raúl agresivo, por favor».

—Nunca he estado tan lúcido, chicos. Quiero mi parte. Si no hay trato, cantaré. Y no creo que eso os convenga.

—Héctor —Raúl se ha levantado, mala señal—, eres un hijo de...

—¡No lo digas! —grita él fuera de sí—. No sueltes por esa bocaza algo de lo que te puedas arrepentir. Estoy harto de ser un cero a la izquierda y de que todo el mundo piense que soy gilipollas y puede pisotearme. Eso se acabó.

He de decir que jamás había visto a Gnomo actuar de esta manera. Siempre lo he considerado una persona pacífica y sin ningún tipo de maldad. Realmente lo es, pero comprendo su actitud si conoce lo que hay en ese maletín. Cualquiera en su lugar haría lo mismo.

—Si le hablas a alguien de esto, te quedarás sin nada —le advierto —. No creo que quieras eso.

—Hablaré si no me dais mi parte. De todas formas, si no la tengo, yo no perderé una mierda, me quedaré igual que ahora..., pero a vosotros os joderé. Yo no he cometido ningún delito, vosotros sí. Habéis allanado la habitación de un huésped y cogido algo que no os pertenece, lo que viene siendo robar. Grave error por vuestra parte.

Raúl y yo nos miramos. En el fondo, el muy cabrón tiene razón. Hemos entrado en un lugar al que no nos habían invitado y nos hemos adueñado de algo que no es de nuestra propiedad. Bueno, en realidad, esto último lo he hecho yo solo —y por eso soy el que puede tener más problemas—, pero la participación de Raúl ha sido

esencial también. Fue él quien contactó con Carlos, ofreciéndole un porcentaje, para que pudiera entrar a trabajar aquí meses antes y no levantar sospechas —ya que nosotros no podíamos dejar nuestros empleos ni nuestras vidas en Barcelona—. También ayudó a diseñar todo el plan. Resumiendo: Héctor nos tiene cogidos por las pelotas y lo sabe, por eso estamos jodidos...

—De acuerdo —acepto—. ¿Cómo lo quieres hacer?

—A las diez ya habrá oscurecido. Nos veremos a esa hora en el bosque, al lado del embarcadero. Quiero la mitad de lo que hay dentro.

—¡¿La mitad?! —salta Raúl—. ¿Te crees que somos imbéciles? Eres un pedazo de mierda, Héctor. Jamás pensé que serías así.

—Si te damos la mitad, nosotros nos quedaremos con mucho menos: somos cuatro para repartir.

—Veo que sabes hacer bien las cuentas, tío.

—Vale, lo que tú consideres —digo al fin para zanjar el asunto.

Si este chupóptero piensa que va a salirse con la suya, lo lleva claro. Quiero quitármelo ya de encima, darle la razón y que se quede tranquilo. Raúl me ha mirado de reojo, sabe que voy de farol. Es consciente de que ni de coña le voy a dar la mitad y de que, en cuanto nos quedemos solos, hablaremos de cómo solucionarlo.

—A las diez. No lleguéis tarde —nos dice Héctor. Se levanta del banco y vuelve a entrar en el hotel por la puerta de la cafetería.

—¿Qué vamos a hacer? Te juro que yo a este me lo cargo —gruñe Raúl exaltado.

—Te aseguro, amigo, que no se va a llevar lo que quiere. Tenemos que asustarlo y pararle los pies. No te preocupes, no tendrá la mitad de nada. Me ha tocado mucho los huevos.

—¿Qué tienes pensado, Lucas?

—Nada bueno. Esta noche en el bosque, lejos de todos, tendremos que explicarle las cosas de otra manera.

19



Teniente Verónica Santos

He estado buscando por Internet todo lo relacionado con el juego de Dante. ¿Es extraño? Sí. Parece que durante años se ha hablado de varias desapariciones en la zona, pero nadie ha podido confirmar que nada de eso sea cierto. Lo que más me llama la atención es que ningún cuartel de por aquí ni ninguna comisaría de la capital de provincia hayan abierto un expediente sobre ello. ¿Habrá desaparecido gente de verdad? Si fuera así, alguien debería haberlo investigado. Edu y yo tenemos que llegar hasta el fondo de este asunto, quizá esa pobre chica ha sido asesinada por algo relacionado con esa maldita leyenda.

Peláez se está fumando un cigarrillo mientras hace anotaciones en una pequeña libreta; no sé cómo puede fumar y escribir al mismo tiempo.

—Hola, Peláez —lo saludo; el sargento hace lo mismo—. ¿Qué tienes para nosotros?

—Hola, jefes. Los vecinos que han venido a vernos son los de aquel grupo de allí, los cinco o seis que llevan ropa de cazadores. El

del bigote ha pedido hablar con ustedes, se llama Felipe Medina Morales.

Cuando mi compañero y yo nos acercamos para hablar con ellos, la mayoría me echan una mirada de arriba abajo con cara de babosos. Intento mantener la mente fría y una expresión neutra, pero juro que me los cargaría.

—Buenos días, señores. Soy la teniente Santos y él es mi compañero, el sargento Castro.

—Muy buenas, señorita —suelta el que parece más joven—. Menuda se ha liado, ¿eh?

—Sí, bueno, muertes hay en todas partes —replica Edu—. ¿Es usted Felipe Medina Morales? —añade dirigiéndose al mayor del grupo.

—Sí, agente —contesta el del bigote.

—Nos han comentado que quería hablar con nosotros... así que usted dirá.

—Me gustaría que fuera en privado si no les importa —pide con educación.

Nos parece buena idea, aunque nos han hecho perder el tiempo viniendo aquí; podría haber llegado solito al hotel. En todo caso, nos acompaña de vuelta a la sala en la que hemos montado nuestro «cuartel general» para poder hablar. Si no estuviéramos a las afueras de un pequeño pueblo de montaña, nos lo habríamos llevado al cuartel, pero no nos queda otra que conformarnos con el espacio que nos han habilitado.



El señor Medina es un hombre entrado en los sesenta. Parece que la vida lo ha machacado y se le nota que ha trabajado duro en el campo o en alguna fábrica. Sus profundas arrugas, las marcadas ojeras y los callos en ambas manos lo delatan.

—Aquí podremos hablar tranquilamente, caballero —le digo señalándole una silla—. Usted dirá, ¿qué quería decirnos?

—Es sobre Sofía, mi hija. Desapareció hace nueve años, cuando tenía treinta y uno. Conoció a un chico que trabajaba en el Hotel Dante, era el que se encargaba del mantenimiento, y mantuvo una relación con él. No era mal chico, quizá algo despistado, pero... Bueno, el caso es que, un buen día, los dos desaparecieron y no hemos vuelto a verlos jamás.

Observo a Edu prestar mucha atención a las palabras de ese hombre, mientras que yo siento que nos estamos desviando de nuestro principal objetivo: el asesino de Catherine. «¿A dónde quiere llegar con esta historia?». De todos modos, si le preguntase ahora mismo a mi compañero, estoy segura de que me diría que siguiese escuchándolo, así que eso hago.

—Se buscó por todo el hotel y por el bosque. Incluso vinieron buzos especializados para registrar el lago, pero nada —prosigue—. Se habían esfumado.

—¿Podrían haberse fugado juntos? —le pregunto.

—No, mi hija jamás hubiera actuado así. No sin antes decírmelo. Desde que su madre murió, ella y yo siempre estuvimos muy unidos. Yo sé que todo fue por culpa del juego de Dante.

Ahora sí, hemos llegado al tema que no quería tocar. Sabía que nos saltaría con esa estúpida leyenda.

—¿Por qué cree eso, señor Medina? —indaga Edu.

—Días antes de desaparecer, Sofía me habló de ello. Me dijo que en el hotel existía un juego sobre los nueve círculos del infierno de la

Divina comedia, que muchos huéspedes habían desaparecido por culpa de ello y que incluso otros habían muerto. La verdad es que yo no le di importancia, jamás había oído nada de eso en el pueblo y todo me sonaba marciano. Pero, claro, después de que Sofía se volatilizara, hablé con mucha gente que sí sabía de la existencia de esa leyenda.

—Si se dice que hubo personas que murieron, imagino que se encontraron los cuerpos y las autoridades actuaron, ¿no? —interviene Edu.

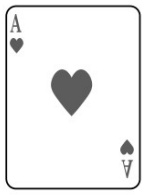
—Nunca. Los que controlan todo esto lo impidieron escondiendo los cadáveres. ¿No lo entienden? Si no hay cuerpo, no hay delito.

—Perdone, don Felipe —le suelto para intentar concluir—, pero ¿qué tiene que ver todo eso con lo que ha ocurrido ahora?

—¿No se dan cuenta, agentes? Está sucediendo de nuevo. El juego de Dante ha vuelto, lo han visto con sus propios ojos... Han asesinado a una chica, y esto es solo el principio: aparecerán más cuerpos, estoy seguro de ello. La única diferencia es que ahora ya no se ocultan. Las muertes serán sangrientas, terroríficas, para que todos conozcan el juego. Háganme caso: desalojen el hotel, clausúrenlo y váyanse todos de aquí, todavía están a tiempo. Que no les pase como a Sofía.

Ahora soy yo la que mira al señor Medina con mucha atención. «¿Ha perdido el juicio?». Quizá, pero ¿y si nos está diciendo la verdad? Si ese juego de Dante existe y empiezan a aparecer otras víctimas, estaremos bien jodidos. Nos queda todavía mucho trabajo por delante. Si este hombre tiene razón y esto es solo el principio, debemos estar preparados para cualquier cosa.

20



Raúl

Faltan diez minutos para que sean las diez. Hemos quedado con Héctor en el embarcadero. Lucas tiene claro que no va a compartir con él la mitad del maletín. Por otro lado, cuando le he preguntado dónde lo ha guardado, no ha querido decírmelo. Según él, cuanta menos gente lo sepa, mejor. Tampoco me ha contado aún cómo va a asustar a ese estúpido enano, pero seguro que lo ha pensado. Nos ha costado mucho tiempo planificar cómo obtener nuestro botín y llevarlo a cabo como para que ahora venga este gilipollas a joderlo todo en un abrir y cerrar de ojos.

Nos escondemos entre unos árboles frondosos situados muy cerca del punto de encuentro; desde donde estamos no podrá vernos, pero nosotros a él sí.

—¿Qué vas a hacer, Lucas? —quiero saber ahora que se acerca el momento.

—Vamos a darle el susto de su vida. Cuando vea cara a cara a la muerte, se acojonará y se le pasarán las ganas de amenazarnos. Le meteremos la cabeza en el agua hasta que desista de chantajearnos y nos pida perdón.

—¿Y si no lo hace? ¿Vas a ahogarlo o qué?

—No habrá más remedio, claro. ¿No te das cuenta? Ese hijo de puta sabe demasiado. No podemos dejar que nos joda, Raúl.

Lucas tiene razón. No podemos permitir que Gnomo se salga con la suya. Se trata de nuestro futuro, esto no es un juego de niños.

—¡Escúchame, Raulito! —Cuando me llama así es porque se le está yendo la pinza. Admito que yo he hecho muchas barbaridades a lo largo de mi vida, pero creo que ahora mismo Lucas está fuera de sí y es capaz de cualquier cosa—. No te me vayas a rajar, ¿eh? Tú no. Sé muy bien las mierdas en las que has estado metido; colega, tú puedes con esto y mucho más, así que confío en ti. Te necesito más que nunca.

Asiento en silencio, Lucas tiene razón. Somos muy buenos amigos y siempre ha sido consciente de los líos en los que me he metido, algunos queriendo y otros sin querer. Llevo bastante tiempo intentando ser buena persona, pero estamos implicados en algo gordo, aunque teníamos claro que iba a ser la última vez. Que Héctor sepa lo que nos traemos entre manos hace que todo se complique más de la cuenta.

—¿Qué hora es? —me pregunta.

—Faltan cinco minutos para las diez.

—Bien, ese inútil debe de estar a punto de llegar. Tenemos que ser resolutivos, Raúl: hay que agarrarlo por el cuello sin mediar palabra y meterle la puta cabeza en el agua. Quiero que sienta que se está ahogando realmente, que note la falta de oxígeno en los pulmones, ¿te queda claro?

—Sí, joder. Lo haremos. Confía en mí.

—De puta madre, *bro*. Esa es la actitud, coño. Escucha, Raúl, ahora que lo pienso...

—¿Qué ocurre? —lo interrumpo.

—No sabemos por dónde va a venir el enano. Para cogerlo desprevenido del todo, será mejor que tú te sitúes un poco más allá, también entre los árboles. Así nos será más fácil pillarlo a traición.

Veo el lugar que me indica Lucas, es una buena idea. Tendremos toda la zona controlada sin riesgo de que se nos escape.

—Bien. Me parece perfecto. Vamos a estar muy atentos y a acabar con esto cuanto antes.

—Sí, tío. Que el primero que lo intercepte lo tire al suelo y luego, entre los dos, lo llevamos hasta el agua.

—Lucas, cuando lo tengamos, debemos mantener la calma. Que no se nos vaya del todo la cabeza.

Todavía faltan dos minutos para que sean las diez. Salgo del lugar en el que estoy escondido con Lucas y me dirijo a la zona que me ha indicado. Está a pocos metros. Cuando llego, me agacho para no ser visto. Lo único malo es que, desde donde estoy, no puedo ver a mi amigo. Varios arbustos me lo tapan, pero no pasa nada: lo importante es poder ver el embarcadero. Un momento... Se oyen unos pasos. Aparto unas ramas y veo a alguien caminar muy cerca del agua. Aunque está todo muy oscuro, la luna casi llena de hoy me permite ver quién es, reconocerlo. «Hostia puta, es Kike. ¿Qué hace el inglés aquí? Me cago en su santísima madre, nos va a joder todo el plan». ¿Lo estará viendo también Lucas? Yo creo que sí. ¿Qué se le habrá perdido al novio de Alicia por aquí?

Cuando miro mi reloj, veo que pasan cinco minutos de las diez y no hay ni rastro de Héctor. ¿Habrá visto llegar a Kike primero y habrá dado media vuelta? Saco mi móvil y llamo a Lucas. Al sexto tono cuelgo, no me lo coge. Seguro que lo tiene en silencio, porque, desde donde estoy, debería haber oído su melodía... «¡Mierda! ¿Qué ha sido eso?».

Acabo de escuchar un puto ruido procedente del interior del bosque. Maldita sea, no me gusta nada oír sonidos extraños cuando estoy solo de noche en un lugar alejado de todo Dios y posiblemente con un asesino suelto. Catherine es una buena muestra de lo que podría suceder. Es verdad que Lucas está cerca, sí, pero ni siquiera me coge la llamada.

Se acabó, estoy hasta los huevos de este plan. Como alguien se me acerque por detrás, me lo cargo, lo juro. Salgo de mi escondite y vuelvo hacia la arboleda en la que se esconde Lucas. Tengo que decirle que he visto a Kike y mencionarle los ruidos extraños que procedían del interior del bosque... Pero, cuando llego al lugar donde debería estar, no hay nadie.

—¿Lucas? —murmuro—. ¿Dónde cojones estás?

Nada. Solo hay silencio.

—¿Dónde te has metido, *bro*? —vuelvo a susurrar. De pronto oigo unos pasos detrás de mí y el crujido de una rama a mi espalda me pone alerta. Cuando me giro, lo veo ahí, con las manos ensangrentadas—. ¡Lucas! Pero ¿qué mierda te ha pasado? Tienes sangre en...

—Ven, rápido —me dice alterado.

Lo sigo hasta el corazón del bosque. Dejamos atrás el lago y el embarcadero, y llegamos a un pequeño claro lleno de pequeñas piedras y hojas secas que se han ido cayendo de las ramas. Mierda, he pisado algo resbaladizo, líquido. Miro hacia el suelo enfocándolo con la linterna del móvil, que llevo encendida. Es sangre. Hostias, muchísima.

—Mira ahí, Raúl —me indica Lucas—. Le he tomado el pulso, pero no se lo he encontrado. Por eso tengo las manos manchadas. Te juro que yo no he sido, tío.

Cuando dirijo la vista hacia donde me ha señalado, veo un cadáver cubierto de sangre. Está completamente destripado, abierto en canal; las vísceras asoman y me parece ver que tiene un ojo fuera de su cuenca. Al iluminar mejor con la linterna, constato que así es. ¡Dios mío! Esto es una puta masacre.

21



Raquel

No me lo puedo creer. En vez de estar sirviendo el turno de cenas como camarera del Dante que soy, tengo que estar aquí, en esta sala, esperando a... ¿cómo me han dicho que se llamaban? Ni siquiera me acuerdo porque no me importa en absoluto nada de esto. Todo este asunto no tiene nada que ver conmigo, debería haberme negado.

La puerta de la sala se abre. Entran el hombre y la mujer, los agentes de la Guardia Civil, esos cuyos nombres no recuerdo.

—¿No es un poco tarde para esto? —les pregunto—. Son las diez menos cuarto. Algunos huéspedes todavía están cenando.

—Lo sentimos mucho, pero llevamos todo el día tomando declaraciones a los clientes y el personal del hotel y todavía no hemos terminado con eso. Lamentamos molestarla, pero no hemos podido hablar con usted antes —me explica ella. Creo recordar que ha dicho antes que era teniente—. Solo queremos hacerle un par de preguntas, ya que, según las cámaras de seguridad, fue una de las últimas personas que vieron a Catherine.

—¿Se refieren a la chica muerta? No sabía ni cómo se llamaba. Oigan, yo no he hecho nada. Mi jefe me va a echar si no cumplo con mis obligaciones.

—No se preocupe por eso, tanto sus superiores como el propietario del hotel saben que estamos investigando el asesinato y nos han dado carta blanca. Comprenden la gravedad de la situación. Solo serán unos minutos; cuando termine, podrá volver al restaurante.

—Bien, pues... ustedes dirán.

—Espero que no le importe que grabemos la conversación. Después nos ayudará a encajar mejor las piezas —me informa el hombre.

—Adelante, hágalo. No tengo nada que ocultar.

—¿Cuál es su nombre? —me plantea en cuanto le da al *play*.

—Raquel Navarro Tormes.

—Bien, Raquel, recapitulemos. Según hemos visto en las grabaciones, Catherine Reilly Suárez, la chica asesinada, se sentó a tomar algo en la barra un rato después de cenar anoche. ¿Lo recuerda? —interviene la mujer.

—Sí. Llegó sola y le pregunté si estaba buscando a sus amigos.

—¿Qué más?

—Poca cosa... Me preguntó si sabía dónde estaban, le contesté que se habían ido escalonadamente del comedor, me comentó que quería una copa, le ofrecí un gin tonic, aceptó y se lo serví. Luego se lo tomó y al rato se fue. Fin de la historia.

—Muy bien —me señala la mujer—. Una cosa más, ¿cuánto tiempo lleva trabajando en el Dante?

—Siete años.

—¿Ha oído hablar alguna vez del juego de Dante?

«¿En serio? ¿Serán capaces de haberme metido en esta sala para sacarme información acerca de esa leyenda?». A este dichoso hotel siempre lo va a perseguir esa maldición, estoy convencida. Mierda, seguramente se habrán dado cuenta de que trago saliva, incómoda; no quiero tener que responder a eso. Creo que es una tontería, pero no es agradable hablar de algo que muchos de aquí temen.

—¿Está usted bien? —se preocupa por mí la teniente al ver que no contesto—. ¿Ha oído hablar de ello o no?

—Sí, todos los que trabajamos aquí hemos oído hablar de ese dichoso juego —me decido a responder—. Pero es solo una leyenda, nada más.

—Pues se habla muchísimo de este asunto —suelta el tipo, creo que es sargento—. Se dice que, por su culpa, tiempo atrás hubo gente que desapareció...

—Claro, y también le habrán dicho que otros tantos murieron, ¿no?

—Pues sí.

Mi cara ha ido cambiando paulatinamente y estoy segura de que lo han notado. Cualquiera de los de aquí hemos oído mil veces esos rumores en torno a ese juego, claro que sí. Pero una cosa es lo que se dice y otra muy distinta que sea verdad. Aunque es cierto que, a lo largo de estos siete años, ha habido personas que de un día para otro han dejado el hotel, eso no quiere decir que sea por culpa de un juego o que estén muertas. Quizá las despidieron si trabajaban aquí o se largaron sin más si eran clientes. Yo nunca he preguntado por esa gente que ya no estaba, bastante tengo con preocuparme por mis cosas.

—Lo único que puedo decir es que, en todo el tiempo que llevo en el Dante, jamás ha habido un cadáver. Es la primera vez que sucede. Les recomiendo que no se crean todo lo que oyen, a la gente de por

aquí le encantan las habladurías. ¿Puedo irme ya? Como les he dicho, tengo trabajo.

—Sí, descuide —acepta la teniente—. Gracias por su colaboración.

Menos mal. Cuando anoche vi a aquella chica en la barra, la tal Catherine, me dio mala espina... Era muy rara, no me gustó su mirada.

Salgo de la sala y me dirijo al restaurante. Mi jefe, el señor Garrido, me intercepta en el pasillo.

—Raquel, ¿puedes ir a por una caja de refrescos? Nos hemos quedado cortos —me pide, aunque en realidad es más una orden.

Asiento con la cabeza y me alejo.

No me ha preguntado cómo me ha ido la declaración con los agentes, pero no me extraña: le importo una mierda. El dueño del Dante es más simpático conmigo, aunque prácticamente no lo conozco, ya que solo lo veo dos o tres veces al año.

Al salir, un escalofrío recorre mi cuerpo. Hace muchísimo frío; a pesar de que estamos en verano, en esta zona de las montañas, cuando llega la noche, refresca, pero no tanto. Me cruzo de brazos intentando resguardarme y me dirijo hacia el almacén exterior a por las bebidas cuando, de repente, me tropiezo con algo y caigo al suelo.

Seré estúpida. Me acabo de hacer polvo la rodilla, me he clavado una maldita piedra. Joder, menuda mierda de noche. Estoy muy cabreada: ahora mismo mataría a alguien, lo juro. Cuando me levanto del suelo, echo un vistazo para ver con qué he tropezado... y lo encuentro. Hay algo que sobresale del suelo, parece como si estuviera enterrado.

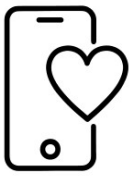
Observo a mi alrededor y no veo a nadie. Me agacho y comienzo a escarbar para sacarlo. No me cuesta mucho porque la tierra está suelta y fresca, aunque acabo rompiéndome una uña. Finalmente, al

ver lo que he desenterrado, esbozo una media sonrisa. Acabo de encontrar un maletín de cuero negro. ¿Qué habrá en su interior? ¿Quién lo habrá ocultado aquí?

No lo pienso más y lo abro.

Y, cuando veo lo que contiene, me quedo paralizada. Debo esconderlo en otro lugar como sea. Nadie puede saber que lo he encontrado, que lo tengo yo.

22



Alicia

Pasan diez minutos de las once de la noche y no encuentro a Kike. ¿Dónde se ha metido? No dejo de darle vueltas a lo que me ha contado esta mañana. Al salir de hablar con la teniente y el sargento, me ha explicado que le han mencionado que Catherine estuvo en Mánchester... Es muchísima casualidad que, de todas las ciudades del mundo, ella fuera justo a donde vive mi novio, ¿no? Él dice que no se vieron y tendré que creerlo, pero ¿qué fue a hacer allí? No puedo preguntárselo porque ahora está muerta.

Flipo con todo lo que está pasando. Esta caca de vacaciones nos afectará como pareja, estoy segura...

De pronto llaman a la puerta y me sobresalto. Voy hasta allí y pregunto quién es, sigo superasustada. Oír la voz de Claudia me tranquiliza y abro.

—¿Sabes dónde está Lucas? —suelta a bocajarro sin ni siquiera saludarme, entrando en la habitación. Se sienta a los pies de la cama, inquieta.

—Ni idea, gordi, y tampoco sé dónde está Kike.

—Joder, esos dos son gilipollas. Y mi novio más aún, que encima sigue en modo «no te toco ni con un palo». Con todo lo que ha pasado, entiendo que no esté de humor para un polvo, aunque ya tocaría, pero al menos podría ser más cariñoso y protector conmigo, ¿no crees?

—No te alteres, porfi, no vale la pena...

—¿Que no? —me interrumpe—. ¿Sabes? Desde que hemos llegado, te tengo envidia por tu relación con Kike. Se os ve muy acaramelados, y me alegro por ti, ojo, pero pienso que ojalá mi novio reaccionase de una maldita vez y me tratase con cariño, con pasión... Creo que estamos en un punto de no retorno.

—¡¿Hablas en serio, Clau?! —exclamo enarcando las cejas—. Mira a tu alrededor: Kike no está. Yo también estoy sola ahora mismo y no tengo ni idea de por dónde anda, así que tampoco es que sea su prioridad todo el tiempo, ¿sabes?

—Imagino que Lucas estará con Raúl... Esos dos son uña y carne. Tal vez tu novio se haya unido a ellos.

—Sinceramente, me da igual lo que pase con ellos. No puedo quitarme de la cabeza a Catherine... Estoy superasustada con este asunto, no me creo lo que está pasando. ¿Y si nos hacen algo a nosotras?

—Trata de tranquilizarte, Ali; si nos ponemos histéricas, no solucionaremos nada. Ahora tenemos que estar unidas, más que nunca.

—Lo sé, gordi, lo sé. Pero tenemos que irnos de aquí lo antes posible...

—Los guardias civiles nos han dicho que, por el momento, debemos quedarnos...

Daría lo que fuera por poder estar en mi apartamento, tumbada en el sofá, incluso si mi papi apareciera para echarme la bronca por

cualquier cosa... Aunque se lo perdonaría, porque debo admitir que soy su princesa y me tiene consentida... O sea, dicen que el dinero no da la felicidad, pero eso es porque no lo tienen: a mí sí me la da.

—¿Qué vamos a hacer con el otro asunto, con lo del maletín ese? —me suelta Claudia, y, la verdad, después de lo que nos pasó en la habitación número trece, me gustaría olvidarlo y no hablar más de ello.

—Nada. ¿Qué quieres que hagamos? El tipo ese entró y se lo llevó. Solo podemos rezar para que no nos haya pillado y nos denuncie.

—Tranquila, no nos vio y nadie sabe que estuvimos ahí, por eso no tienes que preocuparte. Pero, como yo, viste lo que había dentro.

—Sí, claro que lo vi.

En ese momento me estremezco al oír un golpe en la puerta. No ha sido demasiado fuerte, pero sí lo suficiente como para erizarme la piel. Cuando Claudia abre, pues habíamos cerrado con pestillo, veo que se trata de Lucas.

—¿Dónde te habías metido? —le pregunta mi amiga.

—Estaba con Raúl... He ido a nuestra habitación y, al no encontrarte, me he imaginado que estarías aquí.

—¿Lo ves, Alicia? Lo que yo te decía, uña y carne. Oye, ¿por qué tienes las uñas tan sucias? Espera, ¿qué es eso de las manos?

Yo también me he percatado, las he visto en cuanto ha entrado en la habitación. Tiene las uñas supercochinas y, al fijarme en las palmas, veo una mezcla de sangre y tierra. ¡Qué fuerte!

—¿Es sangre lo que tienes ahí? —le pregunta su novia a la vez que lo inspecciona minuciosamente.

—Sí, o lo poco que queda de ella. Me he lavado las manos como he podido en el embarcadero. He estado con Raúl en el bosque y... hemos encontrado algo.

—¿Qué hacíais allí a estas horas? —Claudia está molesta, y es normal: su relación parece enfriarse a pasos agigantados y su chico se pasa las horas con su colega haciendo tonterías por ahí. Seguro que han discutido por alguna gilipollez y se han pegado, eso explicaría lo de la sangre.

—Eso da igual ahora... porque ha ocurrido algo terrible. Tenemos que irnos de este puto hotel cagando leches.

—¡Joder, Lucas! ¿Puedes decirme qué cojones ha ocurrido en el bosque de una puta vez? —exclama Claudia desesperada, soltando tacos a tope.

Nunca lo había visto así de nervioso, incluso parece temblar a medida que mi amiga va soltando cada palabra. Lucas es un tío duro, de esos que podrían defenderte ante cualquier situación, pero lo que tengo enfrente ahora mismo es un chico muy asustado.

—¡Héctor está muerto, hostias! —grita—. Lo han destripado.

Me quedo helada. ¿Héctor muerto? No puede ser, no me lo creo. Todo esto no puede estar pasando, es una pesadilla... Pero, al agachar la cabeza, abatida, veo algo que me deja en shock. Ante mis ojos están las deportivas de Lucas... No me había fijado antes, son las mismas que vi cuando anoche estuve escondida debajo de la cama de la habitación número trece.

Fue él quien se llevó el maletín.

23



Teniente Verónica Santos

Si tuviera que apostar, diría que la muerte ha sido mucho más sangrienta esta vez. Hace unos cinco minutos, mientras Eduardo y yo cenábamos, recibimos una llamada de la recepción del Hotel Dante en la que se nos informaba de que unos chicos —no me supieron decir los nombres— habían encontrado un cadáver en el bosque, cerca del embarcadero. Por la hora que es, será muy complicado inspeccionar la zona en busca de pruebas; habrá que acordonarla e impedir que nadie se acerque. Tras esa llamada, avisé al equipo forense y a criminalística, y vienen de camino. Nosotros acabamos de llegar al embarcadero.

—No creerás en serio que es por el juego ese, ¿no? —me pregunta mi compañero.

No sé qué responder. Hace mucho que conozco a Eduardo y normalmente opinamos lo mismo, por eso me resulta fácil trabajar con él. En esta ocasión, sin embargo, él parece tener claro que es una tontería, pero yo no lo veo así. En todo caso, esto no es una puta película de terror adolescente, no es un... ¿cómo se llama? Ah, sí, un *slasher*. Esto es la vida real, no la historia ficticia de un

asesino enmascarado. Aquí la gente muere de verdad, y se habla de un juego macabro como si fuera el parchís.

—Ni idea, Edu, la verdad es que ya no sé qué pensar de todo esto.

—Como no lo resolvamos pronto, la prensa nos va a comer vivos. Nos harán picadillo, Vero.

—Soy consciente de ello.

El crujido de las hojas del bosque a nuestro paso me estremece. Si fuera de día, no me daría mal rollo; ahora, de noche, sí. A medida que nos aproximamos a la zona, ya vemos los focos que han colocado alrededor del cuerpo. Lo único bueno es que, por la hora que es y lo alejados que estamos del pueblo y del hotel, no hay curiosos que vengan a molestarnos.

Saludamos a los agentes que hay en la escena del crimen. Veo a Peláez, que está escribiendo anotaciones en su libreta. Cuando Edu y yo nos acercamos al cuerpo, nos quedamos horrorizados. Insisto en que hacía mucho tiempo que no veíamos algo así.

—¡Joder! —exclamo—. Es el friki, ¿cómo se llamaba?

—Héctor —me confirma mi compañero con total seguridad.

—Cierto, aunque dijo que podíamos llamarlo Gnomo... Menuda carnicería, pobre chaval.

El chico está encima de un gran charco de sangre. Le han rajado el abdomen como a un cerdo y los intestinos salen hacia fuera. También tiene un corte en el cuello; no sabría decir si eso fue lo que lo mató, tendremos que esperar a los resultados de la autopsia.

—Mira el ojo izquierdo —me indica Edu—. Es como si se lo hubieran arrancado.

Es cierto, lo tiene fuera de su órbita. La escena parece sacada de una película gore. Oigo el sonido de unas arcadas cerca de mí y, al girarme, veo a un agente joven vomitando.

—¡Joder! —le grito—. ¡Cuidado con contaminar la escena del crimen, coño! Si no eres capaz de aguantarlo, sal de aquí, ¡que esto no es un parque de atracciones!

—Llamaré para que avisen al juez de guardia.

Le doy la conformidad a Edu con un sencillo gesto de cabeza y observo con atención el cuerpo. Me pregunto quién será el puto maníaco que ha hecho esto. Primero la chica, Catherine Reilly Suárez, y ahora este. No es difícil deducir que ambos casos tienen relación, pero de momento solo es una hipótesis. Eran del mismo grupo de amigos, eso tiene que significar algo, aunque quizá se trate de una casualidad. Puede que haya un asesino que se quiere cargar a los huéspedes del hotel y ha empezado de forma aleatoria. Si es así, incluso Edu y yo corremos peligro.

—El juez está avisado —me indica mi compañero—, viene en camino. ¿En qué piensas?

—En que todavía no tenemos ni un sospechoso para la primera víctima y ya hay una segunda en menos de veinticuatro horas. Esto no pinta nada bien.

—¡Aquí! ¡Rápido! —Con lo alto que Peláez ha gritado, seguro que lo han oído hasta en el hotel.

Edu y yo corremos hasta la zona en la que está para saber qué han encontrado.

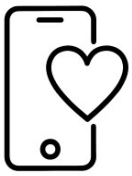
—¿Qué ocurre? —quiero saber nada más llegar.

—Jefes, miren eso: creo que al asesino se le ha caído durante su masacre.

Peláez, con las manos enfundadas en guantes de látex, levanta un objeto y nos lo enseña. Es un cuchillo de sierra lleno de sangre... uno igual al que he usado yo para cortar el poco filete que he podido comer durante la cena. Lo sé por el escudo que tiene grabado en el mango.

—¡Mierda! Esos cuchillos están en el comedor del restaurante... El asesino está en el Dante —sentencio.

24



Alicia

Esto va de mal en peor. Los agentes nos han dicho que esperemos sentados en la sala hasta que ellos vengan. ¿Estarán buscando pruebas incriminatorias contra alguno de nosotros? Ahora mismo pondría la mano en el fuego por mis amigos. Aun así, de todos ellos, la única en la que siento que puedo confiar al cien por cien es Claudia, que está a mi lado. Enfrente tengo a Kike, que ahora parece reflexivo, como si intentase resolver un puzle en su cabeza. La que no deja de pensar soy yo, sobre todo en Mánchester, en la maldita coincidencia que hizo que Catherine y él estuvieran juntos en la misma ciudad, ¿sin verse? Aunque él lo niega, la duda está ahí. Además, papi siempre dice que él no cree en las casualidades; quizá debería hacer lo mismo. Lucas está sentado al lado de Raúl, los amigos inseparables, y aunque no crea que sean capaces de cometer una atrocidad así... ¿por qué estaban en el bosque a esas horas?

Dios mío, no me puedo creer que Héctor esté muerto. Ojalá den con quien le ha quitado la vida. Según nos han contado Lucas y Raúl, lo han encontrado con las vísceras fuera. ¡Qué espanto! Si

hubiera estado yo ahí, habría vomitado. Espero que a los agentes de la Guardia Civil no les dé por revisar mi historial clínico... Si lo hicieran, descubrirían algo que me pondría en un aprieto. Cuando estuvimos prestando declaración, no me importó, pero ahora sí, ya que las cosas se están poniendo muy serias. He visto muchas series de televisión sobre asesinatos y, normalmente, a los amigos de las víctimas no suelen mirarles el historial médico. ¿Y si hacen una excepción en este caso? ¡La ansiedad me está matando!

—¿Qué hacías tú también en el bosque, Kike? —El silencio se ha roto por la pregunta que le ha planteado Raúl a mi novio.

«Un momento, ¿Kike estaba allí? ¿En serio?».

—*What?* ¿De qué cojones hablas, listillo? —contraataca desafiante.

—Te he visto en el bosque antes de que Lucas y yo encontrásemos el cuerpo de Héctor. ¿Qué hacías? Era un poco tarde para ir solo por esa zona, ¿no crees?

—¿Y vosotros? También estabais ahí, ¿no?

—¿Por qué no respondes, Kike? —intervengo atacada—. Yo no sabía dónde estabas, me gustaría que contestases.

—¿De verdad, *darling*? ¿Desconfías de mí? Solo fui a dar un paseo y me metí en el bosque para estar tranquilo; quería despejarme un rato, me sentía muy agobiado. Cariño, te juro que solo estaba dando una vuelta, nada más.

Que mi novio se dedicase a pasear por todo el recinto y los alrededores del hotel me parecería estupendo si no fuera porque están matando a los miembros de este grupo uno a uno. Encima, yo no sabía dónde estaba cada vez que se ha cometido un asesinato...

—¿Has sido tú quien ha matado a Gnomo, Kike? —le pregunta Claudia directamente.

—¡No, *shit*! ¿De verdad creéis que yo sería capaz de algo así? La estáis jodiendo pero bien, yo no le he hecho nada al enano.

—Estabas en el bosque, tío, cerca de donde descubrimos el cuerpo —lo increpa Raúl—. Yo no me fío de ti, colega. Además, tampoco estabas cuando se cargaron a Catherine. Se supone que andabas de paseo por el pueblo. Esto no pinta nada bien para ti.

«¿Debo confiar en mi chico?».

Cuando los agentes terminen de tomarnos declaración, debo hablar seriamente con él. Necesito que me aclare muchas cosas. Raúl tiene razón, es un poco sospechoso que las dos veces haya estado solo por ahí... Además, hay algo que no saben: la noche que Catherine murió, él llegó a mi habitación con las manos llenas de sangre. Tengo que verle ese corte que se hizo, aún lo lleva tapado.

Y también quiero hablar con Claudia, todavía no he tenido oportunidad de mencionarle que he descubierto que fue Lucas quien entró en la habitación número trece para llevarse el maletín. Demasiada coincidencia sería que dos personas llevasen el mismo calzado. No, no puede ser otra maldita casualidad, ya son demasiadas. Además, tiene sentido. El calvo de gimnasio le dio a él la nota con el número de la habitación. Por cierto, ya no lo he vuelto a ver... En todo caso, tengo claro que fue él. Tengo que avisar a Claudia y averiguar qué hizo con el dichoso maletín... Aunque debo admitir que tengo miedo, mucho; la sensación de que el peligro que nos acecha está cada vez más cerca está demasiado presente.

25



Carlos

No me puedo creer que Lucas quiera joderme. No quiere decirme dónde cojones ha escondido el maletín del ricachón, y eso me pone muy nervioso y de mala hostia. Estamos juntos en esto, pero, si me engaña, no saldrá vivo de aquí. No tiene ni idea de lo que soy capaz de hacer.

Han pasado varios minutos desde la medianoche y en su habitación no hay nadie, ni él ni la morenita esa con la que sale. También he ido a ver si podía hablar con Raúl, pero tampoco está en su cuarto. La furgoneta con la que vinieron continúa en el aparcamiento, lo que significa que todavía siguen por aquí. La verdad es que, por culpa de esos dos fiambres, la cosa se ha complicado. Esto está lleno de guardias civiles y podrían pillarnos. De todos modos, si Lucas y Raúl me la juegan, iré a por ellos. No estoy dispuesto a quedarme sin mi parte. ¡No, ni de coña!

Cojo el móvil y hago una llamada urgente. Al segundo tono, responden.

—Hola, soy Carlos.

—Dime, Carlos. ¿Va todo bien?

—No, ni de lejos. El hijo de puta de Lucas logró coger el maletín y lo escondió para luego sacarlo, tal como planeamos, pero la cosa se ha complicado por motivos ajenos a nosotros y no quiere decirme dónde lo tiene. Creo que ni siquiera Raúl lo sabe. Dice que es más seguro así... ¡Será cabrón!

—¡Me cago en todo, hostias! No quiero ninguna excusa. ¡Tráeme ese maletín ya! Si hace falta, te lo cargas. El plan era clarísimo y, si Lucas no se ha ido, sus motivos tendrá, pero me importan una puta mierda... Encuentra el maletín, ven a toda leche y... a todo el que se te ponga por delante lo liquidas si es necesario. ¿Te ha quedado claro?

—Sí. Todo clarísimo.

La llamada se ha cortado. No me puedo creer que esté pasando esto.

El plan era sencillo: robar el maletín por la noche y sacarlo del hotel antes de que su legítimo propietario regresara al día siguiente o al otro... Y ya vamos muy mal de tiempo.

«¿Dónde estás, Lucas?».

Lo llamo al móvil, pero lo tiene apagado. Me la está jugando, lo sé.

Salgo a la terraza a fumarme un cigarrillo, lo necesito. Hace calor y aquí se está más fresco. Vivo muy cerca del Dante, en una casa a las afueras del pueblo. Si he de ir a buscarlo, lo haré; con eso no tengo problema. En tan solo cinco minutos me puedo plantar en el hotel.

Cada vez estoy más inquieto, no paro de darle vueltas. Apago el cigarrillo en el cenicero y entro. Abro el mueble bar del salón, saco la Parabellum 9 mm que tengo ahí escondida y compruebo que esté cargada. Me la guardo en la cintura y decido actuar. Es hora de hacer lo que debería haber hecho hace rato: si el niñato no me dice

dónde ha escondido el maletín, lo amenazo con volarle la tapa de los sesos. Ya veremos si habla...

26



Teniente Verónica Santos

Al fin hemos podido hablar con los padres de Catherine y ha sido horrible. Tener que dar estas noticias es lo peor de nuestro trabajo. La tía tenía razón, están de viaje y cogerán el primer vuelo hacia aquí. Ninguna llamada de este tipo es buena, pero peor ha ido la de los padres de Héctor. Según parece, su madre se ha desmayado y su marido ha tenido que llamar a una ambulancia. La mujer no está demasiado bien del corazón y han tenido que hospitalizarla por una arritmia. La muerte de un hijo es terrible.

Ahora estamos con los cinco amigos que quedan, nos toca volver a hablar con ellos. De momento lo único que sabemos es que todos afirman ser inocentes y no saber nada del asunto. Hemos decidido volver a tomarles declaración, pero primero tenemos algo importante que anunciarles.

La más formal del grupo parece ser Claudia. Según la información que tenemos en nuestro poder, es enfermera, estudiante modélica, la hija que todo padre querría tener. Después está Lucas, su novio, que nada tiene que ver con ella: es juerguista, se le van demasiado los ojos hacia otras chicas y tiene antecedentes leves por algún que

otro altercado. Dicen que el amor es ciego, y en este caso lo tengo claro. A continuación, está su íntimo amigo Raúl: demasiado guapo para ser real, le va mucho la juerga, aunque lo disimula bastante; tiene antecedentes por robo y lesiones, y ha jugado bastante con las drogas. Luego está Alicia, la niña bien que lo tiene todo; lo que no tiene se lo pide a su papi y este se lo da... O quizá le dé la tarjeta de crédito para que ella se lo compre directamente. Según he leído, no ha trabajado en su vida. Terminó la secundaria y ya no hizo nada más. Finalmente, tenemos a su novio Henry, el inglés, o Kike, como lo llaman: no hemos podido averiguar demasiado sobre él. Hemos pedido información a las autoridades británicas, pero no nos han facilitado gran cosa de momento. Sí que les hemos echado un vistazo a sus novelas y analizado el éxito que tienen; sabemos que en su país, y especialmente en Mánchester, es bastante conocido. De todas sus obras, hay algo en la última que nos perturba a Edu y a mí.

Queremos hablar con todos, en especial con Kike, pero lo primero es lo primero.

—¿Otra vez aquí? —Lucas está en modo ataque, cansado de esto, y no lo culpo por ello: es tarde.

—Hemos encontrado a otro amigo suyo sin vida, asesinado, así que sí, otra vez aquí —le explico lo más calmada que puedo—. O alguien quiere eliminarlos uno a uno, o todos los huéspedes de este hotel corren peligro.

—¡Dios santo! —chilla Alicia. Parece al borde del colapso—. Tenemos que salir de aquí, ¿no lo ven?

—Precisamente es eso lo que venimos a comunicarles. Sargento, por favor, cuénteles cómo vamos a proceder.

—Como ya les ha dicho la teniente, aquí no están seguros y vamos a trasladarlos a todos. Sin embargo, el servicio meteorológico

anuncia que se acerca una tormenta enorme que puede complicarnos las cosas; parece que va a ser muy jodida y va a traer mucha agua. Aunque en esta zona las tormentas veraniegas son habituales, la que viene puede ser una de las mayores en años y ya ha empezado a hacer estragos en la provincia, afectando a varias carreteras. Queremos evacuar el hotel, pero, como estamos en temporada alta, esto está lleno hasta la bandera y debemos sacarlos escalonadamente. Solo podemos hacerlo por una vía secundaria, ya que la otra se ha inundado, y esa carretera está utilizándose también para llegar a zonas afectadas: no podemos colapsarla. Lo que está claro es que no podemos quedarnos aislados aquí después de todo lo que está ocurriendo...

—Yo quiero largarme ya. No aguanto más aquí, este hotel apesta a muerte —lo interrumpe Raúl.

—... ustedes serán los últimos en irse, pues necesitamos que presten declaración de nuevo; son los que más relación tenían con los difuntos. Eso sí, hasta que los saquemos de aquí, deben permanecer juntos y tranquilos para evitar cualquier riesgo.

—¿Alguna pregunta respecto a lo que ha explicado el sargento? —planteo.

Me los quedo mirando; ninguno me responde, pero asienten con la cabeza. Sé que tienen miedo; es normal: son jóvenes, tienen toda la vida por delante, y dos de sus amigos han muerto de forma muy violenta. No quieren ser los próximos.

—¿Y si el asesino escapa del hotel cuando se haya ido todo el mundo a causa de la tormenta? —suelta de repente Alicia.

—No se preocupen por eso, ningún asesino saldrá de aquí. Se lo garantizo.

—¿Van a proporcionarnos algún tipo de protección? —indaga Claudia.

—Por desgracia, no disponemos de los medios suficientes. Lógicamente, hay guardias civiles desplegados por la zona haciendo su trabajo, pero no pueden dedicarse exclusivamente a vigilarlos —le explico—. Por eso mismo tienen que permanecer unidos y no salir del hotel para nada... Y, por supuesto, menos aún de noche. Por el momento pueden irse todos... excepto usted, Henry.

Salen de la sala uno a uno como si fuera una procesión, pero antes todos le echan un vistazo al de Mánchester, lanzándole miradas acusadoras o de recelo. Si yo fuera uno de ellos, quizá también lo haría. Sin embargo, he de tener la mente fría. Soy teniente de la Benemérita, debo buscar la verdad con hechos.

—¿Por qué me han pedido que me quede? —nos pregunta una vez que estamos solos.

—Queremos volver a hablar con usted...

—¿Para qué? Pierden el tiempo.

—Sus amigos lo vieron en el bosque y usted mismo lo ha confirmado. ¿Qué hacía ahí? —inquiere Edu, quedándose a un metro escaso de él.

—Lo he dicho mil veces: solo salí a dar una vuelta, joder. Nada más. No creo que eso sea un delito, ¿no?

A medida que habla, se va alterando cada vez más. Es lo que suele hacer alguien que oculta cosas. La experiencia me lo dice.

—Le hemos echado un vistazo por Internet a *La pócima del bosque*, su última novela —tomo la palabra—. Por lo que hemos leído, trata de un grupo de amigos que acampan en un bosque y, al encontrar un cofre con una pócima secreta, despiertan a un asesino del infierno que los va matando a todos. ¿Es así?

—Sí —nos confirma—. Fue un éxito, mi libro más vendido.

—Lo curioso de todo es que una de las protagonistas muere exactamente como Catherine, eso ya lo hablamos, y ahora, por

desgracia, su amigo Héctor también ha muerto... Y, mire por dónde, lo ha hecho igual que otro de los personajes de su obra: asesinado en la oscuridad en un claro del bosque, destripado y con los intestinos fuera.

—Ya les dije que sería estúpido por mi parte matar a alguien de la misma manera que sale en mi libro, ¿no lo recuerdan? Primero pensé que quizá era un fan mío desquiciado, pero ahora juraría que es alguien que quiere joderme la vida y se ha leído mi libro... Sí, tiene sentido, estoy seguro —trata de justificarse.

—Visto lo visto, nos interesamos por saber qué le pasaba a la tercera víctima de esa novela y resulta que es uno de los agentes de policía que se desplazan hasta el lugar de los hechos para la investigación.

—Sí, lo sé, la escribí yo —nos suelta riéndose—. Pero todo esto no significa nada.

—Hablemos de su actual novela... Porque usted se pasa parte de las vacaciones escribiendo aquí, en el Dante, ¿verdad? Por eso repite cada año... Díganos, ¿de qué va su nueva obra?

—Sí, este lugar me ayuda a inspirarme. No podría encontrar otro mejor.

—Responda a mi compañera, señor. ¿De qué va esa historia? —No dudo de que Edu está tan intrigado como yo por conocer el argumento.

—Trata sobre un grupo de amigos que se va a pasar un fin de semana a una cabaña, todos comienzan a morir... y el asesino está entre ellos.

—Esa historia es un *slasher*, ¿no? Parece algo muy visto —le digo, y me da la sensación de que mi comentario no le gusta ni un pelo.

—Eso mismo me dijo Alicia. Pero en ese libro nada es lo que parece.

—¿Por qué?

—Porque sorprenderá... Todo será muy distinto a lo que todo el mundo cree en un principio. Engañaré al lector en todo momento.

—¿Lo dice por la identidad del asesino? —le pregunto con muchísima curiosidad.

—Exacto. Habrá un giro final, algo que nadie se esperará; por eso será diferente.

—¿En su nueva novela también hay policías investigando? —indaga Edu.

—Por supuesto que sí, agentes. Pero las aventuras terminan pronto para ellos...

—¿Por qué lo dice?

—¿No ha quedado claro? Los agentes no le importan a nadie, a los lectores tampoco. Mueren rápido, de una forma atroz. Lo interesante de mi historia son los chavales de la cabaña.

Su mirada me provoca pavor. Estoy acostumbrada a casos como este, a asesinos en serie que cortan en pedazos a sus víctimas, a seres despreciables que no tienen corazón, pero sus ojos tienen algo distinto... Algo que me produce escalofríos, y sé que a Edu también.

27



Lucas

Los agentes se han quedado hablando con Kike. Ese pedazo de cabrón... pone cara de no haber roto nunca un plato. Se cree que es mejor que el resto por ser escritor en su país. Piensa que los demás somos gilipollas, pero tendrá su merecido, de eso estoy seguro.

Claudia y Alicia se han ido juntas por el pasillo y yo le he guiñado un ojo a Raúl para que me siga. Ya es hora de largarnos de aquí, tal y como habíamos planeado con Carlos, una vez que haya recuperado el maletín.

—¿Dónde lo tienes escondido? —me pregunta mi amigo, que está ansioso por conocer su ubicación.

—¿Acaso no confías en mí? No te preocupes, tío, está todo controlado. Lo que está claro es que tenemos que largarnos de aquí cagando hostias.

—¿Y qué pasará con Claudia?

—Nada. Prefiero lo que hay en el maletín a ella, ya me he cansado de doña perfecta y sus tonterías. Siempre parece mirarme por encima del hombro.

No entiendo por qué Raúl me está observando así, parece juzgarme. ¿Qué coño le pasa? Somos buenos amigos, pero hay miradas que dicen más que las palabras, y la que me está echando ahora mismo no me gusta una mierda.

—¿Te ocurre algo? —le suelto.

—Tenías las manos llenas de sangre, Lucas.

—¿De qué cojones hablas?

—En el bosque. No querías que Héctor se llevase parte del botín, estabas muy cabreado con él. Estabas dispuesto a ahogarlo para quitártelo de encima, eso me dijiste...

—¿Y? ¿Me estás acusando de algo, tío? Para empezar, la idea era asustarlo; ya sabes que soy un bocazas. Y, para terminar, te dije que le tomé el pulso cuando encontré el cuerpo. Por eso tenía sangre en las manos. Todos sabemos que fue el inglés; estaba en el bosque, tú lo viste.

—Cuando tenga mi parte, me largaré y no querré saber nada de nadie, macho. Llévame hasta el lugar en el que has escondido el maletín y acabemos con esto de una puta vez.

Cuando a Raúl se le cruzan los cables, no hay quien lo pare, así que no tengo más remedio que llevarlo hasta el sitio en el que tengo el maletín del huésped de la habitación número trece. Lo enterré cerca de uno de los almacenes de bebidas que hay en el exterior. No tenía mucho tiempo y no podía ir paseándome con él por ahí... Además, me vi acorralado por varios clientes que iban y venían disfrutando de la noche veraniega y no me quedó otra opción que meterme por allí. La tierra no estaba seca, resultaba fácil escarbar, así que en pocos minutos hube terminado. Por esa zona no pasa casi nadie, algún que otro camarero de vez en cuando para reponer género en el restaurante o en el bar, pero ya está. Cuando lo tenga en mi poder, avisaré a Carlos para que recoja su parte.

Cuando salimos fuera, le indico a Raúl el lugar en el que lo oculté. Lo desenterraremos antes de que llegue la fuerte tormenta que está prevista. Si esperásemos, quizá quedaría al descubierto.

—¿Está ahí? —quiere saber.

—Sí. Ahí lo enterré. Venga, ayúdame a escarbar y larguémonos.

Nuestras uñas y manos se llenan de tierra; está algo suelta, removida. Seguramente la dejé así y no lo recuerdo, estaba nervioso.

A medida que el agujero se va haciendo más hondo, aumenta mi estupefacción. No puedo verme, pero seguro que ahora mismo estoy blanco como el papel.

—¿Dónde cojones está el maletín? —pregunta Raúl con un tono agresivo.

—¡Joder! —exclamo al no verlo—. Debería estar aquí, no hice un agujero tan profundo.

—Aquí no hay nada, Lucas. ¿Acaso quieres joderme o qué?

—Te juro que no, *bro*. Me cago en la puta, tío. Alguien lo ha cogido.

—¿Me estás tomando el pelo, cabrón? Te juro que, como no me digas dónde coño está el maldito maletín, te parto la cara.

Me da la sensación de que, si continuamos escarbando, llegaremos hasta el centro de la tierra. No hay forma posible de que nuestro botín esté más abajo. Alguien lo ha desenterrado. Pero ¿quién? Quizá Carlos me estuvo vigilando, vio dónde lo escondía y se lo llevó. Si es así, a lo mejor ya no lo volvemos a ver nunca más. En eso ando pensando cuando de pronto se oye un estruendo cerca de donde estamos. Reconozco ese sonido a la perfección, ha sido un disparo. La primera vez que oí uno, sin contar los de las películas, fue en un viaje que hice a Madrid hace seis años. Fui a comprar

droga a un narcopiso, todo se torció y hubo tiros. Un día así es muy difícil de olvidar.

—¿Eso ha sido un disparo? —plantea Raúl atónito.

—Sí, juraría que ha sido un tiro.

Salimos a toda leche hacia el hotel y de camino nos cruzamos, en la oscuridad, con una sombra que corre en sentido contrario... No lo queremos reconocer, pero estamos asustados, mucho. Teniendo en cuenta todo lo que está sucediendo en este lugar, podemos esperar cualquier cosa.

El disparo provenía de la zona de la cocina, así que vamos para allá para saber qué ha pasado. Hay otros huéspedes que también lo han oído y se han acercado a mirar. Nos llegan voces que piden ayuda a gritos, diciendo que hay un cadáver, que todo está lleno de sangre y que el culpable ha salido por la puerta trasera de la cocina, la que hay en la despensa.

Cuando Raúl y yo entramos, vemos que hay sangre por todas partes. Hay un cuerpo inerte en el suelo con un tiro en la cabeza, diría que a bocajarro... Incluso hay trozos de masa encefálica desperdigados por la pared. Al reconocer de quién se trata, me quedo horrorizado y paralizado.

Todo esto no puede estar pasando.

28



Teniente Verónica Santos

Ya ha amanecido y todavía estamos esperando a que el juez ordene el levantamiento del cadáver. El Hotel Dante se está llenando de cuerpos, y la verdad es que ya no sabemos qué hacer con ellos. Desde la comandancia, el capitán ha exigido darle máxima prioridad al caso; tenemos que detener al responsable. A diferencia de los otros dos crímenes, este se ha perpetrado con un arma de fuego. El asesino ha efectuado un disparo directo a la cabeza de la víctima, dando de lleno en la sien izquierda. La sangre ha salpicado la pared de detrás, cerca de los fogones, y pequeños trozos de seso han salido también despedidos. Otra masacre, y delante de nuestras narices.

—¿Crees que puede tratarse del mismo asesino? —me sondea Edu.

—Tal vez —señalo—. Quizá se ha cansado de destripar y descuartizar, y ha optado por un modo más rápido de acabar con una vida.

—Esto es para volverse loco, Vero —admite mi compañero.

Es cierto. Como sigamos así, nos volveremos completamente majaretas. Nuestro último caso no fue fácil, pero, desde luego, nada que ver con este. En ese hubo dos muertos y un único asesino; aquí ya vamos por tres finados, que sepamos, y podría haber uno, dos o tres culpables, lo desconocemos. Mirándolo fríamente, es difícil que una sola persona haya podido hacer todo esto y, además, sin dejar cabos sueltos. Curiosamente, dos del grupo de amigos han vuelto a estar cerca cuando ha ocurrido todo: Lucas y Raúl, que dicen haberse cruzado con alguien que corría en sentido contrario, aunque no lo han visto apenas. El caso es que, junto con unos huéspedes, han acudido a la cocina del Dante, escenario del crimen. Según cuentan algunos testigos, han visto salir a alguien por la puerta trasera, la que está en la despensa. Hemos vuelto a llamar a la científica para que peinen la zona, pero de momento no han encontrado nada.

—¿Algún testigo ha podido ver bien al agresor? —le pregunto a mi compañero.

—No. Solo alcanzaron a distinguir una figura indefinida, una sombra, nada más.

Lucas y Raúl tienen cara de estar exhaustos. Es normal, seguro que Edu y yo tenemos la misma. Nadie ha dormido esta noche, y no creo que lo hagamos en las próximas horas. Va a ser un día larguísimo, y eso que los rayos de sol justo están despuntando. En todo caso, no podemos dejarlos marchar todavía: es de vital importancia que hablemos con ellos, cualquier detalle cuenta. Hemos tomado declaración ya a varios huéspedes y no tenemos ni una sola pista por el momento.

—¿Podemos largarnos ya, teniente? Creo que ya es suficiente —gruñe Lucas.

—Todavía no, y si es suficiente o no ya lo decidiremos nosotros. Tenemos que hablar con ustedes en calidad de testigos. Será una charla corta, más adelante ya les tomaremos declaración.

—Y una mierda —salta Raúl—. No hemos sido testigos de nada. Solo hemos oído un disparo y como mucho hemos visto una puta sombra, igual que otros huéspedes que ya se han podido ir.

—Que sea la última vez que nos habla así, caballero. Por el momento aquí decidimos nosotros y punto, ¿le queda claro? —salta Edu—. Últimamente están ustedes en el centro de todo lo que sucede en este maldito hotel —añade—, así que no les queda otra que colaborar como dos niños buenos, ¿estamos?

No se han quedado muy convencidos, pero al menos mi compañero ha puesto al chulito de Raúl en su sitio. Hay que decir que, a diferencia de los otros dos muertos, no entiendo qué relación hay entre ellos y la víctima; por eso pienso que no tienen nada que ver.

Tras hablar con ellos (para saber qué hacían fuera a esas horas, si antes del disparo vieron u oyeron algo extraño, si podrían destacar algo de la silueta con la que se cruzaron en la oscuridad, por ejemplo, si les pareció un hombre o una mujer...), les damos permiso para retirarse.

Vuelvo a observar el cadáver, el disparo en la cabeza, la sangre que ha salido proyectada contra la pared, los ojos cerrados de la víctima, la palidez de su rostro y la rigidez que se ha ido adueñando del cuerpo debido al avance del *rigor mortis*. Me encantaría poder resolver este rompecabezas lo antes posible, pero creo que será difícil.

—Buenos días —saluda el hombre que acaba de entrar. Lo vimos el otro día, aunque hoy tiene un aspecto diferente, quizá algo más

demacrado—. He venido en cuanto me he enterado. ¿Qué ha ocurrido ahora?

La pregunta que acaba de hacer el señor Ricardo Iglesias Abadón, el propietario actual del Hotel Dante, está cargada de preocupación. Lógico, teniendo en cuenta que es el dueño de un establecimiento en el que ya han liquidado a tres personas.

—Buenos días, señor Iglesias —lo saludo, y Edu hace lo mismo—. Otro asesinato, esta vez con un arma de fuego. El fallecido es uno de sus empleados.

Cuando el recién llegado observa la escena, se lleva las manos a la boca, impresionado. Lógico también: es duro ver un cadáver, pero más todavía si conocías a la persona, en este caso Carlos Méndez Saavedra.

—¡Dios mío! ¿Se sabe quién ha sido? —nos pregunta desconcertado.

—Todavía no. Estamos esperando a que venga el juez para el levantamiento del cadáver, después el forense se pondrá con la autopsia —le comento—. Ha de entender que los medios que tenemos aquí son muy limitados, escasos. Créame que hacemos lo que podemos. Además, teniendo en cuenta la tormenta que está por llegar, no podemos arriesgarnos a trasladar los cuerpos y quedarnos tirados a mitad de camino... Nos han informado de que está haciendo estragos.

—Hay que desalojar el hotel inmediatamente. No puedo dejar que siga muriendo gente.

—Como usted mismo habrá comprobado, señor Iglesias, actualmente solo se puede llegar aquí a través de una vía secundaria; el resto de ellas están impracticables. La evacuación debe ser escalonada, y ya hemos empezado a hacerla: la gente mayor y las familias con niños han sido las primeras.

—¿Al estilo *Titanic*?

—Correcto. Además, debemos hacerlo así para tener controlado a todo el mundo y evitar en la medida de lo posible que alguien sospechoso se nos escape de las manos. El objetivo principal es coger al o a los asesinos —le explica mi compañero.

En ese preciso momento, el sonido de un potente motor, seguido al poco de un fuerte frenazo, se oye en el exterior. Curiosos, nos asomamos a una de las ventanas que dan al jardín para ver el coche que acaba de llegar. Yo no soy una experta, pero se nota a la legua que el vehículo rojo es de gama alta y nuevecito. Edu, que sí entiende de eso, lo reconoce al instante.

—¡Es un Porsche Cayenne Turbo GT! —exclama sorprendido.

Ninguno podemos dejar de observarlo, incluso los que, como yo, no tenemos ni idea de coches de lujo. La puerta se abre y del interior sale un hombre de mediana edad, con barba y bigote bien arreglados, cabello oscuro engominado y echado hacia atrás, un pantalón beige ajustado, zapatos negros con borlas y una camisa blanca de marca. Nada más poner los pies fuera del cochazo, se enciende un cigarrillo.

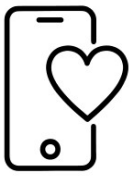
—¿Quién es ese, señor Iglesias? —indago.

—Don Diego Herranz Fandiño, nuestro mejor cliente. Está alojado aquí.

—¿Por qué no lo hemos visto antes? No hemos hablado con él todavía.

—Va y viene del hotel, pero siempre tiene reservada una habitación. La usa en exclusiva... Es la número trece.

29



Alicia

Me asusta mucho la idea de que Kike pueda haberme engañado.

La noche que Catherine murió, él llegó a mi habitación con las manos manchadas de sangre. Según me dijo, se había tropezado y, por ello, se había apoyado en una de las vitrinas que contienen las mangueras de incendios de las escaleras, por lo que se había cortado al no darse cuenta de que estaba rota. En ese momento lo creí, claro, pues no tenía ningún motivo para desconfiar... Pero después apareció el cuerpo de la pobre Catherine y más tarde ocurrió lo de Héctor y supe que mi novio había estado donde lo asesinaron, en el bosque, sin motivo aparente y a la misma hora... Y ya no sé qué pensar. Literal.

Anoche Kike estuvo hablando con los agentes a solas, aunque no sé de qué exactamente, por eso le quiero preguntar y necesito que sea totalmente sincero conmigo. Se acabaron las mentiras entre nosotros.

Como quiero salir de dudas lo antes posible, pero ignoro dónde está, me dirijo a la planta baja por las escaleras. Aprovecho para revisar la vitrina de la manguera de nuestra planta y después

inspecciono el resto. Por desgracia para mí, no hay ninguna que esté rota. «¿Por qué me mentiste, Kike? ¿Qué ocultas?». No quiero alarmarme más de la cuenta, quizá la hayan sustituido por una nueva. Sin nada más que comprobar aquí, bajo a recepción rápidamente.

—Hola, buenos días —le digo al chico que está detrás del mostrador, distinto al del primer día—. Mira, verás... Es que el otro día mi novio me contó que se había cortado con el cristal de una de las vitrinas que contienen las mangueras de incendios porque estaba roto. Ahora no recuerdo si fue aquí, en el hotel, o en un restaurante al que fue a almorzar. ¡Esta cabeza mía! Él me ha pedido que no lo haga, pero quiero poner una reclamación y, claro, no me gustaría hacerla donde no toca... ¿Puedes decirme si esta semana habéis arreglado alguna de esas vitrinas?

El chico se queda pensativo, quizá se ha dado cuenta de que intento colarle una trola. Espero que mi farol cuele y surta efecto.

—Francamente, no lo sé, señorita, pero iré a revisar los albaranes de mantenimiento.

Entra en la oficina, bueno, en el pequeño despacho que se ve desde este lado del mostrador. Parece un cuartucho de tres metros cuadrados repleto de archivadores. Después de unos minutos sale con una carpeta en la mano y empieza a pasar hojas.

—No me consta que estos días haya habido una incidencia de ese tipo, señorita. No se ha reparado ninguna de las vitrinas. Por lo que me ha contado, tuvo que hacerse el corte en otro lugar.

—De acuerdo, eso debe de ser. Gracias por su ayuda.

Me quedo flipando, ¡esto es de locos!

Desaparezco de la recepción; no quiero que a este chico se le ocurra seguir indagando sobre el asunto de la vitrina rota, preguntándome tal vez el nombre del supuesto restaurante. Me

dirijo hacia mi habitación porque Kike ha dejado su portátil ahí. Se me ha metido en la cabeza que esa novela que está escribiendo puede darme alguna pista de lo que está sucediendo.

Si Héctor estuviera vivo, estoy segura de que me ayudaría a entrar burlando las contraseñas. Tendré que hacerlo yo, no me queda otra.

Cuando estoy dentro, cierro con pestillo y saco el portátil de su funda. Lo enciendo y lo conecto a la corriente por si acaso le queda poca batería, no me quiero arriesgar.

Frente a la pantalla, decido ir probando... Esto no es la cuenta de un banco, así que, aunque lo intente muchas veces, no se va a bloquear. No me lo pienso más y comienzo a teclear. Primero pongo su nombre, combinando de diferentes modos mayúsculas y minúsculas. Como no da resultado, opto tanto por su fecha de nacimiento como por la mía; tampoco tengo suerte. A continuación, pruebo con mi nombre, Alicia, y mi diminutivo, Ali, e insisto al ver que no funciona añadiéndole mi año de nacimiento. Nada. Me estoy comenzando a desesperar. Ahora pongo el nombre de sus padres e incluso el de una tía suya que vive en Liverpool, tampoco. Escribo «Mánchester» del derecho y del revés, pero no es. Mi paciencia se está acabando, quizá no ha sido una buena idea querer meterme en el ordenador. Pruebo con el título de su primera novela y luego hago lo mismo con el resto, cero.

«Jolines, no tengo suerte».

Me quedo mirando la funda del portátil, es la que le regalé hace dos años. La cojo y busco en los bolsillos interiores. Encuentro un paquete de chicles, dos bolígrafos, un clip y un pequeño papel doblado. Al cogerlo, me llega un aroma a perfume que me resulta muy familiar. Lo desdoblo y veo que hay un beso marcado con pintalabios rojo... y debajo está escrito el nombre de Catherine... Imposible, no, me niego a creer algo así.

Vuelvo al ordenador y, pensando de antemano que por nada del mundo me dejará acceder, tecleo despacio las letras una a una: «C-A-T-H-E-R-I-N-E».

«¡Mierda!».

Estoy dentro.

30



Claudia

> Clau, necesito verte. Tengo
> que contarte algo
> superfuerte sobre Kike.

Releo varias veces el mensaje de Ali con el ceño fruncido. Desde hace un par de días, me da la sensación de que su relación pende de un hilo, como la mía con Lucas. Es como si todo el amor que sentíamos se estuviera desmoronando. Siempre había creído que mi amiga y su novio inglés estarían juntos hasta el fin de sus días, que ella acabaría mudándose y disfrutando de una vida de ensueño a su lado..., pero me estoy dando cuenta de que no será así.

«¿Por qué el amor es tan difícil, tan complicado? Debería ser sencillo», me digo mientras voy en busca de Alicia a su habitación.

En el hospital veo su mejor versión muy a menudo: parejas que se besan apasionadamente o con extremo cariño antes de la grave operación de uno de los dos o despedidas desgarradoras que hacen que me duela el alma; es como si fuera el único lugar en el que el amor verdadero florece.

—¿Has visto a quién han disparado? —es lo primero que me pregunta nada más abrirme la puerta; a continuación, me agarra del brazo y tira de mí para hacerme entrar.

—Sí, tía, al camarero cachas. Se lo han cargado. Esto es una puta pesadilla, estoy cagada.

—¡Es muy *heavy*, Claudia! ¿Qué está ocurriendo en este maldito hotel?

—No lo sé, cariño, pero va de mal en peor.

—Espero que la guardia civil nos desaloje pronto... No podemos seguir más aquí. De verdad, estoy que me muero del susto.

—Yo también, Ali. —La abrazo para reconfortarla y, a la vez, reconfortarme a mí misma—. Tenemos que ser fuertes, ya verás como no nos pasará nada. Por cierto, ¿por qué estás sola? ¿Dónde está Kike?

—Ni idea, pero tengo que contarte una cosa sobre él... Mira, he podido entrar en su portátil.

—¡Alicia! —exclamo sorprendida—. ¿Eso no es ilegal?

—Puede ser, pero tenía que saber más sobre su nueva novela. ¿Te he comentado que escribe sobre un grupo de amigos que están en una cabaña y todos van muriendo asesinados? Además, son siete, como nosotros.

—¿En serio? No, no me habías dicho nada. ¿Y has podido leer algo?

—Sí, lo suficiente para dudar de mi novio y tenerle miedo, la verdad. Hay cosas que no te he contado...

—Cuando dices «cosas», ¿a qué te refieres, tía? Porque aquí está muriendo gente y no es momento para secretitos, Ali. Yo estoy por meterme en un agujero y no salir de ahí.

—La noche antes de que encontrasen el cuerpo de Catherine, Kike entró en mi habitación y fue directo al baño. Creyó que yo estaba

dormida, así que dejó la puerta entreabierta... Me levanté a ver qué hacía y lo pillé lavándose las manos... Las tenía llenas de sangre. Cuando le pregunté, me dijo que se había tropezado y, al apoyarse para no caerse, se había cortado con una vitrina de esas en las que se guardan las mangueras y que están por las escaleras porque estaba rota.

—Bueno, eso le puede ocurrir a cualquiera, ¿no?

—¡No! Al principio me lo tragué, pero, después de lo de Héctor, empecé a desconfiar... Hoy he preguntado en la recepción sobre ese asunto tras revisar una por una las vitrinas por si habían arreglado alguna. No les consta, ninguna ha sido reparada. Kike me mintió.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Pues... para ocultar un asesinato tal vez. ¿Sabes qué puta contraseña tiene en su ordenador? Catherine. Te juro que ahora lo mataría, tía.

—Tranquila, seguro que todo tiene una explicación —le digo mientras coloco mi mano sobre su hombro intentando tranquilizarla, aunque, francamente, todo pinta bastante mal para el inglés—. Cuéntame qué es lo que has leído en la novela que está escribiendo.

—No me ha dado tiempo a mucho, pero el grupo de amigos viaja hasta la cabaña en una furgoneta, en este caso alquilada. El que conduce se llama Leo, y tiene una novia que se llama Carla. Qué coincidencia, ¿verdad? Leo comienza con la ele de Lucas y Carla, con la ce de Claudia, y así todos los nombres del libro.

—Después de esto que me cuentas, habría que plantearse que Kike no es de fiar, ¿no crees? ¿Piensas que se cargó a Catherine por un arrebato de amor o algo así?

—Jolín, no creo, ni idea... Quizá, ya no sé qué pensar. La verdad es que quiero creer que es inocente.

—¿Y la sangre? —le recuerdo consciente de que ese dato es demasiado escabroso como para dejarlo pasar.

—No lo sé, Clau. Estoy muy muy asustada. Quiero irme a casa.

—Y yo, Ali. Ojalá nos dejen salir pronto de aquí, pero ya nos dijeron que seríamos los últimos. Yo que tú no me fiaría de Kike, no me da buena espina después de todo. Por cierto, ¿cómo has descubierto la contraseña?

—He encontrado un papelito en uno de los bolsillos de la funda del portátil. Olía a perfume y, al desdoblarlo, he visto la marca de unos labios rojos. No hace falta ser muy lista para saber que Catherine la dejó ahí, porque su nombre estaba escrito debajo.

—¡Menudo cerdo cabrón! Y encima seguro que te estaba engañando con ella. No me lo puedo creer.

—No puede ser, gordi. Todo ha de tener una explicación —me comenta.

—¿Qué explicación? Ese te la ha estado jugando, y apostaría a que Lucas también me la está pegando a mí.

—Tengo que decirte otra cosa, y es sobre él.

—¿Sobre Lucas? Menudo está hecho últimamente. ¿De qué se trata?

—Las deportivas que vi cuando nos escondimos debajo de la cama de la habitación número trece el día de lo del maletín eran suyas. Fue él quien entró y se lo llevó.

—No puede ser... ¿Lucas? ¿Estás segura? Es cierto que vimos cómo el camarero le daba ese papelito con el número, pero... ¿qué pintaba él allí?

—No lo sé, pero sí, estoy segura. Habla con él, ponlo contra las cuerdas. Sabe algo que no quiere contarte. Aquí están ocurriendo muchas cosas que se nos escapan, tía —dice Alicia nerviosa; está

más preocupada que nunca—. Hazme caso, habla con tu novio. Sé que fue él quien estuvo allí.

—De acuerdo, lo haré. Pero tienes que tranquilizarte, por favor. Todo saldrá bien.

—Lo dudo, gordi. Sospecho de mi novio, del tuyo... Te confieso que estoy muy agobiada; lo digo por mí, por mi problema, por mi pasado. Ya son demasiadas cosas.

—¿Ahora te preocupas por eso? —pregunto sorprendida, no esperaba que me saliera con ese asunto.

—Claro que sí, ¿tú no lo harías? Eres la única que sabe lo que me ocurría cuando era niña. ¿Y si me está volviendo a pasar?

—¡No! Ya hace mucho de eso, es imposible —le aseguro.

—Pero ¿y si...?

—No, Ali —la interrumpo—. Ya sé lo que quieres decir y ni se te ocurra. Tú no has hecho nada. Y recuerda, ten mucho cuidado con Kike. Lo observaremos de cerca. No quiero que te haga daño.

En ese momento las dos miramos por la ventana. De pronto el cielo se ha oscurecido y una fuerte lluvia ha empezado a caer, acompañada de truenos y relámpagos. La tormenta de la que se hablaba está aquí, todos tenían razón. Ojalá no traiga con ella todavía más problemas.

31



Sargento Eduardo Castro

Tengo delante de mí al señor Iglesias, y me percato de que parece un hombre muy humilde a pesar del dinero que sin duda tiene. He echado un vistazo al precio de las habitaciones y barato no es; además, muchos de sus clientes son bastante exclusivos y adinerados, como el dueño del Porsche Cayenne.

—¿Y su compañera, sargento? —quiere saber.

—Está con otra línea de la investigación. Quizá venga dentro de un rato.

—¿Por qué necesitan hablar conmigo? Deberían estar buscando al asesino, ¿no le parece?

—Bueno, usted es el dueño del hotel y consideramos que no hemos hablado lo suficiente.

—Estoy tan impactado como ustedes por lo que está sucediendo aquí, se lo aseguro. Si puedo ayudar en algo, dígamelo. Pero no pierdan tiempo, por favor, todo este asunto está afectando al buen nombre del establecimiento.

—La verdad es que la teniente Santos y yo estamos muy intrigados por saber más acerca del juego de Dante.

—¿Qué? ¿He oído bien?

—Imagino que sí, señor Iglesias.

—Ese juego es solo una leyenda, habladurías de gente aburrida... No hagan caso de los chismorreos.

—El otro día estuvimos hablando con Felipe Medina Morales. Su hija Sofía desapareció hace nueve años junto con un empleado del hotel, el encargado de mantenimiento. ¿Los recuerda?

—Por supuesto, sargento —contesta muy seguro de sí mismo—. Las autoridades pasaron muchas semanas buscándolos sin ningún resultado; sin duda se fugaron. Esos dos estaban enamorados y cansados de la vida que llevaban aquí.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque Mateo, el novio de Sofía, me lo contó. El muchacho llevaba tiempo queriendo marcharse, encontró a esa chica, que quería lo mismo, y aprovechó la oportunidad para largarse. No hay más. ¿Por qué? Este pueblo es muy pequeño, muy tranquilo y tal vez aburrido para la juventud... Piense que las calles solo se llenan en temporada alta gracias a los huéspedes de mi negocio.

—El señor Medina no opina lo mismo. Además, nos contó que su hija le había comentado que el juego de Dante existía, que sí había oído hablar de él, que algunos huéspedes del hotel habían desaparecido y que algunos incluso murieron.

—¿Está de broma, sargento? Por el amor de Dios, ¿sabe cuántos cadáveres encontraron a causa de ese dichoso juego? Yo se lo diré: cero. Ni uno solo. Lo que yo le diga, todo habladurías.

Espero que este hombre con cara de bonachón no me esté engañando... No lo creo. El señor Iglesias mejor que nadie sabría de la existencia en su hotel de un juego de esas características basado en los nueve círculos del infierno de la *Divina comedia*, pero ¿y si él forma parte? En ese caso, sería normal que tratase de ocultármelo.

Francamente, después de todas las locuras y aberraciones que he llegado a ver en este trabajo, puedo esperar cualquier cosa.

—Si continúan apareciendo cadáveres en este hotel, señor Iglesias, esto parecerá el infierno.

Se ha quedado callado; pensativo, quizá. Ahora me mira con cara extraña, como si hubiera mencionado algo en lo que él no está de acuerdo.

—¿El infierno? Si este hotel llegara a serlo, no estaría en nuestra mano cambiarlo —me suelta—. La vida es así, sargento. ¿Es usted creyente?

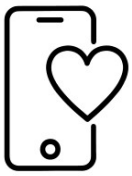
—No —le respondo interesado en ver hacia dónde se encamina esta conversación.

—Debería serlo. Dios lo observa, el Todopoderoso sabe exactamente lo que hace. Ha mencionado el infierno, ese lugar de castigo eterno y sufrimiento. La separación definitiva con Dios. Si este lugar se convirtiera en algo parecido sería como resultado natural de los actos de las personas que albergara.

La declaración de este hombre ha derivado, sin siquiera pretenderlo, hacia terrenos demasiado extraños y muy relacionados con la obra maestra de Dante. Es como si, al nombrar el infierno, le hubiera activado un botón que ha provocado una clara reacción en él. No ha podido evitarlo y se ha mostrado tal y como parece que es.

Mi percepción sobre él ha cambiado, hay algo en este hombre que me da mala espina... Acabo de darme cuenta, y no suelo equivocarme.

32



Alicia

Creo que he dejado a Claudia al borde del colapso. Me ha dicho que va a hablar con Lucas sobre el asunto de las deportivas. Me da la impresión de que no acaba de creérselo, pero yo tengo claro que fue su novio quien entró en esa habitación. Además, tiene lógica: gracias al camarero cachas, que ahora está muerto, Lucas averiguó que había un maletín que contenía algo de mucho valor y se pusieron de acuerdo para «quedárselo». Estoy empezando a pensar que todos los asesinatos del Dante tienen relación con él... «Maldita sea la hora en la que a Clau y a mí se nos ocurrió entrar en la trece, rezo para que nadie lo descubra».

He estado buscando a Kike por todo el hotel sin éxito, no tengo ni idea de dónde puede estar. Estas vacaciones eran un planazo y se han convertido en una verdadera película de terror. Nada está saliendo como esperábamos.

«¿Quién eres en realidad, Kike? Me has mentido sobre la sangre, me has engañado con Catherine, nada de lo que dices se sostiene por ningún lado... Te has convertido en un auténtico desconocido».

Lo llamo al móvil y sigue sin cogérmelo.

«Jolín, ¿dónde te has metido?».

Por el pasillo, con cara de malas pulgas, una que rara vez suele mostrar, viene Raúl caminando hacia mí.

—¿Has visto a Lucas? —me dice sin ni siquiera saludarme.

—No, ¿y tú a Kike?

—Hostia, vamos bien, ¿eh? No, no tengo ni puta idea de dónde está tu noviete.

—No tienes buena cara, Raúl —le comento después de analizar sus ojeras, su rostro desencajado y su expresión malhumorada—. ¿Estás bien?

—No, no está siendo un buen día.

Siempre me ha caído bien, es muy bueno conmigo. He de reconocer que una vez me sentí bastante atraída por él, pero ¿y quién no? Es un chico que físicamente podría decirse que es perfecto. Eso sí, tiene ese lado oscuro que ninguno de nosotros hemos llegado a descubrir del todo.

—¿Cuándo crees que nos dejarán salir de aquí, Raúl? Estoy hiperasustada, no puedo más con todo esto.

—No lo sé, Ali. Me consta que han empezado a evacuar a algunos clientes, pero está claro que nos sacarán de aquí poco a poco... y nosotros seremos los últimos. Para postre, mira la tormenta que se ha desatado. Hostia puta, si nos hubiéramos ido a Ibiza, ahora estaríamos en la playa con un mojito.

—Tienes razón, y creo que ya no volveremos aquí nunca más. No puedo imaginar lo que ocurrirá al llegar a casa, pero sin duda ya nada será igual.

—Claro que no. Dos amigos nuestros han muerto brutalmente asesinados... y creo que tu chico tiene mucho que ver en eso. ¿Confías en él? —Admito que esa pregunta me ha dejado noqueada —. Sé sincera, Ali.

La verdad es que no sé qué hacer... O sea, me encantaría sincerarme con Raúl, confesarle que ya no me fío de Kike; hasta me gustaría pedirle que me ayudase a quitarle esa máscara que lleva puesta y con la que nos está engañando a todos.

—Sí —suelto sin embargo, mintiéndole.

—No te creo. Lucas y yo lo vimos en el bosque poco antes de encontrar muerto a Héctor. ¿Qué hacía él ahí?

—¿Y vosotros? También estabais en el bosque. Quizá debería preguntarte yo qué narices hacíais allí los dos a las diez de la noche, ¿no te parece? —No quiero poner a Raúl en un aprieto, pero mi subconsciente me traiciona y trata de salvar a Kike. Necesito que sea inocente.

Raúl no sabe qué contestarme, se ha quedado callado. También debería desconfiar de él y de su amigo del alma. A lo mejor fueron ellos los que mataron a Héctor, también estaban cerca...

«Jolín, Alicia, ¿en serio estás pensando que unos amigos tuyos han asesinado al más bonachón del grupo? Dios, si hasta le sacaron las tripas».

He de quitarme de la cabeza que alguno de nosotros pueda estar cometiendo esas atrocidades. Aunque... atrocidades de verdad son las que he leído en las novelas de Kike, cosas muy bestias que solo una mente enferma podría llegar a plasmar en libros.

—No te importa lo que Lucas y yo hiciéramos en el bosque —se decide a responder Raúl en un tono agresivo—. Pero te aseguro que nosotros no matamos a Héctor.

—Tu amigo apareció en su habitación con las manos manchadas de sangre y...

—Le tomó el pulso a Gnomo —me interrumpe molesto.

—¿Estuviste con él en todo momento? ¿Pondrías la mano en el fuego por Lucas?

Otra vez silencio. Lo he puesto contra las cuerdas. Lucas tuvo la oportunidad de hacerle daño a Héctor; el motivo lo desconozco, pero podría haber sido él.

—¿Y Catherine? —le suelto—. Discutiste con ella en diversas ocasiones. Parecía que la odiabas, así que puedes ser tan culpable como Kike. Tú no te libras de la sospecha.

—¡Yo no le hice nada a Catherine, hostias! —grita.

Otra vez me traiciona mi subconsciente. ¿A quién trato de engañar? A mí quizá. Estoy fatal, debo de estar loca; seguro que es el miedo que tengo. Raúl y Lucas no han hecho nada. El asesino es Kike. Él mató a Catherine —quién sabe, tal vez ella lo amenazó con contarme lo que había entre ellos, porque algo había— y seguro que a Héctor. El pobre chico era muy listo, lo descubrió todo y por eso lo asesinó en el bosque.

Tengo que hablar con los agentes de la Guardia Civil encargados del caso sobre todo lo que sé de mi novio, deben detenerlo antes de que vuelva a actuar.

33



Lucas

¿Cómo es posible que el maletín haya desaparecido? ¡No! Me niego a pensar que alguien nos la pueda haber jugado de esa manera.

Carlos está muerto, así que él no puede haber sido... a no ser que me siguiera, lo cogiera de su escondite para llevárselo y luego el asesino lo matara para robárselo. Es una posibilidad, pero no me encaja.

Raúl tampoco ha sido, se ha quedado tan asombrado como yo cuando hemos escarbado en la tierra sin éxito.

Alguien se nos ha adelantado, pero ¿quién? Mi amigo me ha dado una hora para que lo encuentre, y sé que Raúl puede ser muy peligroso. Hace rato que tengo la sensación de que me siguen... Me ha parecido oír pasos, una respiración, aunque no sé si es porque estoy sugestionado por todo lo ocurrido. Además, en este hotel hay mucha gente todavía y está lloviendo a mares. Los truenos se oyen con claridad desde el interior, el estruendo es fuerte, y solo nos faltaba eso para crear una atmósfera aterradora.

No sé qué hacer, no tengo ni idea de dónde buscar y tampoco puedo hablar con nadie de esto. «¿Otra vez? Mierda, alguien me

sigue». Acelero por el pasillo, quiero llegar a mi habitación lo antes posible... Doblo la esquina y... «¡No me jodas, no me lo puedo creer!». Veo a una de las camareras entrando por una puerta, la recuerdo de la cena del otro día —me fijé porque es guapa, por eso no me he olvidado de su cara—. En la mano lleva un maletín negro. «¿Será el que me han birlado?». No lo sé seguro, pero, evidentemente, voy a comprobarlo. De todos modos, debo ser cauto: nadie puede verme. Puedo acabar detenido o algo peor...

De la puerta por la que la camarera ha accedido cuelga un cartel que anuncia que es un área restringida, solo para el personal autorizado del hotel. Aun así, la abro y veo unas escaleras. No lo dudo y comienzo a descender. Al llegar al final, me topo con un pasillo estrecho que da a un cuarto de calderas. Al fondo hay otra puerta y, cuando la cruzo, llego a un pequeño aparcamiento que intuyo que es solo para empleados.

—Disculpe, ¿puedo ayudarlo? —oigo una voz, y me sobresalto. Al girarme, veo que es un chico que lleva puesta una camiseta que indica que forma parte del personal de mantenimiento.

—Pues verás... Soy un huésped del hotel, creo que me he perdido —improviso.

—Esto es solo para empleados —me indica—. Puede salir por esa puerta de allí, llegará al jardín de la zona trasera.

—Gracias, muy amable. Y disculpa.

Mientras hago lo que me ha dicho, observo a mi alrededor para intentar encontrar a la camarera, pero no hay rastro de ella. La he perdido, maldita sea.

«¿Dónde coño estás, puta? Quieres joderme la vida, ¿verdad?».

Abro la puerta, subo unos pocos escalones y avanzo hasta llegar a la zona trasera del jardín. Veo el columpio, los dos bancos de madera y el seto perfectamente podado, y otra vez se me eriza la

piel al presentir una presencia que soy incapaz de ver. Es como si alguien me estuviera siguiendo.

Camino bordeando el hotel y, al llegar a un recoveco en el que hay una figura de mármol que parece juzgarme, aparece de repente una sombra que me clava un cuchillo en el omóplato derecho. Caigo al suelo y noto cómo me sale sangre de la herida. Miro hacia arriba y reconozco a la persona que acaba de agredirme.

—¿Tú? —es lo único que sale de mi boca.

34



Teniente Verónica Santos

Estoy con el señor Medina y se me hace evidente la tristeza que arrastra por la desaparición de su hija. Hace nueve años que no la ve, aunque me da la sensación de que para él es como si fuera el primer día; siente el mismo dolor. Este hombre no ha superado esa ausencia, y no lo culpo. Es comprensible. No tengo hijos, pero he visto a muchos padres perder a los suyos.

—¿Y su compañero? —me pregunta.

—Se ha quedado en el hotel, hablando con el dueño del establecimiento —contesto, y detecto una mueca de desagrado.

—El señor Iglesias tiene mucha culpa de todo lo que ocurre en el Dante, teniente. No se fíe de él. Le aseguro que no es trigo limpio.

Nos hemos reunido en su casa. Es pequeña y está amueblada con sencillez, apenas tiene lo imprescindible. El salón es reducido y está presidido por una chimenea con las paredes ennegrecidas. No hay adornos ni excesos, pero sí veo la fotografía de una chica joven que imagino que será su hija, Sofía. A un lado hay una puerta entreabierta que da a la cocina, y junto al sofá deshilachado empieza un pasillo que supongo que conduce a las habitaciones y al

baño. El hombre me ofrece sentarme en una de las sillas que hay alrededor de una desgastada mesa ovalada.

—¿Qué más podría decirme de la desaparición de Sofía?

—¿Por qué me lo pregunta después de tantos años? ¿Eso significa que van a buscarla, o bien piensa que eso puede tener relación con los chicos muertos de ahora?

—Verá, don Felipe —hago una pausa para buscar las palabras adecuadas, no quiero darle falsas esperanzas—, por el momento no se va a reabrir el caso de su hija; ya hace mucho tiempo de aquello y tendría que ser un juez quien lo autorizase. Más bien creemos que las muertes que están aconteciendo ahora tienen mucho que ver ya no con su hija, sino con el juego de Dante, ese que nos mencionó.

—Entonces también están relacionadas con mi niña. Sofía desapareció por culpa de ese juego, teniente. Deje que le enseñe algo.

Se levanta de la silla y se dirige hacia una pequeña repisa llena de polvo. Coge un sobre que hay entre dos libros y vuelve a sentarse a mi lado.

—Mire, teniente —dice mientras saca varios recortes de periódicos, algunos ya de un color amarillento—: Aquí lo tiene... Son noticias de diferentes años, hablan de chicas y chicos que se esfumaron de estas tierras sin dejar rastro y a los que nadie ha vuelto a ver... Es lo que les dije: los matan y los que se encargan del juego hacen que los cadáveres no salgan a la luz.

Les echo un vistazo a esos artículos y compruebo que es cierto: en ningún caso hablan de crímenes o posibles asesinatos, sino que son desapariciones a las que la prensa les da una explicación lógica.

—En ninguno se mencionan muertes —afirmo—. Más bien se refieren a jóvenes de la zona que se fueron y jamás regresaron. Lo que tienen todos en común, además de eso, es que sus seres

queridos no creen que se marcharan por voluntad propia y piensan que les pasó algo, pero no se ha encontrado ni un solo indicio de que sea así... Mire, por ejemplo, este de aquí: uno de los chicos salió cuatro años después en un programa de televisión contando que se había ido del pueblo para evitar los abusos de su padre. Fue para denunciar lo ocurrido.

El señor Medina lee con atención esa noticia acercándose muchísimo el recorte a los ojos, por lo que me quedan claras dos cosas: una, sin duda este hombre necesita unas gafas; y dos, su memoria no es muy buena, pues esos recortes son suyos y parece que no los recordaba.

—No se deje engañar —replica al fin—. Este chico no es el que desapareció, seguro que es un actor que han puesto para que la gente se quede tranquila. Un farsante.

«No me lo puedo creer, ahora pasamos a las conspiraciones. ¿Qué será lo siguiente? ¿Me hablará de extraterrestres?». Con el tiempo y la soledad, se le ha ido la cabeza. Le comento algunos recortes más en los que no hay ni una sola prueba sólida de que hayan existido desapariciones reales, pero él no parece escucharme. Por eso decido que no merece la pena invertir más tiempo aquí, no voy a sacar nada en claro para la investigación.

—Bueno, señor Medina, tengo que irme. Si recuerda alguna información que crea que puede sernos útil, no dude en ponerse en contacto conmigo —le digo levantándome.

—No confíe en el dueño del Dante —sentencia mientras me acompaña hasta la entrada—. Todo comenzó cuando él se hizo cargo del hotel, ese hombre oculta cosas muy feas.

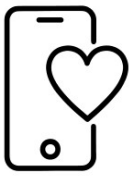
Me despido haciendo un sencillo gesto con la cabeza y me dirijo hacia el coche. Mientras abro y me siento frente al volante, veo que Felipe se ha puesto una cazadora y ha salido a la calle, pero lo

pierdo de vista enseguida porque se mete por una de las calles del pueblo.

Me pongo el cinturón de seguridad y miro por el retrovisor... Y de pronto una imagen me viene a la cabeza, algo que me ha pasado desapercibido hace unos minutos. Cuando ese hombre ha cogido el sobre de la repisa, este estaba entre dos libros... y el título de uno de ellos me resulta extrañamente familiar: *La pócima del bosque*, escrito por Henry Campbell-Chapman.

«¡Joder! ¿Qué hace Felipe con esa novela de Kike?».

35



Alicia

Lo tengo decidido y creo que es lo mejor que puedo hacer. Voy a hablar con los agentes del caso para que detengan a Kike y lo interroguen a fondo. Seguramente, de tanto escribir novelas de suspense y asesinatos, se le ha ido la olla. No sería la primera vez que un artista recrea su obra hasta tal extremo que se convierte en un criminal, lo he leído muchas veces en Internet. ¿El motivo? Aires de grandeza, reconocimiento, fama... Quién sabe.

Raúl se ha marchado hace nada. No le he dicho que hablaré con la guardia civil porque sospecho con fundamento de mi novio. Si le soltara eso, puede que le diera por ir a buscarlo personalmente para sonsacarle información a puñetazos... Conociendo lo que se dice de su pasado, no me extrañaría. Pero no puedo permitirlo, eso es trabajo de los profesionales.

Admito que estoy superasustada, ¡es que es de locos! Y a Claudia le pasa igual. En mi caso me da la sensación de que estoy en una pesadilla y quiero despertar de una vez, pero no lo consigo. Tiemblo solo de pensar que he estado todo este tiempo durmiendo con un asesino.

Me acaba de sonar una notificación en el iPhone. Lo miro y veo que es un mensaje de WhatsApp de Kike.

> Te espero en la cafetería.
> Necesito hablar contigo.

«¡Mierda!». ¿Él, hablar conmigo? Realmente soy yo quien debería hablar urgentemente, pero no con él, sino con los encargados del caso. De todos modos, bajo por las escaleras y me dirijo al bar del hotel. «¿Por qué hago lo que me dice? Jolín, Ali, deberías buscar a la teniente y al sargento».

Si papi se enterase de toda esta movida y de lo de mi novio, no lo dudaría: se plantaría aquí con un ejército de guardaespaldas y abogados para que lo encerrasen de por vida.

Dios, ayúdame. Estoy superasustada. Quiero irme a casa, ver a papá; me da igual lo que me diga, quiero marcharme ya de aquí. Aun así, enfilo hacia la cafetería... «¡Seré estúpida!».

Cuando entro, lo veo enseguida. Está sentado en una mesa haciendo algo que nunca ha hecho a estas horas: beber una copa de lo que parece ser whisky. El olor me lo confirma cuando me acerco a él.

—Llevo mucho rato buscándote —le recrimino mientras me siento en la silla de enfrente. Palpo mi móvil en el bolsillo por si acaso he de pedir ayuda urgente.

—No me he movido de aquí. Cuando los agentes han terminado de hablar conmigo, me he ido a dar una vuelta y después he venido directo a la cafetería.

—Dirás directo a beber, ¿no?

—Llámalo como quieras, Ali —responde en tono decaído.

—Mira, Kike, he preguntado en recepción y nadie sabe nada sobre una vitrina rota. No les consta —le suelto, esperando que me admita

lo que ha hecho.

No quiero ser una heroína, lo que deseo es desenmascarar a un asesino.

—¿Qué quieres decir con eso? —indaga desconcertado.

—¿Por qué tenías sangre en las manos? Además, ni siquiera vi ninguna herida antes de que te taparas con un trozo de toalla primero y con una venda después. Déjame ver la mano, quítate ese vendaje y enséñamela.

—*My God!* ¿Desconfías de mí? ¿Crees que yo maté a Catherine? Y seguro que también piensas que me cargué a Héctor, ¿verdad? Claro, esos dos putos locos de Raúl y Lucas me vieron en el bosque y... crees a todo el mundo, menos a tu novio.

—Ya no confío en nadie, Kike —le digo—. Han asesinado a dos de mis amigos, no puedo fiarme ni siquiera de mi sombra.

—Hace mucho que nos conocemos, deberías creerme.

—¿Creerte? Ahora mismo pienso que no sé nada de ti, que no sé quién eres. Solo nos hemos visto durante las vacaciones en el Dante y una vez al mes a lo sumo durante estos cuatro años, ya está. Enséñame la herida.

—Nos hemos visto tan poco porque tú has querido. Te recuerdo que podrías haber venido a Mánchester, incluso instalarte allí conmigo, pero para ti siempre ha sido más importante tu vida social y contentar a «papi» para que siguiera pagándotelo todo...

—¡Qué fuerte! —grito—. ¿Ahora me sueltas eso?

Después de ese comentario puedo imaginarme lo que Kike opina de mí desde el primer día. Es cierto que mi padre me mantiene, que no trabajo, pero todo tiene una explicación; no es sencilla, pero es la que es. Mi vida no ha sido nada fácil, desde niña siempre he tenido problemas. Era muy retraída y dejé de estudiar a muy temprana edad por todo lo que me ocurría, y ahora tal vez me esté pasando

de nuevo. He llegado a plantearme incluso que yo puedo ser la responsable de todo lo que está pasando en este hotel del infierno.

«¿Será así? ¿Soy la culpable de todo esto? No, yo no puedo ser. Es Kike, y lo que no comprendo es por qué sigo hablando con él. Debería llamar a los agentes de inmediato».

—Te digo lo que siento, Ali —me suelta finalmente—. Quizá los dos hemos sido responsables de no habernos visto más, pero eso no te da motivos ni derecho a desconfiar de mí.

—Te lo advierto, voy a contárselo todo a la guardia civil, pero primero te estoy dando la oportunidad de que me digas la verdad. ¿Cómo te manchaste las manos de sangre, Kike? —insisto—. Lo único que te pido es que te quites el vendaje y que me demuestres que tienes una herida.

Su rostro cambia completamente, me da la sensación de que está muy enfadado. Me provoca miedo mirarlo a los ojos, sin duda lo estoy poniendo en un aprieto...

—No pararás, ¿eh? No sé quién cojones te crees que soy...

—¿Qué quieres que haga? —lo interrumpo—. Ya te he dicho que no me fío de nadie.

Justo en ese momento se levanta de golpe de la silla, le da un trago a la copa de whisky y se quita el vendaje de la mano. Me la pone delante de la cara y veo una herida con la piel de alrededor enrojecida y algo inflamada a la que le está saliendo ya la costra.

—¿Contenta? —me suelta cabreado—. Ya te dije que me corté con una de las vitrinas. Si te han dicho que no había nada roto, se han equivocado o te han mentido. Deberías haberte asegurado mejor antes de culpar a alguien que te quiere.

Kike me ha desarmado, estaba convencida de que no tenía ninguna herida... Pero pudo habérsela hecho la propia Catherine cuando la mató, ¿no? Conociéndola, seguro que se intentó defender.

Además, ¿qué hay de la contraseña con su nombre? Encima Catherine estuvo en Mánchester varios días... ¿Me la pegaba con ella? Y la novela que está escribiendo no es ninguna broma, lo que ocurre en la cabaña de su historia se está haciendo realidad en este maldito lugar. Me ha mentido, ya no es aquel joven dulce y divertido del que me enamoré. Ha cambiado.

—Necesito hacerte una pregunta y exijo que seas sincero —replico muy seria—. ¿Me engañabas con Catherine? Por alguna de esas malditas mierdas que tiene esta vida, ¿entablaste algún tipo de relación con ella? Dime la verdad, tengo que saberla.

Cuando Kike está a punto de responder, oímos un chillido desgarrador que proviene del exterior. Salimos junto a varios huéspedes al jardín mientras los gritos continúan; se oyen en la parte trasera del hotel. Son de una mujer. Corremos hacia allí en grupo y vemos a un corrillo de gente cerca de una caseta exterior en la que se guarda material de jardinería. Cuando nos acercamos, vemos un reguero de sangre. Uno de los empleados nos indica que vayamos con cuidado de no pisar en un lado en el que hay una mano cortada. ¡Dios mío! Sí, es una mano, literal. Al seguir avanzando, vemos un cuerpo en la puerta de la caseta; lo han sentado y apoyado en ella. Su cabeza, cara incluida, está cortada por la mitad y medio descolgada del tronco. Junto al cadáver hay una motosierra de jardinería. Creo que voy a desmayarme, tengo ganas de vomitar al ver la escena.

¡Es Lucas!

Lo han matado de una forma horrible.

No lo puedo evitar y, después de unas arcadas, vacío el estómago.

—¿No es ese el colgante que te dio tu madre? —pregunta Kike, dejándome helada.

Muy a mi pesar, vuelvo a mirar hacia el cadáver. Efectivamente, en la mano que todavía le queda a Lucas, sujeta una cadena de oro con el colgante de una mariposa formada por diminutos zafiros que me regaló mamá cuando era pequeña para que me protegiera. Siempre va conmigo, pero nunca me lo pongo. Lo llevo en mi cartera, en el hueco de las monedas.

«Qué fuerte, Kike me quiere implicar en el crimen: él sabe que ese colgante es mío».

36



Teniente Verónica Santos

Ya hemos tapado el cuerpo de Lucas Padilla Martín. Pobre chaval, se lo han cargado de una forma muy cruel. Tiene una herida en el omóplato derecho, pero difícilmente habrá muerto de eso... De todos modos, espero que ya hubiera fallecido cuando el asesino le cortó la cabeza por la mitad con la motosierra. Su novia, Claudia Vílchez Seoane, está en shock. Cuando se la ha informado de que había sido asesinado, ha caído al suelo redonda. Hemos contado con la ayuda de un médico que está hospedado aquí y que la ha atendido. Ahora mismo está con ella en su habitación... La entiendo: que tu pareja muera, y encima de una forma tan brutal, no es una noticia agradable, desde luego. Edu y yo estamos desconcertados; no sabemos quién puede estar haciendo esto... Sí tenemos nuestras sospechas, pero ninguna prueba para incriminar a nadie de momento.

—Joder, el asesino se lo está pasando en grande. A este paso se los va a cargar a todos, ¡maldita sea! —gruñe mi compañero.

—Eso parece... Hay alguien que nos está toreando, Edu.

Parece que el asesino tiene como objetivo a ese grupo de amigos, de los que solo le quedan cuatro: Alicia, Claudia, Kike y Raúl. El cerco se estrecha a su alrededor y no avanzamos en la investigación. Sin embargo, tal vez las muertes sean aleatorias y que los fallecidos pertenezcan al mismo grupo sea resultado de la casualidad, porque también tenemos a Carlos Méndez Saavedra, un camarero que no tiene nada que ver con ellos... que sepamos, claro.

—¿No crees que tendríamos que agilizar lo de las salidas y desalojar el hotel, Vero?

—Imposible. Como sabes, ya hemos evacuado a un tercio aproximadamente de forma escalonada, pero hemos tenido que pararlo de momento a causa de la tormenta. Lo único para lo que serviría intentar vaciar el hotel en estas circunstancias sería para provocar accidentes. Además, el asesino tal vez aprovecharía esa oportunidad para largarse... o para volver a matar. Tenemos que estar con ellos y protegerlos. Ahora hay decenas de carreteras cortadas en toda la provincia y, según las últimas informaciones, los ríos corren el riesgo de desbordarse, por lo que es peligroso usar también la vía secundaria... Así que, aunque pidiéramos refuerzos, tampoco llegarían... Si los hubiera, recuerda que no tenemos muchos medios. En fin, que tendremos que apañarnos nosotros aquí.

—Entendido, jefa. Cambiando de tema, ¿fuiste a ver a Felipe Medina mientras yo hablaba con el dueño del hotel? No me has contado nada...

—Sí, pero no he sacado mucho en claro... En todo caso, lo más curioso de esa visita es que he descubierto que en su casa tiene un ejemplar de la novela más exitosa de Kike, la última, la de los asesinatos...

—¿En serio? ¿Y le has preguntado por ella?

—No. He caído en ese detalle cuando ya me había marchado y él no estaba en su casa. De todos modos, no quiero levantar la liebre sobre eso hasta no haber indagado más acerca de ese hombre —le explico—. Y a ti, ¿cómo te ha ido?

—Ricardo Iglesias asegura que Sofía Medina se fugó con su novio, el de mantenimiento. Afirma no saber nada del juego de Dante, excepto que todo es una invención y una leyenda fruto de la imaginación de los lugareños... Pero, si te digo la verdad, la conversación ha acabado derivando en habladurías del infierno, el Todopoderoso, castigo eterno y sufrimiento... Creo que el propietario del Dante nos oculta cosas.

—Tenemos que seguirlo de cerca. A estas alturas, no confío en nadie de aquí —sentencio.

Hemos guardado como prueba el colgante que estaba entre los dedos de la mano no amputada de Lucas. En el cierre de la cadena está grabada la letra A, y tiene forma de una mariposa de color azul. Aunque Alicia ha admitido que es suyo, desconoce cómo llegó allí. Una posibilidad es que, al asesinar a Lucas, él la agarrara de la cadena y se quedara entre sus dedos, pero ella jura y perjura que nunca lo lleva puesto. Ojalá me hubiera fijado bien en ese detalle, porque no lo recuerdo.

A veces pienso que soy una mala teniente, una deshonra para el cuerpo, porque ya han muerto cuatro jóvenes y seguimos muy perdidos. Sé que no es culpa mía, pero no hemos sido capaces todavía de encontrar al culpable. ¿Quién será el próximo? Esto va de mal en peor. Llegamos por un crimen y la cifra no para de aumentar.

Lucas era un chico fuerte y alto, igual que Carlos, que era un tipo musculoso... Así que o el asesino los cogió a traición, o confiaban en esa persona lo suficiente, o... tal vez no actúa solo y son dos. Quizá

esa última hipótesis sea más viable. Lo dicho, andamos perdidos y eso me desespera.

—He hablado con la empleada que encontró el cadáver —me informa Peláez tras personarse.

—¿Qué te ha dicho?

—No vio a nadie. Le tocaba ordenar la caseta de las herramientas de jardinería y comprobar si faltaba algo... y se lo encontró así en la puerta. Los primeros huéspedes en llegar tampoco vieron a nadie huyendo de allí, nada extraño. Es como si lo hubiera hecho un fantasma.

—¡Joder! —exclamo—. ¿Nadie en este puto hotel ve nunca nada o qué? Si hubiera cámaras en el exterior...

—En ese caso, nuestro asesino no habría actuado ahí fuera —salta Edu, y tiene toda la razón—. O quizá las habría desconectado.

—Peláez, quiero que vayas a ver cómo está Claudia Vílchez Seoane, la novia del último fallecido —le ordeno—, porque necesitamos hablar con ella; es importante. Está en su habitación, en la primera planta, acompañada de un médico que se ha ofrecido a atenderla.

—Hecho, teniente.

No paro de pensar en el juego de Dante, en esa leyenda que nos tiene a Edu y a mí en vilo desde que oímos hablar de ella. He estado indagando algo más sobre ese asunto después de la charla que he mantenido con el señor Medina. Las primeras referencias al juego, al menos las que han quedado documentadas, se remontan a hace unos cuarenta años. En foros de Internet algunos usuarios hablan de ello, y la época en la que fechan el inicio es en la década de los ochenta; incluso hay recortes de diarios provinciales sobre los sucesos. Sin embargo, no se menciona nada importante: ni en qué consiste el juego, ni cuáles son las consecuencias de ganar o perder,

ni quiénes participan... No hay nada más. Y, encima, fuentes fiables, ninguna.

—Me acaba de llegar un *mail* de la Comandancia de la Guardia Civil de Salamanca; teniendo en cuenta que la información había que pedirla a Barcelona, han ido rápidos —comenta Edu mientras me muestra el correo electrónico—. Lee, te va a gustar.

Cuando lo hago, me quedo a cuadros. Hace varias horas mi compañero solicitó una orden para que nos facilitaran más datos acerca de los chicos del hotel, ya que son los más cercanos, de momento, a tres de los cuatro fallecidos. Entre la documentación que nos han enviado, están los informes médicos más relevantes de cada uno de ellos. Vuelvo a leer un apartado significativo del de Alicia. Esto puede dar un giro drástico al caso, sin duda.

Paciente: Alicia Ramos Entrecanales.
Edad: ocho años y cuatro meses.
Especialidad: neurología pediátrica.
Doctor: Jorge Madeira.
Motivo de la valoración: episodios nocturnos con agitación intensa.

La paciente, así como su entorno familiar, manifiesta que, desde etapas muy tempranas, presenta alteraciones significativas del sueño, las cuales han sido objeto de análisis mediante estudios específicos del sueño y observación de su comportamiento posterior.

Tras dichas evaluaciones, se han hallado indicios suficientes para considerar que la paciente padece parasomnias de carácter violento que podrían causar daños a terceros (se recomienda consultar los anexos forenses adjuntos al presente informe psiquiátrico).

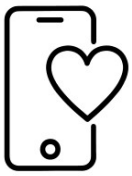
> Por la naturaleza de los episodios y el riesgo de daño para la paciente o terceros, se recomienda la hospitalización para evaluar la evolución de dichos episodios y minimizar cualquier riesgo que pueda agravarse con el tiempo.

Lo he leído dos veces y sigo sin creérmelo.

—¿Parasomnias violentas? —le pregunto a Edu, y, por su cara, tampoco sabría decirme en qué consiste este diagnóstico.

De todos modos, este informe del doctor Madeira me hace enfocar de otra manera lo que tenemos entre manos. Debemos hablar con esa chica de inmediato.

37



Alicia

Estoy hundida, aterrada. Lucas ha muerto, no me lo puedo creer... Intento consolar a Claudia, pero la verdad es que no lo consigo; ni siquiera tengo fuerzas ya. El médico, al cabo de un rato, me ha dejado pasar a verla.

Está destrozada; llora de una forma desgarradora, le han arrebatado una parte de su corazón. Lloro con ella, no puedo hacer otra cosa.

Ojalá tuviera a alguien que me quisiera al lado en estos momentos, pero no es el caso, porque tengo claro que Kike ya no siente nada por mí. He de hablar con las autoridades enseguida, en cuanto pueda dejar a mi amiga. Pensaba hacerlo antes, en cuanto acabara la conversación con «mi novio», pero ha pasado lo de Lucas y ya no he podido verlos. Quiero decirles que estoy segura de que el asesino es Kike. Sin duda me ha robado el colgante de mi madre y lo ha dejado en la escena del crimen para incriminarme; me ha querido implicar porque sabía que lo había desenmascarado. Es su venganza; además, así deja de ser sospechoso.

—Me duele el alma, Ali —me dice Claudia con los ojos llenos de lágrimas que le han corrido todo el rímel.

—Lo sé, amor, ya me lo imagino. —La abrazo para reconfortarla.

Ojalá alguien me abrazase ahora mismo a mí. Siento el terror corriendo por mis venas, pero debo ser fuerte por mi amiga.

—No entiendo nada. ¿Por qué nos matan a nosotros? ¿Por qué a Lucas...?

Se derrumba entre mis brazos. Está temblando, creo que le están dando espasmos de tanto llorar. ¿Cómo puedo ayudarla? Es imposible. Puedes aprender muchas cosas sobre habilidades sociales al tener amigos, pero nadie te enseña a afrontar algo así. Espero que nadie pase por lo que estamos sufriendo ahora nosotras.

—¿Quién ha sido? ¿Quién le ha hecho esto? —solloza.

Por un momento me ha parecido ver que quería levantarse e ir a buscar ella misma al asesino para ajustar cuentas. Finalmente, se ha acurrucado entre mis brazos, pero su llanto y sus lamentos no cesan.

—Ha sido Kike, estoy convencida. Me ha tenido engañada todo este tiempo, Clau. Nos ha estado utilizando para escribir sus putas novelas y ahora está convirtiendo la ficción en realidad.

—Tienes que hablar con la guardia civil. Debes contarles todo lo que sabes. El asesino de Lucas tiene que pagar por lo que ha hecho.

Ni Claudia ni yo nos habíamos dado cuenta de que Kike estaba asomado en la puerta, apoyado en el marco. Su mirada da miedo, lo reconozco. Creo que nos ha oído, y salgo de dudas en cuanto abre la boca.

—¿Sigues pensando que he sido yo, Alicia? —suelta mientras se acerca—. ¿Crees que yo he matado a tu novio, Claudia?

—Márchate de aquí, Kike —le exijo—. No te acerques más a nosotras.

—¿Por qué? ¿Creéis que voy a haceros algo? —nos espeta en un tono frío—. Para mí sería muy fácil sacar un cuchillo y acabar con las dos ahora mismo... igual que sucede en mis novelas. Tened en cuenta que, si yo fuera el asesino, ya estaríais muertas. Pero no lo soy... porque, como en la última que estoy escribiendo, nada es lo que parece... No me cabe duda de que tendremos un final impactante, uno que nadie verá venir... —añade con un tono oscuro, aterrador.

Agarro a Claudia de la mano, estamos superasustadas.

—Vete, Kike —le repite mi amiga—. Si te acercas más, gritaremos. Aléjate de nosotras, por favor.

—Alicia no te ha dicho que su colgante ha aparecido en la escena del crimen, ¿verdad? Tu novio lo tenía entre los dedos en la única mano que le quedaba pegada al cuerpo.

¡Será cabrón! Ahora quiere poner en mi contra a Clau... Y lo está consiguiendo, porque de pronto se gira hacia mí y me suelta.

—¿Es eso cierto, Ali? ¿Estaba tu colgante ahí?

—Escúchame, Claudia, yo no he hecho nada. Kike sabía que yo siempre lo guardo en mi bolso, dentro del monedero. Ha sido él quien lo ha colocado ahí para inculparme.

—Dios mío, va a resultar que tenías razón —me suelta mi amiga con voz ahogada—: tú has estado detrás de todo. Te vuelve a ocurrir. Tus problemas de la infancia, tu pasado, todo ha vuelto. ¡¡¡Aléjate de mí!!!

—Claudia... yo... yo no he hecho nada, tienes que creerme. Kike quiere implicarme.

Ella intenta incorporarse de la cama mientras grita pidiendo socorro. El médico que la ha atendido y que estaba en el pasillo entra en la habitación y avisa por una de las ventanas a varios agentes que están en el exterior; uno de ellos es un tipo de

uniforme al que todos llaman Peláez, que no duda en subir de inmediato.

Observo a mi amiga, pero ella me aparta la mirada. Aunque es superfuerte, no la culpo. Han asesinado a su novio, tiene el corazón destrozado.

Kike está a pocos metros, Peláez y un par de agentes han subido y están intentando tranquilizarnos para averiguar qué ha pasado... Mientras tanto, agacho la cabeza y recuerdo lo mal que lo pasé de pequeña... todo lo que ocurrió...

«¿Y si he sido yo la culpable de todas esas muertes espantosas?». Me hago esa pregunta una y otra vez. No quiero volver a aquellos recuerdos, no puedo regresar a los momentos oscuros. Me viene ahora a la mente la imagen de mi abuela, esa en la que ella está tumbada en la cama: la sangre le chorrea por la frente, tiene una herida en la cabeza. En ese recuerdo miro hacia abajo y veo mi mano sujetando un bate de béisbol del que gotea sangre...

38



Raquel

Acabo de llamar por teléfono a Moisés, mi novio, pero no consigo contactar con él. Ya me advirtió de que estaría prácticamente desconectado del móvil toda la semana, ya que, por primera vez en mucho tiempo, podía pasar unos días con unos amigos suyos por el País Vasco aprovechando que a mí me tocaba trabajar por estas fechas en el Dante. He insistido varias veces y me salta siempre el buzón de voz. Si pudiera marcharme de este hotel, lo haría de inmediato, pero, entre la tormenta y la guardia civil, que no me deja, me es imposible. Han empezado el desalojo escalonado, pero imagino que, como empleada, me va a tocar de las últimas, aunque intentaré que no sea así.

Cuando trabajo aquí en temporada alta, como ahora, me hospedan en una de las habitaciones para el personal; de todos modos, como somos muchos en verano, no cabemos todos aquí y a algunos los alojan en pisos compartidos en el pueblo. Yo estaba contenta de no tener que ir y venir teniendo tanto trabajo y tan poco tiempo, pero ahora creo que mi cuarto ya no es seguro y preferiría no dormir aquí.

Tengo en mi poder el maletín que encontré enterrado. Ahora mismo lo estoy escondiendo detrás de unos muebles viejos apilados en un cobertizo de la zona sur del hotel; es una especie de trastero lleno de polvo con mobiliario antiguo que ya no se usa y algún que otro vehículo olvidado, por lo que sé que aquí nunca entra nadie. No me quiero arriesgar a dejarlo en mi habitación. Si alguien del Dante sospecha que lo tengo yo, no dudarán en venir a buscarlo.

Soy consciente de que es muy peligroso que lo tenga en mi poder, me ha quedado clarísimo. Carlos, el camarero, intentó quitármelo. Me lo crucé cuando llevaba el maletín conmigo poco después de encontrarlo e insistió en que era suyo. Me negué a dárselo, me empujó y forcejeamos. Sin duda era mucho más fuerte que yo, inflado como estaba por los anabolizantes y las horas de gimnasio. Además, sacó una pistola. Me vi perdida... y le aticé con el maletín por puro instinto de supervivencia. No fue un gran golpe, pero lo descolocó lo justo. Dio un paso atrás y, durante un segundo, perdió el equilibrio. El arma se le escapó de la mano y cayó al suelo. Me lancé sin pensarlo a por ella y la cogí.

Se abalanzó sobre mí todavía desorientado. No pensé y le disparé. La bala le entró por la sien izquierda. Me asusté muchísimo y quedé horrorizada al ver toda esa sangre y los trozos de seso esparcidos por la pared de la cocina. Por un momento estuve tentada de llamar a los agentes y confesar, pero ¿qué iba a contarles? Del maletín no estaba dispuesta a hablar: es mi salvoconducto para salir de aquí con Moisés y comenzar una nueva vida lejos.

De pronto mi móvil comienza a vibrar. Sonrío al ver de quién se trata.

—¡Moisés! —exclamo—. Te he llamado varias veces.

—Lo sé, cariño, me acaban de entrar todas tus llamadas de golpe. Lo tenía apagado. ¿Qué ocurre? Ya te dije que estaría desconectado.

—Ya, pero ha ocurrido algo importante. He... matado a alguien en...

—¿Qué cojones dices? —me interrumpe alzando la voz—. ¡¿Cómo que has matado a alguien?!

—Escucha, joder. Sí, ha sido un accidente y también en defensa propia. Verás... Encontré un maletín enterrado cerca del almacén de las bebidas. El caso es que lo abrí y... Presta atención, Moisés: dentro había muchísimo dinero. También había otra cosa en una pequeña caja de cristal, un diamante. Es lo que hemos soñado siempre, tener mucha pasta para largarnos de este pueblucho.

—Me has dicho que has matado a alguien, Raquel. Explícame eso, maldita sea.

—Aún no me había dado tiempo a esconder el maletín en otro lado cuando me encontré con su dueño, o al menos me dijo que era suyo, aunque no me encaja. Era un camarero del hotel, un imbécil, e intentó quitármelo. El muy cabrón me sacó una pistola y, por un golpe de suerte, se la pude arrebatar. Le disparé. Moisés, fue sin querer. Soy inocente, no quería hacerle daño.

—¿No querías hacerle daño? ¿Inocente? Pues te llevaste un maletín que no era tuyo y le pegaste un tiro a un hombre, Raquel. ¿Por qué no has ido a entregarte?

—¿Estás loco? ¿No has oído lo que te he dicho? En ese maletín está nuestro futuro. Además, hay otra cosa que no sabes. En el Hotel Dante están matando gente, ya se han cargado a tres clientes. Hay un asesino en serie en este puto sitio y no me dejan marcharme.

—¿Quién?

—La guardia civil. Están investigando los hechos y solo han dejado salir a cuentagotas a aquellos clientes que pueden demostrar gracias a varios testigos que no tienen nada que ver con los crímenes;

además, los están evacuando escalonadamente... porque la enorme tormenta que está descargando desde hace horas no ayuda.

—No estoy de acuerdo con lo que estás haciendo, Raquel, pero lo último que quiero es que alguien te haga daño. ¿No hay ninguna forma de que puedas escaparte? Espera... ¡Mierda! Se me está acabando la batería.

—¡Joder, Moi! Tienes que ayudarme a salir de aquí —le pido, casi se lo suplico.

—¿Cómo coño quieres que lo haga? Estoy en Bilbao, nena.

—Moisés, ese maletín está lleno de billetes de quinientos euros, hay decenas de fajos. No sé cuánto habrá, pero más de un millón seguro. Tienes que ayudarme, he de marcharme de aquí.

—Vale, haré una cosa...

Silencio.

—¿Moisés? ¿Estás ahí?

¡Maldita sea! Se ha quedado sin batería, seguro. Espero que ponga el móvil a cargar y vuelva a llamarme rápido.

«¿Qué ha sido eso?». He oído la puerta del cobertizo y unos pasos acercándose, voy a esconderme. Tiemblo de miedo, no quiero que me maten. Si me quedo muy muy quieta, quizá no den conmigo. Está claro que quien haya entrado viene a por mí y a por el maletín. Me habrán seguido, porque nadie entra aquí: es un trastero de muebles viejos y máquinas inservibles.

Acabo de oír unos pasos todavía más cerca que antes. Estoy perdida, me van a encontrar. Cierro los ojos e intento aguantar la respiración; con un poco de suerte, me libraré de esta... ¡Mierda! Alguien me acaba de descubrir y nos quedamos mirándonos fijamente. Esos ojos me aterran.

Ahora lo entiendo todo, debería habérmelo imaginado desde el momento en que me topé con el maletín enterrado.

Estoy muerta, no tengo escapatoria.

39



Claudia

Por fin están aquí. Ahora que estoy algo recuperada del impacto de saber que mi amor, Lucas, está muerto, le he pedido al guardia civil de uniforme —Peláez creo que se llama— que los avisara. Necesito hablar con ellos de forma inmediata.

—Hola, Claudia —me saluda la teniente Santos—. ¿Se encuentra mejor? Nos han dicho que quería hablar con nosotros con urgencia.

El sargento Castro ni me mira, está pendiente de su móvil; es como si estuviera esperando un mensaje o una llamada importante. Qué extraño.

—Sí —le digo—. Es sobre Alicia. Por el colgante que dicen que han encontrado en la mano de Lucas. ¿Es eso cierto?

—Así es. Lo tenía entre los dedos y ya hemos constatado que es de Alicia. Se lo han llevado a analizar para ver si encontramos huellas de una tercera persona, quizá se lo robaron. Su amiga asegura que ella no ha sido y de momento no tenemos pruebas que la incriminen más allá del colgante, pero es circunstancial.

—¡Han asesinado a mi novio, quiero saber quién ha sido! Ya no me fío de ninguno de mis amigos, eso lo entienden, ¿verdad? Han

acabado con la única persona a la que he amado...

—No se preocupe, señorita —me tranquiliza ahora el sargento después de guardar su teléfono—, encontraremos al que ha hecho esto y se pudrirá en la cárcel.

—Llevan diciendo eso desde el principio, y ya ha muerto mucha gente aquí —les recrimino—. No se imaginan lo aterrada que estoy. No quiero que me hagan nada.

—Lo sabemos, Claudia —añade la teniente.

—Alicia es mi amiga, la conozco prácticamente de toda la vida. ¿Creen que puede haber sido ella?

—Todavía no lo sabemos, es pronto para poder decirlo. —La verdad es que las palabras del sargento no tranquilizarían a nadie.

—Solo puedo decirle que estamos haciendo todo lo posible y que, cuando atrapemos al asesino, será de las primeras en saberlo. Habrá justicia para su novio.

—Gracias, teniente.

Los agentes se van y me tomo la tensión; podría ser peor. De todos modos, me tomo una pastilla para la ansiedad y me tumbo.

Al cabo de un rato, cuando creía que estaba a punto de dormirme, abro los ojos y me encuentro con Raúl. Ha entrado en la habitación sigilosamente, tanto que no me he dado cuenta.

—¿Cómo estás, Claudia? —me pregunta, y viniendo de él me parece raro. No suele interesarse por los demás, y menos por mí. Bueno, tal vez sea lógico: han encontrado muerto a su amigo del alma, mi novio.

—Estoy rota —le digo con la voz quebrada, y vuelvo a llorar—. Nunca imaginé que se podría llegar a sentir tanto dolor.

—Te entiendo, Claudia, es horrible. Es una puta mierda todo lo que está ocurriendo aquí. He visto el cuerpo de Lucas... No me

borraré esa imagen de la cabeza jamás, hostia puta. Les he pedido que me dejaran despedirme de él y...

—No quiero que me cuentes nada, por favor. No hagas que todo esto sea todavía más doloroso —sollozo.

—¿Quién crees que lo ha hecho?

—¿La verdad? —pregunto. Él no me responde, solo asiente con la cabeza—. Para ser sincera, al principio pensé que tú habías matado a Catherine, no te lo voy a negar. Después me di cuenta de que no habrías sido capaz de cometer tal atrocidad; te conozco desde hace años y sé que puedes hacer muchas cosas chungas, pero... matar a una amiga jamás. Luego me convencí al cien por cien de que el culpable era Kike. Ese maldito inglés y sus novelas de suspense... Son muy retorcidas. Pero lo último es lo del colgante de Alicia...

—Lo sé, lo he oído por ahí.

—Creo que ha sido ella —le confieso—. Tras darle muchas vueltas, no me parece que Kike tenga nada que ver. En cambio, a Alicia... tal vez se le haya ido la cabeza.

—¿Estás segura de eso?

—Segura segura, no... Pero no es ninguna sorpresa que es una mimada, que siempre obtiene lo que quiere y... hace tiempo me contó que sentía celos de Catherine...

—¿De Catherine? ¿Por qué?

—Por su cuerpo, por su belleza, por todos los chicos que iban detrás de ella, por ser el centro de atención... Es más, me ha confesado que sospecha que tuvo algo con Kike...

—¿Y el resto? ¿Crees en serio que se ha vuelto completamente loca?

—A ver, es mi mejor amiga desde la infancia y es duro decir esto, pero... creo que a Héctor le gustaba mucho Alicia y sé que la

acosaba. Aunque ella me lo ha negado siempre, me consta que él la espiaba. Quizá lo mató por eso.

—Pensaba que Héctor se sentía atraído por Catherine, no por Alicia. La nota se la dejó él.

—Ya lo conocías, a Gnomo le gustaban todas. Pero era a Alicia a quien realmente amaba. Solo tenías que fijarte en cómo la miraba.

—Hija de puta... ¿Y por qué ha matado a Lucas? Él no le habría hecho nunca nada.

—Eso no lo sé, quizá descubrió algo y por eso decidió quitárselo de en medio. Lucas se ha ido para siempre. Tenía una conversación pendiente con él y está claro que nunca sabré la verdad.

—¿A qué te refieres? —quiere saber Raúl.

—Da igual, déjalo.

—No. ¿Por qué has dicho eso? —insiste.

Me mira con cara de cordero degollado, parece incluso asustado. No sé por qué he hecho ese comentario, quizá ha sido para que él me cuente lo que sabe.

—La primera noche, tras la cena, fuimos al bar y el camarero que ha aparecido con un tiro en la cabeza le dio a Lucas un papelito, un pósit doblado con el número de una habitación: la trece. Tú lo sabías, Raúl, estoy convencida de eso. Lucas y tú teníais algo planeado.

—No tienes ni idea de nada, Claudia, y deja de meterte donde no te llaman —me recrimina.

—Alicia y yo entramos en esa habitación. Encontramos un maletín con mucho dinero y un diamante dentro de una cajita. Sé que Lucas entró y se lo llevó. Tú también estás implicado —lo acuso.

—Ya te he dicho que no tienes ni idea de nada, Clau. Y, por favor, deja este tema; será mucho mejor para todos.

—¿Por qué no me cuentas esa historia del maletín?

—No hay nada que contar. Hazme caso, olvida ese asunto —me pide—, porque no tiene nada que ver con todo esto. Lo único que puedo decirte es que lo siento mucho por ti, era tu novio... Pero recuerda que Lucas también era muy importante para mí.

Raúl me abraza, siento su calor. Me echo a llorar de nuevo e intenta reconfortarme. Me ha sorprendido que viniera, la verdad, pero me alegro de que lo haya hecho.

—No voy a dejar que detengan a Alicia y que después la dejen en libertad por falta de pruebas o cualquier mierda de esas —me comenta cabreado—. Ya sabes, con la pasta que tiene su familia, es capaz de librarse. Voy a buscarla y a hacerle pagar lo que les ha hecho a Lucas y al resto de nuestros amigos.

—¿Estás seguro? ¿Qué piensas hacerle?

—No lo sé, Clau, pero te juro que no se irá de rositas. No voy a dejar que esa pija se salga con la suya. Pagará por lo que ha hecho.

Me fijo en sus ojos y veo muchísima rabia en su mirada, la verdad es que no lo culpo. Además, sé de lo que es capaz Raúl; lo tengo claro. Lo único que espero es que no la cague y la guardia civil lo detenga.

40



Teniente Verónica Santos

Edu y yo nos hemos informado sobre las parasomnias violentas. Al parecer, según la medicina, son conductas anormales que se producen durante el sueño, como llanto, gritos o golpes en despertares parciales, desorientación y conductas complejas agresivas. Podría ser un tipo de sonambulismo o terror nocturno. Lo curioso de esta patología es que el paciente no recuerda nada de lo ocurrido durante esos episodios a pesar de que puede causarse daño a sí mismo o a terceras personas.

Nuestras alertas se han encendido nada más leer ese informe psiquiátrico. Hemos indagado a fondo y ahora sabemos que ha habido asesinatos perpetrados por individuos que sufrían parasomnias. Incluso se han tratado en juicios penales con especialistas presentes.

—¿Piensas que puede ser Alicia? —me plantea Edu tras recabar todos estos datos.

—Tú has leído lo mismo que yo. Puede ser, sí.

—¿Ninguno de sus amigos sabe que le ocurre esto?

—Lo ignoro, pero... ¿por qué no lo mencionó? Nos lo ha ocultado. Eso es lo que más me jode de todo, que los testigos se callen cosas que son importantes para el puto caso.

—Bueno, ya sabes lo que dirá... Que nadie le preguntó sobre eso, que ninguno mencionó su historial médico y que esa afección es cosa del pasado. Tenemos que averiguar cuáles podrían ser sus motivaciones —me indica, y no me cabe duda de que tiene toda la razón. Si Alicia está matando a sus amigos, debe de tener un móvil, aunque sea inconsciente y actúe debido a la parasomnia, ¿no?

—También es posible que ninguno de ellos sea el culpable. Quizá sea otra persona del hotel la que está detrás de todo esto. El cuchillo que encontramos en la escena del crimen de Héctor no tenía huellas, pero queda claro que el arma se cogió aquí, en el comedor.

—¿Tú crees que no es uno de ellos? Mi instinto me dice que sí, porque alguien se está ensañando con ese grupito.

—Puede ser. Tenemos que hablar con Alicia de inmediato. Si es ella la que los está matando, debemos pararle los pies. De todos modos, volvemos a lo de antes: Carlos Méndez Saavedra no tenía nada que ver con ellos y también han asesinado a ese camarero.

—Cierto. Escucha, ¿por qué no revisamos otra vez las cámaras de seguridad? Quizá encontremos algo que hayamos pasado por alto.

—Ya lo hicimos y no vimos nada. Lástima que en este hotel solo haya una en la cafetería, otra en el salón del restaurante y una en la entrada al parking.

—A lo mejor se nos ha pasado algo... No sé, cualquier cosa, no sería la primera vez que ocurre. Por insistir no perdemos nada.

—Bien, de acuerdo. Volveremos a echarles un vistazo —acepto—. Que uno de los agentes prepare de nuevo las cintas e iremos a verlas en cuanto podamos. La prioridad ahora es hablar con Alicia.

Mi móvil suena de pronto; a veces lo odio. Cuando comienza a vibrar en el fondo de un bolsillo o en un pantalón, lo estamparía contra una pared al sacarlo.

—Dime, Peláez —pronuncio al descolgar—. Cuando me llamas tú, comienzo a temblar, compañero.

—Teniente, usted y el sargento deberían venir aquí abajo, a la zona de empleados en la que están las taquillas de los hombres. Tienen que ver esto.

—Bien, vamos para allá.



Tenemos que entrar en el salón, atravesarlo, salir por la puerta situada tras la barra, bajar unas escaleras y avanzar por un pasillo. Al fondo hay un despacho y, al lado, los vestuarios masculinos. Peláez está con dos guardias civiles junto a una taquilla.

—¿Qué habéis encontrado? —les pregunto.

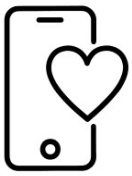
—Esta es la de Carlos Méndez Saavedra, el camarero asesinado —me indica Peláez, señalando la número nueve—. No van a creer lo que hemos hallado al registrarla.

—Ábrela —le ordeno.

Cuando uno de los agentes abre la puertezuela y vemos el interior, me doy cuenta de que Peláez no ha exagerado. No puedo creer lo que veo.

—¿Qué cojones es esto? —salta Edu estupefacto por lo que hay ante sus ojos.

41



Alicia

No sé por qué he venido al lago, pero aquí estoy. Quizá lo he hecho porque es el único lugar en el que recuerdo que todo estuvo bien entre nosotros este verano. Aquí estuvimos los siete antes de que comenzara toda esta pesadilla. Es como si hubiera pasado un siglo, pero nada de eso. Este pasaje del terror se está haciendo eterno y no tiene ni pizca de gracia. De todos modos, ahora me arrepiento. ¿Cómo es posible que haya venido sola sabiendo que aquí encontraron a Catherine y que a Héctor lo mataron en el bosque de ahí atrás? Aunque tampoco es que el hotel sea muy seguro, visto lo visto.

No paro de visualizar el bate de béisbol en mis manos, con la sangre chorreando. Ya no me lo puedo quitar de la mente, lo tengo a cada rato en mis pensamientos. Es como si mi abuela estuviera delante de mí, observándome con esa herida en el cráneo... «¿Qué has hecho, pequeña? Me has abierto la cabeza». Sus ojos enrojecidos, típicos de una persona mayor, me persiguen todas las noches inyectados en sangre. Pero no he sido yo, me niego a creerlo. «¿Qué está ocurriendo aquí? ¿Quién está divirtiéndose

robando vidas? ¿Es parte del juego de Dante? Hay alguien que nos quiere ver muertos a todos. ¿Por qué?». No dejo de preguntármelo. Si yo no he sido, si mi parasomnia no ha vuelto, ¿quién nos quiere eliminar?

He pensado en cuando estuvimos aquí el año pasado. Busco en mi memoria si le hicimos daño a alguien o si a lo mejor nos burlamos de algún huésped y por eso ahora nos lo hacen pagar. En plan *Sé lo que hicisteis el último verano*... Solo se me ocurre una persona que podría querer vengarse...

El año pasado, mientras retransmitían por televisión un partido de pretemporada, un grupito de chavales se calentaron más de la cuenta celebrando el triunfo de su equipo y uno de ellos, borracho, la tomó con Catherine. Fue superdesagradable. Comenzó a tirarle los tejos y acabó diciéndole cosas obscenas. Entonces Raúl la defendió y le dio un puñetazo y un empujón tan bestia que casi lo mató. El caso es que cayó de espaldas contra el pico de una mesa y por poco no lo dejó inválido. Comenzó una trifulca entre varios de sus amigos y el resto de nosotros, y la cosa no terminó nada bien. Por supuesto, el chico fue evacuado en ambulancia y no lo volvimos a ver. Al final nadie presentó denuncia, pero aquel chaval quedó bastante malherido.

Nos interesamos por su recuperación y nos dijeron que estaba siendo favorable, así que nos tranquilizamos... Sin embargo, el pasado mes de octubre el personal del hotel nos avisó de que aquel chaval había vuelto para pedir nuestros datos, pero que no se los habían facilitado por la ley de protección de datos. Ya no supimos más del asunto. Todo quedó ahí, en el olvido.

Quizá sea él. A lo mejor esta es su manera de vengarse y por eso la primera fue Catherine. Tal vez se le ha ido la cabeza, como nos podría pasar a muchos de nosotros.

Harta de recordar cosas megahorribles, decido que ya no quiero estar más en este lago, ni ahora ni nunca. Me levanto de la piedra en la que me había sentado y me dirijo hacia el Dante. Este bosque empieza a darme escalofríos.

Cómo me gustaría que mi papi estuviera aquí. Es en momentos así cuando más lo echo de menos: cuando estoy tensa, asustada, nerviosa. Él sabría cómo actuar y me sacaría de aquí seguro. La verdad es que estoy aterrorizada y no sé cómo gestionarlo. He intentado localizarlo, igual que han hecho mis amigos con sus familias, pero de momento no he tenido éxito. Nos han dicho que, debido a la fuerte tormenta que azota toda la zona, algunas antenas de telefonía móvil se han quedado sin electricidad y las líneas regulares también se han visto afectadas por la caída de postes. En resumen, las comunicaciones son complicadas por ahora; solo van a ratos y tienen prioridad las líneas de emergencia, entre ellas las de la Guardia Civil. Pero están trabajando para subsanarlo, así que hay que ir probando suerte.

A medida que me acerco al hotel, veo a gente salir por la puerta principal, tanto a empleados como a clientes, y me llega un fuerte sonido que me estremece. Es una sirena que proviene del interior. Parece una alarma de incendios o algo parecido.

«¿Están evacuando el hotel? Lo que nos faltaba».

Corro hacia allí para reunirme con Claudia, espero que no le haya pasado nada malo ahora que está sola porque han matado a Lucas. Sin embargo, antes de llegar, el sonido desaparece y la gente vuelve a entrar. Es superraro.

Al entrar, todo parece estar en calma; los pocos guardias civiles que hay no están nada alterados.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto a la chica de recepción al pasar delante de ella.

—No se preocupe —me tranquiliza—. Se ha tratado solo de un simulacro de incendio para comprobar que todo funciona correctamente...

Si en algo tengo experiencia es en hospedarme en alojamientos con huéspedes de categoría, y por eso sé que, en periodo vacacional, con el hotel abarrotado de clientes en pleno mes de julio, no se hacen este tipo de ejercicios. Esto se suele hacer antes, una vez al año, para prevenir problemas en los días de más afluencia. No me encaja.

—¿Por qué ahora? —le pregunto—. ¿No deberían hacerlo antes de que el hotel esté lleno de huéspedes?

La joven se queda callada y me mira con cara de póquer, parece que no sabe qué contestar. Tras unos segundos, cuando juraría que va a decirme que no me meta en los asuntos del hotel, suelta algo que me deja asombrada.

—Verá, es que hay alguien por aquí que se ha estado divirtiendo con las mangueras de incendios, ¿sabe? Al parecer, el otro día rompió una de las vitrinas por querer jugar a los bomberos... Resulta que un chico que está de vacaciones con sus padres, un adolescente, se pasó con el alcohol y se le ocurrió esa gracia, así que le dio un golpe al cristal para intentar sacarla. Por suerte, no pudo. En lugar de confesar la estupidez, el muy idiota se fue al día siguiente a robar un cristal de no sé dónde y lo colocó en la vitrina como si no hubiera pasado nada. Seguro que también recogió los cristales que quedaron por el suelo...

—¿Cómo os habéis enterado? —indago.

—Hace dos horas, una de las empleadas de la limpieza estaba barriendo las escaleras y se le ha caído el cristal de la vitrina encima, menos mal que no le ha hecho daño. Ese niñato lo había dejado medio suelto, el muy tonto pensaba que nadie lo pillaría. En fin, al

final ha confesado. Menos mal que nadie se ha lastimado, porque ningún huésped nos ha referido que se cortase con los cristales, y eso que la vitrina se quedó toda la noche rota. La verdad es que, cuando trabajas en un hotel, ves cualquier cosa. Es increíble... Está claro que, con esta tormenta, los de la empresa de incendios no han podido venir todavía a reponer el cristal de la vitrina, pero la dirección ha querido hacer un simulacro para comprobar que todo funcionaba correctamente.

Sí, me he quedado a cuadros por lo que la recepcionista acaba de contarme... Entonces, si realmente pasó eso, ¡Kike me dijo la verdad, no me mintió!

«¡Mierda!».

He de hablar con él inmediatamente.

42



Raquel

Esos ojos con una mirada tan profunda me aterran. Ya me ha visto, y no sé cómo escapar de aquí. Mi atacante alarga un brazo para cogerme, pero ruedo por el suelo, llenándome de polvo y tierra, y logro zafarme. No voy a ponérselo fácil, eso seguro. Corro hacia el fondo del enorme cobertizo y tropiezo antes de alejarme demasiado. El hombre me alcanza, me sujeta el pie y me arrastra hacia él. Ahora sí estoy perdida, me va a matar. Pero, en el último segundo, consigo darle una patada que va directa a sus testículos. He tenido suerte: el tipo se retuerce, le he dado muy fuerte. Ese golpe ha tenido que doler.

Me levanto y vuelvo a correr hasta el fondo. Allí hay más muebles apilados y me subo a uno de ellos con la intención de alcanzar un ventanal; está demasiado alto igualmente, pero, si salto, quizá pueda agarrarme y consiga escabullirme. No tengo otra salida. No logro llegar, aunque lo estoy intentando con todas mis fuerzas. Si la genética me hubiese otorgado unos cinco centímetros más, posiblemente ya estaría fuera. De pronto oigo una respiración detrás

de mí: ese maníaco ha logrado levantarse, recuperarse, y lo tengo a dos metros.

—No vas a escapar de aquí —susurra.

Me agacho sobre el mueble, lo único que me queda es rezar.

«Ya está, es el fin».

—¡Ven aquí, zorra! —me grita mientras me coge de una pierna y tira de mí. Caigo al suelo y me arrastra varios metros—. ¿Dónde está el maletín?

—No sé de qué me estás hablando —le digo con voz temblorosa.

—Sé que lo tienes tú, ¿crees que soy imbécil?

Estoy bloqueada, no sé cómo salir de esta. Este cerdo me tiene acorralada en el suelo, la única esperanza que me queda es que alguien pueda oír mis gritos. Por eso chillo tan fuerte que me dejo las cuerdas vocales en ello. Pero el hombre no me permite hacerlo demasiado tiempo, porque me da un puñetazo en plena cara y me deja medio aturdida. Tengo pocas esperanzas de que venga alguien en mi ayuda, la verdad.

—Si no me dices dónde está, te mataré.

Si lo hace, nunca sabrá el lugar en el que he escondido el maletín. ¿Será capaz? Puede que sí, o quizá no. No lo conozco como para saberlo. No paro de mirar la puerta del cobertizo, él la ha cerrado al entrar. No puedo escapar y mis gritos han caído en saco roto.

—Última oportunidad —suelta amenazante—. Si no me dices dónde lo has escondido, te juro que te liquido.

Ahora sí lo creo. Sus ojos, llenos de rabia, destilan sinceridad y locura: son los de alguien que no está en sus cabales. Me agarra de nuevo de la pierna, me arrastra unos metros más, me da una patada en el estómago, me quedo casi sin respiración. Entonces coge una máquina que hay al lado de unas cajas; no entiendo de maquinaria agrícola o de campo, pero juraría que es una cosechadora pequeña.

¿Qué hace esto aquí? Debe de ser de antes de que el señor Iglesias comprara el hotel y lo reconvirtiera.

—¡Espera! —le pido aterrada, porque veo que es mi final—. No me hagas daño, por favor. El maletín está entre los muebles viejos del otro lado, en este mismo cobertizo. Te enseñaré dónde lo he metido.

He tenido que decírselo, no me ha quedado otra para salvar la vida, y ni siquiera sé si habrá servido de algo. El tipo me sujeta con fuerza y vamos a por el maletín. Le indico dónde está y, en cuanto lo ve, pone cara de pura satisfacción.

—Déjame ir, por favor —le suplico—. Te juro que no diré una palabra. Es más, desapareceré y no volverás a verme nunca más.

Me empuja contra una pared, mira hacia atrás, me coge del cuello y me lleva hacia el otro lado; juraría que tiene intención de acabar conmigo. Está rabioso, y no entiendo por qué: ya tiene el maletín en su poder... a no ser que... no quiera dejar testigos. Sí, es eso. Le he visto la cara, sé quién es, y no puede dejar pruebas.

«¡Virgen santa, la cosechadora!». La pone en marcha y las cuchillas, oxidadas pero potentes, giran a gran velocidad. El ruido que proviene de la máquina me aterroriza, es el sonido que se debe de oír antes de entrar en el infierno. El hombre me agarra del cabello y me arrastra unos centímetros para acercarme a la cosechadora. Si mi cabeza toca las cuchillas, hará conmigo carne picada.

Es el fin.

43



Sargento Eduardo Castro

Al abrir la taquilla número nueve, la que pertenece a Carlos Méndez Saavedra, el camarero asesinado, hemos encontrado un cuchillo pequeño de sierra, un teléfono móvil antiguo, de los que no tenían pantalla táctil, y tres fajos de billetes de cincuenta. Hay por lo menos unos diez mil euros.

—¿Qué hace un camarero de hotel con tanto dinero? —pregunta Vero—. Peláez, coged ese cuchillo, metedlo en una bolsa y mandadlo a criminalística para analizar; con un poco de suerte, encontraremos restos de sangre. Y quiero que saquéis todo lo que podáis de ese móvil.

—¿Piensas que tanta pasta puede ser el pago por algún trabajo? —le planteo a mi compañera.

—Puede ser. Esto huele a mierda hasta arriba. Este tío estaba metido en algo gordo, seguro.

Quizá lo han matado para hacerse con ese dinero, pero, sea quien sea, todavía no ha podido venir a buscarlo. Pido una orden para que entren en su domicilio y quiero que se acceda a las bases de datos

policiales y judiciales para ver si tiene antecedentes. A lo mejor algo de su pasado puede arrojar un poco de luz sobre el caso.

—Sargento —me alerta un agente que acaba de entrar en los vestuarios—. Los están buscando, han encontrado otro cadáver en un cobertizo. Es una mujer.

«¡¿Otro cuerpo?! Maldita sea, esto está descontrolado. ¿En qué momento se nos ha escapado este caso de las manos?».

Vero y yo nos dirigimos de inmediato hacia allí. La zona está a unos ciento ochenta metros del hotel, en el área sur. Nos llenamos los zapatos y parte del pantalón de barro porque no para de llover. Al entrar, vemos el cuerpo, otra puta masacre. Está todo salpicado de sangre. Sí, es una mujer, una camarera del hotel, a juzgar por su uniforme. Al fijarme en su cara, la reconozco, aunque es muy complicado por su estado. Se trata de la chica con la que hablamos de Catherine, la que le sirvió un gin tonic en el bar. Tiene el cuerpo contra una cosechadora y la parte posterior de la cabeza completamente destrozada. Hay restos de su cráneo esparcidos por el suelo.

—¡Joder! —es lo único que se me ocurre decir ante lo que estoy viendo. Vero y yo hemos estado en muchos casos horribles. Por ejemplo, en algunos el asesino había descuartizado a la víctima, pero esto es demasiado... Alguien ha atravesado el cuerpo y la cabeza de esta joven con unas cuchillas afiladas, y trozos de carne que parecen filetes cuelgan de ellas como si fueran sábanas en un tendedero—. Cuando pase esta puta tormenta, tenemos que pedir que vengan refuerzos, compañera.

—Lo sé, Edu, lo sé. Llama para que nos den datos de la camarera, y habrá que informar a los padres de la chica. Que precinten todo el cobertizo, hay que encontrar pruebas como sea. No me creo que no haya nada de nada aquí, maldita sea.

—Bien, llamaré al capitán para que vuelva a hablar con el juez. Esperemos que el asesino no decida largarse de aquí aprovechando que nos lleva mucha ventaja, porque tiene muchas muertes por las que pagar...

—No creo que lo haga... —comento—. Si tiene un plan, no se marchará hasta que lo haya llevado a cabo.

—Disculpen, jefes —interviene uno de los agentes que acaban de entrar—. Hay un hombre que quiere hablar con ustedes, los espera en el hotel.

—¿Quién es? —quiero saber.

—Dice que se llama Diego Herranz Fandiño. Insiste en que es muy urgente.

Recuerdo ese nombre, es el tipo del Porsche Cayenne. Ricardo Iglesias Abadón, el dueño del hotel, nos habló de él.

—Bien, dígale que ahora iremos para allí. Lo que tenemos aquí también es urgente —le indico—. Primero cerraremos el informe de esto.

De pronto me viene a la cabeza la mañana en la que nos contactaron para acudir al Hotel Dante. La llamada de comandancia informaba del asesinato de una joven mutilada de una forma horrible. Lo que imaginé que sería un caso de violencia de género por celos o algo así ha resultado ser algo mucho más complicado... Más víctimas, muertes espantosas, dinero escondido, antiguas leyendas, novelas inspiradoras, trastornos psicológicos... Esto no para de crecer...

—¡Teniente! ¡Sargento! Vengan a ver esto... —nos llama uno de los agentes que están inspeccionando el cobertizo en busca de pruebas.

¡Aleluya! Por fin parece que hemos dado con algo...

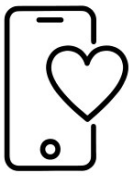
Tras echarle un vistazo, sonreímos levemente.

Seguramente durante el forcejeo con la pobre chica, al asesino se le ha caído. Esa es la explicación más plausible y, si es así, cerraremos el caso.

Más pronto o más tarde, los psicópatas cometen errores, y en esta ocasión el fallo ha sido garrafal. Posiblemente es de película, de *slasher* de manual, pero ahí está la prueba, delante de nosotros: un DNI lleno de restos de sangre y tierra que pertenece a Raúl González Álvarez, el guapito de cara del grupo de amigos.

«¡Ya te tenemos, cabrón!».

44



Alicia

Kike me ha enviado un mensaje de WhatsApp en respuesta al mío para decirme que está en su habitación. Tengo que hablar con él inmediatamente, me parece que me he precipitado y que no es culpable de nada. Pero, entonces, ¿quién ha dejado mi colgante en el cuerpo de Lucas para incriminarme? Él sabe que siempre lo llevo conmigo. Luego está esa sádica novela que está escribiendo, cuyos protagonistas tienen nombres casi idénticos a los nuestros y van muriendo uno a uno. Son demasiadas coincidencias que lo inculpan, aunque puede que me esté equivocando... O sea, he descubierto que lo de la herida en la mano fue real, no me mintió... Y yo he dudado de mi novio. ¡Qué mal! Necesito aclararlo todo y dejar de desconfiar.

Cuando llamo a la puerta, me abre pasados unos segundos. Esperaba ver una sonrisa en su rostro, pero ni de lejos. Parece enfadado conmigo cuando soy yo la que debería estarlo, ¿no?

—Pasa si quieres —me indica fríamente—. Pero escúchame bien: si vienes a acusarme otra vez de haber matado a alguien, más vale que te marches.

—No voy a acusarte de nada, Kike. Quiero creerte, de verdad...

—Pues hazlo de una maldita vez —me interrumpe mientras se sienta a los pies de la cama—. Yo también podría acusarte a ti, ¿sabes? Te recuerdo que tu colgante ha aparecido en la mano de Lucas.

—¿Ahora me sales con eso? —le recrimino—. ¿Crees que sería tan imbécil de matar a alguien y dejar algo mío en la escena del crimen? Además, es una cadena que jamás saco de mi monedero. Y tú lo sabes.

—El caso es que yo no desconfío de ti. Creo en ti, en que nunca harías nada semejante, y lo único que te pido es que tú hagas lo mismo —me exige—. Soy inocente, te lo aseguro.

—Tengo que contarte algo... —le digo mientras trago saliva.

—¿El qué? —Sé que le ha descolocado mi tono, como si estuviera a punto de revelar el mayor secreto de mi vida—. Me estás asustando, Ali.

—No, es solo que... Verás, lo siento mucho, pero leí parte de tu nueva novela —le confieso.

—¡¿Qué?! —exclama enfadado—. ¿Por qué lo has hecho?

—Lo siento, Kike, en serio. Quería ver qué estabas escribiendo, o sea, necesitaba saber la verdad.

Por suerte, no me pregunta cómo accedí al portátil; debe de creer que lo hice en un descuido suyo mientras él estaba conmigo y se lo dejó abierto... O quizá está flipando tanto con lo que le estoy contando que ni se le ha ocurrido pensar en eso, a saber.

—¿Qué verdad, Ali? Estás loca, te lo juro. Y dime, ¿has descubierto algo sospechoso o incriminatorio en esas páginas? Los periódicos dirán que el escritor Henry Campbell-Chapman mató a un grupo de amigos, pero que antes lo escribió en una novela, ¿no? Joder, menuda mierda de teoría, Ali.

—Vi las coincidencias de los nombres y eso me hizo dudar. Y también lo de los siete protagonistas, igual que nosotros...

—¿Y? —salta enfurecido—. Simplemente me he inspirado en todos nosotros para escribir la historia, no tiene nada que ver con ser un asesino. Además, sería muy estúpido por mi parte hacer algo que describo en mi novela, ¿no te parece? Pero, claro, ahora pensarás que también es una buena coartada, ¿no?

—Lo siento, de verdad. Perdóname, porfi. Creo que nos hemos equivocado los dos, ya está.

Me avergüenza pedir disculpas, no estoy acostumbrada a hacerlo. Mi padre me ha criado de tal manera que lo he tenido todo cuando y como he querido, y eso me ha hecho tener un escudo protector a mi alrededor para evitar que cualquier cosa me hiciera daño. Pero enfadarme con Kike, el chico al que amo de corazón, sí que me duele. No quiero que estemos mal. Admito mi parte de culpa, los errores que he cometido; acusarlo de asesinato ha sido el más grave de todos y el que tardaré más tiempo en olvidar.

Salgo de la habitación con la cabeza gacha para darle tiempo de pensar en lo nuestro y ver si tiene solución. Mientras camino por el pasillo, recuerdo que me he quedado con las ganas de preguntarle qué hacía en el bosque la noche que murió Héctor y también si tuvo un lío con Catherine... Espero obtener esas respuestas en algún momento, pero no he querido sacar de nuevo temas peliagudos. Ya me equivoqué con lo de la vitrina, prefiero no hurgar más y que todo se aclare pronto.

Cuando estoy a punto de llegar a las escaleras, me agarra desde atrás por la cintura y me besa en el cuello. Ha sido como de película: ha venido tras de mí en cuanto he salido de la habitación. Me giro y observo su cara. «¿Es este el rostro de un asesino?», me pregunto. Kike y yo nos abrazamos y nos damos uno de esos besos que

parecen de quinceañeros. Y es en ese instante cuando de pronto, después de algunos días, vuelvo a notar una presencia cercana que me observa. Es extraño tener la sensación de que una mirada se me clava en la nuca. La de alguien que quiere hacerme daño.

En ese momento, un nuevo beso es interrumpido por un mensaje de WhatsApp. Decido coger el teléfono del bolsillo del pantalón y leerlo. Es de Claudia.

> No confíes en Kike. Sé que Catherine y él se vieron en Mánchester. Tengo pruebas de ello. Algo pasó allí y creo que él la ha matado para ocultarlo. Dentro de diez minutos nos vemos en mi habitación.

45



Teniente Verónica Santos

Edu ha ido a detener a Raúl junto con otros tres agentes para que nos explique cómo cojones ha podido aparecer su DNI manchado de sangre en ese cobertizo, muy cerca del cadáver de Raquel Navarro Tormes —así se llamaba la pobre camarera—. Le va a resultar muy difícil salir de esta.

Mientras tanto, y por insistencia de Peláez, he ido a ver a Diego Herranz Fandiño, el huésped adinerado de la habitación número trece. Al parecer, el asunto es tan importante que no puede esperar.

El señor Herranz me aguarda en la recepción. Cuando llego, lo veo ahí de pie. Lleva un traje que parece hecho a medida, unos mocasines de piel oscura relucientes, el cabello peinado y engominado con esmero y una barba magistralmente recortada.

—Hola —lo saludo dándole la mano—. Soy la teniente Santos, ¿es usted el señor Herranz?

—Así es —me contesta.

Su apretón ha sido fuerte, se nota que es un hombre muy seguro de sí mismo y acostumbrado a hacer negocios.

—Antes de nada, señor, tengo que pedirle que sea breve. Tengo un asunto importante que atender.

—Pensé que la Guardia Civil estaba para ayudar, teniente.

—Por supuesto, así es. Pero no es ningún secreto que hay un asesino suelto en este hotel. Por eso le pido rapidez.

—Bien... pues voy al grano: he sufrido un robo. Llevo horas intentando hablar con ustedes, pero no ha habido manera... El caso es que, en mi ausencia, alguien ha entrado en mi habitación y se ha llevado algo de gran valor.

—Señor Herranz, ya le he dicho que aquí está muriendo gente, ¿comprende? No puedo desmontar el dispositivo que tenemos desplegado por homicidio o asesinato para investigar un robo. Eso tendrá que esperar.

—¿Un robo? Verá, teniente, es mucho más que eso. ¿Podemos hablar en un sitio más privado, por favor?

El rostro de este hombre se ha transformado por completo. Al pedirme esto último, me ha cogido del brazo con delicadeza. Su expresión ya no es de autocontrol, de estar seguro de sí mismo... Parece preocupado. Sin duda tiene que contarme algo que considera relevante, y sí o sí he de prestarle atención.

—De acuerdo. Sígame —le digo, y nos dirigimos hacia la sala que el hotel puso a nuestra disposición el primer día, donde hemos tomado las declaraciones. Me da la sensación de que hace un siglo que no la piso. Cuando entramos, enciendo la luz y lo invito a sentarse a un lado de la mesa; yo me pongo delante—. Bien, pues aquí estamos. Usted dirá, señor Herranz.

—Lo que voy a explicarle es algo muy privado y delicado, teniente. Le pido la máxima discreción.

—No se preocupe, será confidencial.

—Verá, ¿ha oído hablar del juego de Dante? Usted y su compañero llevan días aquí, estoy convencido de que en algún momento se lo habrán mencionado. Los lugareños y los empleados del hotel cuchichean sobre eso.

—Así es —le confirmo—. Algo hemos oído por ahí.

—¿Cree en ello, teniente?

—No puedo contestar a eso, me falta información. En todo caso, ¿qué sabe usted de ese juego? —indago. No puedo negar que de pronto ha acaparado todo mi interés.

—Lo que sé es que es real, muy real. Por aquí se comenta que, durante mi estancia en el Dante, suelo pasar unos días en una casa del pueblo alquilada porque la lleno de señoritas para complacer algunos extraños gustos sexuales..., pero no es así. Hago otras cosas, mucho más interesantes, por cierto.

—De lo de las chicas, francamente, nosotros no hemos oído nada —le aseguro—. En todo caso, ¿qué tiene que ver todo eso con el juego de Dante o con el robo que ha sufrido?

—Paciencia, llegaremos a eso, pero es importante que preste mucha atención a todo para que pueda comprenderlo.

—Bien, le escucho, señor Herranz —contesto.

—El juego de Dante no es un juego como tal, aquí no hay un tablero como en *Jumanji*. En realidad, es algo peor... Se trata de una secta, teniente —me anuncia—. Una muy peligrosa y criminal en muchos aspectos.

—¿Una secta? —pregunto sorprendida.

—Sí. Se fundó hace décadas. En este hotel se capta a algunos de sus miembros y se realizan rituales, aunque, por supuesto, hay muchos más lugares como este. Las víctimas perfectas son jóvenes desorientados, ambiciosos o con conflictos emocionales. Como toda secta, promete iluminación, un nuevo comienzo, pureza, redención...

Ya sabe, romper con la vida anterior y la sensación de pertenencia. Por norma general, quien entra en el juego de Dante no puede salir, es dificilísimo... Pero debo decirle que hay contadas excepciones.

—¿Cómo sabe usted todo eso, señor Herranz?

—Porque yo formo parte de la secta. Por así decirlo, soy —hace una pausa y carraspea— un centinela, un guardián. El encargado de custodiar toda la información de la organización. Así ha sido día tras día y año tras año desde hace mucho.

Me quedo a cuadros, después de esa revelación no sé ni qué decir. Edu y yo hemos trabajado en muchos casos, pero nunca hemos tratado con nada parecido. He oído hablar de muy pocas sectas, y siempre en televisión o por Internet. Por ejemplo, recuerdo una que fue considerada de las más peligrosas de la historia de España, la Edelweiss, que operó durante toda la década de los setenta y mediados de los ochenta, centrándose en el abuso sexual de menores bajo una estructura rollo militar... Había otra llamada El Palmar de Troya, ubicada en Sevilla; era una escisión de la Iglesia católica creada a finales de los setenta, con papas y todo. Poca cosa más sé... Y ahora, al escuchar a este hombre hablar sobre la de Dante, se me eriza la piel y ni siquiera puedo reaccionar.

—¿Qué es eso tan importante que le han robado? ¿Tiene relación con la secta? —le pregunto al señor Herranz, interesándome por lo que me está contando.

—La llave de mi liberación, teniente. Como le he dicho hace un momento, hay contadas excepciones. Por desgracia, tengo cáncer, uno muy agresivo, y no me queda demasiado tiempo. Al menos es lo que dicen los oncólogos. Esta vez he venido para terminar con todo, para desaparecer y dejar atrás esta pesadilla. Pero, al poco de llegar, he descubierto que ustedes están en plena investigación aquí, en el Hotel Dante... Y, en lugar de salir de la secta, creo que es mejor

pedirles ayuda para aniquilarla para siempre —me explica, aunque no me ha dejado claro qué le han sustraído.

—No ha respondido a mi pregunta, señor Herranz.

—Me han robado un maletín que contenía una enorme cantidad de dinero, muchísimo. Es el precio que iba a pagar para garantizar mi salida. También había un diamante ligado a la fundación de la secta que simboliza el poder, la lealtad y una jerarquía dentro del juego. Esa joya ha ido pasando de generación en generación, pero lo importante en sí no es la piedra preciosa, sino lo que representa y lo que contiene en su interior. Se trata de algo de gran valor que solo alguien muy arriba en la pirámide jerárquica de la secta podría tener, como yo, que soy su guardián. Ese maletín contenía el precio de mi libertad. Este año he venido al hotel para cerrar un trato con la persona que mueve los hilos aquí... Aunque, como ya le he dicho, hay muchos otros lugares como este; esto es solo una pequeña pieza de toda la organización.

—Dígame, señor Herranz, ¿quién mueve los hilos? ¿A quién ha venido a entregarle el dinero y ese diamante?

—¿Podemos ir al bar? Necesito una copa. Allí le explicaré todo lo que quiera saber, teniente. Y será un placer comunicarle la identidad del responsable del juego de Dante, así podrá acabar entre rejas de una vez por todas.

46



Sargento Eduardo Castro

—Raúl González Álvarez, queda usted detenido por un presunto delito de asesinato. Tiene derecho a guardar silencio y a no declarar si no lo desea, a no contestar a alguna o algunas de las preguntas que se le formulen, a no declarar contra sí mismo y a no confesarse culpable. Tiene derecho a designar un abogado y a ser asistido por él sin demora. Si no lo hace, se le nombrará uno de oficio. También tiene derecho a comunicar su detención a la persona que desee. ¿Le ha quedado todo claro, señor?

—¡Muy claro! —nos grita enfadado.

El juez nos ha enviado la orden por vía electrónica tras nuestra llamada y hemos procedido a su inmediata detención. Lo llevamos directo a una de las salas del hotel, de las pocas que tienen rejas en las ventanas y cuya puerta se puede cerrar con llave. No podemos arriesgarnos a que escape; con la tormenta que hay, seguramente ni lo intentaría porque es peligroso, pero cualquier precaución es poca. Tras sentarse en la silla, nos pide que le quitemos las esposas que le hemos puesto y accedemos. Estoy intentando hablar con Vero,

aunque, cuando la llamo, me salta el buzón directamente. Debe de ser por el puto temporal. Hay veces que las líneas están saturadas.

Raúl parece tranquilo; demasiado, quizá. Bueno, es cierto que todavía no le hemos dicho que su documento nacional de identidad ha sido encontrado en el cobertizo donde estaba el cadáver de Raquel Navarro Tormes, la camarera. O, mejor dicho, donde estaba parte de su cuerpo, porque la otra era como carne picada que podría envasarse para la venta en supermercados del mismísimo averno.

—¿Por qué estoy detenido? ¿A quién narices se supone que he asesinado? —me pregunta mirándome fijamente a los ojos, desafiante.

—¿Quiere llamar a un abogado o prefiere que le asignemos uno de oficio? —le planteo.

—No necesito ningún abogado. Yo no he hecho nada.

Me quedo callado y pensativo ante esa afirmación, igual que los dos agentes que me acompañan en la sala.

—Bien, como quiera, caballero. —Del interior de una caja de pruebas, saco una bolsa de plástico que contiene su DNI y se la dejo delante para que la vea—. ¿Reconoce esto?

—Claro. Es mi documento nacional de identidad. ¿Qué cojones hacen con él?

—Lo hemos encontrado en el cobertizo. Ya sabe... el lugar en el que ha acabado con la vida de la camarera del hotel... de esa forma tan horrible.

—¡Eh! Relájese, sargento —me chulea—. Yo no he matado a nadie, ¿entiende? Ese es mi carnet, sí, pero yo lo tenía en mi habitación, en mi cartera. Cualquiera ha podido entrar en mi ausencia y cogerlo para incriminarme.

—Déjese de bobadas, señor —le recrimino—. Es su documento y está lleno de sangre, sin duda de la víctima. Estuvo allí y, en medio

del forcejeo, se le cayó. Confiese de una puta vez, joder.

—¡Le repito que yo no he hecho nada! —vocifera—. ¿Cómo coño quiere que se lo diga? Alguien me ha tendido una trampa.

—Hágame caso, caballero, y relájese. Será mucho mejor para todos. Es preferible estar calmados en situaciones así.

—Estoy muy calmado, sargento —replica rabioso—. Alguien quiere cargarme el muerto, nunca mejor dicho. Ha cogido mi DNI y lo ha dejado en la escena del crimen. Fin. Suélteme, no tiene ninguna maldita prueba contra mí. Esto es circunstancial, lo sabría hasta el abogado más malo de todo el país. No me haga llamar a uno para que los deje en ridículo.

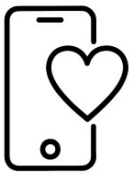
—Todas las pruebas apuntan a usted. Registraremos su habitación, ya verá como de ahí sale toda la mierda...

En ese momento, y estoy seguro de que es por culpa de la terrible tormenta, se va la luz en todo el edificio... y justo cuando acaba de anochecer. Encendemos las linternas de nuestros móviles y, sin darnos tiempo a reaccionar, Raúl se lanza como un loco contra nosotros, empujándonos con tanta fuerza que, al pillarnos desprevenidos, caemos al suelo. El cabrón tiene fuerza, mucha, y nos deja medio aturdidos los segundos suficientes como para salir huyendo por la puerta.

Esto no es una cárcel ni un cuartel ni una comisaría, las medidas de seguridad no son las adecuadas para estos casos. Además, un gran error por nuestra parte ha sido quitarle las esposas cuando lo hemos sentado. Bueno, más bien ha sido mío. Compruebo que las luces de emergencia del pasillo están encendidas, pero la iluminación es prácticamente nula. Ordeno a los agentes que registren el hotel planta por planta, que controlen las entradas y salidas y que acordonen la zona. Si Raúl ha escapado, tengo claro que es culpable de asesinato. He de dar con él como sea, sobre todo

antes de que vuelva a matar. Creo que hay huéspedes en este hotel que ahora mismo corren un grave peligro.

47



Alicia

Antes de llamar a la puerta de la habitación de Claudia, he respirado hondo y he pensado en mogollón de cosas, no todas buenas, la verdad. Justo cuando quiero confiar en mi novio, recibo ese mensaje de WhatsApp que lo cambia todo de nuevo. Es como si el destino no quisiera que estuviéramos juntos. Me armo de valor y golpeo la puerta con los nudillos. A los pocos segundos, Claudia descorre el cerrojo y me abre.

—¿Dónde está Kike? —me pregunta antes de hacerme pasar.

—En su habitación. Le he dicho que no querías estar sola por lo de Lucas...

—¿Estabas con él? Joder, Ali, no me lo puedo creer.

—Hemos estado charlando un poco y...

—¿Charlando? Si necesitabas más motivos para desconfiar de Kike, te voy a dar muchos. Pasa. —Me coge del brazo y me mete dentro de un tirón—. Escucha, Ali... creo que es él quien ha estado haciendo todo esto. Hemos sido idiotas al no darnos cuenta antes, y todo es por mi culpa.

—¿Culpa tuya? ¿Por qué?

—Ali... Kike y Catherine eran amantes.

—¿Qué dices? No tenemos ninguna prueba, solo sospechas... O sea, sé que lo de la contraseña y el papelito es muy extraño, y que estuviera en Mánchester pues también..., pero quiero pensar que fue un desliz, un polvo sin importancia, un aquí te pillo, aquí te mato. En ese caso, sería capaz de perdonarlo, porque él me quiere y...

—¡Basta, Ali! No es nada de eso. Escúchame bien: Catherine y él tenían una aventura desde hace tiempo... y yo lo sabía.

—¡¿Qué?! —exclamo—. ¿Y no me dijiste nada?

—Lo sé desde el verano pasado. Quería contártelo, te lo juro... pero...

—¿Qué, Clau? ¿Qué «pero» es ese?

—Kike me tenía amenazada, tía. Estaba cagada.

—¿Kike te tenía amenazada? ¿De qué narices hablas, gordi?

—¿Recuerdas aquella vez que vino a visitarme al hospital donde trabajo? A principios de agosto del año pasado, justo antes de coger el vuelo de regreso a Inglaterra...

—Sí, lo recuerdo.

—Verás, Ali... A ver cómo te lo cuento. No vino para visitarme, te contamos una milonga. Me pidió que robara medicamentos para él y acepté... Bueno, los fármacos eran para su madre. Ya sabes que está muy enferma, y me tocó la fibra diciéndome que no podía comprarlos porque en el Reino Unido valían una fortuna, cosa que es cierta... El caso es que me convenció y yo los «saqué» gratis... Y el muy desagradecido luego me tenía amenazada con eso. Cuando descubrí lo de Catherine, me dijo que, si abría la boca y lo contaba, él hablaría con el hospital. No puedo quedarme sin trabajo, lo sabes bien. No podría pagar el alquiler, además de que me expedientarían y quizá nunca podría volver a trabajar de lo mío. Lo siento, cariño, de verdad. Solo fue una vez porque en el hospital el inventario está

muy controlado, y me he pasado este último año muy asustada por si me pillaban, pero no ha sido así. Si lo hubiera hecho más veces, seguro que no me habría librado. He tenido suerte.

No puedo creer lo que oigo, ¡es megafuerte!

Claudia se ha puesto a llorar. Maldito hijo de puta. Es cierto que su madre está muy enferma. Por eso, excepto una vez al principio, no ha ido a visitarme a Barcelona, pero con ese rollo me ha tenido bien engañada. Aparte, se ha aprovechado de mi mejor amiga, que ahora mismo está temblando entre mis brazos.

—Tranquila, te perdono por no haberme dicho nada. Continúa. ¿Cómo descubriste lo de ellos dos? Y, lo más importante, me has comentado que tenías pruebas.

—Sí, mira... —Me muestra su móvil y veo una captura que parece extraída de una grabación de pantalla de una conversación de WhatsApp—. Resulta que un día Catherine se quedó sin batería y me pidió mi teléfono para enviar un mensaje; se lo mandó a Kike. Ella no se dio cuenta, pero, antes de dejárselo, le di a grabación de pantalla porque ya tenía la mosca detrás de la oreja. Cuando terminó, ella borró el mensaje, pero la grabación quedó en mi galería. De ahí saqué captura.

No paro de leer y releer lo que tengo ante los ojos. Se me debe de haber quedado cara de idiota. «¿Cómo he podido ser tan estúpida?».

Kike, soy Cath. Intenta
darle largas a Alicia y nos
vemos antes de que vayas
al aeropuerto. He visto que
tu vuelo sale más tarde y
me gustaría sentirte una
última vez antes de

separarnos. Tengo ganas de ti.

Ahora sí que mi mundo se acaba de hundir bajo mis pies. No puedo confiar en Kike, ya no. Se acabó todo entre nosotros. Observo a Claudia y le doy un abrazo. No puedo ni imaginarme por lo que debe de haber pasado.

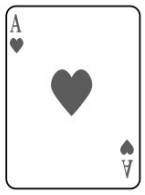
—Sé que todo el mundo me cree muy *cool*, pero al mismo tiempo piensa que soy la pobre rubia tonta y rematadamente pija que no se entera de nada —le digo—. Y mira tú por dónde, así es.

—¿A qué viene eso, Ali? —Es normal que Claudia me haga esa pregunta, yo también estaría perdida en su lugar.

—Lo que quiero decir es que se acabó ser esa niña de papá despreocupada, descerebrada y *megahappy*. Se acabó que todo el mundo me tome el pelo, Clau, te lo juro. Voy a por Kike, y le voy a hacer pagar todas las mentiras, todo este tiempo perdido, todo el daño que me ha hecho —sentencio. Abro la puerta y salgo de la habitación.

Me sabe mal dejar a Claudia sola, pero mi prioridad ahora es encontrar al cabrón que ha estado jugando a dos bandas.

48



Raúl

Ese sargento de la Guardia Civil debe de pensar que soy imbécil, pero soy mucho más listo que él, no me cabe duda. Se ha ido la luz del hotel de pronto y he visto mi oportunidad de escapar, era en ese momento o nunca. No voy a permitir que me detengan y me encierren por algo que no he hecho, ni de coña.

He de desenmascarar a Alicia. Está claro que ha sido ella quien se ha cargado a Lucas y luego a la dichosa camarera, porque seguro que vio algo y no ha querido dejar testigos ni hilos de los que tirar. Su puto colgante ha aparecido en la escena del crimen, así que se le ha ido la olla por completo y... «Un momento, ¿y si también es inocente? Así como alguien ha dejado mi DNI junto al cadáver para incriminarme, pueden haber hecho lo mismo con Ali». Si la descarto a ella, quizá sí que fuera Kike quien mató a Catherine por algún motivo que se me escapa y después no le ha quedado otra que ir acabando con los demás porque lo han ido descubriendo. La verdad es que ese inglés no me ha gustado nunca, siempre he pensado que era un bicho raro que se acoplaba a nosotros en verano solo para poder tirarse a Alicia. Nunca he creído que estuviera del todo

enamorado. De ser así, ¿por qué no venía nunca a España a verla, por mucho que su madre estuviera enferma?

En todo caso, no tengo ninguna certeza, excepto que no voy a cargar con la culpa por nadie. A mí no me van a joder, esta vez no. Volviendo a Kike... Lo vimos en el bosque, ¿qué hacía allí a esas horas? Una posibilidad es que siguiera a Héctor sin saber que Gnomo había quedado con nosotros y se lo cargara porque este sabía cosas de él, ya que, al parecer, espiaba a todo el mundo... Sí, es posible... Tiene que ser eso.

Sea como sea, no puedo confiar en nadie.

Las luces de emergencia me dejan ver con dificultad, casi he de palpar las paredes del pasillo para poder moverme. No hay huéspedes por aquí, parece que todos se han resguardado en sus habitaciones. Una vibración acaba de alertarme, me ha producido escalofríos en mitad de esta penumbra. Alguien me está llamando al móvil. Cuando lo saco del bolsillo y veo en la pantalla quién es, primero me quedo extrañado, luego me estremezco.

—¿Qué quieres? —le suelto al responder en un tono más bien de cabreo.

—El maletín lo tengo yo —me anuncia.

—¿Cómo lo has conseguido? Lucas lo perdió, bueno, se lo quitaron.

—Lo sé. Sois demasiado inútiles. Debería haber hecho yo todo el trabajo.

—Quiero mi parte.

—¿Tu parte? No te mereces nada. El maletín ya está en mi poder, no te necesito. Solo quiero advertirte: mantén la boca cerrada porque, en caso contrario, iré a por ti —me amenaza, y sé que va en serio.

—Escucha, no diré nada, ¿vale? Solo quiero mi parte, ya está. Yo también me la he jugado con toda esta mierda. Hay mensajes, llamadas, *mails*. Todo eso me incrimina.

—Solo quería decirte que cierres el pico... Como tenga la más mínima sospecha de que no es así, iré a por ti, Raúl. Vigila tus espaldas.

—Hablaré con la guardia civil y lo contaré todo.

—Eso no te lo crees ni en sueños, chaval —me suelta—, aunque me estás dando motivos para liquidarte —añade, y cuelga.

«¡Mierda! Estoy bien jodido con todo esto».

Recuerdo el día en el que Lucas me habló del plan. Era sencillo: solo debíamos robar un maletín. Yo tenía que buscar a alguien que se desplazara hasta aquí tiempo antes como empleado para no levantar sospechas y ayudarnos desde dentro. Así fue como metí a Carlos en todo esto, lo contrataron como camarero. Él solo debía indicarnos dónde estaba el maletín y facilitarnos la entrada a la habitación con una llave maestra. Yo debía cubrirles las espaldas a él y a Lucas, que lo cogería para esconderlo unas horas y luego sacarlo del Dante. No parecía complicado y Carlos nos daba bastante confianza. Pero todo ha salido mal. El camarero, muerto; Lucas, muerto; y yo... «¿Qué ha sido eso?». He oído un crujido, como el de una tabla o algo similar. Me ha dado la sensación de que alguien viene detrás de mí. «Sí, ha sido otro ruido. Ahora parece una pisada... como si hubiera aplastado migas de pan perdidas sobre las baldosas. Alguien me sigue por el pasillo, pero no puedo verlo con toda esta oscuridad. Debo estar preparado para cualquier cosa; sé defenderme, puedo con cualquier hijo de puta que quiera hacerme algo. A lo mejor es el sargento, que me ha encontrado, o uno de esos estúpidos guardias civiles que se creen que son agentes del FBI o algo así».

Los pasos cada vez están más cerca, a pocos metros detrás de mí en el pasillo. Tal vez se trate de la persona que me ha llamado al móvil, puede que quiera cumplir su amenaza. Cuando doblo la esquina, me quedo esperando para cogerla desprevenida y lo consigo. Estoy a punto de atizarle cuando veo de quién se trata y no sé si alegrarme u horrorizarme.

—¿Por qué me sigues? —le pregunto.

—Quería hablar contigo —me susurra.

—¿Por qué? Oye, ¿qué tienes ahí? —Me he fijado en que esconde algo tras la espalda.

—Nada —responde con un tono que no me ha gustado ni un pelo —. No es nada, no te preocupes.

—¿De qué quieres hablar? Mira, ahora no tengo tiempo que perder...

No me responde. Solo hay silencio en este hotel a oscuras. Noto cómo algunas de las luces de emergencia parpadean y miro hacia el techo por instinto, espero que no acaben apagándose también. Cuando bajo de nuevo la vista al mismo tiempo que giro un poco la cabeza, soy consciente de que ha llegado mi hora... Lo sé porque delante de mí, a dos palmos por encima de mi cabeza, se alza una enorme hacha. Lo último que alcanzo a ver es su filo, y me ha dado la sensación de que tiene algún resto de sangre.

49



Teniente Verónica Santos

He pedido un café solo con unas gotas de coñac, hay veces que lo necesito. Maldita sea, este caso va a acabar conmigo. Mi acompañante en la mesa, Diego Herranz Fandiño, ha pedido una copa de whisky con hielo. La verdad es que parece que este hombre necesita beber más que yo.

—Escuche, señor Herranz —digo después de darle un sorbo al carajillo—, cuando nos han hablado del juego de Dante por aquí, siempre lo han hecho como si se tratara de un verdadero juego. Nadie ha mencionado nada sobre una secta... He de admitir que me ha dejado a cuadros, pero ¿cómo es posible que nadie la conozca realmente? Los lugareños hablan de desapariciones, de pruebas basadas en los nueve círculos del infierno de la *Divina comedia*.

—Es sencillo: todos los que la conocemos y formamos parte de ella nos hemos ocupado de que así sea. En ocasiones es más eficaz alimentar una mentira a base de rumores que negarla... con el fin de ocultar la verdad. Con el tiempo, la información ha ido pasando de boca en boca, de mano en mano, transformada convenientemente. Pero la realidad es que el juego de Dante existe y es mucho más

peligroso que un juego de mesa o de rol. No tiene nada que ver con eso.

—¿Puede decirme si esa secta tiene alguna relación con los crímenes que están ocurriendo desde hace unos pocos días? —indago; al final lo que me interesa es resolver los asesinatos.

—Es posible, pero no estoy seguro de ello. El patrón que se está siguiendo en este hotel me tiene algo desconcertado.

—Si quiere que lo ayude a acabar con esa secta, tiene que darme toda la información que esté en su mano, señor Herranz. Es la única manera de hacerlo.

Le está dando un largo trago a la copa de whisky; prácticamente se la ha terminado, y me da la sensación de que quiere pedir otra... No me equivocaba, pues le hace un gesto al joven camarero que hay hoy tras la barra para indicarle que le llene de nuevo la copa hasta arriba y que le añada otro cubito de hielo.

—No tengo todo el día, señor Herranz. Como ya sabe, hay un asesino suelto en este hotel. A cada minuto que pasa, puede aparecer una nueva víctima —le advierto.

—Lo sé, teniente, lo siento. Para mí todo esto no es fácil, tenga en cuenta que estoy a punto de compartir con usted algo que he mantenido en secreto durante décadas.

—Háble me de la secta —le ordeno.

—Tal y como ya le he dicho, el juego de Dante busca sobre todo jóvenes frustrados, desorientados, perdidos... Son una pieza clave de la organización. La secta ha funcionado durante muchísimos años, pero no siempre la ha dirigido la misma persona; de hecho, son varias las que lo hacen. Se les llama «los Nueve», son los líderes supremos. Después, en cada uno de los lugares donde se capta a miembros, hay un administrador ritual, al que denominamos

«ministro del rito»... Y usted, teniente, ha conocido al del Hotel Dante. Ha estado hablando con él.

—¿Quién es? —le pregunto ansiosa por conocer la respuesta.

—El señor Ricardo Iglesias Abadón, el propietario actual.

Ese maldito cabrón me tomó el pelo, sin duda sabe mucho más de lo que aparenta. Estoy deseando estamparlo contra la pared y ponerle las esposas.

—Entonces, ¿él es el líder de aquí?

—No, en absoluto. Ya le he dicho que es un ministro del rito. Sí, se encarga de captar a jóvenes, pero no es quien mueve los hilos, teniente... Aunque el señor Iglesias sí es quien me ha robado el maletín con el dinero y el diamante; lo quería tener en su poder y lo ha conseguido... Ahora no sé dónde está. Se ha escondido y quiere huir.

—¿Por qué?

—Él tampoco quiere continuar en el juego de Dante, pero no para ser libre como yo y acabar con esto, qué va... Lo que pretende es fundar una nueva secta, aún más autodestructiva, en la que él represente el poder absoluto, rollo ser supremo mesiánico... Y con el diamante conseguirá lo que desee. ¿No lo comprende? Con ese maletín, tiene la información y, por tanto, el poder. Lo que yo he custodiado durante tanto tiempo ha caído en manos de alguien ambicioso que hará cualquier cosa para no perderlo.

—No entiendo, señor Herranz. Usted me ha dicho que le robaron ese maletín. Si realmente era tan importante, ¿por qué lo dejó sin vigilancia? ¿Cómo ha permitido que se lo sustraigan?

—La única persona que sabía que esta vez yo llegaba con la llave de mi liberación era el líder que lo maneja todo desde aquí. Imagino que, gracias a este, el señor Iglesias se enteró y por eso ha querido arrebatármelo. Ese hombre es capaz de cualquier cosa.

—¿Quién es el líder? —Necesito saber de quién se trata, es muy probable que él y el asesino que estamos buscando sean la misma persona. Si conozco su identidad, cerraremos todo el caso; estoy convencida.

—Verá... Hace mucho tiempo, en este hotel, alguien que pertenecía a la secta robó información muy valiosa: datos de miembros, dinero, archivos. Con esas pruebas podía hacer mucho daño al juego de Dante, demasiado. Pero ese acto lo cambió todo. Ya nada volvió a ser igual. El líder es...

«¡Mierda! Se ha ido la luz en el bar, y parece que también en todo el edificio».

Por suerte, se han encendido las luces de emergencia. El joven camarero se ha ido, juraría que se ha asustado y se ha esfumado. Apenas veo al señor Herranz, la visibilidad es muy escasa. De todas formas, he de seguir hablando con él; todo lo que me está diciendo me interesa. Quiero sacarle toda la información posible, será la única manera de resolver este puto entramado que tanto a mí como a Edu nos tiene desconcertados.

De pronto una especie de chasquido casi me hace caer de la silla. Ha sido un disparo, lo he reconocido al instante. De otras cosas no, pero de armas entiendo, y es gracias a mi padre. Estoy segura casi al cien por cien de que ha sido un revólver Nagant, se puede ser muy silencioso modificando el supresor. Es un arma muy utilizada en Rusia, y solamente alguien con un toque clásico y acceso a un armero de confianza podría conseguirla.

Cuando me aproximo a mi acompañante, veo toda la sangre; ha caído al suelo, fulminado. Tiene la cabeza reventada por el disparo. La bala ha entrado de lleno. Me dan arcadas al ver lo que parecen ser trozos de sesos, menos mal que la poca visibilidad no me permite apreciarlo bien. Alguien acaba de matar a la única persona

que parecía saberlo todo del juego de Dante y que estaba dispuesta a colaborar... Pero lo peor viene ahora: el asesino del señor Herranz me está apuntando a mí. Ha amartillado el arma y se dispone a apretar el gatillo.

Es el fin, aquí termina todo.

Voy a morir.

50



Kike

Sé que he cometido muchos errores, soy consciente de ello. Hay noches que ni siquiera puedo dormir, la culpa me atormenta. Había momentos en los que estaba con Alicia y no podía parar de pensar en Catherine. A veces me parece que he sido un imbécil, aunque después recuerdo los momentos vividos con ella y no me arrepiento.

La segunda vez que me encontré con Alicia en el Dante, pillé a Catherine comiéndome con los ojos; fue muy rápido, pero se mordió el labio inferior al hacerlo. A partir de ahí comenzaron las miraditas, los encuentros casuales, los roces fortuitos... No sé cómo ocurrió, pero Cath se convirtió en mi amante. Incluso vino a verme a Mánchester bastantes veces. Por esas putas casualidades de la vida, cuando Alicia también quería hacerme una visita exprés, la morena estaba conmigo. Han sido demasiadas las ocasiones en que he tenido que buscar excusas para que mi novia no viniese: «estoy en una firma de libros en Escocia», «mi madre ha empeorado inesperadamente y debo estar con ella en el hospital», «tengo una gripe de la hostia»... Resumiendo, he vivido demasiado tiempo en una mentira.

La última vez que vi a Catherine a solas fue en este hotel, en su habitación; se trató de una visita rápida, demasiado quizá. Después de que la encontraran sin vida, no sé cómo fui capaz de sobrellevar lo que sentía... Tuve que fingir que estaba afectado pero no en exceso porque se suponía que nos conocíamos solo de vernos aquí, en el Hotel Dante, y que nuestra relación era relativamente fría. Tuve que hacer de tripas corazón y simular que era una pérdida triste, aunque no más que muchas otras; fingir que me dolía, pero que en parte me daba igual.

En su última visita a Mánchester le regalé un anillo. No era ni por asomo una gran joya, tampoco un símbolo de compromiso ni nada por el estilo, pero para mí significaba mucho. Quería que fuera una muestra de que nuestra relación avanzaba porque ansiaba pasar al siguiente nivel. Incluso barajé la posibilidad de dejar a Alicia por ella. Sin embargo, Cath nunca fue chica de un solo hombre y, aunque creía que conmigo sería diferente, me equivoqué. Aun así, la sigo queriendo. Cuando la vi salir de la furgoneta, me fijé en que no llevaba el anillo, y eso me dolió. En realidad, creo que nunca se lo puso. En su habitación, el último día que la vi, me lo devolvió.

—No creas que no quiero seguir viéndote —me dijo—. Es solo que este anillo me pone nerviosa. No me gustan los compromisos, Kike.

—Sabes que quiero estar contigo, todo es perfecto. El sexo es bestial...

—Calla y bésame.

Fue muy rápido. Más que nunca. Follamos como si fuéramos dos personas que se acabaran de conocer. Juraría que esa noche el estúpido de Lucas quiso entrar en su habitación y tirársela, pero Héctor lo interceptó en el pasillo y nunca llegó. Lo sé porque los oí hablar y entreabrí la puerta para comprobarlo.

Después de que Catherine fuera descuartizada, me atormentaba tener ese maldito anillo en mi poder. En un acto de rabia, fui al embarcadero esa noche, cerca del bosque, para tirarlo al agua. Fue entonces cuando Raúl y Lucas me vieron, y por eso dedujeron que yo maté a Héctor, ya que me encontraba allí. ¿Cómo iba a explicarles que estaba lanzando al lago un anillo que le había regalado a mi amante muerta?

«*Shit!* ¿Y ahora qué pasa? ¿Se ha ido la luz?». Seguro que es por la tormenta. Aunque esté lloviendo, hace mucho calor; este verano va a acabar conmigo.

He de encontrar a Alicia, quiero hablar con ella. Necesito explicárselo todo, no quiero que haya secretos entre nosotros. Me gustaría arreglarlo, pero, si no puede ser, tendremos que poner fin a la relación de una vez. Se ha marchado hace un rato, después de recibir un mensaje de WhatsApp de Claudia, y ahí es cuando he comenzado a agobiarme.

No sé cuánto tiempo llevo deambulando casi a oscuras por el hotel, parezco alguien que va sin rumbo. Ahora camino por un pasillo, ni siquiera sé en qué planta estoy... Pero acabo de oír un ruido que, durante unos segundos, me ha estremecido. Ha sido un golpe fuerte, un impacto que ha sonado metálico. Incluso he oído una voz, era como si alguien pidiera ayuda. Avanzo sigiloso, no quiero verme salpicado por algo de lo que no soy responsable. En este hotel puede ocurrir cualquier cosa, y más con esa estúpida leyenda del juego de Dante. ¿Por qué todo el mundo finge no saber nada de ese asunto? Parece como si tratasen de ocultar otra cosa, algo mucho más siniestro. «Me importa una mierda. No pienso volver aquí nunca más y, en cuanto la guardia civil nos deje marchar, me largaré para siempre... solo o con Alicia, todo dependerá de ella».

Me alarmo. He oído un golpe, esta vez ha sido fuerte. Estoy a pocos metros de algo que no sé qué es, de ese extraño sonido que ahora ya ha parado. «No veo una mierda y... maldita sea, casi me resbalo. Hay algo líquido en el suelo, ¿quién cojones ha tirado agua por aquí? Hay que ser imbécil, joder».

Me agacho y enciendo la linterna del móvil para ver mejor, es ahí cuando siento terror. «¡Me cago en la hostia! Ese líquido es... ¿sangre? ¿Qué ha ocurrido aquí?». Continúo avanzando y, a dos metros del charco, me encuentro con lo que creo que es un cadáver. *My God!* He dejado mis pisadas por todo el suelo, tengo la suela manchada. De esta me meten preso, ya lo veo venir.

El cuerpo es de un hombre, está boca abajo y la ropa que lleva me resulta familiar. Tiene varias heridas en la espalda. Le han cortado las manos y los pies. También tiene un corte profundo en la cabeza. «¿Eso es el cerebro?». Esto ha debido de ser con un hacha, no hay otra manera de cortar el cuerpo humano así manualmente. Para escribir mis novelas, me informo de estas cosas. Mi historial de Google da miedo.

No puedo quedarme junto al cuerpo; si alguien me encuentra aquí, me inculparán y no puedo permitirlo.

«¡Pum!».

Alguien ha venido por detrás y me ha empujado. Estoy en el suelo, casi me caigo encima del muerto. Miro hacia atrás, hay alguien vestido con una sudadera y unos pantalones negros. Lleva una capucha y un pasamontañas. Tengo la sensación de estar en una película de terror adolescente. El encapuchado alza una enorme hacha que lleva en la mano, yo me tapo la cara como si con eso fuese a evitar el impacto... y falla, no me ha dado. Dios está de mi lado. El asesino ha clavado el hacha en la pared y se ha ido corriendo.

«¿Por qué no me ha matado?».

Me tenía completamente a su merced, estaba a tan solo un metro de mí.

«¿Cuál es el motivo por el que me ha perdonado la vida?».

Sea como sea, he de salir de aquí, y ya.

51



Teniente Verónica Santos

Dicen que, cuando estás a punto de morir, ves pasar toda tu vida como en una película. A mí no me está ocurriendo. Lo único que veo es el arma que me está apuntando; observo el cañón con miedo. A pesar de que llevo tantos años en este trabajo, es la primera vez que me veo en una situación así. Tengo delante al actual dueño del Dante, el señor Iglesias.

Todo lo que me ha explicado el difunto señor Herranz parece ser cierto, este cabrón está implicado. Él se dispone a disparar, ya tiene el dedo en el gatillo. Es el fin, mi muerte. Pero en ese momento ese malnacido cae al suelo; alguien le ha dado un golpe en la cabeza por detrás con una silla.

«¡Estoy viva!».

Mi salvador es el joven camarero de antes, ese que creía que se había marchado. Habrá visto la situación y habrá decidido ayudarme golpeando a mi atacante.

—Gracias, te debo la vida —le digo mientras me ayuda a levantarme.

Le pongo las esposas al propietario del hotel después de comprobar que tiene pulso. Respira, pero está inconsciente. Llamo a Edu y lo informo de lo que ha ocurrido; él a su vez me cuenta que Raúl ha escapado después de que se fuera la luz.

—Estoy en el bar —le indico—. Tengo al dueño esposado, ven en cuanto puedas.



He informado al capitán de los avances que hemos realizado, y también le he explicado a Edu todo lo que Diego Herranz me ha contado. El único problema es que, antes de confesarme quién era el líder de esa puta secta aquí, le han metido un tiro en la cabeza. El dueño del Dante está esposado y bien despierto en una de las estancias del hotel que tenemos acomodadas para que los testigos presten declaración... aunque ya podemos decir que se ha convertido en una sala de interrogatorios.

La lluvia no cesa, esta tormenta de verano no da tregua.

—¿Cómo es posible que el juego de Dante sea una secta? —pregunta mi compañero tan desconcertado como lo estaba yo.

—Es difícil de entender, pero así es, Edu. Los rumores que corrían respecto al juego eran falsos y, además, estaban alimentados por sus miembros para desviar la atención. Resumiendo: es una secta, y una bastante siniestra, según parece.

Pasamos a la sala para hablar con Ricardo Iglesias Abadón; quizá sea el único que ahora puede darnos alguna respuesta. Después nos ocuparemos de encontrar a Raúl, ya que no llegará muy lejos.

—Ha asesinado a un hombre, señor Iglesias —le digo—. Como ya le hemos dicho cuando le hemos leído sus derechos, como poco

vamos a imputarle un cargo de homicidio. ¿Comprende eso?

—Váyanse a la mierda, agentes.

—Le recomiendo que no se ponga así, no se hace ningún favor —le suelta mi compañero—. Será mejor que colabore. ¿Qué puede usted contarnos del juego de Dante?

—¿Otra vez? Ya se lo dije, agentes...

—¡Déjese de rollos! —exclamo cabreada—. Lo sabemos todo, señor Iglesias: lo de la secta y también que usted tiene el maletín con el dinero y ese diamante.

—Sin duda el señor Herranz es quien los ha informado de ello. Ese hombre era un bocazas, un desertor, un inútil. Escuchen... En ese maletín hay un montón de dinero, dejen que me vaya y tendrán la vida solucionada... Puedo darles lo que quieran, háganme caso.

—¿Está intentando comprarnos? —Este tipo debe de ser imbécil. No sabe que Edu y yo somos, seguramente, los agentes más íntegros del cuerpo.

—Yo no quiero comprar a nadie. Solo les digo que podrían retirarse ya si quisieran —insiste en su ofrecimiento—. Sean libres, disfruten del tiempo que les quede.

—Háblenos del juego de Dante. Esa es su mejor opción; si colabora con nosotros, el juez seguramente será algo indulgente con usted.

—Eso es algo que no están preparados para oír —nos dice mientras sonríe orgulloso de su secta y, tal como nos ha contado el señor Herranz, todavía más del proyecto de crear otra para su mayor gloria.

Hace tiempo, Edu y yo investigábamos unos asesinatos que se estaban perpetrando en La Alberca, un pueblo al sur de Salamanca. Los crímenes estaban perfectamente orquestados con una puesta en escena que parecía sacada de un museo. Para el asesino aquello

eran obras de arte. Al final, después de una larga y difícil investigación, conseguimos atrapar al culpable. Al principio se mantenía reacio a dar detalles de sus actos, decía que era inocente, pero mi compañero y yo sabíamos que era culpable, ya que todas las pruebas apuntaban a él. Tras analizar los asesinatos, se me ocurrió que la mejor manera de hacer que el sospechoso se incriminase era menospreciar su trabajo. Me dije que cualquiera que se hubiera tomado tanto tiempo y esfuerzo para llevar a cabo algo tan elaborado se sentiría ofendido si, en lugar de ser admirado, era criticado, y su reacción sería defender «la calidad» de lo que había hecho. Así que, siguiendo mi instinto, decido probar a hacer lo mismo con el hombre que tenemos detenido.

—Está bien. Da igual lo que pueda decirnos del juego de Dante, señor Iglesias. La verdad es que tanto da —replico—. Lo juzgarán por homicidio y listo; esa secta, como todas en realidad, no es relevante... Habladurías de pueblerinos, poco importa si es un juego o no... Creo que perderíamos el tiempo hablando más de lo debido de este asunto con usted.

—¿A qué se refiere con eso? —«Ha picado, o eso creo»—. ¿Acaso piensa que el juego de Dante es cosa de niños, teniente? ¿Que el poder de las sectas puede ningunearse?

—No lo sé. Dígamelo usted. ¿Usted y varios amigos se ponen máscaras mientras bailan alrededor de jóvenes desnudas? ¿O quizá se dedican a desplumar pollos y a comérselos medio crudos alrededor de una fogata?

—¡No tiene ni puta idea, teniente! —salta enfadado—. El juego de Dante lleva muchísimos años en activo, más de los que ustedes son capaces de imaginar. Puede encerrarme y tirar la llave al mar si quiere, siempre habrá alguien que se encargue de lo que yo deje de hacer.

—Usted planeaba llevarse el dinero y el diamante, ¿verdad? Anhelaba utilizarlos en beneficio propio para encumbrarse fundando otra secta en la que usted sería el único dirigente, el líder supremo. Si es así, tanto no querrá a su secta cuando pretendía desaparecer y crear otra.

—¿Y eso le parece mal, teniente? Todo el mundo quiere tener poder en esta vida —explica—. No se equivoque conmigo: yo no soy diferente a los demás o el resto no es diferente a mí, dígalo como quiera.

Y es en ese preciso momento, después de echarle una mirada a Edu y guiñarle un ojo, cuando decido preguntarle al señor Iglesias algo que necesito saber de forma inmediata.

—Hablando de poder, ya que dice que es tan importante y blablablá —sigo con mi argucia, porque ha funcionado—, ¿quién es el líder del Dante ahora mismo?

Me mira fijamente y decide quedarse callado. ¿Por qué tienen tanto reparo, o tal vez miedo, a hablar del líder de esta puta secta en este lugar?

«Un momento, ¿y si...? No, es imposible, aunque... ¿Y si resulta que el líder es uno de los del grupito de amigos? ¿Raúl? Da el perfil. ¿Kike? Joder, ¿podría mover los hilos desde Inglaterra? ¿Claudia o Alicia? Las dos amigas del alma manejando una secta... o una de ellas. Hostias, eso es imposible».

—Dígame, señor Iglesias, ¿quién es? —vuelvo a insistir.

—La verdad es que ignoro su nombre y tampoco lo he visto nunca, solo sé que lo llaman Deus.

—¿Deus? —le pregunto.

—Sí, es «Dios» en latín. Solo nos hemos comunicado por correo cifrado o bien mediante un intermediario, en este caso era el señor Herranz.

—Al que usted ha asesinado.

—Exacto. El guardián había hablado demasiado y...

—No me lo diga —lo interrumpe Edu—: era la mejor manera de acallarlo y evitar que sacara pruebas, ¿no?

—Así es.

—Ahora mismo hay un agente revisando el ordenador de su despacho, el juez nos ha dado carta blanca —le indico—. Dentro de poco podremos saber todo lo que hay en su correo y en el disco duro, y lo descifraremos. Estoy segura de que habrá muchas pruebas en su contra.

De repente vuelve la luz, al fin, y nos vemos mucho mejor. Espero que no se vaya de nuevo y la tormenta nos dé algo de tregua.

—Escúcheme, el señor Herranz me ha contado antes de morir que hace tiempo alguien robó información muy valiosa sobre la secta y que a partir de ese momento todo cambió, que ya nada volvió a ser igual... ¿A qué se refería?

Silencio.

—Conteste de una vez. Lo van a condenar por asesinato como poco, porque, a medida que encontremos más cosas ilegales, que no dudo que aparecerán, los cargos irán añadiéndose a la lista. Así que será mejor que se muestre más colaborativo con nosotros, caballero.

—Pues eso: ya nada es como antes. Todo es diferente, agentes.

Este tío me está poniendo de los nervios, ¿me está vacilando o qué? Sé que Edu me lo nota. No es demasiado difícil, lo estoy diciendo todo con los ojos.

Me dispongo a proseguir el interrogatorio con el dueño del Dante cuando Peláez abre la puerta de la sala sin llamar y entra estrepitosamente. No me queda otra que preguntarle qué es lo que ocurre.

—Perdonen, jefes —nos dice muy alterado—, pero ¿pueden salir un momento, por favor?

Peláez siempre me ha caído bien. Lo conocemos desde hace cinco años, es un buen agente. A veces es un poco despistado, pero ¿qué le vamos a hacer? Él es así. Está casado y es padre de dos niñas gemelas. Menudos dos terremotos. Hay días que las trae un rato al cuartel y lo ponen todo patas arriba. Aunque es cierto que, las últimas veces que las he visto, estaban muy tranquilitas jugando con esas miniconsolas portátiles que valen un pastón... Es extraño que Peláez haya comprado eso, siempre se queja de lo justo que va de dinero.

—¿Qué ocurre, Peláez? —le pregunto una vez fuera de la sala.

—Hay otro cuerpo. Y vuelve a ser una maldita masacre... Esta vez hay manos y pies cortados —relata—. Horrible. Está en uno de los pasillos de arriba; si quieren, los acompaño.

—Bien, que un agente se quede custodiando al señor Iglesias mientras el resto vamos hacia allí.

—De acuerdo, teniente.

Cuando llegamos al pasillo en cuestión, descubrimos que se trata de Raúl.

—Ya no hace falta que lo busquemos más —comenta Edu.

Vemos que, efectivamente, le han cortado las manos y los pies, y también le han partido la cabeza. Podemos ver el cerebro y parte de la calavera ha cedido por el impacto.

—Es bastante parecido al crimen de Lucas. ¡Menuda puta carnicería!

Observo la escena y veo que hay pisadas en el charco de sangre, son huellas nítidas. No será demasiado difícil comprobar el calzado si tenemos la sospecha de un culpable. Me pongo unos guantes de látex y registro a la víctima. Al fondo del bolsillo izquierdo del

pantalón, encuentro algo y lo cojo. Es un papel doblado. No es un pósit, sino un papelito de color blanco. Lo desdoblo y veo que hay algo escrito. Es una frase corta, pocas palabras. Se lo enseño a Edu y lo lee. Se queda petrificado, igual que yo. He de volver a leer la nota porque no me lo creo.

Ahora sí es posible que tengamos al culpable de los asesinatos.

52



Kike

No comprendo por qué sigo aquí.

Ese encapuchado con un pasamontañas me ha dejado con vida, ¿cuál es la razón? Me he escondido en un pequeño almacén que creo que también se usa como cuarto de la limpieza. Voy a dejar pasar un rato para que todo esté más calmado. No quiero morir en este puto lugar.

Me viene a la cabeza el cadáver que me he encontrado. ¿Era Raúl? Estoy casi seguro de que la ropa era suya, pero la oscuridad no me ha permitido verlo bien. Oigo pasos por el pasillo, admito que estoy acojonado. Me da la sensación de que me encuentro en una de mis novelas. Continúo pensando que un admirador chiflado ha leído mis libros y me está poniendo en un gran aprieto. Quizá por eso el asesino me ha dejado vivo, porque es un fan desesperado. Lo he leído muchísimas veces, se les va la cabeza por completo... Los hay que duermen en tiendas de campaña delante de las casas de sus estrellas favoritas, los acosan, los llaman, los persiguen por la calle, insultan a sus parejas... Es un horror, ¡pero esto sería a nivel máximo!

En Mánchester muchos de mis lectores me reconocen; algunos me piden algún que otro autógrafo, otros llevan alguna de mis novelas en las manos y quieren una dedicatoria. Sin embargo, nunca me he sentido acosado como si fuese un actor de Hollywood.

«*Shit*, creo que tengo a un *fucking* admirador que va a volverme majareta».

Me vibra el móvil, lo saco del bolsillo y me alarmo al comprobar que el porcentaje de batería está en rojo; no me durará mucho más encendido. Justo en ese momento veo que tengo un mensaje de WhatsApp de Alicia:

¿Dónde estás?

No sé si responder... ¿Y si el encapuchado era ella? A lo mejor me ha dejado con vida porque en el fondo me quiere, pero ¿por qué se le ha ido la olla y ha comenzado a matarnos a todos? No, no puede ser Ali. Hace ya tiempo, creo que al comenzar la relación, me habló de sus parasomnias, un trastorno que le ocurrió cuando era pequeña. Cuando me explicó que, en uno de esos terrores nocturnos, se levantó de la cama y le dio a su abuela en la cabeza con un bate de béisbol, me quedé a cuadros. Joder, no la imagino con un bate en la mano a los pies de la cama de esa pobre anciana. Por suerte, no le hizo nada grave. El golpe le abrió una herida y provocó que perdiera bastante sangre, pero no pasó de eso. Cuando me lo contó, me asusté, pensando que podría hacerme algo parecido en medio de ese extraño tipo de sonambulismo. Me dijo que no me preocupase, que aquello ya había desaparecido, que hacía muchos años que no tenía un episodio, que no le volvería a ocurrir... y que precisamente por eso se atrevía a contármelo. Me pareció una muestra de honestidad y confianza, y, la verdad, nunca ha pasado nada. De todos modos, ¿y si ahora algo ha cambiado?

Vuelvo a centrarme en su mensaje y me planteo si responderle o no. Si le digo dónde estoy escondido, a lo mejor viene y acaba conmigo... No, cuando pienso en todo lo que hemos vivido juntos, me convenzo de que es imposible y decido contestar sin darle más vueltas.

Estoy escondido en uno de los cuartos del pasillo de la primera planta. Cerca de las escaleras. He visto algo muy chungo.

Me responde al instante.

¿El qué?

Un cuerpo, Ali. Hay otro muerto y casi me matan también a mí. Esto ha pasado hace ya un rato. Me quiero largar de aquí.

No te muevas, voy a buscarte. Tengo que hablar contigo.

Ese «tengo que hablar contigo» no me ha sonado demasiado bien. Será porque la conozco y sé cuándo Alicia está cabreada por algo. Esta es una de esas veces. Creo que sigue pensando que soy el asesino. Piensa que yo dejé su colgante entre los dedos de Lucas y está mezclando mis novelas con todo lo que ocurre aquí. Por suerte, se ha aclarado lo de la herida y la sangre en mis manos, pero sigue preguntándose qué hacía yo en el bosque la noche que

murió Héctor, estoy seguro. Sí, estuve en el lago entonces, aunque fue para tirar el anillo. Sin embargo, no puedo decírselo.

Cuando decido responderle, mi teléfono se apaga. «¡Mierda! Me he quedado sin batería».

Observo a mi alrededor, estoy en este puto cuarto solo y apartado de todo. Si me matan aquí, no me encontrarán de inmediato; quizá tarden días. No pienso quedarme a merced de cualquier demente, así que decido largarme, y más después de haberle dicho a Alicia dónde me oculto. No me fío de ella, ya no. Me aterra que se entere de lo mío con Catherine, es capaz de cualquier cosa.

Abro la puerta con cuidado, intento ser lo más sigiloso posible porque no quiero alertar a nadie. Cuando me dispongo a avanzar por el pasillo para cambiar de escondite, encuentro frente a mí a una mujer con la mirada perdida; parece algo aturdida. Además, respira aceleradamente.

—Ayúdame, por favor —me dice bajito—. Creo que alguien me está siguiendo.

—Tranquila —le susurro, intentando no llamar la atención de su posible atacante—. ¿Te hospedas aquí? ¿Quieres que te lleve con alguien?

—Estoy sola en el hotel. Estaba harta de permanecer encerrada en mi habitación, me subía por las paredes, y he decidido salir a estirar las piernas... Mala idea con las cosas tan terribles que están pasando, lo sé... El caso es que me ha parecido ver a alguien detrás de mí y tengo miedo. No quiero que me hagan daño.

—No te preocupes, vámonos. Te llevaré a un lugar seguro.

No sé qué estoy haciendo. ¿Por qué la estoy ayudando? ¿Acaso soy algún tipo de héroe? Da igual, no puedo hacer otra cosa que acompañarla; soy incapaz de dejarla aquí. Además, seguramente a los dos nos sigue la misma persona y juntos estamos más seguros.

Caminamos lentamente, nuestros pasos son cortos y silenciosos. Ella va pegada a mi espalda. Debe de tener algo más de treinta años, es guapa y tiene el cabello castaño con algunas mechas rubias. Me agarra de la cintura arrimándose a mí, está claro que quiere sentirse protegida. De pronto noto que solo me sujeta con una mano, ya que utiliza la otra para coger algo que lleva en la cintura... Maldita sea, acaba de sacar un cuchillo y me lo ha puesto en el cuello. Noto la fría hoja rozarme la piel, que se me pone de gallina.

—¿Dónde están el resto de tus amigos? —me pregunta mientras aprieta con la punta en mi cuello sin llegar a clavármelo.

—No lo sé —le respondo tembloroso—. ¿Quién coño eres?

—¡Cállate de una puta vez o te mato! —grita.

Estoy jodido. No debería haber salido de aquel cuartucho de mierda. ¿Quién cojones es esta tía?

53



Teniente Verónica Santos

La nota que he encontrado en el bolsillo del pantalón de Raúl no puede ser más clara:

Alicia va a por ti, te quiere matar.

—¿Crees que es real? —me pregunta Edu; una de sus particularidades es desconfiar siempre incluso de lo que ven sus ojos. Yo también soy así, pero él me supera—. Me refiero a si piensas que verdaderamente iba dirigida a él y, más importante todavía, si eso es cierto o quieren desconcertarnos.

—No te sigo, explícate —le pido.

—Hay múltiples opciones: que alguien le hiciera llegar esa nota a Raúl porque *supiera* que la asesina es Alicia y quisiera advertirlo, que alguien le hiciera llegar esa nota a Raúl porque *pensara* que la asesina es Alicia y quisiera avisarlo, que el asesino le hiciera llegar esa nota a Raúl para que desconfiara de Alicia... Sea como sea, vamos a tener que volver a hablar con ella y con el resto del grupo.

Desgraciadamente, cada vez quedan menos... Parecen ser el blanco, pero no podemos olvidar a los dos camareros y...

Mientras mi compañero continúa elucubrando, sigo con la mirada fija en el cadáver que tenemos delante; me tiene trastornada. Es otra jodida carnicería. Al pobre chaval le han cortado los pies y las manos, y tiene la cabeza rajada por la mitad. Lo que no comprendo es cómo no se han separado del todo las dos mitades, seguro que penden de un trocito de carne y algo de hueso.

—Tiene toda la pinta de que lo han hecho con un hacha, ¿verdad? —sondea él.

—Quizá, o con una espada... Pero no estamos en un castillo medieval —suelto en plan coña—. Que el forense venga aquí lo antes posible, y también hay que informar al juez de guardia. Si lo hubiéramos sabido desde el principio, le habríamos buscado una habitación para que se hospedase aquí.

A veces un poquito de humor negro no viene mal para relajar el tenso ambiente y despejar la mente. La verdad es que a este paso nos van a matar también a nosotros.

Me centro en el contenido de la nota. Al principio esta niña de papá nos ha engañado a todos porque tiene aspecto de no haber roto nunca un plato... A partir del informe psiquiátrico que hemos leído, ya hemos visto que no es tan «*megasupercool*» como quiere aparentar. De todos modos, si al final ella es la asesina y cree que lo que está haciendo va a quedar impune, lo lleva claro.

De repente oímos unos pasos que se acercan. Es Claudia Vílchez y camina decidida hacia nosotros; parece que nos tiene que decir algo importante.

—Hola, Claudia —le digo interponiéndome entre ella y el cadáver para que no lo vea. Bastante hecha polvo está ya—. ¿Qué ocurre?

—Tengo miedo por Alicia, creo que Kike puede hacerle daño —nos explica temerosa, angustiada.

—¿Por qué dice eso?

—Ha estado haciendo cosas bastante extrañas, ustedes ya lo saben... —dice al borde del llanto, y de vez en cuando se le quiebra la voz—. Por ejemplo, estuvo en el lago la noche que mataron a Héctor sin ningún motivo, y sabía de sobra que Ali siempre lleva en su monedero el colgante que apareció en la mano de Lucas. Podría haberlo cogido fácilmente...

La sujeto por los hombros y le pido que se calme. Es normal que mire por su amiga, pero todo eso ya lo sabemos; tiene que dejarnos hacer nuestro trabajo.

—No se preocupe. Quédese en un lugar seguro y siempre acompañada, ¿entendido? —le pido.

De momento, vamos a centrarnos en Alicia Ramos Entrecanales... Tal vez ella pueda explicarnos por qué el último fallecido, al menos que sepamos, llevaba una nota tan extraña en el bolsillo.

—Sí, voy a buscar a Alicia, teniente. No voy a permitir que le ocurra nada a mi amiga. Insisto en que creo que está en peligro, si Kike se acerca a ella...

—Precisamente nosotros queremos hablar con la señorita Ramos. ¿Cuándo la ha visto por última vez? —indago.

—Hace un buen rato, en mi habitación. Hemos estado charlando y, al irse, me ha dicho que iba a buscar a Kike, pero de eso hace mucho y no la encuentro por ninguna parte... Un momento... ¿Ese de ahí es Raúl? —pregunta con voz ahogada.

Con la ansiedad y el miedo con los que ha venido, todavía no se había dado cuenta de que, a pocos metros, cubierto de sangre de los pies hasta las cejas, está el cuerpo de su amigo. Yo también he intentado por todos los medios que no lo viera, pero es difícil ocultar

un cadáver en el pasillo de un hotel por muchos agentes que haya delante y todavía no lo hemos tapado con la manta térmica; no nos ha dado tiempo.

—Es él, ¿verdad? ¡Dios mío! ¡Kike es un puto asesino, joder! —chilla, dejándose las cuerdas vocales.

Claudia es presa del pánico; es normal, en su lugar me pasaría lo mismo. La sujeto del antebrazo y me percato de que está helada; sé que es a causa del miedo. Sentir escalofríos cuando el terror te invade es habitual. Por ella y por los fallecidos, tenemos que esclarecer cuanto antes este caso. Demasiados muertos tenemos ya.

—Acompáñela a un lugar seguro —le ordeno a Peláez—. Nosotros buscaremos a Alicia Ramos y a Henry Campbell-Chapman. Respecto al señor Iglesias, que no se ponga nervioso: iremos a hablar con él en cuanto podamos. Ese sabe mucho más de lo que nos ha dicho y, mientras dure la tormenta, podemos retenerlo todo el tiempo que queramos.

Si, por una de esas casualidades, Claudia fuera la siguiente en la lista del asesino, no puedo asegurar que Peláez fuera capaz de defenderla. Es un buen guardia civil, aunque quizá algo torpe en un enfrentamiento cuerpo a cuerpo. Confío en todos mis agentes, pero, evidentemente, no son infalibles en todos los campos. Aun así, decido encargarle esa tarea porque sé que será capaz de tranquilizar a la pobre chica.

—De acuerdo, teniente —responde Peláez—. ¿Necesita algo más antes de que nos marchemos?

—Quiero que varios agentes registren la habitación de la señorita Ramos —añado—. Que me informen si dan con algo.

—Pero no tenemos una orden, jefa. —A veces este hombre es bastante inoportuno; en eso es el número uno.

—Me da igual, joder. Tenemos que acabar con esto de una puta vez —sentencio—. Diremos que la habitación estaba abierta si hace falta, ¿estamos?

—Sí, teniente.

Peláez les indica a dos compañeros que vayan al cuarto de Alicia para ponerlo patas arriba y luego se marcha con Claudia. Que no salgan de ahí hasta encontrar algo.



Edu y yo, arma en mano, avanzamos por uno de los pasillos. De fondo oigo los truenos y la lluvia caer; aun así, el calor es sofocante, insoportable. A medida que caminamos, las baldosas parecen crujir a nuestro paso. El Hotel Dante es antiguo y no le vendría mal una reforma, pero, claro... como escenario para una secta macabra, es el lugar perfecto.

—¡Joder! —exclamo.

—¿Qué pasa?

—Con tanto trajín nos hemos olvidado de volver a revisar las grabaciones del restaurante del hotel, de la cafetería y del aparcamiento.

—Es cierto, pero ya lo hicimos una vez. Ahora no son una prioridad, Vero.

—Lo sé, pero... ¿Qué ha sido eso? ¿Lo has oído?

—Sí —afirma Edu, y veo cómo sujeta con fuerza la culata de su pistola.

Acabamos de escuchar un pequeño golpe que nos ha alarmado. El pasillo es largo y se cruza con otro que da a la derecha, que es de donde ha procedido el ruido. De pronto, lo volvemos a oír. Nos

estremecemos. Avanzamos lentos pero seguros. Estamos preparados para cualquier cosa que pueda ocurrir. Cuando doblamos hacia el otro pasillo, aguantamos la respiración...

—¡Me cago en la puta, hostias! —Hay una ventana abierta, y la barra de la cortina está suelta junto con el riel. El viento provoca los pequeños golpes que hemos oído.

—Maldito hotel —farfulla mi compañero.

En ese momento recibo una llamada al móvil, en la pantalla veo que es Peláez.

—Cuéntame —respondo.

—Han encontrado algo en la habitación de la señorita Ramos, teniente.

—Vamos para allá —indico—. Adelántame algo, anda.

—Por lo que me han contado, han dado con un hacha llena de sangre, varias jeringuillas y un pasamontañas escondido bajo la almohada.

—Bien, Peláez. La tenemos.

54



Kike

Cada vez estoy más acojonado. No quiero morir, no me gustaría que hicieran conmigo lo que han hecho con los demás. Estoy siendo amenazado por una mujer a la que no conozco y que tiene puesto un cuchillo en mi cuello. He pensado en intentar retirarle el brazo y forcejear con ella, pero no sé qué probabilidades tengo de salir indemne del ataque. Aunque yo, a simple vista, parezca más fuerte, es ella la que tiene el arma.

—¿Sabes dónde está el maletín? —me pregunta, y, la verdad, no tengo ni puta idea de a qué se refiere.

—¿Qué maletín? No te sigo, en serio...

—¡Te juro que, si no me lo dices, te rajo aquí mismo como si fueras un maldito cerdo! Putos niñatos, habéis venido a este hotel a joderlo todo, ¿verdad? Todos queréis el dinero y el diamante...

—¿Qué diamante? —la interrumpo—. Oye, tía, te digo que no sé de qué estás hablando. Si lo supiera, te lo diría; aprecio mucho mi vida y te aseguro que no quiero morir en esta mierda de sitio.

—Llévame con tus otros amigos —me ordena—. Y no hagas ninguna tontería, ¿estamos?

—¿Amigos? Pero si te los has ido cargando a todos.

Su mirada es intimidante, por momentos pienso que me va a clavar el cuchillo y me va a atravesar la carótida como si fuera mantequilla. Si el que he visto antes en el pasillo era Raúl, que apostaría que sí, solo quedamos Alicia, Claudia y yo. ¿No se ha enterado esta inútil que me tiene amenazado? Tal vez, si me agacho lo suficientemente rápido, podría evitar que me lo clavara... La verdad es que no tengo nada que perder, he de intentarlo como sea. Quizá sea mi única oportunidad para poder escapar.

—Yo no me he cargado a ninguno de tus colegas —me asegura, y es algo que pongo en duda—. No te estás enterando, ¿verdad? No sabes lo que ocurre aquí. Sois tan imbéciles que ni siquiera os habéis parado a pensarlo.

—¿A qué te refieres? —Es como si se hubiera puesto en plan filosófico. Si salgo vivo de aquí, tomo nota para mis próximas novelas.

—Me refiero a que no tenéis ni puta idea de quién os está haciendo esto —me suelta mientras aprieta todavía más la hoja contra mi cuello—. Estáis ciegos. Es como cuando un tío piensa más con la polla que con la cabeza.

—¿Tú sabes lo que está ocurriendo?

—Desde un principio, querido, pero esa no es mi guerra —me dice —. Yo solo quiero el maletín y el diamante.

Me tiene cogido por detrás, su brazo derecho sostiene el cuchillo que está rozándome el cuello... Y, en un momento de descuido, mientras me habla de su puto maletín, consigo darle un fuerte codazo, también con el brazo derecho, que la deja medio doblada. Me giro de inmediato, le pego una patada en la mano para que suelte el arma y me abalanzo sobre ella. Luego la agarro del cuello para empezar a asfixiarla y con la otra mano le doy un puñetazo en

las costillas. Estoy consiguiendo reducirla, pero es ágil: logra zafarse y volver a pillar el cuchillo. Como a cámara lenta, veo cómo me lo clava en un costado. Ha sido superficial, solo la punta, casi ni lo he notado. Apenas estoy sangrando. La maldigo, sí, y vuelvo a tirarme sobre ella para intentar quitarle el arma. Me da una patada en los testículos, el mayor dolor que he sentido en toda mi vida. Me retuerzo en el suelo, pero, cuando se dirige hacia mí, le suelto una patada en el muslo. Ella también se retuerce de dolor, aunque juraría que yo estoy mucho peor.

Cuando intento levantarme para volver a atacarla, esa zorra se marcha corriendo por el pasillo. El dolor que siento ahora mismo en la entrepierna es insoportable. Me impide perseguirla.

«Hija de puta, te me has escapado. ¿Quién coño eres?».

Ninguno de estos días la he visto entre los huéspedes, pero, claro, tampoco es que me haya fijado mucho. Bastante tenía yo con Alicia y Catherine... y luego este reguero de muertos. Menos mal que la herida no es demasiado profunda. Si me hubiera clavado más hondo el cuchillo, seguramente no estaría ahora en pie.

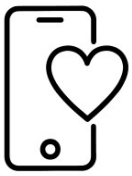
Antes no quería encontrarme con Alicia —sus mensajes de WhatsApp no me han gustado en absoluto y he temido que pudiera hacerme daño, que fuera una perturbada asesina—, pero ahora todo ha cambiado. La malnacida que me ha atacado me ha hecho cambiar de opinión. Tengo que hablar con Ali, ella no es la culpable. De todos modos, la loca del cuchillo me ha dicho que ella no ha acabado con nuestros amigos, ¿debo creérmelo? Ha intentado liquidarme, muy de fiar no es. Sin embargo, si no ha matado a nadie, ¿quién es el asesino?

Tengo la cabeza hecha un lío, un minuto pienso que puede ser Alicia y al siguiente me digo que es imposible... La quiero mucho y, a pesar de que es una relación extraña, llevamos cuatro años juntos,

pero yo la he cagado. Le fui infiel con Catherine... ¿Y si se ha enterado y se está vengando por ello?

Desecho esa idea, porque ¿qué sentido tendría que matase a los demás? Hay algo que se me está escapando, y no tengo ni idea de qué es.

55



Alicia

Tengo la sensación de que alguien me está siguiendo por estos pasillos. ¿Habrán detenido ya al culpable? La verdad es que ahora mismo ya no siento miedo, dentro de mí solo hay rabia y dolor. Quiero encontrar a Kike y hacerle pagar por todo el daño que me ha hecho. No paro de imaginármelo con Catherine mientras están follando. Tantas excusas para que yo no fuera a verlo y resulta que se la estaba tirando. ¡Qué estúpida he sido! Ya me decía papi que ese hombre no era para mí, que podría encontrar otro mil veces mejor... Pero luego me soltaba la coletilla de que era un don nadie, de que no tenía dinero, de que era mejor buscarme a alguien rico... y tanto hincapié me reafirmaba en que tenía que ser Kike. ¡Qué mal! Es un cerdo y se merece todo lo peor.

—¡Alto a la guardia civil! —oigo a mi espalda. «¿Alguien me está dando el alto? ¿A mí? No me lo puedo creer»—. ¡Levante las manos, señorita!

—¡Yo no he hecho nada! —chillo alzando ambas manos lentamente; no me gustaría que me pegasen un tiro.

—Alicia Ramos Entrecanales, queda detenida por un presunto delito de asesinato —pronuncia la teniente—. Tiene derecho a guardar silencio y a no declarar si no lo desea, a no contestar a alguna o algunas de las preguntas que se le formulen, a no declarar contra sí misma y a no confesarse culpable. Tiene derecho a designar un abogado y a ser asistida por él sin demora. Si no lo hace, se le nombrará uno de oficio. También tiene derecho a comunicar su detención a la persona que desee. ¿Le ha quedado todo claro?

—Pero ¿de qué mierda está hablando? Yo no he hecho nada.

Me han esposado. ¡Qué fuerte! Estos malditos grilletes me aprietan como un demonio. No entiendo nada, no sé por qué sospechan de mí. ¿De verdad creen que yo soy quien ha ido regando el hotel de cadáveres? Vamos, esto es indignante. «No pasa nada. Cuando pueda hacer una llamada, hablaré con papá y me sacará rápido de este embrollo».

La teniente me pone contra la pared y me cachea. Debe de pensar que llevo escondida alguna katana o vete tú a saber qué. Ya puede manosearme todo lo que quiera, no tengo absolutamente nada.

—¿Por qué me han detenido? —vuelvo a preguntar.

—Ya se lo he comunicado antes de leerle sus derechos —interviene el sargento, y yo niego con la cabeza—. Por asesinato, ¿no le ha quedado claro?

—¿Asesinato? Están cometiendo un supererror, se lo aseguro. Yo no he matado a nadie.

Da igual lo que les diga. Los agentes, junto con otros dos guardias civiles, me llevan esposada por el pasillo. Imagino que nos dirigimos a la sala en la que he prestado declaración estos días. Pero esta vez es diferente: voy en calidad de acusada y mis manos van por delante, con unas esposas muy apretadas que juraría que me están

haciendo heridas en las muñecas. Que se preparen; el abogado de mi padre los demandará por abuso policial, detención arbitraria, humillación pública y uso desproporcionado de la fuerza. ¡Se van a cagar!



Me han metido en una sala diferente, pero igual de pequeña y sofocante. Por la ventana puedo ver que continúa lloviendo de forma intensa. ¿Es que no va a parar nunca? Frente a mí están la teniente Santos y el sargento Castro. He llegado a pensar que son pareja; aunque me gustaría preguntárselo, creo que no es el momento.

—Bien, señorita... —La que comienza a hablar es la teniente. He de ver si hará el papel de poli bueno o malo—. Hemos encontrado algunas cosas muy interesantes en su habitación.

—¿De qué está hablando?

«¿En serio la han registrado? No creo que se hayan atrevido, seguramente es un farol».

—Cosas que la incriminan directamente en los asesinatos, por no hablar del colgante, claro. Créame, cualquier jurado la condenaría solo por eso.

—No tenían ningún permiso para entrar en mi habitación y, evidentemente, tampoco ninguna orden.

—Mira, *bonita* —salta el sargento tuteándome... ¡Esto es el colmo! —, llevas varios crímenes a tus espaldas y no necesitábamos una orden por la situación de urgente necesidad... Así que será mejor que te muestres colaborativa.

Bueno, tal vez me convenga escuchar lo que tienen que decir. Después ya veré las opciones que tengo.

—¿Qué han encontrado? Porque les aseguro que, sea lo que sea, yo no he hecho nada.

—¿No lo sabe? —interviene la teniente—. Joder, no pensé que fuera usted tan fría, Alicia. Pues... un pasamontañas, un hacha llena de sangre, jeringuillas que ahora mismo están siendo analizadas en el laboratorio improvisado que el forense ha montado... Y algo me dice que están llenas de algún tipo de tranquilizante, listas para ser utilizadas.

—Les juro que yo no he dejado eso en mi habitación, les aseguro que alguien me quiere inculpar.

—¡Basta, Alicia! —me grita la mujer; es la primera vez que la veo fuera de sí—. ¡Confiese de una puta vez! ¡Ya ha muerto demasiada gente!

Alguien me ha preparado una buena encerrona. Yo no he hecho absolutamente nada. No entiende que... «Un momento... No, no puede ser, no ha sido culpa de mis parasomnias... Me niego a creer que hayan vuelto».

—Sabemos lo de su enfermedad, señorita Ramos. —El sargento parece haberme leído la mente—. Accedimos a su historial clínico, lo sabemos todo. También lo del incidente ocurrido en Madrid.

Lo que me faltaba, que la guardia civil lo sepa todo. Estoy bien jodida. Nunca pensé que nadie llegaría a conocer ese hecho. Bueno, sí... mi padre, su abogado, mi médico y un buen puñado de policías y sanitarios. Ah, y varios internautas a los que les gusta ver vídeos raros en YouTube, pero creo que las imágenes ya se eliminaron. Veo que los agentes han hecho bien su trabajo, lo admito.

—¿Qué saben sobre lo de Madrid? —indago sobre mi propio pasado.

—Todo, Alicia —responde la teniente.

—Quiero hacer una llamada —les digo, pero no obtengo respuesta —. ¿Entienden? Tengo mis derechos.

—De acuerdo —me confirma la teniente—. La hará desde mi móvil. Estamos teniendo problemas de comunicación a causa de la tormenta y las fuerzas del orden tenemos prioridad al ser líneas de emergencia.

«Faltaría más. Como si estamos en una isla desierta, mi llamada es mi llamada».

—¿A quién va a llamar? —quiere saber—. Tiene que decírnoslo, ese dato es obligatorio.

—A mi padre.

—A lo largo de estos días nos hemos ido poniendo en contacto con los familiares de las víctimas, lógicamente, y ha sido muy duro. En este caso, me alegro de no tener que llamar a su padre... Primero, porque significa que usted no está muerta... y, segundo, porque tampoco sería agradable tener que comunicarle que la hemos detenido como sospechosa de haberse cargado a cuatro de sus mejores amigos.

—Mi padre tiene un número prepago que cambia cada cierto tiempo y que casi nadie conoce, teniente. Voy a llamar a ese...

Marco y, al segundo tono, descuelga.

—Papá, soy Ali.

—¿Se te ha terminado el dinero? —Sabía que me iba a decir eso, lo tenía clarísimo—. ¿Y desde qué número me llamas?

—No quiero pedirte dinero. Te llamo desde el teléfono de una teniente de la Guardia Civil.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Estás bien?

—Estamos en el Hotel Dante y... papá, han ocurrido cosas horribles. No tengo mucho tiempo, pero llama al abogado. Que me saque de aquí.

—¿Por qué necesitas uno? ¿Qué has hecho, Alicia?

—Me han detenido por un presunto delito de asesinato... de varios asesinatos, en realidad. Llama al abogado, por favor. Que venga lo antes posible. —Con la tormenta que está cayendo, creo que tardará bastante, pero será mucho mejor que no se lo diga—. Y, papá, se me olvidaba... Saben lo de Madrid...

56



Teniente Verónica Santos

Tras hablar con el neurólogo de Alicia Ramos Entrecanales por teléfono y recibir documentación por *mail*, hemos averiguado lo que ocurrió en Madrid seis años atrás. Durante una Semana Santa, ella y varias amigas se hospedaron en un hostal del barrio de Malasaña. Ni Claudia ni Catherine estaban. Una noche Alicia se despertó alrededor de las tres y media de la madrugada e intentó asfixiar a una de sus amigas. Otra se despertó al oír los forcejeos y la vio sujetando con todo el cuerpo la almohada contra la cara de Isabel, una de las chicas. Las fuertes patadas se fueron volviendo cada vez más débiles, y eso la alertó de que ya estaba a punto de quedarse sin aire, por lo que empezó a gritar para despertar a las demás. La desesperación que en ese momento estaba sintiendo Isabel debió de ser aterradora. Unos segundos más y hubiera muerto.

Cuando consiguieron inmovilizar a Alicia entre todas, llamaron a la policía. Unas dicen que, gracias a su influyente y adinerado padre, al final consiguió una condena mínima, que consistió en servicios a la comunidad durante cuarenta y cinco días. Y eso que se la acusaba de intento de asesinato. Según consta en el atestado, las amigas

declararon que Alicia estaba en plenas facultades y que no parecía sufrir ningún tipo de parasomnia, como aseguró su abogado. Cuando alguien padece ese tipo de sonambulismo violento, su mirada está perdida, vidriosa, sin foco ni reconocimiento; aunque sus ojos estén abiertos, muestran confusión, asombro o terror intenso. Las amigas afirmaron que la suya era completamente lúcida.

—¿Por qué quiso asesinar a una de sus amigas? —Estoy segura de que me va a saltar con lo de las parasomnias, pero yo sé que es una psicópata. Pocas veces me he equivocado.

—No voy a hablar si no es en presencia de mi abogado.

—Vamos, Alicia... mal no le hará. Es solo una pregunta.

—Ya sabe que fue por lo de mis parasomnias violentas, ha leído mi historial clínico.

—Sí, eso es lo que recoge la sentencia.

—Entonces —añade—, ¿para qué pregunta? Ya les he dicho a usted y al sargento que yo no he hecho nada. El único culpable aquí es Kike, se lo aseguro.

—¿Su novio?

—Bueno, eso habría que verlo... Y, además, estoy convencida de que me la ha estado jugando.

—¿Por qué dice eso? —le pregunta Edu.

—Kike sabía que yo siempre llevo el colgante en mi monedero y tiene acceso a él fácilmente —nos explica—. Además, les recomiendo que le echen un vistazo a la novela que está escribiendo, se sorprenderán. Por si fuera poco, me la estuvo pegando mucho tiempo con Catherine y... ¿quién fue la primera en morir? Pues eso, ahí tienen la solución al caso.

—¿Cree que mató a Catherine porque era su amante? —indago.

—Creo que lo hizo porque ella quería hablar sobre lo que tenían. Después lo pillaron y ha ido eliminando cabos sueltos... Es muy listo el inglés.

—¿Y qué me dice de la nota?

—¿Se refieren a aquella que encontró Catherine?

—No, a *esta*. La llevaba Raúl en un bolsillo. —Dejo sobre la mesa, metida en una pequeña bolsita de plástico, la nota en la que se inculpa a Alicia.

—¿Está de coña? Esto es mentira... Espere, ¿por qué le han mirado los bolsillos a Raúl? ¿También está detenido?

Ya son muchos años en este trabajo, tal vez demasiados, y normalmente sé distinguir cuándo alguien miente o dice la verdad. También me fijo mucho en las reacciones de la gente, y la cara que ha puesto esta chica ahora mismo es la de alguien que no tiene ni pajolera idea de lo que estoy hablando.

—Porque está muerto —le anuncia mi compañero—. También por eso está usted detenida.

—¡Y una mierda, sargento! ¿Raúl muerto? Yo no le he hecho nada... ¡Dios mío! ¡¿Se han vuelto locos?! —Ahora se pone a llorar, no me lo puedo creer—. Y, por cierto, lo de Madrid fue tal cual dictó el juez... Hacía mucho tiempo que no me ocurría, muchísimo, pero allí pasó. Esa y la vez que golpeé a mi abuela con un bate de béisbol cuando era pequeña son las dos únicas ocasiones en las que he sido agresiva debido a mi enfermedad. ¡No tienen ningún derecho a dudar de mí!

Alicia está fuera de sí ahora mismo. Tengo serias dudas de que ella haya hecho todo lo que queremos imputarle. Su reacción no parece fingida, muy poca gente es capaz de simular algo así.

—¡Quieren inculparme por unos delitos que no he cometido! ¡Yo no lo he hecho! —exclama muy molesta—. Pueden comprobar

nuestras letras, descubrirán que es Kike quien ha escrito esa nota para incriminarme.

—Nosotros no estamos capacitados para verificarlo, Alicia. En todo caso, deberá encargarse un perito caligráfico, y ahora mismo no hay ninguno aquí para ayudarnos —le explico. Podríamos hacerlo, sí, pero después, en un juicio, esa prueba sería anulada por falta de rigor. Eso solo serviría para quitarnos a Edu y a mí las dudas, y tenemos pocas—. Le aseguro que eso es algo que comprobaremos, pero, por el momento, usted es la principal sospechosa.

—Son una panda de...

No termina la frase y se queda callada. Sí, será mucho mejor.

El móvil de Edu comienza a sonar. Cada vez que ocurre, me pongo a temblar, exactamente igual que cuando me llaman a mí. Lo miro expectante por saber de quién se trata. En cuanto descuelga, obtengo la respuesta a la pregunta.

—Hola, Peláez, ¿qué ocurre?

—...

—Dice que te ha llamado, pero que le salta el buzón de voz, Vero.

—Debe de ser por la puta tormenta —contesto.

—Bueno, cuéntame, ¿qué pasa?

El rostro de mi compañero se va transformando a medida que escucha a Peláez, así que me pongo alerta. Cuando cuelga, le hago un gesto con la cabeza para que me informe de inmediato sobre qué sucede.

—Resulta que han encontrado información muy relevante en el ordenador de Ricardo Iglesias Abadón. Dice que será mejor que nos ocupemos de ello inmediatamente.

57



Claudia

Hace unos minutos, mientras estaba con Peláez en una sala del hotel que les han cedido para trabajar, ha recibido una llamada de un compañero suyo y, por lo que he podido pillar, lo ha informado sobre algo que han encontrado en un ordenador, ignoro de quién. De inmediato se ha puesto en contacto con la teniente y el sargento. ¿De qué irá todo esto? Peláez acaba de salir de la estancia y me ha dejado sola.

—No te muevas de aquí —me ha indicado antes de marcharse—, tengo que ausentarme un rato. Tranquila, no estarás sola; ahora le pido a otro agente que venga para estar contigo.

No sabría decir si Peláez es un buen o un mal guardia civil, la verdad es que de eso no entiendo. Lo que sí sé es que la puerta de esta fría sala se está abriendo lentamente y eso provoca que se me ponga todo el vello de punta porque, cuando pasa eso en un *slasher*, nada bueno viene a continuación... Cuando acaba de abrirse, descubro que es una mujer. Las dos nos miramos como si fuéramos la presa y el cazador.

—¿Quién eres? —exijo saber.

—¡Cállate, puta! —me grita—. ¡Ni te muevas!

Me está apuntando con una pistola. Creo que es de verdad, estoy segura al noventa por ciento. Podría levantarme y forcejear con ella, pero no quiero arriesgarme; no me gustaría llevarme un disparo de esta desconocida.

—He visto que te han dejado solita... —Me agarra del cabello y pone el cañón del arma debajo de mi barbilla—. ¿Dónde está el maletín?

¡Joder! Seguro que me pregunta por el que Alicia y yo vimos en la habitación número trece. Parece que haya pasado un siglo de todo aquello. De todas formas, no voy a decirle que sé a qué se refiere, aunque la verdad es que tampoco sabría dónde encontrarlo.

—¿Perdona? —respondo—. ¿De qué me estás hablando?

—Error. —Me da un golpe en la cabeza con la culata del arma y me caigo al suelo. No he quedado inconsciente, pero el impacto ha sido muy fuerte—. Tus amigos y tú habéis decidido tocarme bien los ovarios, ¿verdad? Voy a contar hasta cinco y, si no me lo dices, te meto un tiro. Uno.

—Espera, yo no tengo ese maletín... No sé dónde está...

—Dos.

—Te lo juro, tienes que creerme... Yo no tengo nada...

—Habla. Tres.

—¡Escúchame, maldita sea! —grito—. Si lo supiera, te lo diría, ¿entiendes? No dispares, por favor.

—Cuatro.

—Vas a cometer un grave error, yo no puedo ayudarte. No tengo nada...

—Cinco.

—¡Espera! ¡Espera! Vale, tú ganas. —Me tira del cabello y siento un dolor punzante—. Lo único que sé de ese maletín, si es el mismo

que vi por primera y última vez, es que lo cogió mi novio, Lucas, pero lo han matado. Estaba en la habitación número trece, él entró y se lo llevó. Eso es todo lo que te puedo decir, de verdad, te lo juro. Créeme.

Su mirada no me gusta en absoluto, parece estar cargada de ira.

Sujeta el arma con fuerza, parece dispuesta a dispararme entre ceja y ceja. Si lo hace, mis días acabarán aquí, en esta fría sala, con mis sesos desparramados. «Menuda manera de morir», pienso. Y entonces me digo que todo se va a ir a tomar por culo, que en una milésima de segundo tu vida puede cambiar, y yo, sobre todo por mi trabajo, de eso entiendo un rato.

—No puedo dejar a nadie vivo.

Cuando oigo esa frase, sé que ha llegado mi fin; ya veo su dedo colocado con firmeza en el gatillo.

58



Teniente Verónica Santos

Menos mal que uno de los agentes, Jaime Ortuza, es un especialista informático. Si nosotros tuviéramos que lidiar con eso, no sabríamos ni por dónde empezar. Por lo que nos han dicho, han encontrado algo importante en el ordenador del dueño del Dante. Espero que esa información arroje algo de luz al caso.

—¿Qué tienes? —le pregunto al agente.

—De todo un poco, teniente. Números de cuentas en paraísos fiscales, contratos ilegales, facturas falsas... Esto es una mina de oro —nos explica.

—Ve al grano, Jaime, a lo que nos pueda interesar ahora mismo.

—Sí, claro. Miren este chat secreto de Telegram.

Edu y yo nos fijamos en la pantalla para leer lo que nos está enseñando. Es una conversación entre Ricardo Iglesias Abadón y Carlos Méndez Saavedra, el camarero asesinado.

Confirmado, el señor
Herranz se hospedará en el
hotel en esas fechas y

traerá el maletín. Tendréis que actuar uno de los días que se ausente, ya lo hablamos.

Buenas noticias. Yo les facilitaré la entrada a la habitación con una llave maestra, ventajas de trabajar aquí. Lucas lo robará mientras Raúl le cubre las espaldas. Por la pasta, esos venderían hasta a su madre. Luego lo sacarán del hotel con rapidez y discreción.

No me cuentes los detalles, me da absolutamente igual cómo lo hagáis. Pero lo quiero en mi poder, ¿entiendes?

Lo tendrás.

—¡Joder! El dueño les encargó el trabajo a Carlos, Lucas y Raúl —comento—. Pero ¿ahora dónde está ese maletín?

—El que sin duda lo sabe es el señor Iglesias —sugiere Edu—. Hay que hablar con él.

Lo que dice Jaime es cierto, este ordenador es una mina de oro para inculpar a Ricardo Iglesias Abadón por un montón de delitos. Y me acaban de notificar que se han registrado varias llamadas recientes entre él, Raúl y Lucas; sin duda estuvieron hablando para ver cómo iba la operación. Por otra parte, me da que, si

conseguimos analizar toda la información que contiene este ordenador, el asunto de la secta del juego de Dante va a dar mucho que hablar... Seguramente saldrá en las noticias, son cosas que suelen dar bastante morbo.

—Bien, lo haremos —sentencio.



El propietario del Hotel Dante sigue exactamente en la misma posición en la que lo dejamos. Está sentado en la silla de la sala con las piernas cruzadas y las manos sobre la mesa, con las palmas hacia abajo.

—Tienen cara de no saber cómo resolver este caso, agentes —nos suelta mientras nos muestra una pequeña sonrisa.

—No se preocupe por eso, señor Iglesias, déjenos ese trabajo a nosotros. —Todavía no ha borrado esa sonrisa de la cara y me está dando mucha rabia—. ¿Usted sabe dónde está el maletín?

—No pienso decir nada si no es en presencia de mi abogado. Cuando pase la tormenta, aquí estará.

—Yo que usted hablaría... Le aseguro que no le vendrá mal, señor Iglesias —replico—. No es como la confesión en una iglesia, pero se le parece.

—Es usted muy graciosa, teniente. Se lo repito: no tengo nada que decir.

—¿Dónde está? —insiste Edu.

—¿Creen que soy imbécil? Olvídense de ese maletín.

—Se siente orgulloso de todo lo que ha hecho, ¿verdad? —le digo —. Estoy segura de que al juez le gustará ver sus conversaciones con el señor Méndez... Ya sabe, los mensajes para encargarle el

trabajito. Nosotros sabemos hacer nuestro trabajo. Y su ordenador es... ¿cómo decirlo? Como la confesión a un cura. Tenemos todo lo que necesitamos.

Ver a un hombre de estas características tan vulnerable como lo está ahora me produce una enorme satisfacción. No se esperaba que pudiéramos acceder a su información cifrada, o quizá ni se le había pasado por la cabeza.

—Confiese de una puta vez, señor Iglesias. Ya es usted mayorcito para asumir las consecuencias de sus actos, ¿no le parece? —le suelto, y ahora viene el pelotazo final para un tipo como él—. ¡Échele huevos, joder!

—¡Hable! —le exige ahora Edu—. ¿Sabe dónde está el maletín?

—Por supuesto que sí, joder —responde con total seguridad. Este tío tiene el ego muy subido—. Y tuve que cargarme a esa zorra que me lo quiso robar. No entraba en mis planes, pero así fue; no tuve elección. Raquel creo que se llama... perdón, se llamaba. Ella forma parte de los daños colaterales.

—¿Asesinó usted a la camarera en el cobertizo? —El interrogatorio se está grabando y se lo ha informado de eso, aunque quizá ni se acuerda; en todo caso, quiero que lo repita para que no haya dudas sobre lo que hizo. Además, ahora es el momento, teniendo en cuenta que parece que se le ha aflojado la lengua.

—¡Sí, joder! —grita—. ¡Yo la maté! También dejé ahí el DNI de uno de esos imbéciles que estaban hospedados aquí para intentar inculparlo. Soy el dueño, tengo llaves de todas las habitaciones. Entré en su cuarto y se lo quité. ¿Qué mejor manera de desviar la atención?

—Poco va a poder disfrutar de su maletín escondido, se va a pasar unos cuantos años en la cárcel.

El señor Iglesias tiene aires de grandeza. Lo calé nada más verlo: es el típico personaje que necesita que los demás sepan de lo que es capaz, y más cuando no le queda ninguna otra salida. Tiene claro que lo hemos pillado, que hemos visto su ordenador, sus archivos. Así que para él ya no tiene sentido no alardear de las mierdas que ha estado llevando a cabo. He leído sobre ello: es una psicopatía o un trastorno de la personalidad antisocial. Este hombre está como una puta cabra.

—Le veo un futuro muy jodido —le advierto.

—Usted no sabe quién soy yo, teniente. Conozco a mucha gente, se lo aseguro.

—Diga lo que quiera, pero no me cansaré hasta conseguir que se pudra en la cárcel por lo que ha hecho.

Bueno, por fin tenemos al asesino confeso de Raquel Navarro Tormes, la camarera que encontramos hecha puré en la cosechadora a causa de ese maletín. Es el mismo que le pegó un tiro a Diego Herranz Fandiño, en este caso para que cerrara la boca. Sabemos también que Carlos Méndez Saavedra, Lucas Padilla Martín y Raúl González Álvarez estaban relacionados con ese robo, y tal vez fue eso lo que acabó con sus vidas; todavía debemos esclarecerlo. Por otro lado, están las muertes de Catherine Reilly Suárez y Héctor Menéndez Blas, que no parecen tener ningún vínculo con todo lo anterior... al menos por ahora... Hay varios frentes abiertos, y quizá no todo tenga que ver con el señor Iglesias y el juego de Dante, pero es pronto para afirmarlo.

—Dígame quién es el líder de la secta —abordo de nuevo ese tema. Tal vez sea uno de los datos más importantes del caso, porque creo que esa persona puede ser la responsable de todo.

—Ya se lo dije, teniente, lo único que sé es que lo llaman Deus. No lo he visto nunca.

—¡Miente! —salta Edu dando un golpe en la mesa—. Usted sabe más de lo que dice.

—Créame, sargento, se lo contaría.

Y, en ese preciso instante, oímos un estruendo.

¡Pum!

Mi compañero y yo nos miramos anonadados. Son demasiados años ya en este trabajo como para saber qué ruido ha sido ese.

—¡Mierda! —exclamo—. Un disparo.

59



Claudia

El disparo ha retumbado en mis oídos como un trueno. La mujer que me apuntaba con el arma estaba dispuesta a matarme, se lo he visto en los ojos. No quería dejar a nadie con vida por su mierda de historia con ese maletín. Pero, gracias a Dios —y a Peláez, claro, que es quien me ha mandado a un agente para custodiarme—, sigo viva. El guardia civil, uno con un bigote muy fino, ha entrado en la sala y ha visto cómo me apuntaban con la pistola. Le ha dado el alto a la mujer y han comenzado a forcejear. A los pocos minutos los agentes han entrado con sus armas en la mano y se han quedado paralizados por la escena.

—¿Está bien? —me pregunta la teniente Santos, agachándose para recogerme del suelo.

—Sí, estoy viva, que es lo importante.

—Pero ¿qué ha ocurrido aquí? —indaga el sargento.

—Esta mujer —le indico señalándola— ha entrado y me ha amenazado con una pistola. Lo ha hecho en cuanto Peláez se ha marchado. Ha estado a punto de dispararme, pero entonces ha aparecido ese agente, que me ha salvado.

Veo cómo la teniente le toma el pulso al guardia civil del bigote fino. Está inconsciente por un tiro que se ha llevado en un costado y está perdiendo sangre, aunque creo que se recuperará. La bala ha entrado y salido sin tocar ningún órgano, o eso parece. La mujer que me amenazaba está en el suelo; viva, pero algo aturdida, porque se ha dado un fuerte golpe en la cabeza.

—Usted es enfermera, Claudia —dice la teniente—. Atienda a nuestro compañero. Rápido, por favor.

—Por supuesto, pero voy a necesitar algunas cosas. —Me acerco, pido unas tijeras y le corto la ropa para examinarlo—. Es una herida penetrante con orificio de entrada y salida, y hay que tratarla enseguida. —Mientras hablo, comprimo fuerte.

—¿Qué necesita? Intentaremos traérselo.

—Pues... gasas limpias, algo para hacer presión y guantes desechables para evitar infectarla, suero para limpiar alrededor, alcohol... No hay que cerrarle la herida, primero hay que frenar la hemorragia. Una vez hecho eso, tendremos que controlarle los signos de shock, aunque parece estable, y administrarle antibiótico.

Mientras la teniente manda a un agente a buscar el botiquín de primeros auxilios del hotel —para obtener gasas estériles, suero fisiológico, antisépticos y demás— y otro se dedica a preguntar entre los huéspedes si alguien tiene antibiótico, empiezo a ocuparme del herido. Confirmo que la bala solo ha tocado tejido subcutáneo y algo de músculo; por fortuna, no le ha dado en ningún órgano. El sangrado es moderado, no sale a pulsos y no hay sangre espumosa. Eso es buena señal: no ha tocado ni los pulmones ni la cavidad abdominal ni ninguna arteria importante. Está inconsciente más por el susto y el golpe que se ha dado al caer que por el disparo en sí. Como ya he dicho, hay un orificio de entrada y otro de salida; esa es casi la mejor de las noticias, ya que no tendré que extraer la bala.

Pasados unos minutos en los que comprimo la herida, me traen todo lo necesario para poder curarlo a la espera de que venga una ambulancia y pueda ser trasladado a un hospital. Después de haber evaluado la lesión, me dispongo a taponarla con las toallas que me han traído. Mientras, el agente recobra la consciencia, pero no pronuncia palabra.

—¿Cómo está? —me pregunta el sargento Castro.

—Se recuperará, pero tendríamos que trasladarlo a un hospital en cuanto sea posible.

Dos guardias civiles le han puesto las esposas a la mujer que me ha atacado. La teniente le ha leído sus derechos y le ha preguntado su nombre y el motivo de la agresión, pero ella se ha negado a responder. Lo único que hace es mirarme fijamente, no me quita ojo. Por fin se la llevan —por supuesto, custodiada— por el pasillo...

«¿Quién es esta tía?», me pregunto. No la he visto por el hotel ninguno de estos días, aunque he de admitir que me resulta familiar... Diría que la he visto en alguna otra parte.

Sí, estoy segura de ello.

60



Teniente Verónica Santos

Al fin la tenemos. Ya hemos detenido a la que tal vez sea la culpable de todas esas muertes, pero todavía no sabemos de quién se trata. Tiene treinta y tantos, cabello moreno con mechas rojas, ojos claros. Es delgada y, la verdad, bastante guapa.

Nos encontramos en la sala en la que vamos a proceder a interrogarla tras leerle sus derechos.

—¿Quién es usted? ¿Cómo se llama? —es lo primero que pregunto.

No responde. Se queda en silencio, es como si ni siquiera hubiera oído mi voz. La detenida ha estado a punto de matar a Claudia y a un guardia civil, le van a caer entre siete y quince años de prisión por tentativa de asesinato. Ahora solo falta que Edu y yo podamos demostrar que ella es la culpable de los crímenes que se han cometido en el Dante estos últimos días.

—Mire, señora —prosigo—, será mejor que colabore. De momento, con lo que ya tenemos, el fiscal podrá acusarla de dos tentativas de asesinato —una de un agente de la ley, lo que supone un agravante— y tenencia ilícita de armas. De eso ya no se libra,

pero... Aquí han muerto varios chicos, y, si confiesa, se tendrá en cuenta a la hora de fijar la pena.

Silencio.

—Escuche a mi compañera —interviene ahora Edu—. Los jueces suelen valorar la colaboración, incluso la aprecian como atenuante, así que hágase un favor y ayúdenos a resolver este caso.

—Díganos su nombre y por qué ha estado haciendo todo esto —le insisto.

Por un momento me ha dado la sensación de que iba a permanecer callada, pero, ignoro por qué, decide lanzarse a hablar.

—No crean que van a colgarme los asesinatos ocurridos aquí —suelta.

—¿No cree que, tras cogerla a punto de matar a una chica y dispararle a nuestro compañero, tenemos indicios suficientes para considerar que usted es la autora de esos crímenes? —le planteo.

—Esa chica, como usted dice, no es trigo limpio: sabe cosas. Les quedan muchos cabos sueltos que atar.

—¿Qué cosas? —indago.

—Demasiadas... tanto ella como alguno de sus amigos.

—Mire, señora, si no es más clara y no nos da algo de información, es imposible entender absolutamente nada de lo que nos está diciendo, ¿comprende?

—Tampoco lo entenderían, agentes.

—Pruebe a ver —replico—. Quizá podamos hacerlo si es sincera con nosotros.

—¡No! —exclama—. No pienso decir nada. Dentro de poco sabrán la verdad... Y no se preocupen por mí, no falta mucho para que salga de aquí.

«¿De qué está hablando esta tía? Se ha vuelto completamente loca, dice que le falta poco para largarse, ¡ja! Parece que todavía no

es consciente de que está detenida a pesar de que mi compañero y yo no le quitamos el ojo de encima y de que, por supuesto, fuera hay dos agentes custodiando la puerta. ¡Esta no se va a ningún lado, vamos!».

—No se va a librar de esta —le aseguro para que se vaya olvidando de todas esas ridiculeces que nos está soltando—. Pasará a disposición judicial en cuanto amaine la tormenta y podamos trasladarla.

Le hemos tomado las huellas dactilares y las hemos pasado por la base de datos del Ministerio del Interior. Si hay suerte, siempre que tenga antecedentes, conoceremos su identidad en pocos minutos. Me frustra tener detenido a un culpable del que no sabemos nada de nada; ojalá haya sido fichada y por fin descubramos quién es.

La mujer muestra una sonrisa que no me gusta un puto pelo... «¿Por qué sonríe? ¿Está realmente convencida de que dentro de poco saldrá de aquí tan campante?». Se me pasa por la cabeza que alguien podría venir a rescatarla usando la violencia... Pero luego me digo que no puede ser: estamos aislados en este maldito hotel por culpa de la tormenta, así que descarto que pueda aparecer alguien pegando tiros a diestro y siniestro con la intención de liberarla.

—Esto les viene demasiado grande —suelta la detenida, interrumpiendo mis pensamientos—. No tienen ni puta idea de qué va el asunto.

—¡Basta ya! —Edu ha vuelto a saltar dando un golpe en la mesa. Lo hace cuando se le acaba la paciencia, y no se lo voy a reprochar: yo estoy igual, al límite—. ¡Dinos de una jodida vez quién eres y por qué querías matar a Claudia Vílchez Seoane! —Tan cabreado está que ha pasado a tutearla.

Silencio. Y lo que más me jode es que nos vuelve a sonreír.

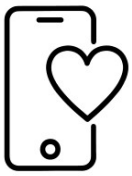
En ese momento la puerta se abre y aparece Peláez.

—¿Pueden salir, agentes? —nos pide.

Espero que traiga buenas noticias, vamos contrarreloj.

—La base de datos nos ha dado una alerta —nos explica—. Al meter las huellas de la detenida, ha aparecido una coincidencia... Por suerte, en su día se incorporaron sus huellas para facilitar una futura identificación. Agárrense: la mujer que está ahí dentro es Sofía Medina Flores, la chica que desapareció en el hotel hace nueve años.

61



Alicia

No puedo creerme que continúe detenida. ¡Pero si no he hecho absolutamente nada, jolín! Espero que mi padre haya llamado al abogado y esté en camino, necesito salir de aquí lo antes posible para que todo pueda aclararse. El guardia civil que hay vigilándome no me gusta nada, tiene cara de mala hostia y parece como si la vena de su frente fuera a estallar. Además, yo creía que a los polis se les obligaba a ir bien afeitados, pero este lleva una barba que bien podría ser la de un vagabundo. Qué superhorror... «¿Y por qué me mira fijamente? Si esto fuera una película, estoy segura de que los espectadores pensarían que este tío es el asesino y, cuando llegara el momento del giro final, se descubriría que él lo provocó todo». Podría ser el malo de la historia, sí. Espero que no le dé por sacar su arma y aniquilarme.

El silencio continúa reinando en la sala cuando de pronto alguien llama a la puerta. Ojalá estuviera en casita y fuera una *amigui* que viniera de visita, pero no es así. Estoy detenida o retenida, no sabría decir exactamente el estado en el que me encuentro.

Cuando el guardia civil barbudo de la vena abre, no hay nadie. Vuelvo a imaginarme dentro de una película de terror, en la trillada escena en la que el prota megaguapo abre y se queda solo en el umbral. ¿Por qué siempre se repite lo mismo? Aunque debo reconocer que me encantan ese tipo de pelis, me recuerdan a Kike... a sus historias y novelas. Ahora mismo es la última persona en la que quiero pensar, por lo que aparto esa idea de mi cabeza.

En ese preciso instante, cuando el agente se dispone a cerrar la puerta, aparece de la nada el palo de... ¿una escoba? ¿En serio? Alguien acaba de atizar al guardia civil en toda la cara con una fuerza tremenda. No tengo miedo del atacante, es Claudia. Le sonrío, mi amiga ha venido a sacarme de aquí.

—Larguémonos —me dice, y también me devuelve la sonrisa. Busca la llave de las esposas en los bolsillos del agente, que ha quedado semiinconsciente en el suelo. Cuando las encuentra, me las quita y salimos al pasillo corriendo—. Ali, el asesino es una tía a la que ni siquiera conocemos. La guardia civil la ha detenido, ahora mismo la están interrogando. Precisamente por eso, como ya no estamos en peligro, me han dejado sola... Me parece muy fuerte que no te hayan liberado inmediatamente, por eso he venido a por ti. Además, ¿quién nos asegura que no hay más de un asesino campando a sus anchas por aquí?

—¿Una mujer?

—Sí. No sé nada más, solo que ha estado a punto de matarme —me explica—. No tengo ni puta idea de qué tiene que ver con nuestro grupo; lo único que me ha quedado claro es que quería el maletín por encima de todo, ese de la habitación trece.

—¿Cómo lo sabes?

—Cuando me ha atacado, no paraba de preguntarme por él. ¡Joder, vámonos de este puto hotel cagando hostias, Ali!

—Sí, gordi, es el mejor plan que he oído en años. No puedo quitarme el miedo del cuerpo.

Nos cogemos de la mano y caminamos en silencio por los pasillos. Somos discretas, no queremos que nadie nos vea: ni los huéspedes ni el personal del hotel, y mucho menos alguno de los agentes. Estamos en un infierno y hay que abandonarlo como sea.

—Cuidado —me alerta Claudia—. He oído pasos.

Seguimos estando en un pasillo, en este caso bastante largo y con muchas puertas a los lados, de las que podría salir cualquiera a liquidarnos.

—¿Y Kike? —pregunto preocupada, porque una procura apartar ciertas cosas de su cabeza aunque no siempre se le dé bien—. ¿Dónde está?

—Ni idea, amiga. ¡Pero qué más da, ese te ha estado engañando. Si no puede salir de aquí, que se pudra... Eso si no es uno de los malos...

—¿Crees que también es culpable? —inquiero. Kike era de los pocos, quizá el único, que sabía que yo siempre guardaba el colgante de la mariposa en mi monedero; tuvo la oportunidad y el tiempo suficiente para sacarlo y dejarlo en el cuerpo de Lucas.

—Podría ser, Ali, yo ya no me fío ni de mi sombra —afirma Claudia, y me agarra fuerte de la mano para continuar avanzando—. Ahora no podemos pensar en nada ni en nadie, hay que salir de aquí. Vamos al aparcamiento a por un coche y nos piramos. Ojalá tuviera las llaves de la furgo de Lucas, pero no sé dónde pudo dejarlas... Quizá las cogió la guardia civil cuando registró nuestra habitación.

—¿Y qué haremos sin ellas? ¡No podemos irnos a pie con esta tormenta!

—Lucas me enseñó muchas cosas... algunas muy útiles y otras no tanto. No te preocupes, nos largaremos en coche, te lo aseguro.

Claudia parece tenerlo todo controlado, y me alegro de que sea así. Estoy tan tan asustada que ni siquiera puedo pensar en una salida.

—¿Crees que saldremos de esta?

—Sí, Ali. Nos vamos de este puto hotel.

Su respuesta me tranquiliza de inmediato porque sé que si ella está segura de que nos largaremos de aquí es que lo haremos.

62



Sargento Eduardo Castro

Son muy pocas las veces que he tenido que dar noticias de este tipo y, para ser sincero, no sé si esta es buena o mala. ¿Cómo se le dice a un padre que hemos encontrado a su hija desaparecida años atrás, pero que resulta que está detenida por tentativa de asesinato y que probablemente sea una asesina en serie?

He estado ensayando mentalmente mi discurso mientras venía hacia aquí. Sin embargo, llegado el momento, no sé ni cómo empezar. Ya estoy frente a la casa. Vero ya me la había descrito, así que no me ha sido difícil encontrarla. Cuando pulso el timbre, no tardo en oír unos pasos que se acercan a la puerta. El señor Medina abre; rostro demacrado, hombros caídos, espalda encorvada. El tiempo pasa factura a todo el mundo, pero está claro que la desaparición de su hija lo ha consumido tanto que parece un hombre mucho mayor de lo que es, incluso moribundo. A ver cómo se toma todo esto...

—Buenas tardes, caballero. Soy el sargento Eduardo Castro —me presento—, nos vimos en el lago hace unos días.

—Sí, lo recuerdo. Pase, por favor.

Accedo al salón y lo primero que veo es la fotografía de una joven en un marco sobre una repisa, sin duda es Sofía. Es cierto que es un poco difícil reconocerla; han pasado nueve años, se ha cortado el pelo y lo lleva de otro color, ahora está bastante más delgada..., pero es ella.

—¿Desea tomar algo, sargento? —me ofrece el señor Medina hospitalario.

—No, gracias. A la teniente Santos le hubiera gustado venir también, pero le ha sido imposible porque hemos tenido que dividirnos.

—Entiendo, entiendo... Usted dirá, ¿en qué puedo ayudarlo?

—Verá... señor Medina... Tengo una buena y una mala noticia. La primera es que hemos encontrado con vida a Sofía.

Se ha quedado mudo, petrificado; es normal. Imagina que tu hija desaparece durante varios años, ya casi la das por muerta y de repente un día te dicen que la han encontrado y que está viva... ¿Qué clase de emociones se pueden llegar a sentir en ese caso?

—¿Có-cómo? —me pregunta incrédulo.

—No ha querido desvelar su identidad, la hemos descubierto a través de sus huellas dactilares —le cuento, y el pobre hombre abre mucho los ojos, asombrado—. Verá, hemos cotejado sus huellas con la base de datos policial, donde se registran tanto las de quienes han cometido delitos como las recogidas al expedir el DNI. La coincidencia ha aparecido al instante... Teníamos delante a Sofía Medina Flores, desaparecida hace casi una década.

—No me lo puedo creer... —dice emocionado y agotado, como si exhalara un último aliento. En ese momento se sienta en un sofá deshilachado para procesarlo todo—. ¿Dónde está ahora? Quiero verla.

—Esa es la mala noticia: está detenida...

—¡¿Qué?! —me interrumpe—. ¿Por qué?

—Está acusada de tentativa de asesinato... Y, además, creemos que es la responsable de los crímenes que han ocurrido en el hotel estos últimos días.

—Eso es imposible, sargento. Mi hija es una buena chica, amable, cariñosa, sin ningún tipo de maldad. ¿Se han vuelto locos o qué?

—Nuestra obligación era informarlo, señor Medina. Voy a llevarlo al hotel para que, en cuanto un juez lo autorice, pueda usted hablar con su hija.

—¿Qué juez? ¿Ha visto la tormenta que hay? Aquí no va a venir ninguno para permitirme hablar con Sofía...

—Tranquilícese, estamos en contacto con el juez de guardia constantemente —le explico intentando calmarlo—. Tiene derecho a verla, pero todo a su debido tiempo. Venga conmigo, por favor.

Cuando me dirijo hacia la puerta, veo un libro encima de un estante, una de las obras de Henry Campbell-Chapman, nuestro Kike. Aunque Vero ya me lo dijo, era un detalle del que ni siquiera me acordaba. ¿Qué hace este hombre con esta novela?

—Disculpe, caballero... No viene demasiado al caso, pero ¿le gusta leer?

—Sí, mucho. ¿Por qué lo pregunta?

—Por este libro, *La pócima del bosque*.

—Me entretienen mucho los *thrillers*, la novela negra... Como esa tengo muchas de diferentes autores. El caso es que alguien me comentó que el señor Campbell-Chapman veraneaba por aquí, me hizo gracia y me lo compré. Ojalá algún día pudiera verlo en persona para que me lo firme —me contesta, y lo que me dice tiene mucha lógica.

Salimos de la casa y nos dirigimos al coche. El señor Medina está psicológicamente agotado; acaba de recibir tal vez la mejor noticia

de su vida seguida de un jarro de agua fría que lo ha dejado completamente roto. Sofía está viva, sí, pero no es la chica que se fue... y sin duda va a pasarse bastantes años en la cárcel.

Ayudo a don Felipe a entrar en el vehículo sujetándole la cabeza y agachándosela un poco con el fin de protegérsela y que no se golpee... Deformación profesional tal vez, pues es una medida de seguridad que empleamos para evitar lesiones durante el traslado de un detenido. La lluvia nos ha empapado.

—Una cosa... Mi hija, ¿ha preguntado por mí? —quiere saber.

—La verdad es que no.

Antes de subirme al coche patrulla, me ha parecido oír un ruido entre los arbustos que bordean el camino y entran en el bosque, como si hubiera alguien ahí agazapado. Desde el asiento observo el lugar por si hubiera alguien acechándonos. Después pienso que, con la que está cayendo ahora mismo, habría que ser muy estúpido para estar ahí escondido.

Me quedo unos segundos mirando en esa dirección, pero no veo nada. Cuando arranco el motor para ir hacia el Dante, una pregunta me ronda por la cabeza: «¿Había alguien observándome?».

63



Kike

Avanzo sigiloso por uno de los pasillos, he de encontrar a Alicia. La quiero, claro que sí, a pesar de todo. Y estoy muy seguro de que ella no ha hecho nada. Es esa mujer, la que me ha atacado con el cuchillo; me ha mentido y es una asesina. Tengo que dar con mi novia y con Claudia para largarnos de aquí de una puta vez. Quizá hayan arrestado a Ali, pero eso no me detendrá. Si está custodiada por algún guardia civil, me importa una mierda... Ya puede ponerse quien quiera por delante, la sacaré de donde esté y nos iremos a un lugar seguro. La llamo al móvil, pues ya lo he cargado; nada. Lo seguiré intentando hasta que lo consiga. Claudia tampoco lo coge, al primer tono me salta el buzón de voz. «*Shit!* ¿Dónde estáis?». Ella y Ali son muy amigas, tienen que estar juntas, seguro.

—Alicia —susurro al abrir la puerta de su habitación—, ¿estás por aquí? —Nada de nuevo.

Salgo y voy a la mía, tampoco la encuentro y comienzo a desesperarme. Si esa mujer da con ella, estará en peligro, y no creo que Ali pueda defenderse. De pronto, mientras continúo avanzando en silencio por el pasillo, me parece oír la voz de Claudia. Es difícil

no distinguirla de otras, tiene un tono muy característico. Voy tras ella como una polilla a la luz. Las veo a escasos metros, en la primera planta, cerca de la escalera de emergencia.

—Chicas —las alerto en voz baja.

Se giran y por fin tengo delante el rostro de Alicia. Nunca me había alegrado tanto de verla.

—¡Kike! —exclama ella, y descubro que también se alegra de verme..., pero Claudia es otro cantar.

—Cuidado, Ali, piensa con la cabeza —le advierte seca, tan alto que puedo oírla—. Seamos precavidas.

—¿Dónde estabais? Os he buscado por todas partes. ¿Podemos largarnos de aquí de una puta vez? —les pido—. Hay una loca por ahí suelta con un cuchillo.

—A eso íbamos, Kike —salta Claudia—. Ahora que la tormenta empieza a amainar por fin, no podemos seguir aquí. Estamos a merced de un asesino, o de varios.

—Exacto. Por eso os estaba buscando, para poder marcharnos juntos. No me iré sin Alicia, ¿entiendes?

—¡Alto! —Alguien nos acaba de pegar un susto de muerte. Los tres nos giramos a la vez y vemos a un agente de uniforme que nos apunta con su arma a la vez que hace una llamada por el móvil—. Teniente, tengo delante de mí a Claudia, a Kike y a Alicia; esta última debe de haberse escapado.

Esto no pinta nada bien. Si este guardia civil nos detiene, no podremos salir del Dante y estaremos a merced de esa puta chiflada. Muy lentamente, avanzo hacia el agente... Es más bajo que yo, creo que podría abalanzarme contra él y desarmarlo.

—De acuerdo, teniente —añade, y finaliza la llamada—. Bien, quedaos pegaditos a la pared y no os mováis, ¿entendido?

Me da la sensación de que está bastante inseguro, no creo que lleve demasiado en el cuerpo. En mis novelas, cuando quiero hablar de algún novato, siempre lo pinto como alguien bajito y con cara de quinceañero. En este caso el agente que nos apunta es alto, pero no tanto como yo. Tampoco tiene demasiada cara de niño, incluso es mayor que yo; aun así, puedo con él. Sin pensármelo dos veces, me abalanzo sobre él y caemos al suelo. Comenzamos a forcejear, la prioridad es quitarle el arma e inmovilizarlo.

—¡Corred, chicas! —les grito—. ¡Largaos de aquí!

Mientras peleo, al menos les daré tiempo para que puedan huir y se pongan a salvo. Cuando Alicia sale disparada con Claudia, veo en sus ojos que, a pesar de todo, todavía le importo. Quiero dejar fuera de combate a este tipo para poder marcharme con ellas y no mirar atrás. Este sitio es el infierno. De pronto, en medio de la refriega, el arma se dispara y, cuando observo mis manos, veo que están llenas de sangre.

64



Teniente Verónica Santos

No puedo creer que tenga delante a Sofía Medina Flores, la chica que desapareció hace nueve años. «Esto es demasiado, ¿qué está ocurriendo en este hotel?».

Edu ha ido a buscar a su padre, no me quiero ni imaginar la cara que pondrá cuando se entere de que su hija está viva. La observo con detenimiento: está seria, con la mirada perdida, con pocas o ningunas ganas de hablar. «¿Qué ocultará?». No es la imagen de una mujer desvalida que desapareció de pronto y lo ha estado pasando mal nueve años. No, en absoluto. Para ser sincera, y por lo que nos han contado, da la sensación incluso de que está mejor que cuando se la perdió de vista.

De repente una idea empieza a tomar forma en mi cabeza, pero me digo que es imposible... Aunque... si junto las piezas de este puzle, solo me queda esa opción. Independientemente de las hipótesis que plantee, todo acaba en la misma respuesta: Sofía es Deus. El señor Iglesias mencionó que no había visto jamás al líder del juego de Dante, al menos a quien dirigía la secta desde este hotel; afirmó que todo se hacía a través de correo cifrado o de un

intermediario: Diego Herranz Fandiño, el hombre que portaba el maletín. Yo también sé jugar a este juego, así que voy a tirar por ese camino y me lo voy a apostar todo a una carta.

—¿Va a añadir algo más? —le ofrezco.

—Ya he dicho todo lo que tenía que decir —me responde fríamente.

Hago una pausa y dejo que nuestras miradas vuelvan a cruzarse.

—Sabemos quién es usted —suelto el bombazo.

—¿En serio? —Se ríe—. No tenéis ni idea.

—Yo no estaría tan segura... Sofía. —Ahora ya tengo toda su atención, me mira con cara de preocupación—. Sí, sabemos que es usted Sofía Medina Flores, la mujer que desapareció hace nueve años de este hotel junto a su novio... O quizá debería llamarla Deus.

—¿Cómo ha dicho?

Sí, lo he apostado todo a una carta y, por su reacción, me queda claro que he ganado la mano. Sonrío para mostrarle que tengo la sartén por el mango y que me da igual que lo niegue.

—¿Se lo cree ahora? Como le he dicho, lo sabemos todo, Sofía.

—¿De qué me habla? Está cometiendo un error, yo no conozco a ninguna Sofía ni a ningún Deus...

—Deje de mentir, por favor. Se le da fatal.

—No miento, teniente. Puede decir lo que quiera, no sé de qué me está hablando...

—¡Basta, Sofía! —Acabo de dar un golpe encima de la mesa igual que los de Edu. Sí, yo también he perdido la paciencia y estoy muy cansada de jugar al gato y al ratón—. ¿No se da cuenta de que no tiene escapatoria? Su secreto se ha ido al garete, deje de fingir. No le hace ningún bien, señora.

Nuestras miradas vuelven a coincidir y esos pocos segundos se me hacen eternos... Eso es lo que pasa cuando miras a un asesino a los

ojos.

—¿Cómo lo han averiguado? —pregunta.

Por fin, mi jugada ha funcionado: se ha tragado el farol de que sabía que era Deus y voy a ganar esta partida.

—La primera parte ha sido más sencilla... Sus huellas estaban en la base de datos policial, solo hemos tenido que cruzarlas.

—Maldita sea, si la guardia civil no hubiera estado aquí, nada de esto habría pasado. Nadie los invitó a meter las narices donde...

—Sí, fue usted, Sofía —la interrumpo—, en el momento en que comenzó a cargarse a esos pobres chavales. Dígame, ¿por qué lo ha hecho? ¿No quisieron entrar en la secta? ¿Es eso?

—¿Secta? Está loca, teniente. Esos chavales no son dignos de entrar en el juego de Dante. Ni siquiera se aproximan un poquito. Creo que son la vergüenza de todas sus familias...

—¡Cállese, Sofía! —grito—. Es usted culpable de asesinato, y pagará por cada uno de esos crímenes. Ahora solo falta saber el motivo que la ha llevado a cometerlos y esclarecer cada muerte...

—¡Déjese de bobadas, joder! Yo no he matado a ninguno de esos chicos, ya le dije antes que no iban a cargarme con esos crímenes. Sé que ha estado preguntando por ahí sobre el juego de Dante, que le han hablado de Deus, que sabe cosas... Sí, yo soy la líder que maneja la secta desde aquí. Sí, me declaro culpable de estar al frente de la comunidad, de guiar a los jóvenes a una vida mejor, de ayudarlos a encontrar su lugar... Y ellos se entregan a mí, a lo que les propongo. Pero yo no he asesinado a esas personas de las que habla.

Llegados a este punto, creo que lo mejor será comenzar a aplicar el efecto sándwich —es decir, intercalar una crítica o un mensaje difícil con un comentario positivo para conseguir que el receptor se

abra y hable—. Tal vez eso le pueda ablandar el corazón, si es que todavía estoy a tiempo de conseguirlo.

—Estuve hablando con su padre hace poco —cambio radicalmente de tema—. Durante todo este tiempo ha estado muy preocupado por usted, preguntándose cómo estaría. La ha echado muchísimo de menos y nunca ha tirado la toalla; no ha parado de buscarla, Sofía. Él se acuerda a diario de su querida hija.

Sus ojos se han vuelto vidriosos; tengo claro que lo recuerda cada día de su vida. A un padre no se le deja de querer por muchos años que pasen.

—Yo también, pero ya no soy la misma. No soy aquella chica que desapareció hace tanto. La gente cambia, teniente, y yo ya no puedo volver a ser la que era. ¿Cree que para mí es fácil estar tan cerca de mi padre y no ir a verlo? Todo este tiempo hemos estado a pocos kilómetros: él, en la casa en la que nací; y yo, escondida en este hotel, sin que nadie sepa quién soy.

¡Lo he conseguido, estamos en ese punto en el que podría sacarle casi cualquier información! Cuando a uno le tocan el corazoncito, pasan estas cosas.

—Pero ¿por qué? —le planteo—. ¿Qué le ocurrió? Ayúdeme a entenderla.

—Yo estaba muy enamorada de Mateo, mi novio; él también trabajaba en el hotel —se sincera—. Era el chico más perfecto que había conocido jamás, me hacía tan feliz... Un día, cuando ya llevábamos saliendo una temporada, me habló de la secta de Dante; era uno de sus miembros. Lo habían captado un tiempo atrás... y quería dejarlo.

—¿Qué hacía para ellos?

—Todo lo que le pidiesen. Era su siervo, lo tenían controlado y dominado. Un día —prosigue— robó información y dinero que les

pertenecía. Les quiso hacer chantaje porque ansiaba desaparecer para fugarse conmigo..., pero lo pillaron. Lo iban a matar de una forma inimaginable, pero yo pude ayudarlo.

—¿Cómo? —quiero saber.

—Unos meses atrás él me contó que el juego de Dante me quería con ellos, que habían visto en mí una gran inteligencia, fuera de lo habitual. Además, era un perfil psicológico perfecto para la secta por tener una capacidad de liderazgo impresionante... Yo siempre me negué y, viendo cómo lo trataban y lo que le obligaban a hacer, lo convencí de que nos fugáramos, pero él decidió robarles antes y no acabó bien.

»Yo le había hablado a mi padre del juego de Dante en alguna ocasión, le había explicado que era algo relacionado con los nueve círculos del infierno y demás... Pero nada que ver con la realidad. Usted me ha preguntado cómo pude ayudar a mi novio en aquel momento. Muy simple, teniente: me cambié por él. Acepté entrar en el juego con la condición de que Mateo pudiera marcharse para siempre. La secta vio en mí algo excepcional... Primero me quebraron, después me reconstruyeron y, por último, me adoctrinaron. Con el tiempo ascendí. Soy una figura clave en esa jerarquía. Mi padre ha estado nueve años buscándome, pero yo he estado evitando que llegase demasiado lejos. ¿Lo hice por amor? Posiblemente sí, pero ahora soy lo que ve y me siento orgullosa de ello. Tengo una nueva familia, un objetivo en la vida y, lo más importante, me adoran.

—Claro que sí. La llaman Deus, «Dios» en latín. No es poca cosa, Sofía. Eso hacen las sectas: te manipulan, te adoctrinan y luego te absorben. Te hacen creer que tienes el control de todo, aunque no eres tú quien decide... En realidad, es alguien situado mucho más arriba en el escalafón quien ha determinado quién debes ser, qué

debes hacer o decir. De todos modos, en su versión hay algo que no me encaja... Si realmente está orgullosa de lo que hace, de su función..., respóndame: ¿por qué ansiaba tanto el maletín y el diamante?

—Para acabar con todo definitivamente —me contesta, y veo cómo las lágrimas empiezan a caer por sus mejillas. «Genial, le he vuelto a ganar la partida; la tengo donde quería»—. Porque sí, me adoran, pero esta no es la vida que yo anhelaba y tampoco la que deseaban muchos de sus miembros, que se sienten atrapados como en una telaraña infinita. Hay demasiada gente sufriendo. Ni se lo imagina. Lo que realmente me interesa de ese maletín es el diamante, teniente. En su interior hay un microdispositivo con información cifrada: registros de desapariciones, nombres reales de los miembros y sus ubicaciones, pruebas para poder cerrar este puto lugar y acabar con toda la secta, con todos ellos, del primero al último. Entiéndalo: el que tenga ese diamante puede controlar toda esta mierda y hundirla para siempre.

—¿Le gustaría encontrarse con Mateo de nuevo?

—Él se marchó, teniente. Lo poco que sé es que vive felizmente casado y tiene dos hijos y un perro. Las cosas están mejor así, pero yo no puedo más. Quiero recuperar mi vida, ayudar a los miembros a recuperar la suya y evitar que nadie sea captado jamás.

—Al menos podrá reencontrarse con su padre.

—Claro, a través de un cristal, ¿no?

En ese momento la puerta de la sala se abre de golpe y Peláez, nuevamente, entra como un rayo.

—Teniente, venga, es urgente.

—Peláez, estoy en mitad de un interrogatorio muy importante...

—Hágame caso, por favor. Esto no puede esperar.

Este hombre puede llegar a ser muy inoportuno, pero, si dice que es muy urgente, estoy segura de que es cierto.

Salimos y nos dirigimos a la habitación donde descansa el guardia civil que ha resultado herido de bala por proteger a Claudia Vílchez Seoane. Suerte que Sofía no ha dado de lleno en el blanco, porque en ese caso estaría muerto. De camino Peláez me informa de que ha vuelto en sí y ha balbuceado que necesitaba verme, que era prioritario; él, lógicamente, tiene dificultades para moverse. Menos mal que Claudia es enfermera y ha podido ocuparse de él.

—¿Qué pasa? ¿Cómo te encuentras? —le pregunto al agente del fino bigote—. ¿Puedes hablar?

El joven farfulla cosas sin sentido.

—Cuesta mucho comprenderlo, lo único que he entendido yo es que necesitaba verla con urgencia —me cuenta Peláez.

—¿Puedes hablar, compañero? —le insisto. Al mismo tiempo acerco mi oído a su boca y me esfuerzo por entender lo que me dice...

—Ha sido Claudia, teniente, ella es quien me ha disparado —dice en un susurro, aunque con mucha claridad.

Un escalofrío recorre mi cuerpo de pies a cabeza al oír esas palabras.

—Peláez, llama al sargento Castro; que venga aquí cagando hostias.

A continuación, voy corriendo a la sala en la que tenemos retenida a Sofía. Entro rápidamente y me quedo a escasos centímetros de ella, enfrentándola.

—¿Qué ha ocurrido en esa habitación? Me refiero a cuando el agente ha resultado herido. ¿Quién le ha disparado?

Nos miramos a los ojos de forma desafiante. La agarro de los hombros y le pido que hable.

—Esa no es mi guerra, teniente.

—¿De qué cojones habla, Sofía? Cuente la verdad de una puta vez... El guardia civil herido afirma que no fue usted quien le disparó, necesito corroborarlo para asegurarme de que el pobre hombre no está confuso o desvariando.

Silencio.

—¡Dímelo, joder! —le grito fuera de mis casillas de nuevo, tuteándola.

—Su compañero tiene razón —me responde al fin—. Fue esa chica, la tal Claudia, pero, como ya le he dicho, esa no es mi guerra.

«¡Maldita sea! Ha sido siempre ella, y no lo hemos visto ni por asomo».

El sargento entra a toda velocidad.

—¿Qué ocurre, Vero? Me ha dicho Peláez que viniese cagando leches.

—¡Es Claudia, Edu! Ella disparó al agente... Sofía Medina Flores no tiene nada que ver con todo esto... —La miro—. Como ella dice, esta no es su guerra.

—¿Claudia? ¿Cómo es posible?

Mi compañero se ha quedado atónito como yo, no podemos creérnoslo. Pero es así, esa chica lo ha manipulado todo desde un principio. Ahora todas las piezas encajan... Y, al colocar la última, me viene una imagen a la cabeza como un flash, un recuerdo, un pequeño detalle que nos pasó inadvertido.

Saco mi móvil y llamo a Peláez.

—Prepara las cintas de la noche de la cena de los chicos, la de la cafetería —le ordeno—. Voy para allá.

Al llegar a la sala de seguridad del hotel, Peláez y un agente tienen lista la grabación que he pedido; es de la primera noche que los chicos estuvieron aquí, antes incluso de que muriera Catherine.

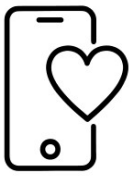
La visiono una vez, ¡y ahí está! Lo que antes me pareció algo insignificante que debía revisar ahora cobra importancia ante mis narices.

Claudia y Alicia aparecen en pantalla muy sonrientes, sentadas una al lado de la otra en la mesa, charlando durante la cena. En un momento dado, Claudia se agacha a recoger la servilleta que se le ha caído del regazo... Lo hace con la mano derecha, con la que sostiene el cuchillo que utiliza para cortar su pollo a la plancha. Cuando vuelve a incorporarse, deposita la servilleta sobre la mesa, pero... parece que el cuchillo ha desaparecido.

La primera vez que vi la cinta, no me percaté bien de ese detalle; pensé que debía de estar bajo la servilleta... Sin embargo, ahora que lo analizamos detenidamente, yendo hacia atrás y hacia delante en la imagen, nos queda claro a todos que se lo ha guardado en el bolso o entre la ropa. Por eso junto al cuerpo de Héctor se encontró un cuchillo con el escudo del hotel grabado en el mango. ¡Hija de puta! Parece una maldita trilera, vio la oportunidad de cogerlo y lo hizo sin dudar. Es más: eso demuestra que todo ha sido premeditado. Estoy segura de que el hacha y las demás armas las ha conseguido en el hotel, en el cobertizo o en el almacén de las herramientas. Solo nos falta saber el porqué.

—Hay que encontrarla —le digo a Edu—. Hay que cerrar el hotel y acordonar toda la zona, no puede estar muy lejos. Además, algo me dice que va a querer matar a Alicia y a Kike.

65



Alicia

Claudia y yo corremos por las escaleras. Kike se ha quedado atrás, intentando inmovilizar a ese guardia civil en el pasillo. Me hubiera gustado ayudarlo, pero nos ha gritado que nos fuéramos, que nos pusiéramos a salvo, y eso hemos hecho. Hay que salir de este hotel como sea.

—¿A dónde vamos? —le pregunto a mi amiga.

—Recuerda que tenemos que llegar al aparcamiento. Allí cogemos un coche y nos largamos quemando rueda.

Le dejo el mando a Claudia. Estoy segura de que está acostumbrada a lidiar con situaciones de estrés; no en vano trabaja en un hospital y a veces la destinan a Urgencias, donde hay que actuar rápido y tomar decisiones difíciles. O sea, no es lo mismo salvar la vida de una persona que huir de un asesino, lo sé, pero tiene esa iniciativa que hace falta para salir de una situación como esta.

Ya en la planta baja, nos metemos por una puerta que nunca había traspasado; estamos en lo que parece una pequeña lavandería. Imagino que será donde lavan los manteles y las

sábanas del hotel. Al menos el olor es agradable, huele a limpio. Hay dos mujeres doblando ropa que nos miran con cara de incredulidad. No nos dicen nada, siguen a lo suyo, pero claramente saben que no estamos en un lugar autorizado para los huéspedes.

—¡Corre, joder! —me apremia Claudia.

No dejo de pensar en Kike, no me ha gustado dejarlo atrás. Vale, lo admito: aunque he sospechado mucho de él, en el fondo lo quiero. La cagó con Catherine, pero no puedo borrar cuatro años de relación en un minuto.

De pronto las dos nos asustamos por un fuerte sonido. ¡Ha sido un disparo!

—Hay que volver —le digo bajito a Claudia, muy asustada.

—¡No, Ali! Hay que salir de aquí, no voy a permitir que te hagan daño.

—Pero... ese disparo...

—Da igual. No podemos retroceder. Debemos continuar.

Sé que todo lo que me dice es por mi bien, por eso es mi mejor amiga, así que no replico.

Al final de la lavandería hay una puerta: es una salida de emergencia perfectamente señalizada. La abrimos y salimos al exterior por fin. El puto camino no se terminaba nunca. Estamos en uno de los laterales del hotel; ahora hay que bordear el edificio y llegar a la explanada de tierra en la que están los coches aparcados.

—¡Corre, Ali! —me ordena Claudia. Yo ya estoy muy cansada, no puedo más, y me da la sensación de que el terror que siento no me deja avanzar; me tiene paralizada—. No hay tiempo que perder, ya estamos cerca.

Cuando llegamos, Claudia echa un vistazo general al parking.

—¿Qué buscas?

—Un coche que pueda puentear. Como te he dicho antes, Lucas me enseñó muchas cosas, y una de ellas fue esa: robar un vehículo.

¡Flipo con mi amiga!

La lluvia cae sobre nosotras, aunque la tormenta ha amainado bastante. Claudia elige uno que le parece adecuado para hacer lo que necesita. Es viejo, un modelo de hace más de quince años. Decidida, rompe la ventanilla con una piedra y aparta con una manga los cristales que han quedado. Consigue abrirlo y nos metemos dentro. No voy a preguntarle si ha hecho esto muchas veces, prefiero no saberlo. Golpea el bombín hasta reventarlo con esa misma piedra, ha encontrado una que tiene punta. Luego arranca la carcasa de plástico bajo el volante y deja al descubierto un manojo de cables. Sí, tal cual lo he visto en las películas: los pasos son los mismos. ¡Qué fuerte! Yo pensaba que no era real, pero me equivocaba, y tanto que lo es. Estira varios cables y los rompe, consigue retirar el aislante con rapidez, deja el cobre al descubierto, los empalma unos con otros... ¡y bingo! El motor arranca. El mejor sonido que podríamos oír ahora mismo, dadas las circunstancias.

—¡Qué pasada, Claudia! ¡Lo has conseguido! —exclamo contenta porque al fin vamos a salir de aquí.

—Claro que sí. —Circula a gran velocidad por el sendero rodeado de bosque que nos aleja del hotel y llega a la carretera por la que vinimos hace lo que me parece un siglo. Espero que ya no esté cortada y podamos escapar de este maldito lugar para siempre—. ¡Estamos vivas! Brutal, tía.

De pronto disminuye la velocidad y conduce hacia un hueco que hay en mitad del camino, entre los árboles. Es el típico sitio donde se metería una pareja con el coche para echar un polvo.

—¿Por qué paras? —pregunto frunciendo el ceño mientras miro por el retrovisor.

—Nos hemos dejado algo, Ali.

—¿Qué dices? —No tengo ni idea de a qué se refiere, ya no nos queda nada bueno en el Dante—. ¿El qué?

Entonces, sin que la vea venir, saca un cuchillo que llevaba escondido en los pantalones, en el costado, y me lo clava en el abdomen... tan fuerte que noto cómo el filo traspasa mi carne.

—¡Sorpresa, *amigui*! —exclama marcando mucho la última palabra entre dientes—. Y, para tu información, no vas a salir viva de este lugar. Te quería para mí, las dos solas, sin nadie más.

Siento un dolor horrible que va a más porque retuerce el cuchillo en mi interior para, acto seguido, sacarlo de cuajo. Pongo las manos en la herida para intentar taponarla, pero todo se llena de sangre.

Es el fin. Voy a morir.

66



Claudia

Estoy muy pero que muy feliz. Todo me ha salido a pedir de boca, exactamente como lo había planeado. Tengo a Alicia a mi lado desangrándose; sé que no le he dañado ningún órgano vital, pero ahora es mía. Haré con ella lo que me dé la gana y aquí nadie nos va a encontrar. Todos los demás son demasiado imbéciles y están en el hotel dando palos de ciego.

Quiero que esta niñata sufra y pague por todo lo que ha hecho en su mierda de vida.

Y a mí deberían darme una medalla por esto, joder. Ha sido una actuación de Óscar. Fui yo la que puso todo eso en la habitación de Alicia para que la inculparan, la nota en el cuerpo de Raúl, el colgante en la mano de Lucas... Soy una puta pasada en esto. El día que le cogimos la llave maestra a la de la limpieza, me la quedé; así he podido moverme por todo el hotel a mis anchas.

—¿Po-por qué lo has he-hecho? —pregunta Alicia entre jadeos.

Quiere saber el motivo por el cual he decidido cargármelos, normal. La entiendo perfectamente, yo también querría conocerlo.

—¿No lo imaginas, Ali? ¿Ni un poquito? Joder, eres más estúpida de lo que pensaba, y eso es mucho decir. —Una carcajada se escapa de mi garganta, no puedo evitarlo. Menos mal que a Alicia no tendré que salvarle la vida después de agredirla como al guardia civil ese... Mi intención era dejarlo morir, incluso rematarlo, pero entonces oí ruidos tras la puerta y me tiré al suelo para fingir que había sido víctima de esa chiflada... Es una mierda que, encima, la teniente me pidiese que lo atendiera... Lógicamente, no pude negarme. Menos mal que, al estar inconsciente, el agente no pudo decir nada en ese momento—. Eres una niña malcriada que siempre lo ha tenido todo, nunca has hecho nada por ti misma: tu papi te lo ha dado todo y más. Kike debería haberte abandonado hace tiempo.

—¿Qué más te da lo que hiciera o dejara de hacer Kike? —me suelta.

—¡Porque debería haberme elegido a mí, hostias! Debería haberse fijado en mí cuando lo vimos por primera vez en el hotel, pero no, tuvo que prendarse de la rubia tonta. ¿Y qué me tocó a mí? Estar con el cabrón de Lucas, a quien lo único que le interesaba era el fútbol y los coches... Menudo hijo de puta, menos mal que me ensañé bastante con él y me cobré cada desplante y cada feo que me hizo. Le abrí la cabeza como un melón, rajándole toda la puta cara, y me llevé también una mano por delante... No imaginas lo que disfruté. Ese cabrón ni siquiera era capaz de darme placer. Lo odio incluso estando muerto.

—Entonces, ¿estabas enamorada de Kike? —me susurra Alicia, perder sangre la está debilitando.

—Sí, así es. Y tú, querida, te fuiste con él. ¿Para qué? ¡Para nada, porque no apreciabas su amor! ¡No veías lo mucho que te quería! Podrías haber tenido un romance de película con él, pero preferiste vivir cerca de tu papi para que no se enfadase contigo y siguiera

pagando tus caprichitos. Yo, en cambio, siempre he tenido que trabajar duro para ganarme mi puto sueldo, para pagar mi alquiler y todos mis gastos, y tú eres una cretina gilipollas que lo ha tenido todo. No te haces una maldita idea de lo que tengo que aguantar en mi día a día.

—Él no... no... me quería... Me engañó con...

—Con Catherine, sí. Esa zorra se metió en medio y se me adelantó. Evidentemente, tenía que cargármela. ¿Creía que se iba a ir a vivir a un puto palacio con Kike? De eso nada. ¿Y el resto del grupito? Menuda panda de idiotas. Todos han tenido lo que se merecían: Catherine, el friki de Héctor, Lucas, Raúl...

—¿Cómo has sido capaz? ¡Estás loca, Claudia! Se te ha ido la olla —exclama Alicia con lágrimas corriendo por sus mejillas.

—Puede ser. Pero voy a estar mucho más feliz cuando te corte en pedazos.

Salgo del coche. A mi alrededor hay bosque, el lugar perfecto para acabar con esta cretina consentida. Abro la puerta del copiloto, saco a Alicia a rastras y la dejo junto a un árbol.

—¿Qué me vas a hacer? Piénsalo bien, Claudia... —lloriquea—. La guardia civil sabrá que has sido tú, te arrestarán...

—Esos agentes son unos jodidos inútiles, ¿no te has dado cuenta todavía? Además, mi salvación está muy cerca; lo único que tengo que hacer es encontrar el maletín con el dinero y desaparecer del mapa... Y te aseguro que lo lograré. Tenía otro plan, pero el de la pasta es mucho mejor.

—Te cogerán.

—No, no lo harán, *gordi* —digo esa última palabra con todo el desprecio del mundo.

—Fuiste tú quien cogió mi colgante, ¿verdad? Tú lo dejaste en el cuerpo de Lucas... Es increíble, tú también sabías que siempre lo

llevaba en mi monedero... Pero jamás dudé de ti, te consideraba mi mejor amiga.

—Soy un genio, ¿verdad? —Deberían aplaudirme por lo buena que soy—. No imaginas cuánto... Fíjate, lo tengo todo pensado: las autoridades creerán que la responsable de todo has sido tú... y no podrás contradecirme... ¡Ja, ja, ja, ja! Solo me queda el cabo suelto del agente al que he herido, pero declararé que tenía tanto pánico a ser asesinada que sufrí un episodio de locura transitoria, que mi intención solo era defenderme... Después de tantos muertos, y teniendo en cuenta que segundos antes esa tía me estaba apuntando con una pistola, estoy segura de que me creerán... No podrán relacionarme con todo lo demás. Tu papaíto se quedará muy decepcionado contigo cuando se entere.

—¿Qué vas a hacerme?

—Vas a sufrir, Alicia, te aseguro que lo vas a pasar *megasupermal*. —Suelto una carcajada más tras decir esto—. Después seré yo quien cuide de Kike, estaremos juntos para siempre. —«No puedo parar de sonreír, ¿será verdad que me he vuelto loca? Bueno, me importa una mierda; me siento bien conmigo misma»—. Te voy a torturar, y vas a sentir tanto dolor que me suplicarás que te mate.

—No tienes que hacerlo, Claudia —lloriquea de nuevo para intentar ablandarme—. Podemos hablarlo, todavía hay solución.

—Ni lo sueñes, amiga... Te he herido de forma superficial para que perdieras sangre paulatinamente y te fueras debilitando con el fin de divertirme contigo dándote un final apoteósico. Tú no tienes ninguna solución. Esto tiene que terminar así, Ali.

Agarro con fuerza el cuchillo con la intención de darle pequeñas punzadas en las piernas, luego iré a por los brazos. Quiero que sufra y sienta mucho dolor. Necesito que sea consciente de que va a morir despacio, tal y como tengo planeado.

En el preciso instante en el que me dispongo a clavar el arma en su pierna derecha, recibo un fuerte golpe que me hace caer al suelo.

—¡Levántate, Ali!

La voz de Kike resuena por todo el bosque. Me ha atizado con un tronco, me sangra la cabeza y estoy mareada, mucho. Veo que tiene una herida en el brazo y sangre en las manos, es un disparo. Imagino que, al forcejear con aquel agente para que huyéramos, ha recibido un tiro.

—¡Tenemos que regresar al hotel, hay que avisar a la guardia civil! —exclama Kike mientras se acerca a Alicia.

El inglés acaba de descubrir que yo soy la asesina. «¡Mierda! Todo mi plan se ha ido al garete. ¿Cómo conseguiré que sea mío? Hijos de puta... Tendré que cargármelo también a él». No paro de vociferar y de gritar insultos mientras veo cómo huyen hacia el Dante. Si piden ayuda a la Benemérita, estoy perdida. Debo ir tras ellos. Los quiero muertos.

Corremos en dirección al hotel. Van varios metros por delante de mí y veo cómo, al llegar, entran por una puerta lateral; si no me equivoco, es la que da acceso al área del personal. Alicia no está en su mejor momento, está perdiendo bastante sangre, aunque yo tengo la cabeza abierta y estoy aturdida; por eso no los he alcanzado todavía. Han girado por un pasillo que lleva directamente a los vestuarios.

—¡Venid aquí, joder! —les grito mientras alzo el cuchillo.

Han entrado en un enorme salón; parece el típico reservado para grandes celebraciones, como banquetes de boda o comuniones. Sonrío, son míos. Esta estancia no tiene salida por la parte de atrás; solamente hay unas ventanas, pero están cerradas... Y, por mucho que pudieran abrirlas, hay barrotes en el exterior: no cabrían por ahí.

—¿Por qué haces esto, Claudia? —pregunta Kike acojonado, poniéndose delante de Alicia y sujetándose el brazo herido.

No quiero perderlo, pero, si no es mío, no será de nadie.

—Por ti. Lo he hecho por amor.

—¡Estás loca! —me chilla Ali.

—Kike, tú y yo podríamos tenerlo todo. Alicia no te quiere, yo podría hacerte muy feliz.

—Suelta ese cuchillo —me pide Kike—. No tienes por qué hacernos daño.

—Pero si yo a ti no quiero hacerte daño, mi amor. ¿Por qué crees que no te maté en ese pasillo? Porque te amo, siempre lo he hecho. Ayúdame a acabar con esta zorra y huyamos juntos. Yo sí me iré contigo a Mánchester. Podemos ser tan felices, cariño...

—*My God!* Has perdido completamente el juicio, Claudia —me interrumpe—. Deberían encerrarte en un manicomio de por vida.

Siento una punzada en la cabeza, es como si me estuviera trastornando por ver cómo Kike se me escapa. Ya casi lo tenía, pero a última hora todo me está saliendo mal. Está claro que no quiere unir su vida a la mía. Si es así, no me queda otra opción que cargármelos a los dos y terminar con esto de una vez por todas. Luego buscaré el maletín y me largaré con la pasta.

Corro hacia ellos absolutamente desquiciada y me abalanzo sobre Kike con el cuchillo en alto. Mi intención es clavárselo en el pecho, en el corazón, pero no lo consigo: el muy desgraciado lo ha esquivado. Noto cómo me agarra con saña del cuello, está intentando asfixiarme. Es horrible: me cuesta respirar, me queman los pulmones, siento que me falta el aire. Saco fuerzas gracias a la rabia contenida y le clavo el cuchillo en un costado. Me suelta y se retuerce, le he desgarrado la carne.

«¡Jódete, cabrón!».

El inglés se tambalea sobre un charco de su propia sangre. Levanta la cabeza y me mira amenazante. De forma inesperada, me da una patada en el brazo y el cuchillo sale disparado hacia donde está Alicia, que, sin pensárselo dos veces, lo coge. Se levanta del suelo y viene hacia mí con intención de apuñalarme.

—¿Dónde te crees que vas, puta? —le digo.

Me da igual que tenga el cuchillo en las manos, la voy a desarmar y luego la rajaré como a un pescado. De pronto, algo me hace caer al suelo. Me han dado un potente golpe en la espalda. He sentido un dolor infernal en la columna. Observo a mi alrededor, un chico joven, de cabello moreno y alto me mira. Estoy segura de que nunca lo había visto en el hotel. Me ha golpeado con una de las sillas del salón. Estoy aturdida y doblada en el suelo, no tengo fuerzas para levantarme.

—Pero ¿qué cojones ha ocurrido aquí? —le dice el recién llegado a Alicia.

Veo cómo ella, agachándose, va hacia Kike. Creo que lo he apuñalado de coña, está perdiendo mucha sangre... y es muy oscura. Mala señal para él.

—¿Estás bien? —le pregunta el chico a Alicia.

—Corre, hay que avisar a los guardias civiles que están en el hotel y pedir una ambulancia; también un médico mientras esta llega, si es posible —murmura ella sin fuerzas, aunque no deja de taponar la herida de Kike—. ¿Quién eres tú?

—Me llamo Moisés. Mi novia Raquel trabaja en este hotel, es camarera. Me llamó por teléfono y me pidió ayuda. Ahora vuelvo, voy a dar la voz de alarma.

Pobre bastardo. Creo que su novia está muerta, aunque yo no he sido esta vez.

Me fijo en que Ali ha dejado el cuchillo en el suelo, confiada, pensando que yo no puedo levantarme. A la mierda, he de sacar fuerzas y cogerlo. ¡Me los voy a cargar a todos!

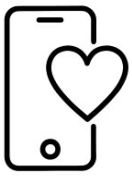
Sigilosamente, me arrastro hasta el arma y la agarro, me pongo en pie y alzo el cuchillo, dispuesta a clavárselo primero a ella. La quiero muerta. ¡Y tiene que ser ya!

—¡Vas a morir, zorra! —le grito.

Alicia consigue pegarme una patada en la pierna. Me ha dado de lleno en la rodilla, así que me desequilibro, se me cae el cuchillo al suelo y lo coge ella. De repente noto en su mirada un odio inmenso, visceral; jamás la había visto así. Y las últimas palabras que oigo salen de su boca...

—¡La que va a morir eres tú, hija de la gran puta!

67



Alicia

Me abalanzo sobre Claudia y, con muchísima rabia, tanta que incluso me hago daño al empuñar el mango del cuchillo, comienzo a clavárselo una y otra vez a la que consideraba mi mejor amiga. Se lo hundo en la cara, en el pecho..., tan fuerte que le arranco trozos de carne y de piel... Creo que incluso le he sacado un ojo. Estoy enajenada, no puedo parar...

—¡Vete al infierno, malnacida! ¡Muérete! —chillo mientras continúo hundiéndole el cuchillo con saña—. ¡Muérete! ¡Muérete!

La sangre sale a chorros por todo su cuerpo. Al principio ha intentado huir de mí arrastrándose en dirección al pasillo que da a los baños, pero yo he seguido clavándole el arma sin parar.

—¡Muérete de una puta vez, zorra!

Finalmente deja de moverse, de respirar.

Claudia ha muerto. Por fin.

Tengo las manos y todo el cuerpo llenos de sangre, ya no distingo cuál es mía o suya. La adrenalina hace que ni siquiera sienta dolor. Me acerco a Kike y veo que está pálido e inerte. No puedo ni siquiera llorar, no me salen las lágrimas. Observo su cara, sus

labios... Coloco los dedos en su cuello y le busco el pulso. Latido inexistente, Kike ha fallecido ante mis ojos sin que haya podido hacer nada para salvarlo. Le cojo la mano y la beso despidiéndome de él a mi manera. No supimos querernos y, aun así, lo hicimos.

Le acaricio la cabeza y en silencio, ahora sí, lloro su muerte, pero me alegro de estar viva.



En cuanto Moisés ha dado la voz de alarma, todo ha sido un caos de guardias civiles arriba y abajo, preguntas de la teniente y el sargento cuando han llegado, llamadas, petición de ambulancias...

Mientras espero a ser trasladada al hospital, después de que me hayan estabilizado, veo entrar a Moisés cabizbajo, abatido. No me cabe duda de que ya se ha enterado. Le hago un gesto con la mano para pedirle que se acerque.

—Gracias por aparecer, Moisés... Si no lo hubieras hecho, ahora mismo estaría muerta... como tu novia. Lo siento mucho, de verdad.

El pobrecito no puede ni hablar, está en shock. Sin duda la teniente y el sargento lo han informado sobre eso, pero, desde luego, todavía no ha tenido tiempo de asimilarlo.

—Me alegra haber podido ayudarte —pronuncia al fin—. Ojalá hubiera llegado a tiempo para hacer lo mismo por Raquel —añade con una tristeza infinita, pero también con rabia—. No descansaré hasta saber qué le ha pasado, lo juro.

»De todos modos, ahora me gustaría irme a casa, descansar, intentar digerir todo esto... Aunque no sé ni cómo cojones hacerlo. He venido en taxi desde Bilbao, casi cuatro horas y cuatrocientos

euros me ha costado la broma, ya que estaba muy preocupado por mi novia. No tengo vehículo ni dinero para largarme de aquí.

Quizá no debería hacerlo, pero le debo la vida a este chico..., así que le cuento que cerca de aquí hay un coche puenteado en el que se suponía que íbamos a huir Claudia y yo. Puede llevárselo tranquilamente porque ahora mismo nadie se preocupará por eso.

68



Teniente Verónica Santos

Ya habíamos montado el dispositivo para detener a Claudia cuando un chaval llamado Moisés —más tarde hemos sabido que era el novio de Raquel Navarro Tormes, la camarera asesinada— se ha acercado a un par de agentes y les ha pedido auxilio. Los ha llevado hasta uno de los salones del hotel donde se celebran banquetes. Al llegar, el escenario que se han encontrado era dantesco, nunca mejor dicho, y nos han avisado de inmediato.

Gracias a que la lluvia ha parado, Edu y yo hemos podido pedir refuerzos para que vinieran de inmediato. Peláez y una de las agentes que había disponibles están ahora con Alicia. Según me han dicho, acaba de llegar una ambulancia y le han podido cortar la hemorragia que le ha causado Claudia al asestarle una puñalada en el estómago.

A pesar de que está herida, necesitamos hablar con ella unos minutos. Después la trasladarán al hospital.

Mi compañero y yo entramos y vemos a la única superviviente de ese grupo de amigos tumbada en la camilla. Le han puesto un vendaje que le cubre toda la cintura y ahora le han dado un potente

analgésico para el dolor. Los cuerpos de Kike y Claudia aún están aquí, ahora tapados con mantas térmicas, a la espera de que llegue el juez para el levantamiento de los cadáveres. Pobres chicos, han terminado todos muertos.

Le digo a Alicia que tendrá que responder algunas preguntas para esclarecer lo que ha ocurrido y que después podrán llevársela al hospital, aunque, cuando se recupere, tendrá que pasar por el cuartel a ratificar su declaración. Ahora que ya no llueve, podremos comenzar a movernos.

—Espero que no me metan entre rejas... —musita.

—Tranquila, no irá a la cárcel. Sin duda ha actuado en defensa propia a pesar del ensañamiento. Seguramente ha tenido un episodio de enajenación mental a causa del miedo a morir y el estrés. En todo caso, no se preocupe por eso ahora —le explico, intentando calmarla.

Han pasado unos cuarenta minutos y un furgón de la Guardia Civil ha venido para llevarse a Sofía Medina Flores y a Ricardo Iglesias Abadón. No estoy segura de qué ocurrirá con el hotel, pero imagino que, con el revuelo mediático que habrá por los asesinatos y el tema de la secta como guinda del pastel, acabará cerrando definitivamente. Nadie querrá venir a veranear aquí, eso seguro.

Le hemos preguntado una última vez al dueño del Dante dónde tiene escondido el maletín, pero no nos ha querido responder. Ha preferido quedarse callado. Mi compañero, que había traído a Felipe Medina Morales para que pudiera ver a su hija, ha estado presente mientras el padre la abrazaba después de tanto tiempo. Por desgracia, ese reencuentro ha sido corto. Lo último que he visto de ella es que estaba llorando.

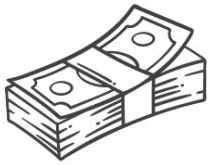
—¿Crees que hemos acabado con esa secta del juego de Dante? —me dice Edu.

—No lo sé, compañero. Ojalá, pero, lamentablemente, Sofía solo lideraba la facción afincada en este lugar. —Aunque no es la respuesta que me gustaría dar, creo que es la única válida—. Si hay muchos más sitios como este... seguiremos investigando, habrá que encontrarlos.

Acabo de soltar lo que, en una película, diría la heroína al terminar, dejando el final abierto. Pero ni esto es una película ni yo soy una heroína. Solo soy una teniente de la Guardia Civil que ha intentado hacer su trabajo lo mejor posible.

Nos ha costado atar cabos porque nos ha despistado el hecho de que hubiera más de un asesino y motivos dispares. Además, estar aislados aquí no nos ha ayudado en absoluto... Sin embargo, creo que por fin hemos cerrado este caso. Ha sido complicado, de los peores desde que estoy en el cuerpo, pero lo hemos conseguido.

Epílogo



Solo he podido ver a Raquel unos minutos. Me han dejado pasar a regañadientes, ¡y la tenían en una puta cámara frigorífica! Su cuerpo estaba cubierto con una manta, helado y rígido. Ha sido horrible. Cuánta tristeza, cuánta rabia...

Cuando he levantado la sábana para destaparla y poder despedirme de ella, me he quedado paralizado. Nuestra relación ha durado poco tiempo, pero yo la quería. No me puedo creer que ya no esté. Las cosas no tenían que salir así. Si yo no hubiera ido de vacaciones con mis amigos, quizá nada de esto hubiese ocurrido. Habría estado con ella y seguro que la habría podido proteger.

¿Y ahora qué? ¿Hago como si nada hubiese pasado?

Decido marcharme de aquí con el coche que me ha mencionado la chica herida, Alicia creo que se llamaba, pues ya no tiene sentido que me quede. Supongo que más adelante me citarán para declarar, pero de momento prefiero alejarme.

Cuando llevo un rato conduciendo, paro porque la vejiga me va a estallar. Me detengo en un área de descanso y no me alejo mucho del coche, lo justo para mear sin ser visto. Cuando me subo la bragueta y me dispongo a seguir mi camino, veo algo a través de

uno de los cristales traseros del vehículo. Me acerco, abro la puerta y, en el suelo, detrás del asiento del conductor, sobre la alfombrilla... descubro un maletín de color negro.

—Pero ¿qué cojones? —me digo.

Lo cojo y lo pongo sobre el asiento... Y, cuando lo abro, me quedo perplejo. Me entra un escalofrío al ver esa enorme cantidad de dinero y... «¿Esto es un diamante?». Me pregunto cómo es posible que alguien haya dejado esto ahí. Sin duda es el maletín del que me habló Raquel, al final el destino ha querido que ese dinero acabe en mis manos.

«Al menos, su alma descansará en paz», pienso.

No voy a decirle a nadie nada de este asunto, entre otras cosas porque me complicaría la vida, ya que he cogido un coche «prestado» para dejar el Hotel Dante.

Así pues, pillo el maletín, abro el maletero y lo meto dentro. Me subo al vehículo y piso el acelerador. Me alejaré lo máximo que pueda de aquí. Al fin y al cabo, nada de lo que ha ocurrido en ese lugar es problema mío y, si creyera en las señales, sin duda pensaría que mi novia me ha mandado una desde dondequiera que esté.

El juego de Dante
Ángel Fernández

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
Ilustraciones de la cubierta: © Raúl Allén
Fotografía de la solapa: © Archivo del autor

© Ilustraciones del interior: Gravica / Shutterstock, kasman vector / Shutterstock, Mari_Bryk / Shutterstock, suplob_Designer / Shutterstock, Md Anamul Islam Opu / Shutterstock, fazlay907 / Shutterstock, Optima GFX / Shutterstock, Rusmicon / Shutterstock, Majida Aslam / Shutterstock, KatePilko / Shutterstock, RIFAT AHOMED / Shutterstock, Mayhedi14 / Shutterstock, Victoria Sergeeva / Shutterstock

© Ángel Fernández, 2026

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2026

ISBN: 978-84-08-32031-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta